

PRÍNCIPE JOE

Suzanne Brockmann

Prólogo

Baghdad, Enero 1991

Fuego amistoso.

Lo llamaban amistoso porque provenía de bombarderos y lanza misiles estadounidenses, pero seguro como el infierno que no se sentía amistoso para el Navy SEAL Teniente Joe Catalanotto, cuando caía desde el cielo como lluvia mortal. Amistoso o no, una bomba americana era aún una bomba, y destruiría indiscriminadamente cualquier cosa en su camino. Cualquier cosa, o cualquier persona, entre los bombarderos de la Fuerza Aérea Estadounidense y sus objetivos militares estaban en serio peligro.

Y el Escuadrón Alfa de siete hombres del equipo SEAL Diez estaba definitivamente entre los bombarderos y sus objetivos. Estaban profundamente bajo líneas enemigas, malditamente cerca de sentarse en la cima de una fábrica conocida por producir municiones.

Joe Catalanotto, comandante del Escuadrón Alfa, levantó la vista de los explosivos que él, Blue y Cowboy estaban colocando contra las paredes de la embajada Ustanziana. La ciudad estaba encendida a su alrededor, fuegos y explosiones iluminando infernalmente el cielo nocturno. Parecía antinatural, irreal.

Excepto que era real. Maldición, era muy real. Era peligroso con P mayúscula. Incluso si el Escuadrón Alfa no era impactado por fuego amistoso, Joe y sus hombres corrían el riesgo de chocar con una sección de soldados enemigos. Diablos, si eran capturados, los equipos comandos como los SEALs eran normalmente tratados como espías y ejecutados –después de ser torturados en busca de información.

Pero este era su trabajo. Esto era para lo que los Navy SEALs eran entrenados. Y todos los hombres de Joe en el Escuadrón Alfa ejecutaban sus tareas con precisión y fría confianza. Esta no era la primera vez que habían realizado una misión de rescate en una zona de guerra. Y seguro como el infierno que no iba a ser la última.

Joe empezó a silbar mientras manejaba los explosivos plásticos, y Cowboy –también conocido como Oficial Harlan Jones de Fort Worth, Texas– levantó la vista con incredulidad.

“Cat trabaja mejor cuando está silbando,” explicó Blue a Cowboy sobre sus auriculares. “Me volvió loco a través de todo el entrenamiento, hasta que me acostumbré a ello. Te acostumbras.”

“Fantástico,” murmuró Cowboy, pasándole a Joe parte del fusible.

Sus manos estaban temblando.

Joe levantó la vista al joven. Cowboy era nuevo en el escuadrón. Estaba asustado, pero estaba luchando contra el miedo, con la mandíbula tensa y los dientes apretados. Sus manos podían estar temblando, pero el chico estaba haciendo su trabajo –iba a conseguirlo.

Cowboy le devolvió la mirada a Joe, desafiándolo a hacer un comentario.

Así que por supuesto, Joe lo hizo. “Los asaltos aéreos te vuelven claustrofóbico, ¿eh,

Jones?" dijo. Tuvo que gritar para ser oído. Las sirenas estaban aullando, las campanas estaban sonando y el fuego antiaéreo estaba martillando sobre todo Bagdad. Y por supuesto estaban también los ensordecedores rugidos de las bombas americanas que estaban vaporizando bloques enteros de la ciudad todo a su alrededor. Si, estaban en medio de una maldita guerra.

Cowboy abrió la boca para hablar, pero Joe no lo dejó. "Se como te estás sintiendo," gritó Joe mientras daba los toques finales a los explosivos que provocarían la madre de un agujero en los cimientos de la embajada. "Dame un salto de helicóptero en agua fría, dame una caída en paracaídas desde diez mil metros, dame un cruce a nado de veinticinco kilómetros, diablos, dame un cuerpo a cuerpo con un fanático religioso. Pero esto... tengo que decírtelo, chico, penetrar en Bagdad con estos cientos de mazos cayendo del cielo me está volviendo un poco claustrofóbico a mi mismo."

Cowboy bufó. "¿Claustrofóbico?" dijo. "¿Usted? Dispere, Sr. Cat, si hay algo sobre la tierra de lo que usted tenga miedo, no lo han inventado aún."

"Trabajar con armas nucleares," dijo Joe. "Eso seguro como el infierno me pone de rodillas."

"A mi también," se unió Blue.

El chico no estaba impresionado. "Si conocen a un SEAL que no esté aterrorizado al desarmar armas nucleares, les mostraré a alguien demasiado estúpido para usar el broche del tridente."

"Terminado," dijo Joe, permitiéndose una tensa sonrisa de satisfacción. Abrirían este agujero con un estallido, entrarían, recogerían a los civiles y estarían a mitad de camino del punto de extracción antes de que pasaran diez minutos. Y no sería ni un minuto demasiado pronto. Jesús, María y José, sí que odiaba las incursiones aéreas.

Blue McCoy se puso de pie y le envió un mensaje con señales al resto del equipo, en caso de que no hubieran escuchado el anuncio de Joe en el estruendo.

El suelo tembló cuando una bomba de veinticinco kilos aterrizó en el vecindario, y Blue encontró los ojos de Joe y sonrió cuando Cowboy maldijo una colorida andanada.

Joe rió y encendió la mecha.

"Treinta segundos," le dijo a Blue, quién elevó el número correcto de dedos para que el resto de los SEALs lo viera. El escuadrón se arrastró al otro lado de la calle para cubrirse.

Cuando una bomba está por explotar, pensó Joe, siempre hay un momento, a veces solo uno pequeñito, cuando todo parece ir en cámara lenta y esperar. Miró los familiares rostros de sus hombres, y pudo ver la adrenalina que bombeaba a través de ellos en sus ojos, en la posición de sus bocas y mandíbulas. Eran buenos hombres, y como siempre, él iba a hacer todo lo condenadamente posible para ver que salieran de esta ciudad con vida. Olvida con vida, iba a sacarlos de este infierno intactos.

Joe no tenía que mirar el segundero de su reloj. Sabía que estaba llegando, a pesar del hecho de que el tiempo parecía ir más lento y estiraarseeee...

Bum.

Fue una gran explosión, pero Joe apenas la escuchó sobre el ruido de las otras, más poderosas explosiones sucediéndose por toda la ciudad.

Antes siquiera de que la polvareda se disipara, Blue estaba allí, señalando el camino a través de la calle destrozada por la guerra, alerta por los francotiradores y permaneciendo agachado. Pasó cabeza adelante por el pulcro pequeño cráter que habían volado en el costado de la Embajada Ustanziana.

Harvard estaba en la radio, y le dejó saber al apoyo aéreo que iban a entrar. Joe estaba dispuesto a apostar mucho dinero a que la fuerza aérea estaba muy ocupada para prestarle verdadera atención al Escuadrón Alfa. Pero Harvard estaba haciendo su

trabajo, igual que el resto de los SEALs. Eran un equipo. Siete hombres –siete de los mejores y más brillantes de las fuerzas armadas– entrenados para trabajar y combatir juntos, hasta la muerte de ser necesario.

Joe siguió a Blue y Bobby dentro del sótano de la embajada. Cowboy entró después, dejando a Harvard y al resto del equipo protegiendo sus espaldas.

Estaba más oscuro que el infierno dentro. Joe se puso los lentes de visión nocturna justo a tiempo. Apenas evitó darse un golpe contra la espalda de Bobby y estuvo condenadamente cerca de romperse la nariz contra la escopeta que el enorme hombre cargaba apoyada a lo largo de su columna.

“Esperen,” señaló Bob.

Él tenía sus NVs¹, también. También Blue y Cowboy.

Estaban solos allí abajo, excepto por las arañas y serpientes y lo que fuera que se estuviera deslizando por el duro suelo sucio.

“El maldito plano está mal. Se supone que tiene que haber un tramo de escaleras,” Joe escuchó murmurar a Blue, y dio un paso adelante para echar una ojeada. Maldición, tenían un problema aquí.

Joe sacó el mapa de la embajada del bolsillo delantero de su chaleco, incluso a pesar de que hacía tiempo que había memorizado el plano del sótano. El mapa en sus manos era de un edificio completamente diferente al que estaban. Probablemente era la Embajada Ustanziana en alguna otra ciudad, en algún otro país al otro lado del maldito globo. ¡Maldición! Alguien realmente la había fastidiado.

Blue estaba mirándolo, y Joe sabía que su oficial ejecutivo estaba pensando lo que él estaba pensando. El genio de escritorio responsable de asegurar el plano del piso de esta embajada iba a tener un día realmente malo en más o menos una semana. Quizás menos. Porque el comandante y oficial ejecutivo del Equipo SEAL Diez Escuadrón Alfa iban a hacerle una pequeña visita.

Pero ahora mismo, tenían un problema en sus manos.

Había tres corredores, conduciendo a la oscuridad. Ni una escalinata a la vista.

“Wesley y Frisco,” ordenó Blue con su marcado acento sureño. “Traigan sus traseros aquí, muchachos. Necesitamos equipos divididos. Wes con Bobby. Frisco, quédate con Cowboy. Estoy contigo, Cat.”

Compañeros de natación. Blue había leído la mente de Joe y había hecho lo más inteligente. Con la excepción de Frisco, que estaba haciendo de niñera del chico nuevo, Cowboy, había agrupado a cada hombre con el tipo que mejor conocía –su compañero de natación. De hecho, Blue y Joe habían hecho la Semana del Infierno. Los tipos que hacen la Semana del Infierno juntos –esa insoportable y torturante prueba de resistencia de los SEAL– permanecen juntos. No hay dudas sobre eso.

Allí fueron, lentes de visión nocturna puestos, luciendo como alguna especie de raros extraterrestres del espacio exterior. Wesley y Bobby fueron a la izquierda. Frisco y Cowboy tomaron el corredor de la derecha. Y Joe, con Blue cerca de su espalda, se encaminó en línea recta hacia delante.

Estaban en silencio ahora, y Joe podía escuchar la tranquila respiración de cada hombre en sus auriculares. Se movía lenta, cuidadosamente, verificando automáticamente en busca de bombas trampas o cualquier insinuación de movimiento adelante.

“Cuarto de provisiones,” Joe escuchó a Cowboy respirar en su micrófono.

“Lo mismo,” susurró Bobby. “Tenemos comida enlatada y una bodega. Ningún movimiento, nada con vida.”

¹ Lentes de vision nocturna

Joe atisbó el movimiento al mismo instante en que lo hizo Blue. Simultáneamente, quitaron el seguro a sus MP5s bajando a fuego completo y se agacharon.

Habían encontrado las escaleras hacia arriba. Y allí, debajo de las escaleras, asustado a muerte y estremeciéndose como una hoja en un huracán, estaba el príncipe coronado de Ustanzia, Tedric Cortere, usando a tres de sus ayudantes como sacos de arena.

“No disparen,” dijo Cortere en cuatro o cinco idiomas diferentes, las manos alzadas por encima de la cabeza.

Joe se enderezó, pero mantuvo su arma levantada hasta que vio que los cuatro pares de manos estaban vacíos. Luego se sacó los NVs del rostro, bizqueando mientras sus ojos se ajustaban al tenue resplandor rojo de la linterna que Blue había sacado de su bolsillo.

“Buenas noches, Su Real Alteza,” dijo. “Soy el Navy SEAL Teniente Joe Catalanotto, y estoy aquí para sacarlo.”

“Contacto,” Harvard dijo a la radio, habiendo escuchado el saludo real de Joe al príncipe por su auricular. “Hemos hecho contacto. Repito, hemos recogido el equipaje y nos estamos encaminado a casa.”

Fue entonces que Joe escuchó a Blue reír.

“Cat,” el oficial ejecutivo dijo arrastrando las palabras. “¿Has mirado a este tipo? Es decir, ¿lo has mirado realmente?”

Una bomba explotó cerca de un cuarto milla al este, y el Príncipe Tedric intentó esconderse más profundamente entre sus igualmente asustados ayudantes.

Si el príncipe hubiera estado parado, habría sido más o menos de la altura de Joe, quizás un poco más bajo.

Vestía una rasgada chaqueta de satén blanco, que le recordaba a un imitador de Elvis. La prenda era sorprendentemente empalagosa. Estaba adornada con charreteras doradas, y había una fila entera de medallas y lazos sobre el pecho –por valentía bajo fuego enemigo, sin duda. Sus pantalones eran negros, y estaban sucios con hollín y polvo.

Pero no fue el gusto del príncipe en indumentaria lo que hizo que la boca de Joe se abriera con sorpresa. Era el rostro del hombre.

Mirar al Príncipe Coronado de Ustanzia era como mirar un espejo. Su cabello oscuro era más largo que el de Joe, pero más allá de eso, el parecido era extraordinario. Ojos oscuros, nariz grande, rostro alargado, mandíbula cuadrada, pómulos pesados.

El tipo lucía exactamente igual a Joe.

Capítulo 1

Unos pocos años más tarde en Washington, D.C.

Las cámaras de las más importantes cadenas de noticias estaban rodando cuando Tedric Cortere, príncipe de Ustanzia, entró al aeropuerto.

Una pared de embajadores, ayudantes de embajada y políticos se adelantó para saludarlo, pero el príncipe hizo una pausa por solo un momento, tomándose el tiempo para sonreír y saludar a las cámaras.

Estaba siguiendo sus instrucciones al pie de la letra. Verónica St. John, consultora profesional de imagen y medios de comunicación, se permitió un suspiro de alivio. Pero solo uno pequeño, porque conocía a Tedric Cortere muy bien, y era un perfeccionista. No había garantías de que el Príncipe Tedric, hermano de la compañera

de habitación de Verónica en la secundaria y mejor amiga en el mundo, iba a estar satisfecho con lo que viera esta noche en las noticias de la tarde.

Aún así, tendría todo el derecho de estar complacido. Era el día uno de su visita de buena voluntad a los Estados Unidos, y lucía muy bien, rezumando encanto y modales de realeza, con solo la suficiente arrogancia de sangre azul derramada para cautivar al público americano loco por la realeza. Estaba recordando mirar directamente a las cámaras. Estaba manteniendo los movimientos de sus ojos firmes y el mentón bajo. Y, el cielo fuera alabado, para un hombre propenso a los ataques de ansiedad, parecía tranquilo y compuesto por una vez.

Les estaba dando a los equipos de noticias lo que querían –una imagen cercana de un gracioso, carismático príncipe Europeo apuesto como en los cuentos de hadas.

Soltero. Había olvidado agregar “soltero” a la lista. Y si Verónica conocía a los americanos –y lo hacía; era su negocio conocer a los americanos– millones de mujeres americanas mirarían las noticias de la tarde esta noche y soñarían con convertirse en princesas.

No había nada como la fiebre de los cuentos de hadas entre el público para estimular las relaciones entre dos gobiernos. La fiebre de los cuentos de hadas –y el recientemente descubierto petróleo que yacía bajo el reseco, gris suelo Ustanziano.

Pero Tedric no era el único actuando para las cámaras de noticias esta mañana.

Mientras Verónica observaba, el Senador de los Estados Unidos Sam McKinley exhibió sus relucientes dientes blancos en una sonrisa tan falsamente genuina y tan obviamente dirigida a los periodistas, que la hizo querer reír.

Pero no rió. Si había aprendido algo durante su infancia y adolescencia como la hija de un hombre de negocios internacional que se mudaba a diferentes y a menudo exóticos países cada año más o menos, era que los diplomáticos y altos oficiales del gobierno –especialmente la realeza– se tomaban a si mismos, muy, muy seriamente.

Así que, en vez de reír, se mordió el interior de la mejilla cuando se detuvo a varios respetuosos pasos detrás del príncipe, a la cabeza de la multitud de asistentes, ayudantes y consejeros que eran parte del séquito real.

“Su Alteza, en nombre del gobierno de los Estados Unidos,” habló McKinley arrastrando las palabras en su pronunciado acento Texano, estrechando la mano del príncipe, y goteando buena voluntad, “me gustaría darle la bienvenida a la capital de nuestro país.”

“Lo saludo con el eterno honor y tradición de la bandera Ustanziana,” el Príncipe Tedric dijo formalmente en su acento ligeramente británico, ligeramente francés, “la cual está entretejida, también, en mi corazón.”

Era su saludo estándar; nada especial, pero funcionó bastante bien con la multitud.

McKinley empezó un saludo más largo, y Verónica dejó que su atención se desviara.

Podía verse a si misma en las ventanas de vidrio espejado del aeropuerto, luciendo tranquila con su traje color crema, su cabello rojo fuego retirado pulcramente hacia atrás en una trenza francesa. Alta, esbelta y serena, su imagen ondeó ligeramente cuando un jet despegó, tronando pista abajo.

Era una ilusión. En verdad, la cabeza le daba vueltas con nerviosa excitación, una condición provocada por el estrés de saber que si Tedric no seguía sus instrucciones y terminaba luciendo mal en cámara, sería a ella a la que culparían. El sudor se escurrió entre sus omóplatos, otro efecto colateral del estrés bajo el que se encontraba. No, no se sentía ni fría ni serena, a pesar de cómo luciera.

Había sido contratada porque su amiga, la Princesa Wila, sabía que Verónica estaba luchando para levantar su joven negocio de consultoría del suelo. Seguro, había hecho trabajos más chicos, menos detallados, antes, pero este era el primero en el que las

apuestas eran tan altas. Si Verónica tenía éxito con Tedric Cortere, la noticia se extendería, y tendría mas negocios de los que podría manejar. Si tenía éxito con Tedric Cortere...

Pero Verónica también había sido contratada por otra razón. Había sido contratada porque Wila, preocupada por la economía de Ustanzia, reconocía la importancia de este viaje. A pesar de que el hecho de enseñarle al hermano de Wila, el nervioso y excitable Príncipe de Ustanzia, cómo parecer calmo y relajado mientras estaba bajo el vigilante ojo de las cámaras de TV era la primera asignación de Verónica como consultora de imagen y medios, Wila confiaba en su amiga de largo tiempo implícitamente para hacer el trabajo.

"Estoy contando contigo, Veronique," le había dicho Wila a Verónica por teléfono justo la noche anterior. Había agregado con su acostumbrada franqueza, "Esta conexión americana es demasiado importante. No dejes que Tedric la fastidie."

Hasta ahora Tedric estaba haciendo un buen trabajo. Lucía bien. Sonaba bien. Pero era demasiado pronto para que Verónica se permitiera sentirse verdaderamente satisfecha. Era su trabajo asegurarse de que el príncipe continuara luciendo y sonando bien.

A Tedric no le gustaba particularmente la mejor amiga de su hermana menor, y el sentimiento era mutuo. Era un hombre impaciente de mal genio, y bastante acostumbrado a salirse con la suya. Muy acostumbrado a salirse con la suya.

Verónica solo podía esperar que viera los reportes de las noticias de hoy y reconociera el éxito del día. Si no lo hacía, se lo haría saber, eso era seguro.

Verónica sabía bastante bien que durante el curso de la visita del príncipe a los Estados Unidos iba a ganarse cada centavo de sus honorarios de consultoría. Porque aunque Tedric Cortere era principesco en belleza y apariencia, también era arrogante y consentido. Y demandante. Y a menudo irracional. Y ocasionalmente, no muy agradable.

Oh, conocía la etiqueta social. Estaba en su elemento cuando se trataba de pompa y ceremonia, fiestas y otras posturas sociales. Sabía todo lo que había que saber sobre ropa y moda. Podía distinguir la seda japonesa de la americana con un simple toque. Era un conocedor de vinos y un gourmet. Podía cabalgar y practicar esgrima, jugar polo y esquí acuático. Contrataba incontables ayudantes y consejeros para que lo atendieran, y le proporcionaran tanto sus más triviales deseos como la importante información que necesitaba para lograr pasar por un representante de su país.

Mientras Verónica observaba, Tedric estrechaba las manos de los oficiales de Estados Unidos. Sonreía encantadoramente y ella podía prácticamente escuchar el zoom de las cámaras para lograr un acercamiento.

El príncipe miró directamente a las lentes de la cámara y dejó que su sonrisa se ampliara. Consentido o no, con su arreglado, atlético cuerpo y apuesto rostro, el hombre era buen mozo.

¿Buen mozo? No, pensó Verónica. Llamarlo buen mozo no era exacto. Con total honestidad, el príncipe era espectacular. Era una obra de arte. Tenía largo, grueso, oscuro cabello que se rizaba pasados sus hombros. Su rostro era largo y delgado con exóticos pómulos que insinuaban la herencia mediterránea de su madre. Sus ojos eran del más oscuro marrón, rodeados por pestañas pecaminosamente largas. Su mandíbula era cuadrada, su nariz fuerte y masculina.

Pero Verónica había conocido a Tedric desde que ella tenía quince y él diecinueve. Naturalmente, había desarrollado un total enamoramiento juvenil bastante rápido, pero no le había tomado mucho tiempo darse cuenta de que el príncipe no era para nada como su hermana, alegre y despreocupada pero con una cabeza para los negocios.

Tedric era, de hecho, decididamente lerdo –y enormemente preocupado por su apariencia. Había pasado interminable cantidad de tiempo frente a un espejo, provocando en Wila y Verónica accesos de risitas ahogadas mientras peinaba su cabello, flexionaba sus músculos y examinaba sus perfectos dientes blancos.

Aún así, el enamoramiento de Verónica con el Príncipe Tedric no se había estrellado y ardidado realmente hasta que había tenido una conversación con él –y visto que bajo su fachada de principesco encanto y habilidades sociales, debajo de su apuesto rostro y buen cuerpo, profundamente dentro de sus oscuros ojos marrones, no había nada.

Nada en lo que ella estuviera interesada, al menos.

Aunque tenía que admitir que hasta el día de hoy, su romántica visión de un hombre perfecto era alguien alto, oscuro y apuesto. Alguien con amplios, exóticos pómulos y líquidos ojos marrones. Alguien que se parecía asquerosamente mucho al Coronado Príncipe Tedric, pero con un cerebro funcionando en su cabeza y un corazón que amara algo más que su propio reflejo en el espejo.

No estaba buscando un príncipe. De hecho, no estaba buscando, punto. No tenía tiempo para el romance –al menos, no hasta que su negocio empezara a darle alguna ganancia.

Cuando la banda militar empezó a tocar una entusiasta interpretación del himno nacional Ustanziano, Verónica miró otra vez sus borrosas imágenes en la ventana. Un destello de luz desde la terraza de un piso superior atrapó su atención. Era extraño. Le habían dicho que el personal del aeropuerto tendría acceso restringido al segundo piso como medida de seguridad.

Giró la cabeza para mirar hacia arriba a la terraza y comprendió con un oleada de incredulidad que el destello que había visto era el reflejo de la luz rebotando contra el cañón de un rifle –un rifle apuntado directamente a Tedric.

“¡Abajo!” gritó Verónica, pero su voz fue ahogada por las trompetas. El príncipe no podía escucharla. Nadie podía escucharla.

Corrió hacia el Príncipe Tedric y todos los dignatarios de Estados Unidos, bien conciente de que estaba corriendo hacia, y no fuera, del peligro. Un pensamiento relampagueó locamente por su cabeza –este no era un hombre por el que valía la pena morir. Pero no podía mantenerse al margen y dejar que el hermano de su mejor amiga fuera asesinado. No mientras tuviera el poder de prevenirlo.

Cuando un disparo resonó, Verónica golpeó a Tedric sonoramente fuerte al nivel de la cintura y lo tiró al suelo. Era un tackle de rugby que habría hecho sentirse orgulloso a su hermano Jules.

Se lastimó el hombro, rompió sus medias de nylon y se raspó ambas rodillas cuando cayó.

Pero salvó la vida del príncipe coronado de Ustanzia.

Cuando Verónica entró a la sala de conferencias del hotel, estaba claro que la reunión había estado transcurriendo por algún tiempo.

El Senador McKinley estaba sentado en un extremo de la gran mesa oval de conferencia sin su chaqueta, la corbata aflojada, y la camisa arremangada. Henri Freder, el embajador de Ustanzia en Estados Unidos, se sentaba a un lado de él. Otro diplomático y varios otros hombres a los que Verónica no reconocía estaban sentados al otro. Hombres en trajes negros permanecían de pie ante las puertas y las ventanas, vigilantes y alerta. Eran agentes FInCOM, comprendió Verónica, guardaespaldas de alta tecnología de la Comisión Federal de Inteligencia, enviados para proteger al

príncipe. ¿Pero por qué estaban involucrados? ¿Estaba la vida del Príncipe Tedric aún en peligro?

Tedric estaba en la cabecera de la mesa, rodeado por una docena de ayudantes y consejeros. Tenía una bebida fría frente a él, y estaba dibujando perezosamente en la condensación del vaso.

Cuando Verónica entró en la habitación, Tedric se puso de pie, y todos los hombres lo imitaron.

“Que alguien consiga un asiento para la Srta. St. John,” ordenó el príncipe bruscamente en su extraño acento. “Inmediatamente.”

Uno de los ayudantes de menor rango se levantó de su propia silla y se la ofreció a Verónica.

“Gracias,” dijo ella, sonriendo al joven.

“Siéntate,” le ordenó el príncipe, con expresión pétrea, mientras regresaba a su asiento. “Tengo una idea, pero no puede ser llevada a cabo sin tu cooperación.”

Verónica miró fijamente al príncipe. Después de que lo había tackleado más temprano ese día, había sido arrastrado a un lugar seguro. No lo había visto o escuchado de él desde entonces. En ese momento, no se había molestado en agradecerle por salvar su vida –y aparentemente no tenía intención de hacerlo ahora. Ella estaba trabajando para él, por lo tanto era un sirviente. Él habría esperado que lo salvara. En su mente, no había necesidad de gratitud.

Pero ella no era un sirviente. De hecho, había sido la dama de honor el año anterior cuando su hermana se casó con el hermano de Verónica, Jules. Verónica y el príncipe eran prácticamente familia, aún así Tedric todavía insistía en que se dirigiera a él como “Su Alteza,” o “Su Majestad.”

Se sentó, acercando más la silla a la mesa, y el resto de los hombres se sentó, también.

“Tengo un doble,” anunció el príncipe. “Un americano. Es mi idea que él tome mi lugar por el curso restante de la visita, asegurando así mi seguridad.”

Verónica se inclinó hacia delante. “Perdóneme, Su Alteza,” dijo ella. “Por favor perdone mi confusión. ¿Es su seguridad aún un problema?” Miró a través de la mesa al Senador McKinley. “¿No fue atrapado el tirador?”

McKinley pasó la lengua por la parte delantera de sus dientes antes de contestar. “Temo que no,” finalmente replicó. “Y la Comisión Federal de Inteligencia tiene razones para creer que los terroristas harán otro intento contra la vida del príncipe durante el curso de las próximas semanas.”

“¿Terroristas?” Repitió Verónica, mirando de McKinley al embajador y finalmente al Príncipe Tedric.

“FInCOM ha identificado al tirador,” contestó McKinley. “Es un bien conocido tirador de una organización terrorista sudamericana.”

Verónica sacudió la cabeza. “¿Por qué terroristas sudamericanos querrían matar al príncipe coronado de Ustanzia?”

El embajador se quitó los lentes y se frotó los ojos con cansancio. “Bastante posiblemente en represalia por la nueva alianza de Ustanzia con los Estados Unidos,” dijo.

“FInCOM nos dice que este tirador en particular no se rinde fácilmente,” dijo McKinley. “Incluso con la seguridad reforzada, FInCOM espera que lo intenten nuevamente. Lo que estamos buscando es encontrar una solución a este problema.”

Verónica rió. Se le escapó –no pudo evitarlo. La solución era tan obvia. “Cancele la visita.”

“No podemos hacer eso,” dijo McKinley.

Verónica miró al otro lado de la mesa al Príncipe Tedric. Él, por una vez, estaba silencioso. Pero no parecía feliz.

“Hay demasiada publicidad para este evento,” explicó el Senador McKinley. “Usted sabe tan bien como yo que Ustanzia necesita fondos de Estados Unidos para poner sus pozos petrolíferos en funcionamiento.” El pesado hombre se reclinó hacia atrás en su silla, repiqueteando la punta de su lápiz sobre la mesa de caoba. “Pero el prospecto de petróleo a un precio competitivo no es suficiente para asegurar los fondos que necesitan,” continuó, dejando caer el lápiz y pasando sus manos por su afinado cabello gris. “Y francamente, las encuestas actuales muestran que la preocupación del público por un pequeño país insignificante como Ustanzia –mil perdones, Príncipe– es nula. Casi nadie sabe quienes son los Ustanzianos, y los que si los conocen no quieren entregarles nada de sus dólares de impuestos, eso es seguro. No cuando hay tanto aquí en casa en lo que gastar el dinero.”

Verónica asintió con un movimiento de su cabeza. Era bien conciente de todo lo que estaba diciendo. Era una de las principales preocupaciones de la Princesa Wila.

“Además,” agregó el senador, “podemos usar esta oportunidad para atrapar a este grupo de terroristas. Y hermana, si son quienes creemos que son, los queremos. Con ansias.”

“Pero si saben con certeza que habrá otro intento de asesinato...” Verónica miró a Tedric. “Su Majestad, ¿cómo puede arriesgarse a ponerse en una situación de semejante peligro?”

Tedric cruzó sus piernas. “No tengo intención de colocarme en ningún peligro en lo absoluto,” dijo. “De hecho, permaneceré aquí, en Washington, en una casa segura, hasta que todo peligro haya pasado. La visita, sin embargo, continuará como está planeado, con este tipo parecido tomando mi lugar.”

Repentinamente las palabras más tempranas del príncipe tuvieron sentido. Había dicho que tenía un doble, alguien que lucía igual a él. Había dicho que esta persona era un americano.

“Este hombre,” preguntó McKinley. “¿Cuál es su nombre, señor?”

El príncipe se encogió de hombros –un lento, elocuente gesto. “¿Cómo podría recordarlo? Joe. Joe Algo. Era un soldado. Un soldado americano.”

“Joe Algo,” repitió McKinley, intercambiando una rápida, exasperada mirada con el diplomático a su izquierda. “Un soldado llamado Joe. Solo deben haber cerca de quince mil hombres en las fuerzas aéreas de los Estados Unidos llamados Joe.”

El embajador a la derecha de McKinley se inclinó hacia delante. “Su Alteza,” dijo pacientemente, “¿cuándo conoció a este hombre?”

“Era uno de los soldados que asistió mi escape de la embajada en Bagdad,” replicó Tedric.

“Un Navy SEAL,” murmuró el embajador McKinley. “No deberíamos tener problemas localizándolo. Si recuerdo correctamente, solo un equipo de siete hombres participó en la misión de rescate.”

“¿SEAL?” preguntó Verónica, incorporándose e inclinándose hacia delante. “¿Qué es un SEAL?”

“Parte de la División de Fuerzas Especiales,” le dijo el Senador McKinley. “Son la elite de la fuerza de operaciones especiales en el mundo. Pueden operar en cualquier lado –en mar, en aire, o en tierra, de ahí el nombre, SEALs². Si este hombre que se parece tanto al príncipe realmente es un SEAL, posar como el doble del príncipe será pan comido para él.”

² SE(a)A(ir)L(land) – Mar, Aire, Tierra

"Era, no obstante, de clase insoportablemente baja," dijo el príncipe remilgadamente, barriendo unas imaginarias migas de la superficie de la mesa. Miró a Verónica. "Allí es donde entrarías tú. Le enseñarás a Joe a lucir y actuar como un príncipe. Podemos posponer la visita por -" frunció el ceño hacia McKinley "-una semana, ¿eso es lo que dijo?"

"Dos o tres días como máximo, señor." El senador hizo una mueca. "Podemos anunciar que ha caído con la gripe, tratar de mantener el interés del público con reportes de su salud. Pero el hecho es que, después de unos días, ya no será noticia y la historia será dejada de lado. Sabe lo que dicen: Fuera de la vista, fuera de la mente. No podemos dejar que eso suceda."

Dos o tres días. Dos o tres días para convertir a un rudo marinero americano -un Navy SEAL, lo que fuera que eso realmente significara- a la realeza. ¿A quién estaban engañando?

El Senador McKinley levantó el teléfono para empezar a localizar al misterioso Joe.

El príncipe Tedric estaba observando a Verónica expectantemente. "¿Puedes hacerlo?" preguntó. "¿Puedes convertir a este Joe en un príncipe?"

"¿En dos o tres días?"

Tedric asintió.

"Tendría que trabajar contra reloj," dijo Verónica, pensando en voz alta. Si accedía a este loco plan, tendría que estar justo al lado de este marinero, este SEAL, cada simple paso del camino. Tendría que dirigirlo constantemente, y estar lista para agarrar y corregir cada uno de sus errores. "E incluso entonces, no habría garantías."

Tedric se encogió de hombros, volviéndose al Embajador Freder. "No puede hacerlo," dijo rotundamente. "Tendremos que cancelar. Arregle un vuelo de regreso a..."

"No dije que no podría hacerlo," interrumpió Verónica, agregando rápidamente, "Su Majestad."

El príncipe se giró hacia ella, una elegante ceja arqueada.

Verónica podía oír el eco de la voz de Wila. "Estoy contando contigo, Veronique. Esta conexión americana es demasiado importante." Si esta visita fuera cancelada, todas las esperanzas de Wila para el futuro se evaporarían. Y las de Wila no eran las únicas esperanzas que se evaporarían. Verónica no podía permitirse olvidar a esa pequeña esperando en Saint Mary...

"¿Y bien?" dijo Tedric con impaciencia.

"Muy bien," dijo Verónica. "Lo intentaré."

El Senador McKinley colgó el teléfono con un triunfante chasquido. "Creo que hemos encontrado a nuestro hombre," anunció con una amplia sonrisa. "Su nombre es Teniente Naval Joseph P..." miró hacia abajo al pedazo de papel sobre el que había tomado notas "... Catalanotto. Me están enviando por fax una foto identificatoria ahora mismo."

Verónica sintió una extraña ráfaga de calor y frío. ¿Buen Dios, qué acababa de hacer? ¿Qué acababa de aceptar hacer? ¿Y si no podía lograrlo? ¿Y si no podía hacerlo?

La alarma del fax empezó a sonar. Tanto el príncipe como el Senador McKinley se pusieron de pie y cruzaron la espaciosa suite hacia donde la máquina de fax estaba enchufada bajo un grupo de elegantes ventanas corredizas.

Verónica permaneció en su asiento ante la mesa. Si este trabajo no podía ser hecho, estaría defraudando a su mejor amiga.

"Mi Dios," dijo McKinley en voz baja cuando la fotografía lentamente salió impresa. "No parece posible."

Rasgó el fax del rollo de papel y se lo alcanzó al príncipe.

Silenciosamente, Tedric miró fijamente la fotografía. Silenciosamente, caminó a través de la habitación y le alcanzó la hoja de papel a Verónica.

Salvo por el hecho de que el hombre en la fotografía vestía un informal uniforme militar de faena, con los botones superiores de la camisa desabrochados y las mangas arremangadas hasta los codos, salvo por el hecho de que el hombre en la fotografía tenía oscuro, desgredado cabello cortado apenas un poco por debajo de las orejas, y la correa de un arma colgaba de un hombro, salvo por el hecho de que la cámara lo había captado en una media sonrisa, con buen humor y aguda inteligencia chispeando en sus ojos oscuros, el hombre en esta fotografía podría muy bien haber sido el príncipe coronado de Ustanzia. O como mínimo, podría haber sido el hermano del príncipe coronado.

El hermano más apuesto del príncipe coronado.

Tenía la misma nariz, mismos pómulos, misma bien definida línea de la mandíbula y barbilla. Pero sus dientes delanteros estaban desportillados. Por supuesto, eso no era un problema. Podrían ponerle una funda al diente en cuestión de horas, ¿verdad?

Era más grande que el Príncipe Tedric, este teniente naval americano. Más grande y más alto. Más fuerte. Con bordes más ásperos. Bordes mucho, mucho más ásperos, en toda forma imaginable. Buen Dios, si esta fotografía era alguna indicación, Verónica iba a tener que empezar con lo básico con este hombre. Iba a tener que enseñarle como sentarse y parase y caminar...

Verónica levantó la vista para encontrar al Príncipe Tedric observándola.

"Algo me dice," dijo él con su elegante acento, "que tu trabajo está hecho a tu medida."

Al otro lado de la habitación, McKinley levantó el teléfono y marcó. "Si," dijo al receptor. "Soy Sam McKinley. Senador Sam McKinley. Necesito a un Navy SEAL con el nombre de Teniente Joseph..." consultó sus notas "... Catalanotto. Maldición, que desgracia. Necesito a ese teniente aquí en Washington, y lo necesito aquí ayer."

Capítulo 2

Joe yacía en la cubierta de un bote alquilado, manos detrás de su cabeza, observando las nubes. Nubes de cegador blanco en un cristalino cielo azul de California, estaban en un estado de constante movimiento, siempre cambiando, nunca permaneciendo iguales.

Le gustaba eso.

Le recordaba a su vida, fluida y llena de sorpresas. Nunca sabía cuando una cremosa nube se convertiría inesperadamente en un feroz dragón.

Pero a Joe le gustaba de esa forma. Le gustaba nunca saber que había detrás de la puerta –la dama o el tigre. Y ciertamente, desde que había sido un SEAL, había tenido su parte de ambos.

Pero hoy no había ni damas ni tigres que enfrentar. Hoy estaba de licencia –licencia en tierra firme, era llamada en la marina. Era gracioso que debiera pasar el único día de licencia en tierra firme que tenía este mes lejos de la costa, en un bote de pesca.

No es que hubiera pasado mucho tiempo en el mar últimamente. De hecho, en los pasados meses, había estado en un buque naval exactamente noventa y seis horas. Y eso había sido por entrenamiento. Algunas de esas horas de entrenamiento las había pasado como instructor. Pero algo del tiempo había sido un estudiante. Todo eso era parte de ser un Navy SEAL. Sin importar tu rango o experiencia, siempre tenías que

seguir aprendiendo, seguir entrenando, seguir en la cima de las nuevas tecnologías y metodologías.

Joe había alcanzado estado de experto en nueve campos diferentes, pero esos campos estaban siempre cambiando. Igual que aquellas nubes que estaban flotando por encima de él. Justo como le gustaba.

Al otro lado de la cubierta del bote, vestido con sucia ropa de fin de semana similar a su propio rasgado traje de faena y andrajosa remera, Harvard y Blue estaban discutiendo afablemente sobre quién había recibido la carta más deprimente en la entrega de correo semanal.

Joe no había recibido ningún correo –nada además de facturas, es decir. Hablando de deprimente.

Joe cerró los ojos, dejando que la conversación flotara sobre él. Había conocido a Blue por ocho años, a Harvard por unos seis. Sus voces –el marcado acento sureño de Blue y el acento nasal, de clase alta de Boston de Harvard– le eran tan familiares como respirar.

Aún a veces lo sorprendía que de su entero equipo SEAL de siete hombres, el hombre del que Blue estaba más cerca, después del mismo Joe, fuera Daryl Becker, apodado Harvard.

Carter “Blue” McCoy y Daryl “Harvard” Becker. El rebelde “campesino blanco del sur” y el negro Yanky educado en la Ivy League. Ambos SEALs, ambos mejores que los mejores del resto. Y ambos conscientes de que no había cosas como prejuicios y predisposiciones en los Navy SEALs.

Al otro lado de la bahía, el agua verde-azul centellaba y danzaba bajo la brillante luz del sol. Joe inhaló profundamente, llenando sus pulmones con el cortante aire salado.

“Oh, Señor,” dijo Blue, yendo a la segunda página de su carta.

Joe se volvió hacia su amigo. “¿Qué?”

“Gerry se va a casar,” dijo Blue, pasando los dedos por su cabello rubio aclarado por el sol. “Con Jenny Lee Beaumont.”

Jenny Lee había sido la novia de Blue en la secundaria. Era la única mujer de la que Blue había hablado alguna vez –la única lo suficientemente especial para mencionar.

Joe intercambió una larga mirada con Harvard.

“Jenny Lee Beaumont, ¿eh?” dijo Joe.

“Correcto.” Asintió Blue, su rostro cuidadosamente inexpresivo. “Gerry va a casarse con ella. El próximo Julio. Quiere que sea su padrino.”

Joe maldijo suavemente.

“Tú ganas,” concedió Harvard. “Tu correo es mucho mas deprimente que el mío.”

Joe sacudió su cabeza, agradecido por su propia falta de enredos con una mujer. Seguro, había tenido novias a través de los años, pero nunca había conocido a nadie de quien no pudiera alejarse.

No es que no le gustaran las mujeres, porque le gustaban. Ciertamente le gustaban. Y las mujeres con las que normalmente salía eran inteligentes y divertidas y tan rápidas para rehuir compromisos permanentes como él. Veía a su actual amiga en ocasionales licencias de fin de semana, y a veces en las noches cuando estaba en la ciudad y libre.

Pero nunca, jamás le había dado a una mujer un beso de buenas noches –o buen día, como normalmente era el caso– y luego vuelto a la base y sentado por ahí soñando despierto de la forma en que Bob y Wesley habían babeado por esas chicas universitarias que habían conocido en San Diego. O de la forma en que Harvard había suspirado por esa bióloga marina hawaiana que se había encontrado en Guam. ¿Cuál era su nombre? Rachel. Harvard aún tenía esa mirada de perrito apaleado en sus ojos marrones cada vez que su nombre surgía.

La verdad era que Joe había sido afortunado –nunca se había enamorado. Y esperaba que su suerte se mantuviera. Estaría bien para él si iba por la vida sin esa experiencia en particular, muchas gracias.

Joe empujó la tapa de la heladera portátil con un pie descalzo. Alargó la mano dentro del agua helada para sacar una cerveza, luego se congeló.

Se enderezó, oídos agudizados, ojos explorando el horizonte hacia el este.

Luego lo escuchó nuevamente.

El sonido de un helicóptero distante. Protegió sus ojos del sol, mirando hacia la costa de California, de donde el sonido estaba viniendo.

Silenciosamente, Harvard y Blue se pusieron de pie, moviéndose para pararse a su lado. Silenciosamente, Harvard le pasó a Joe los binoculares que habían sido guardados en uno de los armarios para el equipo.

Un veloz giro del cuadrante hizo que las poderosas lentes enfocaran.

El helicóptero era solo un pequeño punto negro, pero se estaba haciendo más grande con cada segundo que pasaba. Sin lugar a dudas se estaba dirigiendo directamente hacia ellos.

“¿Ustedes chicos tiene sus buscapersnas?” preguntó Joe, rompiendo el silencio. Él se había quitado su propio beeper después de que este –y él– hubieran sido empapados con un cubo lleno de carnada y agua de mar.

Harvard asintió. “Si, señor.” Bajó la mirada al beeper que vestía adjunto a su cinturón. “Pero estoy limpio.”

“El mío no sonó tampoco, Cat,” dijo Blue.

En los binoculares, el punto negro asumió un claro contorno. Era un pájaro de la armada, un Black Hawk, UH-60A. Su velocidad de crucero era cerca de doscientos setenta y cinco kilómetros por hora. Se estaba acercando a ellos, y rápido.

“¿Alguno de ustedes está en algún problema del que deba saber?” preguntó Joe.

“No, señor,” dijo Harvard.

“Negativo.” Blue miró a Joe. “¿Qué hay de ti, Teniente?”

Joe negó con la cabeza, aún observando al helicóptero por los binoculares.

“Esto es raro,” dijo Harvard. “¿En qué clase de apuro están, que no pueden llamarnos al buscapersnas y hacer que volvamos a puerto?”

“Un apuro malditamente grande,” dijo Joe. Dios, ese Black Hawk realmente se podía mover. Alejó los binoculares de su rostro cuando el helicóptero siguió agrandándose.

“No es la Tercera Guerra Mundial,” comentó Blue, sus problemas con Jenny Lee temporalmente olvidados. Tuvo que alzar la voz para ser oído sobre el helicóptero que se aproximaba. “Si fuera la Tercera Guerra Mundial, no gastarían un Hawk en tres pésimos SEALs.”

El helicóptero dio vueltas y luego quedó suspendido en el aire directamente sobre ellos. El sonido de las cuchillas era ensordecedor, y la fuerza del viento hacía que el pequeño bote se inclinara y bamboleara. Los tres hombres aferraron la barandilla para mantener el equilibrio.

Entonces una cuerda para escalar fue arrojada por la puerta abierta de la cabina del helicóptero. Esta, también, se balanceó en el viento de las cuchillas del helicóptero, golpeando a Joe directamente en el pecho.

“Teniente Joseph P. Catalanotto,” una distorsionada voz anunció por un altavoz. “Su licencia en tierra firme ha terminado.”

Verónica St. John entró a su habitación de hotel, luego se reclinó con cansancio

contra la puerta cerrada.

Eran solo las nueve en punto –temprano para los estándares diplomáticos. De hecho, si las cosas hubieran ido de acuerdo a lo planeado hoy, aún estaría en la recepción para el Príncipe Tedric en la embajada de Ustanzia. Pero las cosas no habían ido de acuerdo a lo previsto, empezando con el intento de asesinato en el aeropuerto.

Había recibido una llamada del presidente de los Estados Unidos, agradeciéndole oficialmente, en nombre de las personas americanas, por salvar la vida del Príncipe Tedric. No había esperado eso. Que mal. Si hubiera estado esperando que el hombre en la Casa Blanca llamara, podría haber estado preparada para pedir su ayuda en localizar los archivos personales de este misterioso teniente naval que se parecía tanto al príncipe coronado de Ustanzia.

Nadie, repito nadie con quien había hablado había sido capaz de ayudarla a encontrar los archivos que quería. El Departamento de Defensa la envió a la Armada. Los representantes de la Armada le dijeron que todos los archivos SEAL estaban en la División de Fuerzas Especiales. La empleada de las Fuerzas Especiales fue tan clandestina y poco servicial como la asistente personal de James Bond podría haber sido. La mujer ni siquiera comprobaría que Joseph Catalanotto existía, mucho menos si los archivos personales del hombre estaban en la Oficina de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos.

Frustrada, Verónica había ido de regreso al Senador McKinley, esperando que él pudiera usar su influencia para obtener un fax de los archivos de Catalanotto. Pero incluso al poderoso senador le dijeron que, por razones de seguridad, los archivos personales de un Navy SEAL nunca, repito nunca, eran enviados vía facsímil. Había sido una proeza mayor simplemente hacer que enviaran por fax una foto del teniente. Si McKinley quería ver el archivo personal de Joseph P. Catalanotto, necesitaría hacer un pedido formal, por escrito. Después que el pedido fuera recibido, se necesitarían los obligatorios tres días para que los archivos fueran censurados para su –y el de la Srta. St. John– nivel de autorización.

Tres días.

Verónica no quería descubrir los más profundos, oscuros secretos militares del Teniente Catalanotto. Todo lo que quería saber era de dónde venía el hombre –en qué parte del país había crecido. Quería saber la procedencia de su familia, su nivel de educación, su coeficiente intelectual y los resultados de las pruebas de personalidad y psicológicas realizadas por las fuerzas armadas.

Quería saber, con total frenesí, un obstáculo de que tamaño iba a ser este Navy SEAL para hacer el trabajo.

Hasta ahora, solo sabía su nombre, que lucía como una versión más tosca, más salvaje de Tedric Cortere, que sus hombros eran muy anchos, que cargaba un arma M60 como si fuera un gran trozo de pan, y que tenía una agradable sonrisa.

No tenía ni una pista de si sería capaz de engañar al público americano para que pensara que él era un príncipe europeo. Hasta que conociera a este hombre, no podía siquiera suponer cuanto trabajo iba a tomar transformarlo. Sería mejor tratar de no pensar en eso.

Pero si no pensaba en este trabajo cerniéndose sobre ella, terminaría pensando sobre la niña en el hospital de Saint Mary, una niñita llamada Cindy que le había enviado al príncipe una carta hacía casi cuatro meses –una carta que Verónica había rescatado del real cubo de basura de Tedric. En la carta, Cindy –apenas de diez años– le había dicho al Príncipe Tedric que había escuchado que estaba planeando un viaje a los Estados Unidos. Le había pedido, si iba a estar en el área de Washington D.C., que por favor fuera a visitarla ya que ella no podía ir a verlo a él.

Verónica había terminado pasando por sobre el príncipe –directamente al Rey Derrick– y había puesto la visita a Saint Mary en el calendario oficial de visita.

¿Pero ahora que?

La visita completa tendría que ser reorganizada y vuelta a planear, y era probable que Saint Mary y la pequeña Cindy cayeran, ignorados, entre las grietas.

Verónica sonrió tensamente. No si ella tenía algo que decir sobre ello.

Con un suspiro, se quitó los zapatos de una patada.

Señor, si que estaba adolorida.

Afrontar a la realeza podía agotar verdaderamente a una persona, pensó, permitiéndose una triste sonrisa. Después del intento de asesinato, había corrido sobre pura adrenalina durante cerca de seis horas seguidas. Después de que eso se agotara, se mantuvo estimulada con café –caliente, negro y fuerte.

Ahora mismo lo que necesitaba era una ducha y una siesta de dos horas.

Sacó su camisón y bata de la maleta que todavía no había encontrado tiempo de desempacar, y los arrojó sobre la cama mientras casi se tambaleaba dentro del cuarto de baño. Cerró la puerta y abrió la ducha mientras se quitaba el traje y la blusa color crema que vestía debajo. Le hizo un agujero a las medias cuando se las quitó, y las arrojó directamente al cubo de basura. Habían sido dos pares de medias agujereadas hoy. El primer par, las que vestía en el aeropuerto, habían quedado totalmente destruidas.

Verónica se lavó rápidamente, sabiendo que cada minuto que pasaba en la ducha era un minuto menos que podría dormir. Y con el Teniente Joseph P. Catalanotto por llegar en cualquier momento después de la medianoche, iba a necesitar cada segundo de esa siesta.

Aún así, eso no evitó que cantara e intentara enjuagar los dolores y contracturas de su espalda y hombros. Cantar en la ducha era un hábito de la niñez. Entonces, como ahora, los momentos que pasaba sola en la ducha estaban entre los pocos pedacitos de tiempo que tenía para realmente relajarse y evadirse. Comprobó la acústica de este cuarto de baño en particular con una entusiasta interpretación del último hit de Mary Chapin Carpenter.

Cerró el agua, aún cantando, y se secó con una toalla.

Su bata estaba colgando en la parte trasera de la puerta del cuarto de baño, y extendió la mano para agarrarla.

Y dejó de cantar, en medio de una nota.

Había dejado la bata en el dormitorio, sobre la cama. No la había colgado en la puerta.

“No... tienes razón. No estás sola,” dijo una ronca voz masculina desde el otro lado de la puerta del cuarto de baño.

Capítulo 3

El corazón de Verónica casi dejó de latir, y ella embistió contra la puerta y giró el cerrojo.

“Me imaginé que no sabías que estaba en tu habitación,” continuó la voz mientras Verónica rápidamente se deslizaba dentro de su blanca bata de toalla. “También me imaginé que probablemente no apreciarías salir del cuarto de baño con solo una toalla encima –o menos. No con una audiencia, al menos. Así que puse tu bata en la parte trasera de la puerta.”

Verónica apretó el cinturón y aferró las solapas de la bata más juntas. Inhaló

profundamente, luego dejó salir el aire con lentitud. Eso la calmó y evitó que su voz temblara. “¿Quién es usted?” preguntó.

“¿Quién eres tú?” la voz contrarrestó. Era rica, ronca, y enlazada con más que un rastro de clase obrera de Nueva York. “Me trajeron aquí y me dijeron que esperara, así que esperé. He sido traído a empujones de una costa a la otra como algún paquete nocturno de Federal Express, solo que nadie tenía ninguna explicación de por qué o siquiera a quién estoy esperando ver. Ni siquiera supe que mi punto de inserción era el Distrito de Columbia hasta que el jet aterrizó en Andrews. Y ya que me estoy quejando puedo también decirte que estoy cansado, hambriento y mis pantalones cortos no se las han arreglado para secarse en las pasadas diez horas, una situación que me pone muy, muy irritable. Estoy malditamente cerca de vender mi alma para meterme en esa ducha de la que acabas de salir. Mas allá de eso, estoy seguro de que estoy encantado de conocerte.”

“¿Teniente Catalanotto?” preguntó Verónica.

“Bingo,” dijo la voz. “Nena, acabas de contestar tu propia pregunta.”

¿Pero lo había hecho? “¿Cuál es su primer nombre?” preguntó con cautela.

“Joe. Joseph.”

“¿Segundo nombre?”

“Paulo,” dijo él.

Verónica abrió la puerta del cuarto de baño.

Lo primero que notó del hombre fue su tamaño. Era grande –más alto que el Príncipe Tedric por unos cinco centímetros y más pesado que él en puro músculo por unos buenos, sólidos diez kilos. Su cabello oscuro estaba cortado mucho más corto que el de Tedric, y tenía una barba de al menos dos días oscureciendo su rostro.

No lucía tan exactamente igual al príncipe como había pensado cuando vio su fotografía, comprendió Verónica, estudiando el rostro del hombre. En una inspección más cercana, su nariz era ligeramente diferente –había sido rota, probablemente más de una vez. Y, si era posible, los pómulos de este teniente naval lucían incluso más exóticos que los de Tedric. Su barbilla era ligeramente más cuadrada, más testaruda que la del príncipe. Y sus ojos... cuando él devolvió su inquisitiva mirada, sus párpados cayeron medio camino sobre sus extraordinariamente líquidos ojos marrones, como si estuviera tratando de esconder sus más íntimos secretos de ella.

Pero esas diferencias –incluso las diferencias de tamaño entre los dos hombres– eran muy sutiles. No serían notadas por alguien que no conociera muy bien al Príncipe Tedric. Esas diferencias ciertamente no serían notadas por la colección de embajadores y diplomáticos con los que Tedric tenía programado encontrarse.

“De acuerdo al nombre en la etiqueta de tu maleta, tienes que ser Verónica St. John, ¿correcto?” dijo él, pronunciando su nombre de la manera americana, como si fueran dos palabras, Saint y John.

“Sinjin,” dijo ella distraídamente. “No se dice Saint John, se dice ‘Sinjin’.”

El la estaba mirando, examinándola en la misma forma en que ella lo había mirado. La intensidad de su mirada la hizo sentirse desnuda. Lo que, por supuesto, debajo de su bata, era cierto.

Pero él no ganaba tampoco ningún premio por la ropa que tenía puesta. Por lo que parecía, a su remera le habían quitado las mangas a la fuerza sin la ayuda de una tijera, sus pantalones de faena de la armada habían sido cortados hasta convertirlos en andrajosos pantalones cortos, y en los pies llevaba un par de sucios zapatos de lona sin medias. Lucía como si no se hubiera bañado en varios días, y, el Señor la ayudara, olía de esa forma, también.

“Dios Querido,” dijo Verónica en voz alta, asimilando todos los pequeños detalles que

se había perdido al principio. No tenía puesto un cinturón. En cambio, un trozo de cuerda bastante gruesa estaba pasado a través de las presillas de sus pantalones, y atada en alguna clase de nudo al frente. Tenía un tatuaje –un ancla naval– en el bíceps izquierdo. Sus dedos estaban ennegrecidos con manchas de grasa, sus uñas eran cortas y desiguales –muy distinto de las cuidadosamente manicuradas manos del Príncipe Tedric. Señor, si tenía que empezar por enseñarle a este hombre lo básico de la higiene personal, no había forma en que pudiera hacerse pasar por un príncipe dentro del límite de tres días.

“¿Qué?” dijo él con un ceño. Su voz con un matiz defensivo y ojos oscurecidos. “¿No soy lo que esperabas?”

Ella no pudo negarlo. Había esperado que el teniente llegara vistiendo un uniforme de gala, rígido y almidonado y perfectamente militar –y oliendo un poco más humano y un poco menos como un mamífero marino de la vida real. Sin palabras, sacudió la cabeza con negación.

Joe miró silenciosamente a la chica. Ella lo observaba, también, sus ojos tan grandes y azules contra la palidez de porcelana de su piel. Era difícil para él decir el color de su cabello –estaba mojado. Colgaba, mojado y oscuro, a los lados de su cabeza y cuello.

Rojo, supuso. Probablemente era de algún tono de rojo, quizás incluso rubio fresa, probablemente rizado. Aún así, si realmente había un Dios y era verdaderamente justo, ella tendría anodino cabello lacio, quizás del color del lodo. No parecía justo que esta muchacha tuviera riqueza, un trabajo poderoso, modales refinados, un par de hermosos ojos azules y cabello rojo rizado.

Sin maquillaje, su rostro parecía alarmantemente joven. Sus facciones eran delicadas, casi frágiles. No era especialmente bonita, al menos no en el sentido convencional. Pero sus pómulos eran altos, exhibiendo enormes ojos de azul cristalino. Y sus labios estaban exquisitamente formados, su nariz era pequeña y elegante.

No, no era bonita. Pero era increíblemente atractiva en una forma que no podía siquiera empezar a explicar.

La bata que tenía puesta era demasiado grande para ella. Atraía la atención a su delgada figura, acentuando sus esbeltas muñecas y tobillos.

Parecía una niña jugando a vestirse con las ropas de su mami.

Que gracioso, por el corte y estilo de los trajes ejecutivos que habían sido pulcramente empacados en la maleta, Joe había esperado que esta Verónica St. John – o “Sinjin”, como ella lo había pronunciado con su ligero, extremadamente adinerado acento británico de clase alta– fuera, bueno... menos joven. Había esperado a alguien en la mitad de los cuarenta al menos, quizás incluso mayor. Pero esta muchacha no podía tener ni un día más que veinticinco años. Diablos, parada ahí de esa forma, recién salida de la ducha, aún goteando agua, parecía apenas de dieciséis.

“Tú no eres lo que esperaba, tampoco,” dijo Joe, sentándose al borde de la cama. “Así que supongo que eso nos deja empatados.”

Sabía que la estaba poniendo nerviosa, sentado ahí de esa forma. Sabía que ella se estaba poniendo nerviosa de que él ensuciara la colcha, nerviosa de que dejara el persistente olor a pescado –provocado por el apestoso cubo que Blue había volcado más temprano esa mañana. Diablos, él mismo estaba nervioso por eso.

Y maldición, eso sí que lo ponía furioso. Esta muchacha era de alguna forma responsable de sacarlo a rastras de su licencia en tierra firme. Era de alguna forma responsable por el modo en que había sido llevado urgentemente a través del país sin una ducha o un cambio de ropas. Diablos, probablemente era su culpa que él estuviera en este hotel cinco estrellas vistiendo sus desgarradas y malolientes ropas, sintiéndose

totalmente fuera de su liga.

No le gustaba sentirse así. No le gustaba la apenas oculta repugnancia que podía ver en los ojos de esta niña rica. No le gustaba que le recordaran que no encajaba en este opulento mundo suyo –un mundo lleno de dinero, poder y clase.

No es que quisiera encajar, no duraría más que unos pocos meses en un lugar como este. Prefería su propio mundo –el mundo de los Navy SEALs, donde un hombre no era juzgado por el tamaño de su billetera, o el precio de su educación, o el corte de sus ropas. En su mundo, un hombre era juzgado por sus acciones, por su perseverancia, por su lealtad y resistencia. En su mundo, un hombre que había logrado entrar a los SEALs era tratado con honor y respeto –a pesar de la forma en que luciera. U olierá.

Se reclinó hacia atrás en la gran, extravagante cama de cinco estrellas, apoyándose en los codos. “Quizás puedas darme alguna clase de pista de qué estoy haciendo aquí, cariño,” dijo, viéndola hacer una mueca ante su término cariñoso. “Tengo bastante maldita curiosidad.”

Los ojos de la niña rica se agrandaron, y en verdad olvidó lucir desdeñosa por unos minutos. “¿Está tratando de decirme que nadie le dijo nada?”

Joe se sentó. “Eso es exactamente lo que estoy diciendo.”

Ella sacudió la cabeza. Su cabello empezando a secarse, y era definitivamente rizado. “Pero eso es imposible.”

“Imposible no lo es, corazón,” dijo él. Una doble mueca esta vez. Una por la mala gramática, la otra por el “corazón.” “Estoy aquí en D.C. sin el resto de mi equipo, y no se por qué.”

Verónica se giró abruptamente y fue a la sala de la suite del hotel. Joe la siguió más lentamente, reclinándose contra el marco de la puerta y observando mientras ella escudriñaba en su maletín.

“Se suponía que tenía que encontrarse con...” sacó un bloc amarillo legal de su maletín y fue hacia una página en la parte trasera “... ¿un Almirante Forrest?” Levantó la vista y lo miró casi esperanzadamente.

El Teniente naval simplemente se encogió de hombros, aún observándola. Señor, si que era apuesto. A pesar de las capas de suciedad y su oscura, ceñuda expresión, era, como el Príncipe Tedric, casi imposiblemente buen mozo. Y este hombre casi goteaba una inconsciente virilidad que Tedric ni siquiera empezaba a poseer. Era extremadamente atractivo bajo toda esa mugre –si ella fuera del tipo que iba por la clase de hombre indomado, de corte tosco.

Lo que, por supuesto, Verónica no era. Los del tipo peligroso, chico malo, nunca habían hecho que su corazón latiera más rápido. Y si su corazón parecía estar martillando ahora, bueno, era seguramente del susto que le había dado antes.

No, ella no era del tipo que se sentía atraída por bíceps duros como el acero y hombros anchos, una áspera sombra de barba de las cinco en punto, un bronceado tropical, una sonrisa que derretía, e increíbles ojos marrones de dormitorio. No. Definitiva, positivamente no.

Y si le dedicaba una segunda mirada, era solo para verificar el hecho de que el Teniente Joseph P. Catalanotto no iba a ser confundido por un visitante real europeo.

No hoy, en todo caso.

Y no mañana. Pero, por el bien de Wila, por su propia carrera, y por la pequeña Cindy en Saint Mary, Verónica iba a velar porque en dos días a partir de ahora, Joe fuera un príncipe.

Pero primero lo primero. Y lo primero definitivamente incluía volver a ponerse ropa, especialmente desde que el Teniente Catalanotto no estaba intentando ocultar una muy, muy masculina apreciación en sus ojos cuando la miraba.

“¿Por qué no se sirve algo para beber?,” dijo Verónica, y la mirada de Joe parpadeó por la suite, hacia el elaborado bar que estaba colocado al otro lado de la habitación. “Déme un minuto para vestirme,” agregó ella. “Luego intentaré explicar por qué está aquí.”

Él asintió.

Pasó a su lado, consciente de que él aún la estaba observando hasta el momento en que cerró la puerta del dormitorio a su espalda.

El acento del hombre era atroz. Gritaba de la ciudad de Nueva York –clase obrera de la ciudad de Nueva York. Pero bien. Con un poco de ingenio, con el adecuado itinerario y planeamiento, Joe no tendría que pronunciar ni una simple palabra.

Su postura, no obstante, era una historia completamente distinta. Tedric permanecía recto como una baqueta. El Teniente Catalanotto, por otro lado, se encorvaba continuamente. Y caminaba con una clase de relajado pavoneo que no era para nada principesco. ¿Cómo diablos iba a enseñarle a pararse y sentarse derecho, mucho menos a caminar con esa peculiar, estirada, principesca forma de andar que Tedric había perfeccionado?

Verónica sacó ropa interior limpia y otro par de medias –número tres del día– de su maleta. Su traje azul oscuro estaba cerca de la parte de arriba de la maleta, así que lo sacó, luego deslizó sus cansados pies dentro de un par de zapatillas a juego. Una pizca de maquillaje, una rápida cepillada por su casi seco cabello...

Guantes cubrirían sus manos, pensó, su mente yendo a un kilómetro por minuto. Incluso si esa grasa de motor no se lavaba, podía ser ocultada por un par de guantes. Tedric mismo vestía seguido un par de guantes blancos. Nadie pensaría que eso era extraño.

El cabello de Joe era un tema completamente distinto. Tenía el cabello corto, mientras el de Tedric caía en ondas por debajo de sus hombros.

Podrían conseguir una peluca para Joe. O extensiones. Si, extensiones sería incluso mejor, y más fácil de mantener. Siempre que Joe se sentara quieto el tiempo suficiente para que se las pusieran...

Iba a funcionar. Iba a funcionar.

Respirando profundamente y alisando la chaqueta de su traje, Verónica abrió la puerta y volvió a la sala.

Y se detuvo inmediatamente.

La sala de su suite estaba positivamente atestada.

El Senador McKinley, tres diferentes embajadores Ustanzianos, un hombre mayor que vestía un uniforme militar de gala cubierto de medallas, una docena de agentes de seguridad FInCOM, el Príncipe Tedric y su séquito entero permanecían congelados mirando a Joe Catalanotto con fijeza, quien se había puesto de pie frente al sofá. La tensión en la habitación podría haber sido cortada con un cuchillo.

El hombre de uniforme era el único que hablaba. “Que bueno ver que te vestiste para la ocasión, Joe,” dijo con una risa ahogada.

Joe se cruzó de brazos. “Los tipos que me trajeron se olvidaron de traer mi guardarropa,” dijo él secamente. Luego sonrió. Era una sonrisa genuina, sincera, que le dio calidez a su rostro y tocó sus ojos. “Es bueno verlo, Almirante.”

Joe miró por la habitación, su mirada aterrizando sobre el rostro del Príncipe Tedric. Tedric estaba mirándolo como si fuera una rata que se había escurrido dentro de la habitación de hotel desde la calle debajo.

La sonrisa de Joe se marchitó, y fue reemplazada por otro ceño. “Bueno,” dijo. “Seré condenado. Si no es otro que mi gemelo malvado.”

Verónica rió. No pudo evitarlo. Simplemente salió burbujeando. Se mordió el

interior de la mejilla, y casi se puso las manos sobre la boca. Pero nadie pareció notarlo –nadie salvo Joe, quién la miró con sorpresa.

“¿No sabes con quién estas hablando, joven? Este es el príncipe coronado de Ustanzia,” le dijo severamente el Senador McKinley a Joe.

“Se condenadamente bien con quien estoy hablando, Señor,” dijo Joe tensamente. “Soy la clase de tipo que nunca olvida un rostro –especialmente cuando lo veo cada mañana en el espejo. Mi equipo de SEALs sacó el lamentable trasero de este bastardo de Bagdad.” Se volvió hacia Tedric. “¿Te mantienes libre y despejado de zonas de guerra estos días, Ted, asqueroso bastardo?”

Todos en la habitación, con la excepción de Joe y el aún sonriente Almirante, contuvieron la respiración con asombro. Verónica estaba asombrada de que sus oídos no hubieran estallado por la repentina caída de la presión del aire.

El rostro del príncipe coronado se volvió de un interesante matiz de morado real. “¿Cómo te atreves?” jadeó.

Joe pareció crecer al menos un metro de altura y cincuenta centímetros de ancho. Dio un paso o dos hacia Tedric, y todos en la habitación –con excepción del Almirante– se echaron hacia atrás.

“¿Cómo te atreves tu a ponerte en una situación en la que mis hombres tuvieron que arriesgar sus vidas para sacarte?” Joe casi gruñó. “Uno de mis hombres pasó meses en cuidado intensivo por tu culpa, montaña de basura. Te lo diré ahora mismo, eres condenadamente afortunado –condenadamente afortunado– de que no muriera.”

La mortífera mirada en los ojos de Joe era suficiente para que incluso el más valiente de los hombres temblara con miedo. Todos ellos eran afortunados de que el amigo de Joe no hubiera muerto, pensó Verónica con un estremecimiento, o en otro caso habrían presenciado un asesinato. Y al contrario del intento de asesinato de la mañana, no tenía dudas de que Joe tendría éxito.

“Mon Dieu,” dijo Tedric, escondiendo el hecho de que sus manos estaban temblando cambiando a su francés nativo y volviéndose con arrogancia hacia sus ayudantes. “Esta... esta... criatura es más insolente de lo que recordaba. Obviamente no podemos arriesgarnos a sacarlo en público, haciéndose pasar por mí. Avergonzaría mi herencia, a todo mi país. Envíenlo de regreso a la roca debajo de la cual salió arrastrándose. No hay otra opción. Cancelen la visita.”

Al otro lado de la habitación, uno de los asistentes del senador tradujo rápidamente el francés de Tedric al inglés, susurrando al oído de McKinley.

Con una exclamación, el príncipe fue airadamente hacia la puerta, llevándose consigo las esperanzas del Senador McKinley para un precio más bajo del petróleo y los sueños de Wila de seguridad económica para su país.

Pero McKinley se movió con rapidez, e interceptó al Príncipe Tedric antes de que alcanzara la puerta.

“Su Alteza,” dijo McKinley tranquilizadamente. “Si hablaba en serio sobre obtener los fondos para los pozos petroleros...”

“Es un monstruo,” proclamó Tedric en voz alta en francés. El asistente de McKinley tradujo discretamente para el senador. “Incluso la Srta. St. John no puede convertir a semejante monstruo en un príncipe.”

Al otro lado de la habitación, Joe observó a Verónica apresurarse hacia el príncipe y el Senador McKinley y empezó a hablar en voz baja. Convertir a un monstruo en un príncipe, ¿eh?, pensó.

“Siempre supiste como darle vida a una fiesta, hijo.”

Joe se volvió para ver al Almirante Michael “Mac” Forrest sonriéndole. Le dirigió al hombre mayor un seco saludo.

El familiar rostro correoso del Almirante se arrugó en una sonrisa. "Termina con las tonterías, Catalanotto," dijo. "¿Desde cuando empezaste a saludar? Por el amor de Dios, hijo, estréchame la mano en cambio."

El cabello sal y pimienta del Almirante había subido otro tono de blanco, pero salvo por eso, el hombre mayor lucía saludable y en forma. Joe sabía que Mac Forrester, un ex SEAL él mismo, aún pasaba sólidas horas cada día en EF –entrenamiento físico– a pesar del hecho de que necesitaba un bastón para caminar. Incluso desde que Joe lo conoció, la pierna izquierda del Almirante había sido más corta que la derecha, cortesía del enemigo durante la guerra de Vietnam.

El apretón de manos de Mac fue fuerte y sólido. Con su otra mano, palmeó a Joe en el hombro.

"Ha pasado casi un año y no has cambiado en lo más mínimo," anunció el Almirante Forrest después de echarle una ojeada a Joe. El hombre mayor arrugó su nariz. "Incluyendo tus ropas. Jesse saltarán, ¿de que agujero te sacamos?"

"Estaba de licencia," dijo Joe con un encogimiento de hombros. "Estaba ayudando a Blue a sacar un atún considerable y el cubo de carnada se derramó sobre mi. Los chicos en el Black Hawk no me dieron la oportunidad de detenerme en mi departamento para tomar una ducha y recoger un cambio de ropas."

"Si." Los ojos azules del almirante brillaron. "Estábamos en una gran prisa por traerte aquí, en caso de que no lo notarás."

"Lo noté," dijo Joe, cruzando sus brazos. "Asumo que estoy aquí para hacerle alguna clase de favor a él." Con su barbilla, Joe hizo un gesto al otro lado de la habitación hacia el Príncipe Tedric, quién estaba aún en una profunda discusión con el Senador McKinley y Verónica.

"Algo me dice que no estas feliz con la idea de hacerle algún favor a Tedric Cortere," comentó Mac.

"Condenadamente cierto," dijo Joe, agregando, "señor. Ese bastardo casi hizo que mataran a Frisco. Estábamos saliendo de Bagdad con un escuadrón de soldados iraquíes en nuestros talones. Frisco obtuvo un impacto directo. El chico casi se desangro a muerte. Lo que es quizás incluso peor, al menos a sus ojos, es que su rodilla fue casi malditamente destruida. El chico está en una silla de ruedas ahora, y luchando duro para salir."

Mac Forrest permaneció silencioso, simplemente dejando a Joe contar la historia.

"Habíamos alcanzado el punto de salida de Bagdad cuando el Príncipe Encantado de allí se negó a abordar el helicóptero. Finalmente tuvimos que arrojarlo dentro. Solo nos provocó una demora de treinta segundos, pero fue suficiente para ponernos dentro del rango de fuego de los soldados iraquíes, y ahí fue cuando Frisco recibió el impacto. Resultó que Su Real 'Dolor en el Trasero' se negaba a entrar en el pájaro porque no era lo bastante lujoso. Casi nos hizo matar a todos porque el interior de un helicóptero de combate no estaba pintado con los colores de la bandera de Ustanzia."

Joe miró con seguridad al almirante. "Así que siga adelante y repréndame, Mac," agregó. "Pero le advierto –no hay nada que pueda decir me haga hacerle algún favor a ese rastrero."

"No estoy tan seguro de eso, hijo," dijo Mac pensativamente, pasando su mano por la parte inferior de su rostro.

Joe frunció el ceño. "¿Qué está sucediendo?"

"¿Has visto las noticias últimamente?" preguntó Mac.

Joe lo miró por varios largos minutos. "¿Esta bromeando, verdad?"

"Solo pregunto."

"Mac, he estado en un helicóptero, un jet de transporte y un jeep esta noche.

Ninguno de ellos tenían entretenimiento en vuelo en la forma de las noticias de la tarde," dijo Joe. "Diablos, ni siquiera he visto un periódico en las pasadas dieciocho horas."

"Esta mañana hubo un intento de asesinato sobre Tedric."

Ajá. Ahora de repente todo tenía sentido. Joe asintió. "Cielos, señor," dijo. "I yo ya huelo como carnada. Que apropiado."

Mac se rió entre dientes. "Siempre tuviste una boca insolente, Catalanotto."

"¿Entonces cuál es el trato?" preguntó Joe. "¿Dónde voy a insertarme? ¿Ustanzia? O, oh alegría, ¿vamos a volver a Bagdad?"

Insertar. Era el término de las fuerzas especiales para ingresar –tanto a hurtadillas como por la fuerza– a un área de operaciones.

El almirante se sentó sobre el brazo del sofá. "Ya te has insertado, hijo," dijo. "Aquí en D.C. es donde te queremos –por ahora. Eso es, si puedo convencerte de que te ofrezcas voluntario para esta misión." Brevemente, delineó el plan para que Joe sustituyera al príncipe coronado por lo que quedaba de la visita Americana –al menos hasta que los terroristas hicieran otro intento de asesinato y fueran detenidos.

"Déjeme entender bien esto," dijo Joe, sentándose en el sofá. "Juego a disfrazarme con las ropas de Cortere –lo que es equivalente a pintarme un gigantesco blanco en la espalda, ¿correcto? ¿Voy a hacer esto para que los Estados Unidos obtengan más petróleo? Tiene que hacerlo mejor que eso, Mac. Y no empiece a hablar sobre proteger al Príncipe Ted, porque no me importa un maldito higo si ese bastardo permanece con vida el tiempo suficiente para tomar su real café y donas mañana a la mañana."

Mac miró al otro lado de la habitación, y Joe siguió la mirada del hombre mayor. Verónica estaba asintiendo al príncipe Tedric, su rostro serio. Rojo. Su cabello estaba seco, y era definitivamente rojo. Por supuesto. Tenía que ser rojo.

"¿Supongo que trabajar con Verónica St. John no sería un incentivo?" dijo Mac. "Tuve la oportunidad de conocerla hace varias semanas. Es realmente un melocotón de chica. Un sentido del humor sólido como una roca, aunque no necesariamente lo sabrías al mirarla. Bonita, también."

Joe negó con la cabeza. "No es mi tipo," dijo rotundamente.

"La señora Forrest no era mi tipo cuando recién la conocí," indicó Mac.

Joe se puso de pie. "Lo siento, Mac. Si eso es lo mejor que puede hacer, estoy fuera de aquí."

"Por favor," dijo Mac en voz baja, poniendo una mano sobre el brazo de Joe. "Estoy pidiendo un favor personal aquí, Teniente. Haz esto por mí." El almirante bajó la mirada al suelo, y cuando volvió a mirar a Joe, sus ojos azules eran acorados. "¿Recuerdas ese auto bomba se llevó un autobús lleno de marineros americanos en Londres hace tres años?"

Silenciosamente, Joe asintió. Oh, sí. Lo recordaba. El hijo de diecinueve años de Mac Forrest había sido uno de los chicos asesinados en esa explosión letal, detonada por una organización terrorista llamada La Nube de la Muerte.

"Mis fuentes en Inteligencia han soltado la pista de que los asesinos que están apuntando al Príncipe Tedric son los mismos terroristas que detonaron esa bomba," dijo el almirante. Su voz tembló ligeramente. "Es Diosdado y su maldita Nube de la Muerte otra vez. Los quiero, Teniente. Con tu ayuda, puedo atraparlos. Sin tu ayuda..." Sacudió su cabeza con desesperación.

Joe asintió. "Señor, ya tiene a su voluntario."

Dieron casi las dos y media de la mañana antes de que Verónica dejara la reunión de planeamiento.

Todos los jugadores de poder habían estado allí –el Senador McKinley, cuya sonrisa del millón de dólares hacia rato que se había marchitado; Henri Freder, el embajador Ustanziano; el Almirante Forrest, el militar de apariencia provocativa que Verónica había conocido varias semanas atrás en una recepción de la embajada en París; el severo Kevin Laughton, agente de la Comisión de Inteligencia Federal a cargo de la seguridad; y los cuatro ayudantes principales del Príncipe Tedric.

Se había decidido que el Príncipe Tedric debía ser sacado del hotel y llevado a una casa segura donde sería protegido por agentes FInCOM y los hombres del servicio secreto de Ustanzia. El marinero americano, Joe Catalanotto, simplemente se mudaría a la suite de Tedric en el décimo piso, para no levantar sospechas entre el personal del hotel y los huéspedes –o incluso entre los sirvientes y asistentes de menor categoría del príncipe, a quienes no se les informaría del cambio.

Después de convencer al príncipe de darle a Verónica St. John la oportunidad de trabajar con el marinero, McKinley había puesto a rodar la pelota. El Príncipe Tedric se había ido, para alivio de todos.

Verónica y el personal principal del príncipe estaban trabajando reorganizando el comienzo de la visita. La idea era organizar un programa que requiriera que Joe tuviera la menor cantidad de contacto posible con diplomáticos que pudieran reconocer que no era el verdadero príncipe. Y los agentes FInCON demostraran sus dos centavos de valor intentando establecer momentos y lugares para que Joe apareciera en público que proporcionaran a los asesinos con un obvio, claro objetivo sin poner a Joe en más peligro del necesario.

“¿Dónde está Catalanotto?” seguía preguntando el Almirante Forrest. “Debería estar aquí. Debería ser parte de este equipo de planeamiento de operaciones.”

“Con todo el debido respeto, Almirante,” Kevin Laughton, jefe de los FInCOM, dijo finalmente, “es mejor dejar las estrategias a los expertos.” Laughton era un hombre alto, impecablemente vestido, con cada hebra de su cabello castaño claro perfectamente en su lugar. Sus ojos azules eran fríos, y mantenía sus emociones cuidadosamente ocultas detrás de una cara de póquer.

“En ese caso, Señor Laughton,” dijo Forrest ácidamente, “Catalanotto definitivamente debería estar aquí. Y si usted presta la suficiente atención, señor, puede incluso aprender una cosa o dos de él.”

“¡De un teniente naval!”

“Joe Cat es un Navy SEAL, señor,” dijo Forrest.

Ahí estaba esa palabra otra vez. SEAL.

Pero Laughton no pareció impresionado. Parecía resignado. “Debería haber sabido que esto iba demasiado suavemente,” dijo con cansancio. Se volvió hacia Forrest. “Estoy seguro de que está familiarizado con la expresión, Almirante: Demasiados cocineros estropean el caldo.”

El almirante clavó al hombre más joven con una mirada decididamente fría. “Este hombre va a ser su carnada,” dijo. “¿Puede decirme honestamente que si los roles estuvieran invertidos, no querría estar en la etapa de planeamiento?”

“Si,” replicó Laughton. “Puedo.”

“Basura.” Forrest se puso de pie. Chasqueó sus dedos y uno de sus ayudantes apareció. “Trae a Joe Cat aquí,” ordenó.

El hombre disparó un tajante saludo. “Si, señor.” Se volvió bruscamente y desapareció.

Laughton estaba echando humo. "No puede pasar sobre mi rango. Soy un FInCOM..."

... "Confía en mi, hijo," interrumpió Forrest, sentándose nuevamente y recostándose en su silla. "¿Ves estas insignias en mi uniforme? No son solo lindos botones. Quieren decir que cuando yo digo 'alto', tú te detienes. Y si necesitas que aclare esa orden, estaré más que feliz de llamar a Bill y hacer que él te lo explique."

Verónica se mordió el interior de la mejilla para evitar sonreír. Por Bill, el almirante se estaba refiriendo al Presidente. De los Estados Unidos. La mirada en el rostro de Kevin Laughton no era una feliz.

El joven ayudante del almirante regresó y permaneció pacientemente en posición de firmes justo detrás de la silla de Forrest. Forrest inclinó su cabeza hacia atrás para levantar la vista hacia él, dándole permiso de hablar con un movimiento de cabeza.

"El Teniente Catalanotto no puede asistir a esta reunión, señor," dijo el ayudante. "Le están arreglando un diente, y... le están haciendo algo en el cabello, señor. Eso creo."

"Gracias, hijo," dijo Forrest. Se puso de pie, alejando su silla de la mesa de conferencias. "En ese caso, sugiero que pospongamos la reunión y continuemos en la mañana, cuando el Teniente Catalanotto pueda asistir."

"Pero..."

El almirante clavó a Laughton con una única mirada. "No me haga hacer esa llamada telefónica, señor," dijo. "Puedo haberlo expresado bastante casualmente, pero mi sugerencia de posponer fue una orden." Se enderezó y recogió su bastón. "Voy a darle una pequeña pista, Laughton, una pista que la mayoría de la gente normalmente aprende el primer día de entrenamiento básico. Cuando un oficial da una orden, la respuesta correcta es, 'Si, señor. En seguida, señor'."

Miró alrededor de la mesa, dirigiéndole a Verónica un rápido guiño antes de encaminarse hacia la puerta.

Ella recogió sus papeles y maletín y lo siguió, alcanzándolo en el corredor.

"Discúlpeme, Almirante," dijo. "No he tenido tiempo de hacer ninguna investigación –no he tenido tiempo ni de pensar –y estaba esperando que usted pudiera darme una pista. ¿Qué es exactamente un SEAL?"

El correoso rostro de Forrest se arrugó en una sonrisa. "Joe es un SEAL," dijo.

Verónica negó con la cabeza. "Señor, eso no es lo que quería decir."

La sonrisa de él se amplió. "Lo se," dijo. "Quieres que te diga que un Navy SEAL es el más fuerte, más inteligente, más mortal guerrero de todo el ejército de los Estados Unidos. Está bien. Ahí lo tienes. Un SEAL es lo mejor de lo mejor, y está entrenado para especializarse en guerras no convencionales." Su sonrisa se destiñó, lanzando sobre su rostro una severa, marcada sombra. "Déjame darte un ejemplo. El Teniente Catalanotto tomó seis hombres y fue un kilómetro y medio bajo las líneas enemigas durante la primera noche de Operación Tormenta del Desierto para rescatar a Tedric Cortere –quien fue lo bastante estúpido como para no salir de Bagdad cuando fue advertido del venidero ataque de los Estados Unidos. Joe Cat y su Escuadrón Alfa –son parte del Equipo SEAL Diez– entraron sin ser detectados, entre todas las bombas que estaban cayendo de los aviones estadounidenses, y sacaron a Cortere y tres ayudantes sin una simple víctima mortal."

El Almirante Forrest sonrió nuevamente cuando vio la expresión de descreimiento revolotear por el rostro de Verónica.

"¿Cómo diablos...?" preguntó ella.

"Con una carga de coraje," contestó él. "Y un infierno completo de muchísimo entrenamiento y habilidad. Joe Cat es un experto en explosivos, sabes, tanto

terrestres como submarinos. Y sabe todo lo que hay que saber sobre cerraduras y sistemas de seguridad. Es un mecánico de primera línea. Entiende a los motores de una forma que es casi espiritual. También es un experto francotirador, un agudo tirador con casi malditamente cualquier artillería sobre la que pueda poner sus manos. Y eso es solo la punta del iceberg, señorita. Si quieres que continúe, entonces mejor encontramos un lugar para sentarnos y ponernos cómodos, porque va a llevar un tiempo.”

Verónica intentó con fuerza conectar todo lo que acababa de escuchar con el sucio, descuidado, aparentemente inculto hombre que había aparecido en su habitación de hotel. “Ya veo,” dijo finalmente.

“No, no lo ves,” rebatió Forrest, una sonrisa suavizando sus palabras. “Pero lo harás. Lo mejor que puedes hacer es ir a buscar a Joe. Y cuando él te hable, escucha realmente. Sabrás enseguida lo que significa ser un SEAL.”

Joe estaba sentado en la silla portátil del peluquero, mirándose en el espejo de la habitación de hotel.

Parecía... diferente.

Un dentista había venido y arreglado el diente que se había astillado hacía tres años mientras estaba en una misión de entrenamiento y nunca había hecho arreglar.

Joe había dejado de notarlos después de un tiempo. Había hecho limar los bordes filosos el día del accidente, pero nunca había tenido el tiempo o la inclinación de hacer arreglar la maldita cosa.

El diente arreglado no era lo único diferente en él ahora. El oscuro cabello corto de Joe era unos quince centímetros más largo –y ya no era corto –gracias a las extensiones que el estilista de rostro cansado casi había terminado de colocar.

Era extraño, verse a sí mismo con cabello largo de esta forma.

Joe había dejado crecer su cabello antes, cuando le habían advertido con anticipación de operaciones secretas. Pero le gustaba tener el cabello corto. No era corto al estilo militar, simplemente de una longitud cómoda con la que era fácil lidiar.

El cabello largo se entrometía en el camino. Se metía en su boca, colgaba de su rostro, y se metía en los ojos en momentos inoportunos.

Y lo hacía parecerse a ese cobarde idiota, Tedric Cortere.

Lo que era precisamente el punto, en este momento.

Que Dios los ayudara, juró Joe, si esperaban que vistiera esos trajes de satén con los volantes fruncidos y adornos metálicos, y esos chillones anillos en los dedos. No. Que Dios lo ayudara a él. Este era un trabajo, y si los grandes jefes querían que se vistiera como un idiota, iba a tener que vestirse como un idiota. Le gustara o no.

Joe clavó la mirada en el espejo ante la opulencia de la habitación de hotel. Este sitio le daba escalofríos. Se sentía nervioso ante la posibilidad de romper o derramar o tocar algo que se suponía que no tenía que tocar. Y su nerviosismo realmente lo irritaba. ¿Por qué debería estar nervioso? ¿Por qué debería sentirse intimidado? Era solo una condenada habitación de hotel, por el amor de Dios. La única diferencia entre esta habitación y las habitaciones de hoteles baratos en los que se había hospedado cuando viajaba era que aquí la TV no estaba encadenada al piso. Aquí había un teléfono en el baño. Y las toallas eran gruesas y abundantes. Y las alfombras eran lujosas y limpias. Y el empapelado no estaba manchado, y las cortinas en verdad se cerraban completamente, y los muebles no estaban rotos y sin combinar. Oh si, y el precio por una noche de estadía –eso era diferente, también.

Diablos, este lugar era tan diferente de los lugares en los que normalmente se hospedaba como la noche lo era del día, se recordó Joe a sí mismo.

Pero la verdad era que deseaba estar hospedándose en un hotel barato. Al menos entonces podría yacer en la cama y poner los pies arriba sin tener miedo de arruinar la colcha. Al menos no se sentiría tan condenadamente fuera de su liga.

Pero estaba clavado aquí hasta que otro intento de asesinato fuera efectuado o hasta que la visita del príncipe a los Estados Unidos terminara en cinco semanas.

Cinco semanas.

Cinco semanas de sentirse fuera de lugar. De tener miedo de tocar algo.

"¡No lo toques!" aún podía escuchar a su madre decir, cuando era un niño, e iba con ella a sus viajes a Scarsdale, donde limpiaba casas que eran diez veces del tamaño de su diminuto departamento en Jersey City. "No lo toques, o escucharás a tu padre cuando llegue a casa."

Salvo que Joe no tenía un padre. Tenía un lote completo de padrastros y "tíos", pero no un padre. Aún así, quienquiera que estuviera temporalmente jugando la parte de viejo y querido papá en casa, habría saltado ante cualquier excusa para patear el insolente trasero de Joe.

Diablos, ¿qué andaba mal en él? No había pensado en esos "felices" recuerdos en años.

La puerta de la habitación se abrió con un clic casi inaudible y Joe se tensó. Levantó la vista, girando su cabeza y haciendo que el peluquero suspirara melodramáticamente.

Pero Joe había sido demasiado bien entrenado para dejar que alguien entrara a la habitación sin echarle una ojeada. No cuando se parecía más y más al hombre que había sido el blanco de un asesino justo esta mañana.

Era simplemente la consultora de medios. Verónica St. John.

No suponía ninguna amenaza.

Joe giró su cabeza, volviendo a mirar al espejo, esperando la ráfaga de alivio, la relajación de la tensión en sus hombros.

Pero nunca llegó. El lugar de relajarse, sintió como si todos sus sentidos estuvieran en alerta. Como si hubiera despertado de repente. Era como si estuviera por entrar en una situación de combate. Los colores del empapelado parecieron volverse más nítidos, más brillantes. Los sonidos del peluquero a su espalda parecieron más altos. Y su sentido del olfato aumentó al punto de captar el olorcillo del delicado perfume de Verónica St. John desde el otro de la habitación.

"Buen Dios," dijo ella con su fresca voz de ligero acento británico. "Luce... increíble."

"Bueno, gracias, cariño. Tu tampoco estás tan mal."

Ella se había movido a donde podía verla a su espalda en el espejo, y levantó la vista, encontrando sus ojos brevemente.

Ojos azules. Oh, nena, esos ojos eran azules. Azul eléctrico. Asombroso azul eléctrico.

Joe levantó la mirada hacia ella nuevamente y comprendió que la corriente de reconocimiento y atracción que se había disparado por su cuerpo había pasado por el de ella, también. Ella lucía tan sorprendida como él se sentía. Sorprendida, sin dudas, de que un tipo de su lado del camino pudiera atraer su mirada.

Excepto que él ya no lucía como él mismo. Lucía como el Príncipe Tedric.

Imagínate.

"Veo que tuvo la oportunidad de tomar una ducha," dijo ella, ya no encontrando sus ojos. "¿Sus ropas fueron llevadas a la lavandería?"

"Eso creo," dijo él. "Habían desaparecido cuando salí del cuarto de baño. Encontré esta bata de hotel... Apreciaría si pudieras pedirle al Almirante Forrest que enviara un

uniforme en la mañana. ¿Y quizás algunas medias y calzoncillos...?"

Verónica sintió sus mejillas empezar a calentarse. Señor, ¿qué andaba mal en ella? ¿Desde cuando la mención de ropa interior masculina hacía que su rostro se volviera rojo como el de una colegiala?

O quizás no era la mención de la ropa interior lo que la estaba haciendo ruborizarse. Quizás era el pensamiento de que este muy grande, muy carismático, muy apuesto, y muy, muy peligroso hombre estaba sentado aquí, sin absolutamente nada debajo de su bata blanca de felpa.

Por el destello en sus ojos marrón oscuro, era claro que él era capaz de leer su mente.

Usó cada gramo de su educación inglesa para mantener su voz fría y objetiva. "No hay necesidad, Su Majestad," dijo. "Vamos de aquí a su suite. Un sastre llegará pronto. Él le proveerá toda la ropa que necesitará para el curso de las próximas semanas."

"Wow," dijo Joe. "¡Wow, wow! Retrocede un poco, ¿quieres?"

"Un sastre," repitió Verónica. "Nos encontraremos con él en poco tiempo. Comprendo que es tarde, pero si no empezamos con..."

"No, no," dijo Joe. "Antes que eso. ¿Acabas de llamarme 'Su Majestad'?"

"Ya he terminado aquí," dijo el peluquero. En tono monocorde, con presteza enumeró una rápida lista de cosas que Joe podía y no podía hacer con las extensiones en su cabello. "Nadar: si. Ducha: si. Pasar un peine por su cabello: no. Tiene que ser cuidadoso de peinar solo sobre y debajo de las extensiones." Se giró hacia Verónica. "Tiene mi tarjeta si me necesita nuevamente."

"Busque al Sr. Laughton en su camino de salida," dijo Verónica mientras Joe se ponía de pie y ayudaba al hombre a plegar su silla portátil. "Él verá que le paguen."

Observó, esperando hasta que el peluquero hubo cerrado la puerta de la habitación herméticamente detrás de él. Luego se volvió hacia Joe.

"Su Majestad," dijo nuevamente. "Y Su Alteza. Y Su Excelencia. Tiene que acostumbrarse a eso. Es la forma en que se van a dirigir a usted."

"¿Incluso tú?" Joe estaba completamente inmóvil, los brazos cruzados sobre su pecho. Era como si temiera tocar algo. Pero eso era ridículo. Por la poca información que Verónica había sacado del Almirante Forrest, Joe Catalanotto, o Joe Cat como el almirante lo había llamado, no le tenía miedo a nada.

Cruzó la habitación para sentarse en uno de los sillones al lado de la ventana. "Si, incluso yo." Verónica hizo un gesto para que se sentara frente a ella. "Si pretendemos llevar a cabo esta farsa..."

"Tienes razón," dijo Joe, sentándose. "Tienes toda la razón. Necesitamos meternos completamente en el papel o los terroristas se olerán que algo no está bien." Sonrió irónicamente. "Es solo que, después de años de '¡Hey, tú!' o '¡Tú, hombre!' 'Su Majestad' es un poco desconcertante."

Las cejas de Verónica se movieron hacia arriba una fracción de centímetro. Imaginaba que ella estaría sorprendida. Probablemente pensaba que él no sabía ninguna palabra de cuatro sílabas.

Maldición, ¿qué tenía? No era bonita, pero... al mismo tiempo, lo era. Su cabello era extraordinario –la clase de suaves rizos por los que él amaba pasar sus dedos. Joe descubrió que sus ojos se veían arrastrados a su rostro, a su delicada, casi puntiaguda nariz, y sus hermosamente formados labios. Y esos ojos...

Su mirada se deslizó más abajo, hacia la chaqueta azul oscuro que cubría sus hombros, estrechándose en su esbelta cintura. Vestía una falda azul marino a juego que terminaba unos pocos centímetros por encima de sus rodillas, y aún así se las arreglaba para gritar decoro. Sus piernas educadamente cruzadas eran algo completamente distinto. Ni siquiera los robustos zapatos que vestía podían ocultar el hecho de que sus piernas eran largas y elegantes, y sensuales como el diablo –la clase de piernas con las que un hombre soñaba. Este hombre, al menos.

Joe sabía que ella era bien consciente de que la estaba estudiando. Pero se había apartado, pretendiendo buscar algo en su maletín, a propósito ignorando la atracción que él sabía era mutua.

Y entonces sonó el teléfono –un repentino, estridente sonido que rompió la tranquilidad.

“Discúlpeme un momento, por favor,” dijo Verónica, poniéndose de pie con elegancia y cruzando la habitación para contestar.

“¿Hola?” dijo ella, volviendo la mirada a Joe. Mientras ella miraba, él reclinó su cabeza hacia atrás y cerró sus ojos.

Gracias a Dios. Ya no podría desvestirla con ojos que estaban cerrados. Y con sus ojos cerrados, ella no tenía que temer que la calidez que se extendía por todo su cuerpo ante su desenmascarado interés se notara de alguna forma. El cielo la ayudara si este hombre tenía la más ligera idea de que podía hacer que su corazón latiera más fuerte con una simple mirada. Tenía bastante de que preocuparse sin tener que luchar con los avances amorosos de un marinero.

“El sastre ha llegado,” le dijo uno de los asistentes de Tedric. “¿Puedo preguntar cuanto tiempo más tardarán?”

“Subiremos en poco tiempo,” dijo Verónica. “Por favor, haga los arreglos para tener café disponible. Y algo para comer. Rosquillas. De chocolate.” El Teniente Joe Catalanotto parecía del tipo que comía rosquillas de chocolate. Todos ellos podrían ciertamente usar algo de azúcar extra para mantenerse despiertos.

Colgó el teléfono y cruzó la habitación hacia Joe. Su cabeza estaba aún inclinada hacia atrás, y sus ojos estaban cerrados. Se había desplomado en la silla como si no tuviera huesos en todo el cuerpo.

Estaba total, absoluta y profundamente dormido.

Verónica se sentó frente a él y se inclinó hacia delante, estudiando su rostro. Se había afeitado y de alguna forma se las había arreglado para sacarse toda la grasa y la suciedad en la ducha. Hasta sus manos estaban libres de mugre. Su cabello estaba limpio y ahora, con las extensiones, bastante largo. Para el ojo promedio, podría haberse parecido bastante al Príncipe Tedric, pero Verónica lo conocía mejor.

Tedric nunca había sido –y nunca sería– así de apuesto.

Había un filo en la apostura de Joe Catalanotto. Una rudeza, una definición, una honestidad que Tedric no tenía. Había algo vibrante en Joe. Estaba tan verdaderamente vivo, era tan vital, como si tomara cada momento y lo viviera de lleno. Verónica nunca antes había conocido a nadie como él.

Imaginate llevar un escuadrón de siete hombres profundamente bajo líneas enemigas, pensó, con bombas cayendo, nada menos. Imaginate tener el coraje y la confianza para arriesgar no solo la propia vida, sino otras seis vidas, también. Y luego imaginate realmente disfrutar del peligro.

Verónica pensó en los hombres que conocía, los hombres con los que solía trabajar. Tendían a ser tan completamente... cuidadosos. No es que no tomaran riesgos –a menudo lo hacían. Pero los riesgos que tomaban eran financieros o psicológicos, nunca físicos. Ni uno solo se pondría nunca en cualquier peligro físico verdadero. Una

cortada con papel era lo peor que podían esperar, y eso normalmente requería que los tomaran de la mano durante bastante tiempo.

La mayoría de los hombres lucían más suaves, menos imponentes cuando estaban dormidos, pero no Joe. Su cuerpo podía haber estado relajado, pero su mandíbula estaba fuertemente apretada, sus labios estirados en lo que era casi un gruñido. Debajo de los párpados, sus ojos se movían bruscamente de un lado a otro en sueño REM.

Dormía ferozmente, como si estos cinco minutos de descanso fueran todo lo que iba a tener durante los próximos días.

Era extraño. Muy extraño. Y fue más extraño aún cuando Verónica suspiró.

No fue un suspiro particularmente pesado, solo uno pequeño, en verdad. Ni siquiera muy sonoro.

Sin embargo, los ojos de Joe se abrieron y se sentó recto. Estuvo instantáneamente alerta, sin una pisca de fatiga en su delgado rostro.

Tomó un sorbo directamente de la lata de refresco que estaba colocada sobre la mesa revestida de vidrio y miró a Verónica fijamente, como si no hubiera estado completamente dormido meros segundos atrás. "¿Es hora de ver al sastre?" dijo él.

Ella estaba fascinada. "¿Cómo haces eso?" preguntó, inclinándose hacia delante ligeramente, buscando en sus ojos cualquier signo de aturdimiento. "Despertar con tanta rapidez, quiero decir."

Joe parpadeó y luego sonrió, claramente sorprendido ante su interés. La sonrisa era genuina, alcanzaba sus ojos y hacía que las líneas de risa alrededor de los mismos se profundizaran. Señor, era incluso más atractivo cuando sonreía de esa forma. Verónica se encontró devolviéndole la sonrisa, hipnotizada por la calidez de sus ojos.

"Entrenamiento." Se reclinó hacia atrás en la silla y la observó. "Los SEALS tomamos clases para estudiar patrones de sueño. Aprendemos a tomar siestas donde podamos."

"¿En serio?" Joe podía ver la diversión en sus ojos, la apenas restringida risa curvando las comisuras de su boca. Su expresión natural era una sonrisa, comprendió. Pero se había enseñado a sí misma a llevar esa seria fachada de negocios que tenía la mayor parte del tiempo. "¿Clases para aprender como dormir y despertar?" preguntó ella, dejando salir una risa.

¿Se estaba riendo de él o con él? Honestamente no podría decirlo, y sintió su propia sonrisa marchitarse. Maldición, ¿qué tenía esta mujer en particular que encontraba tan intimidante? Con cualquier otra mujer, habría asumido que la broma era compartida, y se habría sentido feliz de hacerla sonreír. Pero con esta...

Había atracción en sus ojos, si. Genuina atracción animal. La veía allí cada vez que miraba en su dirección. Pero también había cautela. Quizás incluso temor. No quería sentirse atraída por él.

Probablemente pensaba que no era lo bastante bueno para ella.

Maldita sea, era un Navy SEAL. No había nadie mejor. Si ella quería ignorar el fuego que estaba listo para encenderse entre ellos, entonces que así fuera. Ella perdía.

Él encontraría un montón de mujeres para distraerlo durante esta simple operación, y...

Con un siseo de seda, ella cruzó sus largas piernas. Joe tuvo que apartar la mirada.

Ella perdía. Era ella la que perdía. Salvo que cada célula de su cuerpo estaba gritando que el que perdía era él.

Bueno. Entonces la seduciría. La acosaría con vino –no, que sea esa cara champaña– y esperaría hasta que el calor que veía en sus ojos empezara a arder fuera de control. Sería así de fácil. Y luego... Oh, nena. No necesitaba mucho para

imaginarse sus manos en su suave cabello rojo, luego pasándolas por debajo de la delicada seda de su blusa, encontrado la suave, dulce plenitud de sus pechos. Podía imaginarse una de esas sensuales piernas envuelta alrededor de las suyas, mientras se apretaba fuertemente contra él, sus dedos estirándose en busca de la hebilla de su cinturón mientras él saqueaba su hermosa boca con su lengua y...

Seguro, podía ser así de fácil.

Pero otra vez, quizás no.

No tenía ninguna razón en absoluto para creer que una mujer como esta querría tener algo con él. Por la forma en que vestía y actuaba, Joe estaba dispuesto a apostar grandes cantidades a que ella no querría nada permanente con un tipo como él.

Verónica St. John –“Sinjin”, lo pronunciaba ella con ese acento de ricos –podía probablemente rastrear su línea sanguínea hasta Enrique VIII. Y Joe, él ni siquiera sabía quien diablos era su padre. ¿Y no sería esa una expectante conversación de sobremesa? “Catalanotto... nombre italiano, ¿verdad? ¿De donde es su padre exactamente, Teniente?”

“Bueno, diablos, no lo se, Ronnie.” Se preguntó si alguien alguna vez la había llamado Ronnie, probablemente no. “Mi madre dice que fue un marinero que estuvo en el puerto por un día o dos. Catalanotto es el apellido de soltera de ella. Y de donde viene ella nadie lo sabe. Así que no es realmente ninguna sorpresa que mi madre bebiera tanto como lo hacía.”

Sip, eso resultaría realmente bien.

Pero no estaba hablando de matrimonio. No estaba hablando de mucho más que saciar esa severa sed que sentía cuando miraba a los ojos a Verónica St. John. Estaba hablando de una noche, quizás dos, o tres, o cuatro, dependiendo de cuanto tiempo durara esta operación. Estaba hablando de un ligue, una caliente aventura a corto plazo –no se requería mucha conversación.

Era verdad, no tenía un montón de experiencia con debutantes, pero diablos, su dinero y poder estaban solo en la superficie. Saca las capas exteriores, y Verónica St. John era una mujer. Y Joe conocía a las mujeres. Sabía lo que les gustaba, como atraer su atención, como hacerlas sonreír.

Normalmente las mujeres venían a él. Había pasado un largo tiempo desde que había perseguido activamente a una.

Esto podría ser divertido.

“Nos entrenamos para aprender como caer instantáneamente dentro del sueño REM,” dijo Joe, encontrando el azul cristalino de los ojos de Verónica. “Resulta útil en una situación de combate, o en operaciones secretas donde puede haber solo breves períodos de tiempo lo bastante seguros para tomar un descanso. Ha mantenido a más de un SEAL vivo en mas de una ocasión.”

“¿Qué más aprenden a hacer los SEALs?” preguntó Verónica.

Oh, nena, si lo supieras...

“Tu nómbrale, dulzura,” dijo Joe, “nosotros podemos hacerlo.”

“Mi nombre,” declaró ella con su frío acento inglés, reclinándose hacia atrás en su silla y mirándolo fijamente, “es Verónica St. John. No dulzura. No nena. Verónica St. John. Por favor absténgase de usar términos cariñosos. No me gustan.”

Estaba intentando lucir tan fría como sonaban sus palabras, pero Joe vio calor cuando la miró a los ojos. Estaba intentando ocultarlo, pero estaba allí atrás. Sabía, con una extraña seguridad repentina, que cuando hicieran el amor, iba a ser casi una experiencia religiosa. No si hacían el amor, Cuando... Iba a suceder.

“Es un hábito que va a ser difícil de romper,” dijo él.

Verónica se puso de pie, maletín en mano. “Estoy segura de que tiene un número

de hábitos que será un desafío romper,” dijo ella. “Así que sugiero que no tengamos esperando al sastre un minuto más. Tenemos abundante trabajo que hacer antes de poder dormir algo.”

Pero Joe no se movió. “¿Entonces como se supone que debo llamarte?” preguntó. “¿Ronnie?”

Verónica levantó la mirada para encontrar un brillo de malicia en sus ojos oscuros. Él sabía perfectamente bien que llamarla “Ronnie” no quedaría bien. Estaba sonriendo, y ella fue golpeada por la uniforme blancura de sus dientes. Podía haberse astillado uno en algún momento, pero los otros estaban derechos y bien cuidados.

“Creo que señorita St. John servirá bastante bien, gracias,” dijo. “Así es como el príncipe se dirige a mi.”

“Ya veo,” murmuró Joe, claramente divertido.

“¿Continuamos?” apuntó ella.

“Oh, si, por favor,” dijo Joe con sobreactuado entusiasmo, luego intentó parecer decepcionado. “Oh... ¿quieres decir que nos vayamos? Pensé que querías decir...” Pero solo estaba pretendiendo haber entendido mal. No pudo evitar que una sonrisa se le escabullera.

Verónica sacudió la cabeza con exasperación. “Dos días, Teniente,” dijo. “Tenemos dos días para crear un milagro, y usted está gastando tiempo con humor presuntuoso.”

Joe se puso de pie, estirando los brazos sobre su cabeza. Sus pies y piernas estaban desnudos debajo de la bata. También el resto de él, pero Verónica estaba decidida a no pensar en ello.

“Pensé que ibas a llamarme ‘Su Majestad’.”

“Dos días, Su Majestad,” repitió Verónica.

“Dos días es pan comido, Ronnie,” dijo él. “Y he decidido que si soy el príncipe puedo llamarte como quiera, y quiero llamarte Ronnie.”

“¡No, ciertamente no lo hará!”

“¿Por qué diablos no? Soy el príncipe,” dijo Joe. “Es tu elección –Ronnie o Dulzura. No me importa.”

“Señor mío, es casi tan incorregible como Tedric,” escupió Verónica.

“Señor mío,” meditó Joe. “Sep, puedes llamarme así. Aunque prefiero ‘Su Todopoderosa Grandeza’. Hey, mientras estoy haciendo decretos reales, ¿por qué no continuamos y les das a los siervos un día libre?”

Se estaba riendo de ella. Le estaba gastando una broma, y disfrutando viéndola sufrir.

“Sabes, esto van a ser unas vacaciones para mi, Ron,” agregó él. “Dos días de preparación son como una caminata por el parque.”

Verónica rió con incredulidad. ¿Cómo se atrevía...? “Dos días,” dijo ella. “Va a tener que reaprender completamente como caminar y hablar y pararse y sentarse y comer. Por no mencionar memorizar todos los nombres y rostros de los ayudantes y embajadores y oficiales gubernamentales que el príncipe conoce. Y no se olvide de todas las reglas y protocolos que tendrá que aprender, todas las costumbres y tradiciones Ustanzianas...”

Joe abrió sus manos y se encogió de hombros. “¿Cuan difícil puede ser? Dame un video de Tedric y media hora, y pensarás que soy el mismo tipo,” dijo él. “He ido a misiones mucho más duras con mucho menos tiempo de preparación. Dos días –cuarenta y ocho horas– son un lujo, cariño.”

¿Cómo podía pensar eso? Verónica estaba tan estresada por el rápido acercamiento de la fecha límite que apenas podía respirar.

“Menos de cuarenta y ocho horas,” le dijo bruscamente. “Tiene que dormir algo del

tiempo.”

“¿Dormir?” Joe sonrió. “Acabo de hacerlo.”

Capítulo 5

“Y nunca, jamás abra la puerta usted mismo,” dijo Verónica. “Siempre espere que alguien –un sirviente– lo haga por usted.”

Joe la miró por encima de su taza de café mientras se sentaba al otro lado de la mesa de conferencia en la suite real de Tedric. “¿Nunca?” dijo. Tomó un sorbo de café, aún mirándola, sus oscuros ojos misteriosos, ilegibles. “¿El viejo Ted nunca le abre la puerta a nadie?”

“Si estuviera con un rey o una reina, podría abrir la puerta,” dijo Verónica, bajando la vista a sus notas. Y apartándola de aquellos ojos. “Pero dudo que se cruce con semejantes personajes en esta visita.”

“¿Qué hace Ted cuando está completamente solo?” Joe empezó a bajar su taza sobre la ricamente pulida mesa de roble, pero se detuvo como si temiera estropear la madera. Atrajo más cerca una de las carpetas de archivos de Verónica y colocó su taza sobre el duro papel manila. “¿Simplemente se queda allí hasta que un sirviente se presenta para abrirle la puerta? Eso puede ser una verdadera lata si está en un apuro para ir al excusado.” Descansó su barbilla en la palma de la mano, codo sobre la mesa, mientras continuaba observándola.

“Su Alteza, un príncipe Ustanziano nunca descansa sus codos sobre la mesa,” dijo Verónica con forzada paciencia.

Joe sonrió y no se movió. Simplemente la miró con entrecerrados ojos de dormitorio que exudaban sexualidad. Habían estado trabajado juntos toda la noche, y ni una vez la había dejado olvidarse de que ella era una mujer y él un hombre. “No soy un príncipe Ustanziano,” dijo él. “Aún.”

Verónica apretó las manos cuidadosamente sobre sus notas. “Y no se llama ‘excusado’,” dijo ella. “Ni retrete, ni inodoro. Es cuarto de baño. Ya pasamos por esto, ¿recuerda, Su Majestad?”

“¿Qué tal si lo llamo la Pequeña Habitación del Príncipe?” preguntó Joe.

Verónica rió a pesar de su creciente sentido de fatalidad. O quizás debido a ello. ¿Qué iba a hacer sobre el denso acento de Nueva Jersey de Joe Catalanotto? ¿Y que iba a hacer sobre el hecho de que este hombre no tomaba, ni siquiera durante un simple segundo, nada de lo que estaban haciendo seriamente?

Y para frustrarla más todavía, estaba a punto de caerse de agotamiento, mientras él parecía listo para correr carreras.

“El nombre de mi madre es Maria. Era una condesa italiana antes de conocer a mi padre. Mi padre es el Rey Derrick IV, su padre fue Derrick III,” recitó Joe. “Nací en la ciudad capital el 7 de enero de 1961... Sabes, esto sería muchísimo más fácil para ambos si simplemente me das el archivo de este tipo, y un videocasete para poder ver de primera mano la forma en que camina y se para y...”

“Disculpe, Teniente.” Un agente FInCOM con el nombre de West estaba parado educadamente a un lado.

Joe levantó la vista, un instantáneo Oficial Naval. Se sentó más derecho e incluso lucía como si estuviera prestando atención. ¿Ahora, por que Verónica no podía hacer que la tomara seriamente?

“Ante el requerimiento del Almirante Forrest, el Sr. Laughton requiere su opinión, señor, para planear el programa de la visita, y la estrategia para su protección,” West

continuó. "Es decir, si desea hacer alguna aportación."

Joe se puso de pie. "Malditamente seguro que lo deseo," dijo. "Su seguridad apesta. Afortunadamente esos terroristas se tomaron la noche libre, o ya estaría muerto."

West se puso tenso. "La seguridad provista ha sido de máximo nivel."

"Lo que estoy diciendo es que su así llamada seguridad de máximo nivel no es lo bastante buena, amigo," contestó Joe. Miró a Verónica. "¿Qué dices de ir a tomar una siesta, Ronnie, y nos volvemos a encontrar a las...?" Miró su reloj. "¿Qué tal las mil cien horas? En solo dos horas."

Pero Verónica se puso de pie, negando con la cabeza. Quería desesperadamente dormir, pero a menos que asistiera a esta reunión, la visita a Saint Mary sería quitada de la programación. Le habló directamente al agente FInCOM. "Me gustaría hacer una aportación en esta reunión, también, Sr. West," dijo fríamente. "Estoy segura de que al Sr. Laughton –o al Almirante Forrest– no le importará si asisto."

Joe se encogió de hombros. "Como quieras."

"Los Príncipes no se encogen de hombros, Su Alteza," le recordó Verónica mientras seguían a West por el corredor y hacia la sala de conferencias.

Joe puso los ojos en blanco.

"Y los príncipes no ponen los ojos en blanco," dijo ella.

"Rayos," murmuró él.

"Tampoco maldicen, Su Majestad," le dijo Verónica. "Ni siquiera esas palabras ligeramente veladas que ustedes los americanos usan en lugar de las verdaderamente desagradables."

"Entonces no eres una americana," dijo Joe, caminando hacia atrás para poder mirarla. "Mac Forres debe haberse equivocado. Me dijo que, a pesar de tu extravagante acento, lo eras."

Joe había hablado de ella con el Almirante Forrest. Verónica sintió un cálido destello de placer que instantáneamente intentó desvanecer. Y que si Joe había hablado con el almirante sobre ella. Ella había hablado con el almirante sobre Joe, simplemente para obtener alguna perspectiva sobre con quién estaba lidiando, con quién estaría trabajando de cerca durante las próximas semanas.

"Oh, soy americana," dijo Verónica. "Hasta digo una gran variedad de esas susodichas palabras desagradables en ocasiones."

Joe rió. Tenía una bonita risa, rica y llena. La hacía querer sonreír. "Eso no lo creeré hasta que lo escuche."

"Bueno, no lo escucharé, Su Majestad. No sería educado o apropiado."

Su zapato se enganchó en la gruesa alfombra, y tropezó ligeramente. Joe la atrapó y sostuvo su brazo, deteniéndose para asegurarse de que ella había recuperado el equilibrio.

Verónica parecía realmente sacudida. Parecía lista para caer sobre el rostro –lo que casi acababa de hacer. Joe podía sentir la calidez de su brazo, incluso a través de la manga de su chaqueta y blusa. No quería dejarla ir, así que no lo hizo. Permanecieron allí en el corredor del hotel, y el agente FInCOM West esperó cerca impacientemente.

Joe estaba jugando con fuego. Sabía que estaba jugando con fuego. Pero, diablos. Era un experto en demoliciones. Estaba acostumbrado a manejar materiales que estallarían por los aires en cualquier momento.

Verónica bajó la mirada a la mano de él aún sobre su brazo, luego levantó unos enormes ojos azules hacia los suyos.

"Estoy bastante bien, Su Real Alteza," dijo con ese acento de Julie Andrews.

"Estás más cansada que el diablo," contrarrestó él sin rodeos. "Ve a dormir algo."

“Lo crea o no, sí tengo información de importancia para agregar a esta reunión de planeamiento,” dijo ella acaloradamente, lo cristalino de sus ojos convirtiéndose repentinamente en una llama azul. “Verdaderamente apreciaría que me soltara para que podamos continuar, Su Majestad.”

“Espera,” dijo Joe. “No me digas. Un príncipe nunca ofrece ayuda, ¿es eso? Un príncipe deja que una dama caiga sobre su rostro, ¿correcto?”

“Un príncipe no saca ventaja de la desgracia de una dama,” dijo Verónica tensamente. “Me ayudó –gracias. Ahora suélteme. Por favor. Su Excelencia.”

Joe rió. Esta vez fue un sonido bajo, peligroso. La mano de él se apretó sobre su brazo y la atrajo aún más cerca, de modo que sus narices casi se tocaron, de modo que Verónica pudo sentir el calor de su cuerpo a través de la fina camisa de algodón y los oscuros pantalones con los que el marinero había sido dejado después de la prueba de la mañana temprano.

“Nena, si piensas que esto es sacar ventaja, es que nunca han sacado ventaja de ti.” Bajó la voz y dejó caer la cabeza por lo que estaba hablando directamente en su oído. “Si quieres, te demostraré la diferencia. Con placer.”

Ella podía sentir la calidez de su aliento sobre el cuello mientras él esperaba que reaccionara. Estaba esperando que corriera, gritando, alejándose de él. Estaba esperando que se sintiera indignada, molesta, furiosa, ofendida.

Pero en todo lo que podía pensar era en cuan completamente delicioso olía.

Que diría, que haría si ella movía su cabeza una fracción de centímetro a la derecha y presionaba su mejilla contra la aspereza de su barbilla. ¿Qué haría si elevaba la cabeza para susurrar en su oído, “¿Oh, si?”?

No sería la respuesta que estaba esperando, eso era seguro.

Pero la verdad era que esto no se trataba de sexo, se trataba de poder. Verónica había jugado con los chicos grandes el tiempo suficiente para saber eso.

No era que él no estuviera interesado –había dejado eso más que claro en la forma en que la había mirado toda la noche. Pero Verónica estaba dispuesta a apostar que ahora mismo Joe estaba alardeando. Y mientras ella no iba a exponer su alardeo, si iba a dejarle saber que meramente porque era más grande y más fuerte, eso no significaba que ganaría automáticamente.

Así que alzó la cabeza y, manteniendo la voz fría, casi helada, dijo, “Uno pensaría que un Navy SEAL estaría consciente de los peligros de permanecer demasiado tiempo en un corredor público, considerando que alguien allí afuera quiere a Tedric –a quién, por cierto, se parece bastante estos días– muerto.”

Joe rió.

No era exactamente la respuesta que ella estaba esperando después de su ataque verbal. Otro hombre podía haberse molestado porque su alardeo no hubiera funcionado. Otro hombre podía haber hecho pucheros o lanzado miradas furiosas. Joe rió.

“No lo se, Ron,” dijo, dejándola ir. Sus ojos oscuros estaban genuinamente divertidos, pero había algo más allí, también. ¿Podía ser posible que fuera respeto? “Suenas tan... apropiada, pero no creo que realmente lo seas, ¿verdad? Creo que todo es una actuación. Creo que vuelves a casa del trabajo, te quitas el disfraz de Margaret Thatcher, y sueltas tu cabello y te pones un pequeño traje negro de lentejuelas con zapatos con tacón de aguja, y sales y bailas mambo en algún club nocturno Latino hasta el amanecer.”

Verónica se cruzó de brazos. “Olvida mi gigoló,” dijo tajantemente. “Recojo a mi actual gigoló y luego bailo mambo hasta el amanecer.”

“Déjame saber cuando haya una vacante, cariño,” dijo Joe. “Adoraría aplicar para el

trabajo.”

Todo el humor había desaparecido de sus ojos. Estaba mortalmente serio. Verónica se volvió, temerosa de que notara solo con mirarla cuán atractivo encontraba el pensamiento de bailar con él hasta el amanecer, sus cuerpos apretados juntos, moviéndose con el pulsante palpitar de tambores latinos.

“Mejor no mantengamos al Sr. Laughton esperando,” dijo ella. “Su Majestad.”

“Maldición,” dijo Joe. “Margaret Thatcher está de regreso.”

“Siento decepcionarlo,” murmuró mientras entraban a la suite de los agentes del servicio secreto. “Pero nunca se fue.”

“Saint Mary, aquí mismo en Washington,” dijo Verónica desde su asiento al lado de Joe en la gran mesa de conferencias. “Alguien sigue sacando a Saint Mary del programa.”

“Es innecesario,” dijo Kevin Laughton en su insípido, casi aburrido acento del medio oeste.

“No estoy de acuerdo,” Verónica habló suave pero firmemente.

“Mira, Ronnie,” dijo el Senador McKinley, y Verónica cerró brevemente sus ojos. Señor, pero si Joe Catalanotto tenía a todos ellos llamándola Ronnie ahora. “Quizás no entiendes esto, querida, pero Saint Mary no nos sirve para nada. El edificio es demasiado pequeño, demasiado bien protegido, y demasiado difícil de penetrar para los asesinos. Además, no es un evento público. Los asesinos van a querer cobertura periodística. Van a querer asegurarse de que millones de personas los están mirando cuando matan al príncipe. Además, no hay un área clara donde hacer blanco entrando y saliendo de la estructura. Es una pérdida de nuestro tiempo.”

“Esta visita ha estado programada durante meses,” Verónica dijo tranquilamente. “Ha estado en el programa desde que la secretaria de prensa Ustanziana anunció la visita del Príncipe Tedric a América. Pienso que podemos tomar una hora de un día para cumplir una promesa que el príncipe hizo.”

Henri Freder, el embajador Ustanziano en los Estados Unidos, se movió en su asiento. “Seguramente el Príncipe Tedric puede visitar este Saint Mary al final de la visita, después del crucero a Alaska, en su camino de regreso a casa.”

“Sería demasiado tarde,” dijo Verónica.

“¿Crucero?” repitió Joe. “Si los asesinos no han sido atrapados antes de lo que el crucero a Alaska está programado, no hay forma en el infierno de que subamos a ese bote del amor.” Miró alrededor de la mesa. “Un crucero está demasiado aislado. Es el blanco natural de los tangos.”

Sonrió ante sus expresiones vacías. “Tangos,” repitió Joe. “T’s. Terroristas. Los chicos malos con armas.”

Ah. Hubo entendimiento todo alrededor.

“A menos, por supuesto, que estemos preparados y esperando por ellos,” continuó Joe. “Y quizás no sea tan mala idea. Reemplacen al personal y pasajeros del barco con escuadrones de SEALs y...”

“De ninguna manera,” dijo Laughton. “FInCOM está manejando esto. No es una operación militar. Los SEALs no tienen cabida en ella.”

“Terroristas están involucrados,” contrarrestó Joe. “El Equipo SEAL Diez tiene extenso entrenamiento antiterrorista. Mis hombres están preparados para...”

“La guerra,” terminó Laughton por él. “Sus hombres están preparados y entrenados para la guerra. Esto no es la guerra, Teniente.”

Joe señaló el teléfono celular sobre la mesa frente a Laughton. "Entonces es mejor que llame a los terroristas. Llame a La Nube de la Muerte, llame a Diosdado. Llámelo y dígame que esto no es una guerra. Porque él seguro como el diablo piensa que lo es."

"Por favor," interpuso Verónica. "¿Antes de que continuemos, podemos ponernos de acuerdo en mantener a Saint Mary en el programa?"

McKinley frunció el ceño mirando los papeles frente a él. "Veo por la lista previa que no iba a haber ningún medio presente en el evento en Saint Mary."

"No todos los eventos programados fueron para el beneficio de los medios de comunicación, Senador," dijo Verónica sin alterar la voz. Miró alrededor de la mesa. "Caballeros. Esta reprogramación significa horas y horas de trabajo extra para todos nosotros. Estoy haciendo todo lo posible por cooperar, como estoy segura de que están haciendo ustedes, también. Pero sucede que se que esta aparición en Saint Mary era de suma importancia para el Príncipe Tedric." Agrandó los ojos con inocencia. "Si es necesario, llamaré al príncipe y le preguntaré su opinión y..."

"No hay necesidad de hacer eso," dijo el senador McKinley apresuradamente.

Traer al egocéntrico Príncipe Tedric a esta pesadilla de reprogramación era lo último que cualquiera quería, Verónica incluida. Su así llamada "opinión" le bajaría la velocidad a este proceso hasta un gateo. Pero ella estaba preparada para hacer lo que fuera necesario para mantener la visita a Saint Mary en el programa.

McKinley miró alrededor de la mesa. "Creo que podemos mantener Saint Mary en la lista." Hubo un murmullo de asentimiento.

Joe miró a Verónica. Sus rizos rojos estaban levantados en alguna clase de femenino arreglo en la cima de su cabeza. Con sus delicadas facciones e inocentes ojos azules, parecía cada pulgada de la recatada, fría dama inglesa; y nuevamente, Joe fue atacado por la sensación de que su apariencia exterior era solo una actuación. No era recatada o fría, y si sus instintos estaban en lo correcto, probablemente podría manipular a todos los que estaban a la mesa. Diablos, acababa de hacerlo. Pero lo había hecho tan sutilmente que nadie era siquiera conciente de que había sido manipulado.

"Sobre el crucero a Alaska," dijo el Senador McKinley.

"Eso no es hasta más adelante en la visita." Joe se reclinó hacia atrás en su silla. "Mantengámoslo fuera de la agenda pública por ahora. No queremos que los T's – terroristas– elijan esa oportunidad sobre todas las otras. Queremos que ataquen temprano. Pero aún así, podemos empezar a hacer arreglos con los equipos SEAL, empezar a prepararlos para una potencial operación a bordo del barco."

"Nada de SEALs," dijo Kevin Laughton lacónicamente.

Joe le dirigió al agente FInCOM una mirada incrédula. "¿Quiere muchos heridos graves? ¿Ese es su objetivo aquí?"

"Por supuesto que no..."

"Estamos todos en el mismo equipo, amigo," dijo Joe. "Todos trabajamos para el gobierno de los Estados Unidos. Solo porque yo soy marino y tu Fink..."

"Nada de SEALs." Laughton se volvió hacia un ayudante. "Hagan público este programa para los medios tan pronto como sea posible, manteniendo la información del crucero fuera de la lista." Se puso de pie. "Mis hombres empezarán a examinar cada uno de estos sitios."

Joe se puso de pie, también. "Debería empezar aquí mismo en este hotel," dijo. "Si en serio quiere que la suite real sea segura, está escaso de personal. Y la puerta corrediza del balcón en el dormitorio no cierra. ¿Qué clase de seguridad es esa?"

Laughton lo miró con furia. "Usted está en el décimo piso."

"Los terroristas a veces saben escalar," dijo Joe.

“Puedo asegurarle que está bastante seguro,” dijo Laughton.

“Y yo puedo asegurarle que no lo estoy. Si la seguridad permanece así, si Diosdado y su pandilla deciden entrar a este hotel a librar al mundo del Príncipe Tedric, entonces estoy muerto.”

“Puedo entender su preocupación,” dijo Laughton. “Pero...”

“Entonces no tendrá ninguna objeción en traer al resto de mi Escuadrón Alfa aquí,” interrumpió Joe. “Obviamente le falta tripulación, y me sentiría muchísimo mejor si...”

“No,” dijo Laughton. “Absolutamente no. ¿Un escuadrón de Navy SEALs? Caos total. Mis hombres no lo soportarán. No lo permitiré.”

“Voy a estar paseándome por ahí, vistiendo un maldito blanco en mi pecho,” replicó Joe. “Quiero a mis propios muchachos cerca, cubriéndome la espalda, llenando los agujeros en la red de seguridad de FInCOM. Puedo decírselo ahora mismo, ellos no se meterán en el camino de sus muchachos.”

“No,” dijo Laughton otra vez. “Yo estoy a cargo de la seguridad, y digo que no. Esta reunión ha terminado.”

Joe observó al jefe de los FInCOM dejar la habitación, entonces levantó la mirada para encontrar los ojos de Verónica sobre él.

“Supongo que vamos a tener que hacer esto de la manera difícil,” dijo.

El hombre conocido solo como Diosdado levantó la vista de su escritorio cuando Salustiano Vargas apareció en la habitación.

“Ah, viejo amigo,” saludó Vargas con alivio. “¿Por qué tus hombres no dijeron que era a ti a quién me estaban trayendo?”

Diosdado permaneció en silencio, simplemente mirando al otro hombre mientras acariciaba pensativamente su barba.

Vargas se dejó caer en una silla frente al escritorio y estiró sus piernas delante de él con informalidad. “Ha pasado un largo tiempo, ¿no?” dijo. “¿En qué has estado metido, hombre?”

“No en tanto como tú, aparentemente.” Diosdado sonrió, pero era una mera sombra de su normalmente amplia, dentada sonrisa.

La sonrisa del propio Vargas era torcida. “Ah, escuchaste sobre eso, ¿eh?” Su sonrisa se convirtió en un ceño. “Le habría perforado el corazón al bastardo si esa maldita mujer no lo hubiera empujado fuera del camino.”

Diosdado se puso de pie. “Tienes suerte –mucho, mucha suerte– de que la bala errara a Tedric Cortere,” dijo duramente.

Vargas lo miró con sorpresa. “Pero...”

“Si te hubieras mantenido en contacto, habrías estado conciente de lo que he pasado meses planeando.” Diosdado no levantaba su voz cuando estaba furioso. La bajaba. Ahora mismo, esta era muy, muy suave.

Vargas abrió la boca para hablar, para protestar, pero sabiamente la cerró con fuerza en cambio.

“La Nube de la Muerte se proponía tomar a Cortere como rehén,” dijo Diosdado. “Se propone,” se corrigió a sí mismo. “Aún nos proponemos tomarlo.” Empezó a pasear – un vacilante, deslizante proceso mientras arrastraba su pierna mala detrás de él. “Por supuesto, ahora que has intervenido, la seguridad del príncipe se ha hecho más estricta. FInCOM está involucrado, y mis contactos me dicen que la Marina de Estados Unidos está incluso jugando una parte en la protección de Cortere.”

Vargas lo miró.

“Así que,” continuó Diosdado, volviéndose para enfrentar a Salustiano Vargas, “¿Qué sugieres que hagamos para volver este alto nivel de seguridad y protección a donde estaba antes de que estropearas las cosas?”

Vargas tragó, sabiendo lo que el otro hombre iba a decirle, y sabiendo que no iba a gustarle lo que escucharía.

“Todos están esperando otro intento de asesinato,” dijo Diosdado. “Hasta que obtengan otro intento de asesinato, la seguridad será demasiado estricta. ¿Sabes lo que vas a hacer, mi viejo amigo Salustiano?”

Vargas lo sabía. Lo sabía, y no le gustaba. “Diosdado,” dijo. “Por favor. Somos amigos. Salvé tu vida...”

“Volverás,” dijo Diosdado muy, muy suavemente, “y harás otro intento contra la vida del príncipe. Fallarás, y serás atrapado. Vivo o muerto... esa es tu elección.”

Vargas permaneció sentado en silencio cuando Diosdado cojeó, arrastrándose, fuera de la habitación.

“Dígame que tienen los Navy SEALs que hace que Kevin Laughton se enfade tanto, Su Majestad,” dijo Verónica cuando ella y Joe fueron llevados escoltados de regreso a la suite del Príncipe Tedric. “¿Por qué no quiere a su Escuadrón Alfa alrededor?”

“Sabe que sus muchachos le darían problemas si mis muchachos fueran traídos para hacer sus trabajos,” dijo Joe. “Es una cachetada en pleno rostro. Implica que no creo que FInCOM pueda hacer este trabajo.”

“Pero obviamente, no cree que puedan.”

Joe sacudió la cabeza y se sentó pesadamente en una de las lujosas sillas en la sala de estar real. “Creo que probablemente son lo mejor en protección de medio nivel,” dijo. “Pero mi vida está en la mira aquí, y los tipos malos no son punks de la calle o locos con armas. Son profesionales. Diosdado dirige una organización militar de elite. Es un oponente formidable. Puede pasar a través de esta clase de seguridad sin parpadear. Pero no podría pasar a través del Escuadrón Alfa. Se que mis SEALs son lo mejor de lo mejor. El Equipo SEAL Diez es la elite, y el Escuadrón Alfa está formado por los mejores hombres del Equipo Diez. Los quiero aquí, aunque tenga que pararme sobre los pies de alguien u ofender a algunos agentes FInCOM. El resultado final es que yo permanezca con vida. ¿Me sigues?”

Verónica asintió, sentándose en el sofá y descansando su maletín sobre una larga mesita de café de madera.

El sofá se sentía tan cómodo, tan suave. Sería tan fácil dejar que su cabeza cayera hacia atrás y sus ojos se cerraran.

“Quizás deberíamos tomar un descanso,” dijo Joe. “Apenas puedes mantener los ojos abiertos.”

“No, hay tanto más que necesita aprender,” dijo Verónica. Se obligó a sentarse derecha. Si él podía permanecer despierto, ella podía, también. “La historia de Ustanzia. Los nombres de los oficiales Ustanzianos.” Sacó un archivo de su maletín y lo abrió. “Tengo cincuenta y siete fotografías de gente con la que tendrá contacto, Su Alteza. Necesito que memorice estos rostros y nombres, y... Dios, si solo hubiera otra forma de hacer esto.”

“Auriculares,” dijo Joe, hojeando el archivo.

“¿Perdón?”

Él levantó la mirada. “Me pongo un auricular oculto,” dijo. “Y tú tienes un micrófono. Colocamos una cámara de video para que puedas ver y escuchar todo lo

que estoy haciendo mientras estás a una distancia segura –quizás incluso afuera en un camión de vigilancia. Cuando aparezca alguien a estrecharme la mano, me alimentas con su nombre y título y cualquier otra información pertinente que pueda necesitar.” Hojeó las fotos y se las volvió a pasar a Verónica. “Selecciona las diez más importantes y las examinaré. Las otras no necesito conocerlas.”

Verónica le clavó la mirada, de sintiéndose repente extremadamente despierta. ¿Qué quería decir con que las otras no necesitaba conocerlas?

“Estas cincuenta y siete personas son diplomáticos que Tedric conoce bastante bien. Podría tropezarse con cualquiera de ellos en cualquier momento durante el curso de esta visita,” dijo. “El archivo original tenía mas de trescientos rostros y nombres.”

Joe negó con la cabeza. “No tengo tiempo para memorizar rostros y nombres,” dijo. “Con el equipo de alta tecnología al que tenemos acceso...”

“¿Usted no tiene tiempo?” repitió Verónica, las cejas alzadas. “Todos nos estamos quedando sin tiempo, Teniente. Es mi tarea prepararlo. Déjeme decidir para lo que hay o no tiempo.”

Joe se inclinó hacia delante. “Mira, Ronnie, sin ofender, pero estoy acostumbrado a prepararme para una operación a mi propia velocidad,” dijo. “Aprecio todo lo que estas tratando de hacer, pero con toda honestidad, la forma en que Ted camina y habla es la menor de mis preocupaciones. Tengo esta cosa de seguridad que resolver y...”

“Ese es el trabajo de Kevin Laughton,” interrumpió ella. “No el suyo.”

“Pero es mi trasero el que está en la mira,” dijo él rotundamente. “FInCOM va a cambiar su plan de seguridad, o esta operación no va a ocurrir.”

Verónica golpeó las puntas de sus dedos sobre el bloc legal que sostenía. “Y si no luce y actúa lo suficientemente parecido al Príncipe Tedric,” dijo ella ásperamente, “esta operación no va a ocurrir, tampoco.”

“Dame una cinta,” contrarrestó Joe. “Dame un casete de video y audio del tipo, y te prometo, te juro, que luciré y actuaré exactamente igual a Ted.”

Los dientes de Verónica estaban apretados con fuerza en disgusto. “Detalles,” dijo tensamente. “¿Cómo aprenderá los detalles? Asumiendo, por supuesto, que es capaz de milagrosamente transformarse en la realeza europea simplemente viendo un video.”

“Escríbelos,” dijo Joe sin dudar. “Retengo mejor la información escrita, de todos modos.” El teléfono sonó y él hizo una breve pausa, escuchando mientras West lo contestaba. “Teniente, es para usted,” dijo el agente FInCOM.

Joe alcanzó la extensión. “Holas. Aquí Catalanotto.”

Holas. ¿El hombre contestaba el teléfono con “Holas” y se suponía que Verónica tenía que creer que sería capaz de hacerse pasar por el príncipe, con poca o ninguna instrucción de parte de ella?

“Mac,” dijo Joe al teléfono. Era el Almirante Forrest al otro lado. “Grandioso. Gracias por llamarme. ¿Qué dicen de traer al Escuadrón Alfa aquí?”

¿Cómo es que un teniente llamaba a un almirante por su nombre de pila, de todos modos? Verónica había escuchado que Forrest había sido un SEAL en algún momento de su larga carrera naval. Y por lo poco que sabía sobre los SEALs hasta ahora, sospechaba que eran poco convencionales en más que solo sus tácticas de guerra.

La mandíbula de Joe estaba apretada y los músculos al costado de su rostro estaban trabajando mientras escuchaba hablar a Forrest. Maldijo bruscamente, sin preocuparse en intentar disfrazar su mal lenguaje. Mientras Verónica observaba, él se frotó la frente –el primer signo que había dado en todo el día de que estaba cansado.

“FInCOM ha levantado un infierno antes,” dijo. “Eso no nos ha detenido en el pasado.” Hubo una pausa y agregó acaloradamente, “Su seguridad es relajada, señor. Maldición, lo sabe tan bien como yo.” Otra pausa. “Tenía esperanzas de no tener que

hacerlo.”

Joe levantó la vista para mirar a Verónica a los ojos. Ella desvió la vista, repentinamente avergonzada de estar escuchando abiertamente. Mientras revolvía el archivo de fotografías, estaba consciente de su mirada aún sobre ella.

“Antes de que se vaya, señor,” dijo él al teléfono. “Necesito otro favor. Necesito que envíen audio y video casetes de Tedric a mi habitación tan pronto como sea posible.”

Verónica levantó la mirada ante eso, y directamente a los ojos de Joe. “Gracias, Almirante,” dijo y colgó el teléfono. “Los enviarán ahora mismo,” le dijo a Verónica mientras se ponía de pie.

Parecía como si estuviera a punto de irse, para ir a algún otro lado. Pero ella ni siquiera tuvo la oportunidad de cuestionarlo.

“Los FInCOMs están teniendo una reunión informativa sobre las ubicaciones de la visita aquí en D.C.,” dijo Joe. “Necesito estar allí.”

“Pero...”

“¿Por qué no tomas una siesta?” dijo Joe. Miró su reloj, y Verónica automáticamente miró el suyo. Eran casi las cinco de la tarde. “Nos encontraremos aquí a las dos mil cien horas.”

Verónica contó rápidamente con sus dedos. Nueve en punto. “No,” dijo ella, poniéndose de pie. “Es demasiado tiempo. Puedo darle una hora de descanso, pero...”

“Esta sesión es importante,” dijo Joe. “Habrá terminado para las dos mil, pero necesitaré una hora extra.”

Verónica sacudió la cabeza en exasperación. “Kevin Laughton ni siquiera lo quiere allí,” dijo. “Pasarán toda la tarde discutiendo...”

“Malditamente cierto, voy a discutir,” dijo Joe. “Si FInCOM insiste en asumir que los tangos van a venir hasta la puerta delantera y tocar el timbre antes de atacar, entonces tengo que estar allí, discutiendo para mantener la puerta trasera protegida.”

Joe ya se estaba encaminando hacia la puerta. West y Freeman tropezaron con sus propios pies, siguiéndolo.

“Pon esos detalles de los que estabas hablando por escrito,” sugirió Joe. “Te veré en unas horas.”

Verónica casi pisoteó sus propios pies. “Se supone que está trabajando conmigo,” dijo. “No puede simplemente... irse...”

Pero había desaparecido.

Verónica arrojó su bloc y lapicera sobre la mesa con frustración. El tiempo se estaba acabando.

Capítulo 6

Verónica despertó de su siesta a las siete y media, aún agotada pero demasiado preocupada para dormir. ¿Cómo iba Joe a aprender a actuar como el Príncipe Tedric si no le daba nada de tiempo para enseñarle apropiadamente?

Había hecho listas y más listas de detalles e información que Joe no tenía forma de saber –como por ejemplo que el príncipe era diestro. Eso normalmente no era un problema, excepto que había notado que Joe era zurdo. Había escrito información trivial como el hecho de que Tedric siempre giraba el anillo de sello que tenía en la mano derecha cuando estaba pensando.

Verónica se levantó de la mesa y empezó a pasear, alternativamente preocupada, frustrada y furiosa con Joe. ¿A quién diablos le importaba realmente lo que Tedric

hacía con sus joyas? ¿Quién, en verdad, lo notaría? ¿Y por que estaba haciendo listas de detalles cuando las cosas básicas como la forma de caminar y la postura erguida de Tedric estaban siendo ignoradas?

Inquieta, Verónica revolvió la ropa en su maleta, buscando un par de pantalones cortos de ciclista y su sujetador deportivo. Era hora de intentar liberar algo de esta energía nerviosa. Escarbó más y encontró su cinta favorita. Sonriendo sobriamente, cruzó hacia el costoso equipo de música empotrado en la pared y puso la cinta en el pasacasete. Apretó Play y la música salió. Ajustó el volumen.

La cinta contenía una variada colección de sus canciones favoritas –ruidosas, rápidas canciones con ritmos pulsantes. Era buena música, música familiar, ruidosa.

Sus zapatillas de deporte estaban en el suelo del armario cerca del cuarto de baño. Mientras Verónica se sentaba en el piso para deslizarlas en sus pies y atarlas apretadamente, dejó que la música la invadiera. Ya se sentía mejor.

Se puso de pie y fue al centro de la sala de estar, empujando los muebles hacia atrás y lejos del centro, despejando el suelo, dándose algo de espacio para moverse.

Con los muebles fuera del camino, Verónica empezó lentamente a estirar sus cansados músculos. Cuando hubo precalentado apropiadamente, cerró sus ojos y dejó que la música la abrazara.

Y entonces empezó a bailar.

A mitad de la cinta, le llegó –la respuesta a su frustración e impotente furia. Había sido contratada para enseñarle a Joe a actuar como el príncipe. Con su cooperación, la tarea era formidable. Sin su cooperación, era imposible. Si él fallaba en cooperar, tendría que amenazar con renunciar.

Si, eso era exactamente lo que tenía que hacer. A las nueve en punto, cuando bajara al vestíbulo de la suite real, marcharía directo hacia Joe y lo miraría a los ojos y...

Un hombre vestido completamente de negro estaba parado justo a la entrada de su balcón, reclinando contra la pared, observándola bailar.

Verónica saltó hacia atrás, su cuerpo reaccionando a la inesperada presencia de un gran intruso antes de que su cerebro registrara el hecho de que era Joe Catalanotto.

Con el corazón golpeando con fuerza, el pecho pesado, intentó recuperar el aliento mientras lo miraba con fijeza. ¿Cómo en el nombre de Dios había llegado Joe a su habitación?

Joe la miraba con fijeza, también, atrapado en el azul oceánico de los ojos de Verónica mientras la música palpitaba a su alrededor. Ella parecía atemorizada, como un animal salvaje, inseguro de permanecer inmóvil o huir.

Volviéndose repentinamente, ella fue hacia el equipo y apagó la música. El silencio fue abrupto y crispante.

Sus rizos rojos se balancearon y rebotaron en sus hombros cuando se volvió rápidamente para mirarlo otra vez. “¿Qué está haciendo aquí?” preguntó.

“Demostrando un punto,” replicó él. Su voz sonó tensa y ronca para sus propios oídos. No había ningún misterio de a qué se debía eso. Verla así había hecho que su presión sanguínea se elevara, junto con otras cosas.

“No entiendo,” dijo ella, sus ojos estrechándose mientras estudiaba su rostro, buscando una respuesta. “¿Cómo entró? Mi puerta está cerrada.”

Joe hizo un gesto hacia las puertas corredizas que llevaban al balcón. “No, no lo estaba. De hecho, estaba abierto. Noche cálida. Si respiras profundamente, puedes casi oler los cerezos en flor.”

Verónica lo estaba mirando con fijeza, luchando para reconciliar sus palabras con la verdad como ella la conocía. Esta habitación estaba en el décimo piso. Diez pisos,

muy lejos del suelo. Los visitantes no iban simplemente paseando por las puertas del balcón.

Joe no pudo evitar que su mirada se deslizara por su cuerpo. Hombre, si que era un paquete sexy. En esos ajustados pantalones cortos con patrones púrpura y turquesa y ese estrecho top negro de carrera que exponía un firme y cremoso estómago, con todos esos hermosos rizos rojos sueltos alrededor de sus pálidos hombros, lucía positivamente erótica. Era esbelta, pero no flaca como él había pensado. Su cintura era pequeña, su estómago plano, dando paso a caderas suavemente curvadas y un trasero firme y redondeado. Sus piernas eran increíbles, pero él ya sabía eso. Aún así, en esos apretados pantalones cortos, sus torneadas piernas parecían seguir y seguir interminablemente, guiando sus ojos a su trasero. Sus pechos eran llenos, cada curva, cada detalle íntimamente delineado por la tela elástica de su top.

Y, Dios, la forma en que había estado bailando cuando él acababa de trepar al balcón había exudado cruda sensualidad, una pasión apenas contenida. Había tenido razón sobre ella. Había estado escondiendo algo debajo de esos conservadores trajes en forma de caja y esa fría, distante actitud. ¿Quién habría adivinado que pasaría su tiempo personal bailando como una visión de MTV?

Ella aún estaba respirando con dificultad por la danza. O quizás –y más probablemente– estaba respirando con dificultad por la repentina impresión que le había causado. Ya había estado parado ante la puerta de su balcón durante cerca de diez minutos antes de que ella levantara la vista. No había tenido ninguna prisa en interrumpir. Podría haberse quedado allí, bastante felizmente, y observarla bailar toda la noche.

Bueno, quizás no toda la noche...

Verónica dio un paso hacia atrás, lejos de él, como si pudiera ver cada uno de sus pensamientos en sus ojos. Los ojos de ella estaban muy agrandados e increíble, brillantemente azules. “¿Entró... desde el balcón?”

Joe asintió y extendió algo hacia ella. Era una flor, comprendió Verónica. Estaba sosteniendo un bastante deslucido y magullado pensamiento púrpura y dorado, sus pétalos cerrados para la noche. Había visto flores como esa creciendo en arrietes en el exterior del hotel.

“Primero bajé hasta el suelo y tomé esto,” dijo Joe, su voz ronca suave y seductora, cálidamente íntima. “Es prueba de que estuve realmente allí.”

Aún sostenía la flor extendida hacia ella, pero Verónica no se podía mover, su mente apenas registrando las palabras que él decía. Tenía una cinta negra sobre la frente, manteniendo su largo cabello en su lugar. Vestía pantalones negros y un suéter negro de mangas largas y cuello alto, con alguna clase de chaleco sobre él, incluso a pesar de que la noche de primavera era bastante cálida. Aunque pareciera mentira, sus pies estaban descalzos. No estaba sonriendo, y su rostro parecía adusto e impenetrable. Y peligroso. Muy, muy peligroso.

Verónica lo miró, el corazón en la garganta. Cuando él se acercó y presionó la flor en su mano, fue atraída dentro de las profundidades de sus ojos. El fuego que vio allí se convirtió en lava líquida. Su boca era dura y hambrienta cuando barrió su cuerpo con la mirada.

Y entonces lo que él quiso decir tuvo sentido.

¿Había bajado trepando al suelo? ¿Y de regreso arriba otra vez? ¿Diez pisos?

“¿Trepó por el exterior del hotel y nadie lo detuvo?” Verónica bajó la mirada a la flor, esperando que él no notara el temblor en su voz.

Él cruzó hacia las puertas corredizas y cerró las cortinas. ¿Era eso por el bien de la seguridad, o por privacidad? Verónica se preguntó mientras se alejaba. Tenía miedo

de que él pudiera ver su insoslayado deseo haciendo eco en sus ojos.

¿Deseo? ¿Qué estaba mal en ella? Es cierto, Joe Catalanotto era escandalosamente apuesto. Pero a pesar de sus obvios atributos físicos, era rudo, sin tacto, e irrespetuoso, áspero en sus modales y apariencia. De hecho, estaba tan lejos de ser un príncipe como cualquier hombre que alguna vez hubiera conocido. Apenas habían intercambiado una conversación educada. Todo lo que hacían era pelear. ¿Así que por que diablos no podía pensar en nada sino el tacto de sus manos sobre su piel, sus labios sobre los de ella, su cuerpo...?

"Nadie me vio trepando hacia arriba o abajo," dijo Joe, su voz rodeándola como suave, rico terciopelo. "No hay guardias apostados en este lado del edificio. Los agentes FInCOM no ven el balcón por lo que es -una puerta trasera. Una accesible y obvia puerta trasera."

"Está tan lejos del suelo," contestó ella en incredulidad.

"Fue una escalada fácil. Menos de una hora."

Menos de una hora. Esto era lo que había estado haciendo con su tiempo, comprendió Verónica de repente. Debería haber estado trabajando con ella, aprendiendo cómo actuar como Tedric, y en cambio estaba escalando arriba y abajo del exterior del hotel como algún superhéroe en desgracia.

Joe dio un paso adelante, cerrando el pequeño espacio entre ellos. La urgencia de tocar su cabello, de rozar la suavidad de su mejilla con su nudillo, era abrumadora.

Este no era el escenario que había imaginado cuando había escalado el costado del hotel y llegado a su balcón. Había esperado encontrar a Verónica trabajando duro, garabateando furiosamente en el bloc legal que siempre llevaba, o tipeando frenéticamente en su computadora portátil. Había esperado que estuviera vistiendo algo que ocultara sus curvas y disimulara su feminidad. Había esperado que su cabello estuviera recogido. Había esperado que lo mirara, jadeando en atemorizada sorpresa, cuando él entrara a la habitación.

Y, si, había esperado que estuviera impresionada cuando le dijera que había escalado el costado del hotel para probar que la seguridad de FInCOM apesta.

En cambio, finalmente pasada la impresión inicial de verlo allí, Verónica cruzó los brazos sobre sus deliciosamente delineados pechos y lo miró con furia. "No puedo creerlo," dijo. "¿Se supone que tengo que estar enseñándole como engañar a todo el condenado mundo para que piensen que es el Príncipe Tedric y usted está fuera jugando juegos de comando y trepando diez pisos de este hotel?"

"No soy un comando, soy un SEAL," dijo Joe, sintiendo su propio temperamento elevarse. "Hay una diferencia. Y no estoy jugando juegos. La seguridad de FInCOM apesta."

"El Presidente de los Estados Unidos no ha tenido ningún reparo acerca de la habilidad de FInCOM para protegerlo," dijo Verónica aterciopeladamente.

"El Presidente de los Estados Unidos es seguido por quince Finks, listos para saltar a la línea de fuego y tomar la bala por él de ser necesario," rebatió Joe. Se alejó, sacando la cinta de su frente y pasando sus dedos por su cabello empapado en sudor. "Mira, Ronnie, no vine aquí a pelear contigo."

"¿Se supone que eso es una disculpa?"

No lo era, y ella lo sabía tan bien como él. "No."

Verónica rió con incredulidad ante su brusca franqueza. "No," repitió ella. "Por supuesto que no. Tonta de mí. ¿En qué estaría pensando?"

"No puedo disculparme," dijo Joe tensamente. "Porque no he hecho nada malo."

"Ha perdido tiempo," le dijo Verónica. "Mi tiempo. Quizás no lo entienda, pero ahora tenemos menos de veinticuatro horas para hacer que esta farsa funcione."

“Soy bien consciente del tiempo que nos queda,” dijo Joe. “He mirado esos videos que Mac Forrest me envió. Esto no va a ser difícil. De hecho, va a ser pan comido. Puedo hacerme pasar por el príncipe, no es problema. Vas a tener que relajarte y confiar en mí.” Giró y recogió el teléfono de una de las mesas que Verónica había empujado a un lado para despejar el suelo de la sala de estar. “Necesito que hagas una llamada telefónica por mi, ¿está bien?”

Verónica tomó el receptor de su mano y colgó el teléfono. “No,” dijo ella, heladamente. “Necesito que deje de ser tan condenadamente condescendiente, que deje de palmearme la mano y decirme que me relaje. Necesito que me tome seriamente por un maldito minuto.”

Joe rió. No lo pudo evitar. Ella estaba ahí parada, luciendo como alguna especie de caliente sueño empañado, y aún sonando, incluso furiosa, como si estuviera tratando de congelarlo hasta la muerte.

“Ah, encuentra esto divertido, ¿verdad?” Sus ojos eran hielos azules. “Le aseguro, Teniente, no puede hacer esto sin mi, y estoy muy cerca de salir por esa condenada puerta.”

Estaba más molesta que el infierno, y Joe sabía que la única cosa que no debería hacer era seguir riendo. Pero maldita sea si podía detenerse. “Ronnie,” dijo, pretendiendo que estaba tosiendo en lugar de riendo. Aún así, no pudo ocultar su sonrisa. “Ronnie, Ronnie, sí te tomo seriamente, cariño. En serio.”

Tenía las manos sobre sus caderas ahora, la boca ligeramente abierta con incredulidad. “¡Es semejante... semejante imbécil!” dijo ella. “¿Dígame, es su verdadera intención... embrollar esto tan magníficamente que no tenga que colocarse a si mismo en peligro al hacerse pasar por el príncipe?”

La sonrisa de Joe se borraó instantáneamente de su rostro, y Verónica supo con mortífera certeza que había ido demasiado lejos.

Él dio un paso hacia ella, y ella dio un paso atrás, lejos de él. Era muy alto, muy ancho, y estaba muy furioso.

“Me presenté como voluntario para este trabajo, nena,” le dijo él, mordiendo cada palabra. “No estoy aquí por mi salud, o por un cheque, o por fama y fortuna o lo que diablos sea por lo que tú estas aquí. Y seguro como el diablo que no estoy aquí para ser alguna especie de pésimo mártir. Si termino recibiendo una bala que era para el Príncipe Tedric, va a ser a pesar del hecho de que he hecho todo lo humanamente posible para prevenirlo. No porque una agencia burócrata como FInCOM dejó caer la bola en los procedimientos de estándares de seguridad hace años.”

Verónica quedó en silencio. ¿Qué podía decir? Él tenía razón. Si la seguridad no era lo suficientemente estricta, bien podía ser asesinado. No podía culparlo por querer estar seguro de su propia seguridad. Y no quería sentir esta extraña sacudida de miedo y preocupación que sentía, pensando en todas las oportunidades que los terroristas tendrían para entrenar a sus tiradores con la cabeza de Joe. Era valiente por haberse presentado voluntario para esta misión –especialmente porque ella sabía que no tenía ningún cariño por Tedric Cortere. No debería haber implicado otra cosa.

“Lo siento,” murmuró Verónica. Bajó la mirada a la alfombra, incapaz de encontrar sus ojos.

“Y en cuanto a tomarte en serio...” Joe estiró una mano y con un dedo debajo de su barbilla, levantó su cabeza para forzarla a mirarlo a los ojos. “Estas equivocada. Te tomo muy en serio.”

La conexión estaba allí entre ellos –instantánea y caliente. La mirada en los ojos de Joe era hechizante. Borraba todo, todo entre ellos –todas las palabras furiosas y desconfianza, toda la frustración y malos entendidos– y dejaba solo esta básica, casi

primitiva atracción, la más simple de las ecuaciones. Hombre más mujer.

Sería tan fácil sencillamente entregarse. Verónica sentía su cuerpo balancearse hacia él como empujado por la marea, antigua e incondicional. Todo lo que tenía que hacer era dejarse ir, y habría solo deseo, consumiente y abrumador. Los rodearía, los poseería. Los llevaría en un vuelo al paraíso.

Pero ese vuelo era un viaje de ida y vuelta. Cuando terminara, cuando yacieran saciados y agotados, estarían exactamente aquí –de regreso a donde habían empezado.

Y entonces la realidad regresaría. Verónica estaría avergonzada de haber intimado con un hombre que apenas conocía. Joe sin dudas estaría pagado de si mismo.

Y habrían perdido otra hora o dos más de su precioso tiempo de preparación.

Joe estaba obviamente pensando exactamente en lo mismo. Pasó su pulgar ligeramente sobre los labios de ella. “¿Qué piensas, Ronnie?” preguntó, su voz ronca. “¿Crees que podríamos detenernos después de solo un beso?”

Verónica se alejó, su corazón latiendo incluso más fuerte. Si la besaba, estaría perdida. “No sea tonto,” dijo, esforzándose para evitar que su voz temblara.

“Cuando te haga el amor,” dijo, su voz baja, peligrosa y muy segura, “Me voy a tomar mi tiempo.”

Ella se volvió para enfrentarlo con una bravuconería que no sentía. “¿Cuando?” dijo. “iDe todas las audacias de macho, he-man! No si, sino cuando te haga el amor... no contenga el aliento, Teniente, porque no va a suceder.”

Él le dirigió una muy pequeña, muy exasperante sonrisa y dejó que sus ojos vagaran por su cuerpo. “Si, va a suceder.”

“¿Alguna vez escuchó la expresión ‘cuando el infierno se congele’?” preguntó Verónica dulcemente. Cruzó la habitación hacia su maleta, encontró una remera y se la pasó por la cabeza. Aún estaba transpirando y todavía tenía demasiado calor, pero habría hecho casi malditamente cualquier cosa para cubrirse del calor de su mirada.

Él recogió el teléfono otra vez. “Mira, Ronnie, necesito que llames a mi habitación y pidas hablar conmigo.”

“Pero no está allí.”

“Ese es el punto,” dijo. “Los chicos de FInCOM piensan que estoy tomando una siesta, acurrucado acogedoramente en mi cama. Es hora de sacudirlos.”

Con cuidado de mantener su distancia, con cuidado de no dejar que sus dedos se tocaran, Verónica tomó el teléfono de manos de Joe y marcó el número de la suite real. West atendió.

“Es la señorita St.John,” dijo ella. “Necesito hablar con el Teniente Catalanotto.”

“Lo siento, señora”, replicó West. “Está dormido.”

“Esto es urgente, Sr. West,” dijo ella, levantando la vista hacia Joe, quién asintió alentadoramente. “Por favor, despiértelo.”

“Espere.”

Hubo silencio al otro lado de la línea, y luego gritos, como a la distancia. Verónica encontró los ojos de Joe nuevamente. “Creo que están sacudidos,” dijo.

“Cuelga,” dijo él, y ella dejó caer el receptor en su lugar.

Él recogió el teléfono entonces, y marcó. “¿Tienes un par de pantalones o jeans para ponerte sobre esos pantalones cortos?” le preguntó a verónica.

“Si,” dijo. “¿Por qué?”

“Porque en unos treinta segundos, cincuenta agentes FInCOM van a estar golpeando tu puerta –¿Hola? Si. Kevin Laughton, por favor.” Joe cubrió el receptor con su mano y miró a Verónica quien permanecía de pie, mirándolo fijamente. “Mejor apresúrate.” Sacó la mano del receptor. “Si, aún estoy aquí.”

Verónica fue por su maleta, sacando de un tirón el único par de jeans azules que había empacado para este viaje.

“¿Lo está?” escuchó a Joe diciendo al teléfono. “Bueno, quizás debería interrumpirlo.”

Ella se sacó las zapatillas de una patada y se puso los jeans, metiendo una pierna a la vez.

“¿Por qué no le dice que Joe Catalanotto está en la línea? Catalanotto” Suspiró con exasperación. “Simplemente dígame Joe Cat, ¿está bien? El sabrá quien soy.”

Verónica subió los jeans sobre sus caderas, consciente de que Joe la estaba observando vestirse. Abotonó la cintura y subió el cierre, sin atreverse a mirar en su dirección. Cuando te haga el amor... No si, cuando. Como si su unión íntima ya fuera un hecho... irrefutable y destinado a tener lugar.

“Holaa, Laughton,” dijo Joe al teléfono. “¿Cómo te está yendo, amigo?” Rió. “Sip, pensé en darte una demostración de primera mano, e identificar los puntos débiles de la seguridad de FInCOM. ¿Qué te parece hasta ahora?” Alejó el receptor de su oído. “¿Así de bien, eh? Sip, fui por una caminata a los jardines.” Encontró los ojos de Verónica y sonrió, claramente divertido. “Sip, me sentí atraído por la belleza de las flores, así que traje una conmigo a la habitación de la señorita St. John para compartirla con ella, y...”

Él miró el receptor, repentinamente muerto en sus manos, y luego a Verónica.

“Supongo que están en camino,” dijo.

Capítulo 7

“Necesito más café,” dijo Verónica. ¿Cómo podía Joe estar tan despierto? No lo había visto bostezar ni siquiera una vez mientras trabajaban durante la noche. “Creo que mi idea de la laringitis puede funcionar después de todo, hemos estado dándole a los medios reportes de que el Príncipe Tedric está enfermo. No tendría que hablar y...”

“Sabes, no soy tan mal imitador,” insistió Joe. “Si trabajo más en ello, puedo hacer una imitación decente del Príncipe Tedric.”

Verónica cerró sus ojos. “Sin ofender, Joe, pero dudo seriamente que puedas imitar el acento de Tedric escuchando una cinta,” dijo. “Tenemos mejores cosas que hacer con tu tiempo.”

Joe se puso de pie y Verónica abrió los ojos, levantando la mirada hacia él.

“Te voy a traer ese café,” dijo. “Estas teniendo deslices. Acabas de llamarme Joe.”

“Perdóneme, Su Real Alteza,” murmuró ella.

Pero él no sonrió. Simplemente la miró, la expresión en sus ojos ilegible. “Me gusta más Joe,” dijo finalmente.

“Esto no va a funcionar, ¿verdad?” preguntó ella calmadamente. Encontró sus ojos con fijeza, lista para aceptar la derrota.

Excepto que él no estaba derrotado. De ningún modo. Había estado viendo videos y escuchando casetes del Príncipe Tedric en todos sus momentos libres. Era verdad que no había tenido un montón de momentos libres, pero estaba bien en camino de entender la forma en que Tedric se movía y hablaba.

“Puedo hacer esto,” dijo Joe. “Diablos, luzco igual al tipo. Cada vez que capto mi reflejo y veo mi cabello así, veo a Ted devolviéndome la mirada y me asusta a muerte. Si eso puede engañarme a mi, puede engañar a todos los demás. El sastre va a entregar la ropa que ha alterado en algún momento mañana. Será más fácil para mi pretender que soy Tedric si estoy vestido para la ocasión.”

Verónica le dirigió una pálida sonrisa. Aún así, era una sonrisa. Estaba tan cansada, apenas podía mantener los ojos abiertos. Se había cambiado los jeans y se había vuelto a poner su atuendo profesional hacía horas. Su cabello estaba sujeto fuera de sus hombros nuevamente. “Tenemos que trabajar en la forma de caminar de Tedric. Tiene esa bastante peculiar, ondulada manera de andar...”

“Camina como si tuviera un atizador en los pantalones,” la interrumpió Joe.

La risa musical de Verónica hizo eco por la tranquila habitación. Uno de los agentes FInCOM levantó la vista de su posición de vigilancia a la entrada del balcón.

“Si,” le dijo a Joe. “Tienes razón. Lo hace. Aunque dudo que alguien lo haya descrito de esa forma antes.”

“Puedo caminar así,” dijo Joe. Se puso de pie, y mientras Verónica observaba, marchó acartonadamente por la habitación. “¿Ves?” Se volvió para mirarla.

Ella tenía el rostro en sus manos y sus hombros estaban temblando, y Joe estuvo seguro por un infartante momento de que estaba llorando. Avanzó, y se arrodilló frente a ella y... estaba riendo. Se estaba riendo con tanta fuerza que las lágrimas rodaban por su rostro.

“Hey,” dijo Joe, ligeramente insultado. “No fue tan malo.”

Ella trató de responder, pero no pudo hacer salir las palabras. En cambio, simplemente hizo un gesto con su mano inútilmente hacia él y siguió riendo.

Su risa era contagiosa, y antes de mucho tiempo, Joe empezó a reír entre dientes y después a carcajadas, también.

“Hazlo otra vez,” jadeó ella, y él se puso de pie y caminó, como el Príncipe Tedric, hasta el lado opuesto de la habitación y de regreso.

Verónica rió incluso más fuerte, doblándose en el sofá.

El agente FInCOM los estaba observando a ambos como si estuvieran locos o histéricos –lo que probablemente no estaba tan lejos de la verdad.

Verónica se enjugó el rostro, intentando recuperar el aliento. “Oh, Dios,” dijo. “Oh, Dios, no me había reído así en años.” Sus pestañas estaban mojadas con las lágrimas de risa, y sus ojos brillaban cuando, aún riendo tontamente, levantó la vista hacia Joe. “¿Supongo que no puedo convencerte de hacerlo otra vez?”

“De ningún modo,” dijo Joe, devolviéndole la sonrisa. “Tengo como límite no ser humillado más de dos veces seguidas.”

“No me estaba riendo de ti,” dijo ella, pero sus risitas se intensificaron. “Si, lo estaba,” se corrigió. “Me estaba riendo de ti. Lo siento mucho. Debes pensar que soy espantosamente grosera.” Se cubrió la boca con la mano, pero aún así no pudo detener la risa –al menos no completamente.

“Creo que solo parezco gracioso porque no estoy vestido como el príncipe,” discutió Joe. “Creo que si estuviera vistiendo algún traje con lentejuelas y caminando así, no serías capaz de distinguirnos.”

“Y yo creo,” dijo Verónica. “Yo creo... creo que es inútil. Creo que es tiempo de rendirse.” Sus ojos de repente anegados con lágrimas reales, y todo trazo de risa desaparecida. “Oh, maldición...” Se giró, pero no pudo ni detener ni esconder su repentino flujo de lágrimas.

Escuchó la voz de Joe, murmurando una orden a los agentes FInCOM, y luego lo sintió a su lado en el sofá.

“Hey,” dijo él suavemente. “Hey, vamos, Verónica. No es tan malo.”

Sintió sus brazos a su alrededor y se tensó solo ligeramente antes de rendirse. Lo dejó atraerla contra su pecho, lo dejó poner su cabeza sobre su hombro. Era tan cálido, tan sólido. Y olía tan maravillosamente bien...

Él simplemente la sostuvo, meciéndola ligeramente, y la dejó llorar. No intentó

detenerla. Simplemente la sostuvo.

Verónica estaba mojando su camisa, pero parecía no poder detenerse, y a él no parecía importarle. Podía sentir sus manos en el cabello, acariciando suavemente, calmantes, tranquilizadoras.

Cuando habló, su voz era tranquila. Podía oírla retumbar ligeramente en su pecho.

"¿Sabes, este tipo que perseguimos?" dijo Joe. "¿El terrorista? Su nombre es Diosdado. Un solo nombre. Como Cher o Madonna, pero no tan divertido. Aún así, apuesto a que es casi como una celebridad en Perú, de donde es. Es el líder de una organización con un nombre que se traduce aproximadamente como 'La Nube de la Muerte'. Él y un amigo suyo –un hombre llamado Salustiano Vargas– han reclamado responsabilidad por más de mil doscientas muertes. La firma de Diosdado estaba en la bomba que voló ese avión de pasajeros de Londres a Nueva York hace tres años. Doscientos cincuenta personas murieron. ¿Lo recuerdas?"

Verónica asintió. Ciertamente lo recordaba. El avión había caído en medio del Atlántico. No hubo sobrevivientes... Sus lágrimas se redujeron mientras lo escuchaba hablar.

"Diosdado y su amigo Vargas volaron todo un autobús cargado de marineros de los Estados Unidos ese mismo año," dijo Joe. "Treinta y dos chicos –el mayor tenía veintiún años." Él permaneció inmóvil por un momento. "El hijo de Mac Forrest estaba en ese autobús."

Verónica cerró los ojos. "Oh, Dios..."

"Johnny Forrest. Era un buen chico. Inteligente, también. Se parecía a Mac. Misma sonrisa, misma actitud despreocupada, misma tenacidad. Lo conocí cuando tenía ocho años. Era el hermano pequeño que nunca tuve." La voz de Joe estaba ronca de la emoción. Se aclaró la garganta. "Tenía diecinueve cuando Diosdado lo voló en pedazos."

Joe se quedó en silencio, simplemente acariciando el cabello de Verónica. Se aclaró la garganta nuevamente, pero cuando habló, su voz era aún tensa. "Esas dos bombas pusieron a Diosdado y La Nube de la Muerte en la lista de los Mas Buscados. Inteligencia cavó profundamente y salió con un número de hechos interesantes. Diosdado tenía un apellido, y era Perez. Había nacido en 1951, el hijo menor de una familia rica. Su nombre significa, literalmente, 'Regalo de Dios'." Joe estalló en una corta carcajada de disgusto. "No fue un regalo de Dios para Mac Forrest, o cualquiera de las otras familias de esos marineros muertos. Inteligencia también descubrió que el hijo de puta tenía una parte de su grupo aquí en D.C. Pero cuando la CIA fue a investigar, algo salió mal. Se convirtió en un tiroteo, y cuando hubo terminado, tres agentes y diez miembros de La Nube de la Muerte estaban muertos. Otros siete terroristas fueron tomados prisioneros, pero Diosdado y Salustiano Vargas habían desaparecido. Los dos hombres que más queríamos habían huido. Se hundieron profundamente en la clandestinidad. Los rumores decían que a Diosdado le habían disparado y había sido gravemente herido. Estuvo tranquilo por años –ninguna señal de él en lo absoluto– hasta hace unos pocos días, cuando aparentemente Vargas le disparó al Príncipe Tedric."

Joe se quedó inmóvil otra vez por otro momento. "Así que ahí está," dijo. "La razón por la que no podemos simplemente renunciar. La razón por la que esta operación va a funcionar. Vamos a detener a esos bastardos de una vez por todas, de una forma u otra."

Verónica se enjugó el rostro con el dorso de la mano. No podía recordar la última vez que había llorado así. Debía haber sido el estrés alcanzándola. El estrés y el agotamiento. Aún así, estallar en lágrimas así y...

Se sentó, alejándose de Joe y mirando la habitación, alarmada, sus mejillas ruborizándose de vergüenza. Lo había perdido. Lo había perdido absolutamente –y justo en frente de Joe y todos esos agentes FInCOM. Pero los agentes FInCOM habían desaparecido.

“Están al otro lado de la puerta,” dijo Joe, leyendo correctamente sus pensamientos. “Imaginé que apreciarías la privacidad.”

“Gracias,” murmuró Verónica.

Se estaba ruborizando, y la punta de su nariz estaba rosada por el llanto. Lucía agotada y frágil. Joe quería envolverla nuevamente en sus brazos y sostenerla cerca. Quería sostenerla mientras ella cerraba sus ojos y dormía. Quería mantenerla cálida y segura de todo daño, y convencerla de que todo iba a estar bien.

Ella lo miró, la vergüenza iluminando sus ojos azul cristalino. “Lo siento,” dijo. “No quería...”

“Estás cansada.” Le proporcionó una excusa fácil y una suave sonrisa.

Estaban solos. Estaban solos en la habitación. Mientras Joe sostenía su mirada, supo que ella estaba consciente de ello, también.

Su cabello estaba empezando a soltarse de sus restricciones, y las hebras se curvaban alrededor de su rostro.

No pudo evitar estirar la mano y enjugar ligeramente la última de las lágrimas de su mejilla. Su piel era tan suave y cálida. Ella no parpadeó, no se alejó, ni siquiera se movió. Simplemente lo miró, sus ojos azules y enormes y tan malditamente inocentes.

Joe no podía recordar alguna vez haber tenido más deseos de besar a una mujer en toda su vida. Lentamente, muy lentamente, se inclinó hacia delante, examinando sus ojos en busca de protesta, alerta por cualquier señal de que estaba llevando este momento de tregua demasiado lejos.

Los ojos de ella centellearon y vio su deseo. Ella quería besarlo, también. Pero también vio un relámpago de miedo. Tenía miedo.

¿Miedo de qué? ¿De él? ¿O de sí misma? O quizás tenía miedo de que la abrumadora atracción que ambos sentían se encendiera en una violenta, casi imparable explosión de necesidad.

Joe casi se retiró.

Pero entonces los labios de ella se abrieron ligeramente, y no pudo resistirse. Quería una probada –solo una probada– de su dulzura.

Así que la besó. Lenta, suavemente, presionando sus labios sobre los de ella.

Una corriente de deseo lo golpeó en el bajo vientre y necesitó cada gramo de control para evitar rendirse a la necesidad y apretarla con fuerza en sus brazos, besándola salvajemente, y pasando sus manos por las curvas de su cuerpo. En cambio, se obligó a ir más despacio.

Suavemente, muy suavemente, pasó la lengua sobre sus labios, lentamente ganando pasaje a la suavidad de su boca. Cerró los ojos, obligándose a moverse aún más lentamente, incluso más lento ahora. Sabía a frutillas y café –una tentadora combinación de sabores. Acarició su lengua con la suya y cuando ella respondió, cuando abrió su boca para él, concediéndole acceso y profundizando su beso, se sintió mareado de placer

Este era, absolutamente, el beso más dulce que alguna vez había compartido.

Lentamente, aún lentamente, exploró la calidez de su boca, la suavidad de sus labios. Tocaba solo su boca con la de él, y el costado de su rostro con la punta de sus dedos. Ella no estaba apretada en sus brazos, sus cuerpos no estaban presionados apretadamente juntos. Aún así, con este suave, más puro de los besos, ella tenía el poder de hacer su sangre arrasar por sus venas, su corazón latir con un salvaje,

frenético ritmo.

La quería desesperadamente. Su cuerpo se estaba tensando para unirse al de ella. Y aún...

Este beso era suficiente. Era estimulante, y lo hacía sentir increíblemente feliz. Feliz en una forma que nunca había sido incluso mientras le hacía el amor a otras mujeres con las que había tenido relaciones –mujeres a las que se había sentido atraído y con las que había dormido, pero que no le habían importado especialmente.

Sintió una tirantez en el pecho, un peso de emoción como nunca antes había sentido. Debajo de sus dedos, Verónica tembló.

Se retiró entonces, y ella desvió la mirada, incapaz de encontrar sus ojos.

“Bueno,” dijo ella. “Quién lo diría.”

“Sip,” estuvo de acuerdo Joe. No se había propuesto susurrar, pero no parecía poder hablar más fuerte.

“Eso fue... inesperado.”

Él no podía estar completamente de acuerdo. Había estado esperando besarla desde que sus ojos se encontraron por primera vez y la cruda atracción echó chispas entre ellos. Lo que era inesperado era esta extraña sensación de cariño, este lazo emocional que de alguna forma se había enroscado en su pecho. Era ligeramente incómodo, y no había desaparecido ni siquiera cuando había terminado el beso.

Ella lo miró. “Quizás debamos volver a trabajar.”

Joe negó con la cabeza. “No,” dijo. “Necesito un descanso, y tu también.” Se puso de pie, extendiendo su mano hacia ella. “Vamos, te acompañaré a tu habitación. Puedes tomar una siesta. Nos encontraremos aquí en unas horas.”

Verónica no tomó su mano. Simplemente lo miró.

“Vamos,” dijo él nuevamente. “Suéltate un poco.”

Pero ella negó con la cabeza. “No hay tiempo.”

Él tocó suavemente su cabello. “Si, lo hay. Definitivamente hay tiempo para una hora de descanso,” dijo él. “Confía en mi, Ronnie, vas a necesitarlo para concentrarte.”

Joe vio la indecisión en su rostro. “¿Qué tal cuarenta minutos?” agregó. “Cuarenta parpadeos. Puedes tirarte aquí mismo en el sofá. Ordenaré algo de café y te despertaré a las...” miró su reloj “... oh, seis y veinte.”

Lentamente ella asintió. “Muy bien.”

Él se inclinó y brevemente rozó sus labios con los suyos. “Duerme bien,” dijo.

Ella lo detuvo, tocando el costado de su rostro. “Eres tan dulce,” dijo, con sorpresa en su voz.

El tuvo que reír. Lo habían llamado muchas cosas en su vida, y “dulce” no era una de ellas. “Oh, no, no lo soy.”

Los labios de Verónica se curvaron en una sonrisa. “No lo dije como un insulto.” Su sonrisa desapareció y desvió la mirada, repentinamente incómoda. “Joe, tengo que ser honesta contigo,” dijo en voz baja. “Creo que ese beso... fue un error. Estoy tan cansada, y no estaba pensando con claridad y, bueno, espero que no pienses que yo... Bueno, ahora mismo no es... Nosotros no somos... Es un error. ¿No crees?”

Joe se enderezó. El lazo alrededor de su pecho estaba tan malditamente apretado que apenas podía respirar. Un error. Verónica pensaba que besarla había sido un error. Sacudió su cabeza lentamente, ocultando su decepción detrás de una sonrisa tensa. “No, siento que pienses eso,” replicó. “Pensé que quizás teníamos algo ahí.”

“¿Algo?” Verónica repitió, levantando la mirada hacia él.

Esta vez fue Joe quien desvió la mirada. Se sentó a su lado en el sofá, repentinamente cansado. ¿Cómo podía explicar lo que quería decir, cuando ni siquiera él mismo lo sabía? Maldición, ya había dicho demasiado. ¿Y si pensaba que por “algo”

quería decir que se estaba enamorando de ella?

Apartó su cabello con una mano y miró a Verónica.

Sip, ella quería que se enamorara casi tanto como quería un agujero en su cabeza. En el espacio de un latido, pudo imaginar su consternación, imaginando la orden de restricción que tendría que obtener para mantenerlo alejado de ella. Él era rudo e inculto, clase obrera de cabo a rabo. Ella se codeaba con la realeza. Sería embarazoso e inconveniente tener algún loco, tosco marinero enfermo de amor siguiéndola por todos lados.

Mirándola a los ojos, pudo ver su turbación.

Así que le dirigió una sonrisa que expresaba seguridad en sí mismo y rogó que ella no pudiera de alguna forma sentir la tirantez en su pecho. "Pensé que había algo fantástico entre nosotros," dijo, inclinándose hacia delante y poniendo su mano sobre su muslo.

Verónica retrocedió en el sofá, lejos de él. Sus manos cayeron a un lado.

"Ah, sí," dijo ella. "Sexo. Exactamente lo que pensé que querías decir."

Joe se puso de pie. "Que mal."

Ella lo miró pero no encontró su mirada por más de una fracción de segundo. "Sí, lo es."

Él se volvió, encaminándose al dormitorio y la cama. Quizás algo de sueño haría que la presión en su pecho se aligerara o –por favor, Dios– incluso desapareciera.

"Por favor, no olvides despertarme," llamó Verónica.

"Correcto," dijo él secamente y cerró la puerta a su espalda.

La llamada a la puerta llegó rápidamente, no más de cinco minutos después de que Joe hubiera pedido café al servicio de habitaciones. Hombre, pensó, la gente realmente saltaba cuando pensaban que un tipo tenía sangre azul.

West y el otro agente FInCOM, Freeman, sacaron sus armas, haciendo ademanes para que Joe se alejara de la puerta. Era una sensación extraña. Él era el que normalmente hacía las tareas de protección.

La puerta se abrió, y ahí estaba el camarero del servicio de habitaciones. West y Freeman le pasaron a Joe dos humeantes tazones de aromático café. Joe los llevó a la mesita de café y los depositó allí.

Verónica estaba aún dormida. Se había deslizado hacia abajo en el sofá por lo que su cabeza descansaba en el almohadón del asiento. Aferraba un bloc legal contra su pecho.

Lucía increíblemente hermosa. Su piel era tan lisa y lucía tan suave, que era todo lo que él podía hacer para no estirar la mano y tocar su mejilla con los nudillos.

Verónica St. John.

¿Quién habría adivinado que sentiría algo por una niña de sociedad remilgada y correcta llamada Verónica St. John? "Sinjin," por el amor de Dios.

Pero ella no estaba interesada en él. Ese increíble, perfecto beso que habían compartido había sido "un error".

Al diablo que lo había sido.

Joe había tenido que obligarse a dormir. Solo su extenso entrenamiento había evitado que yaciera en la cama, mirando el techo y gastando su energía reviviendo el beso una y otra, y otra vez en su mente. Había pasado bastante tiempo haciendo eso mientras estaba en la ducha, después de despertar. Cada vez que revivía ese beso en su cabeza, intentaba imaginarse que había hecho mal, y cada vez, se quedaba en

blanco. Finalmente había tenido que admitirlo –no había hecho nada mal. Ese beso había sido perfecto, no un error.

Ahora todo lo que tenía que hacer era convencer a Verónica de ese hecho.

Sip, correcto. Era testaruda como el diablo. Tendría más probabilidades de convencer al Río Mississippi de que fluyera hacia el norte.

El infierno de esto era que Joe descubría que en verdad le gustaba la muchacha, que trataba de hacerla sonreír. Quería echar otro vistazo detrás de la correctísima fachada inglesa. Solo que no estaba seguro exactamente donde terminaba la fachada y empezaba la muchacha real. Hasta ahora, había visto dos muy conflictivas imágenes – Verónica en sus ropas de trabajo remilgadas y correctas, y Verónica vestida para bailar. Estaba dispuesto a apostar que la mujer real estaba oculta en algún lugar en el medio. También estaba dispuesto a apostar que ella nunca revelaría voluntariamente su verdadero ser. Especialmente a él.

Joe tenía más que solo una sospecha de que Verónica lo consideraba por debajo de sus estándares. Él era el hijo de un sirviente, mientras que ella era la hija de la clase dirigente. Si tenía una relación con él, sería algo trivial, una aventura fugaz. Estaría cayendo bajo.

Visitando los barrios bajos.

Dios, eran unas palabras horribles. Pero, ¿y que? Así que visitando los barrios bajos. Gran cosa. ¿Qué iba a hacer si ella se acercaba a él? ¿Iba a rechazarla? Sip, correcto. Como el diablo que la rechazaría.

Sencillamente no podía imaginarse el escenario.

Verónica llamaba a su puerta en medio de la noche y él decía, “Lo siento, nena, no estoy libre para el uso de debutantes curiosas que quieren echar un vistazo a la forma en que la mitad de clase baja vive y ama.”

Sip, correcto.

Si ella llamaba a su puerta, la abriría ampliamente. Dejéla que visite los callejones. Solo dejen que sea él con el que ella cayera bajo.

Verónica se movió ligeramente, cambiando de sitio para ponerse más cómoda sobre el sofá, y el bloc legal que había estado sosteniendo cayó de sus brazos. Joe se movió con rapidez y lo atrapó antes de que golpeara el suelo.

Su peinado estaba empezando a deshacerse, y suaves mechones rojos se rizaban alrededor de su rostro. Sus labios estaban ligeramente abiertos. Eran tan suaves y delicados y deliciosos. Lo sabía de primera mano.

No necesitaba mucho para imaginarla levantado aquellos exquisitos labios para otro beso perfecto –para un profundo, exigente, conmovedor beso que escalaría rápidamente a más. Mucho más.

¿Y luego que?

Y luego serían amantes hasta que ella se cansara de él, o él se cansara de ella. No sería diferente de ninguna de las otras relaciones que había tenido.

Pero hasta ahora, todo era diferente. Verónica St. John no era alguna mujer que había conocido en un bar. No se había acercado a él, pasado las llaves de su auto o su habitación de hotel y preguntado si estaba ocupado durante las siguientes veinticuatro horas. No se había acercado a él en lo absoluto.

No era su tipo. Era demasiado seria, demasiado mojigata.

Pero algo que había visto en sus ojos prometía un paraíso como los que nunca había conocido. Diablos, probablemente estaba mejor sin conocer ese paraíso.

¿Porque qué pasaría si nunca se cansaba de ella?

Ahí estaba. Totalmente expuesta. La enorme, asquerosa pregunta que había estado tratando de evitar. ¿Qué pasaba si el lazo que se había apretado alrededor de su pecho

nunca desaparecía?

Pero eso nunca sucedería, ¿verdad?

No podía dejar que los modales de riqueza y clase alta de Verónica lo despistaran. Era solo una mujer. Todas esas diferencias que había imaginado eran solo eso – imaginaciones.

¿Entonces como era que estaba parado allí como un idiota, mirando a la muchacha? ¿Por qué estaba tan condenadamente acobardado de tocarla, de despertarla, de ver sus soñolientos ojos azules mirándolo?

La respuesta estaba clara –porque incluso si lo imposible sucedía, y Joe en verdad hacía algo tan estúpidamente idiota como enamorarse de Verónica St. John, ella nunca, ni en un millón de años, se enamoraría de él. Seguro, podía encontrarlo divertido durante unas semanas o incluso meses, pero eventualmente volvería a sus cabales y lo cambiaría por un modelo más caro.

Y de alguna forma el pensar en eso hería. Incluso ahora. Incluso a pesar de que no había absolutamente nada entre ellos. Nada, es decir, sino un beso perfecto y su promesa de paraíso.

“Holas, Ronnie,” dijo Joe, esperando que despertara sin tener que tocarla. Pero ella no se movió.

Se inclinó y le habló directamente al oído. “El café está aquí. Hora de despertarse.”

Nada.

Le tocó el hombro, sacudiéndola muy ligeramente.

Nada.

La sacudió más fuerte, y ella se movió, pero sus ojos permanecieron fuertemente cerrados.

“Vete,” masculló.

Joe la puso en posición sentada. Su cabeza rodó contra el respaldo del sofá. “Vamos, nena,” dijo. “Si no te despierto, vas a estar más molesta que el diablo conmigo.” Le tocó suavemente el costado del rostro. “Vamos, Ronnie. Mírame. Abre tus ojos.”

Ella los abrió. Estaban asombrosamente azules y muy soñolientos. “Se bueno, Jules, y llama a la oficina. Diles que llegaré unas horas tarde. Estoy agotada. Salí hasta muy tarde anoche.” Sonrió y le tiró un beso al aire cerca de su rostro. “Gracias, amor.” Luego metió sus perfectas rodillas remilgadamente debajo de su falda, puso la cabeza nuevamente sobre los almohadones del sofá y cerró los ojos apretadamente.

¿Jules?

¿Quién diablos era Jules?

“Vamos, Verónica,” dijo Joe casi con desesperación. No tenía ningún derecho a querer atar como un cerdo a este Jules, quien diablos fuera. Ningún derecho en lo absoluto. “Querías que te despertara. Además, no puedes dormir en el sofá. Te despertarás con un dolor de espaldas del demonio.”

Ella no abrió los ojos otra vez, no suspiró, no se movió.

Estaba profundamente dormida, y no era probable que despertara hasta que estuviera lista.

Apretando los dientes, Joe levantó a Verónica y la llevó al dormitorio. La depositó suavemente en la cama, intentando ignorar la forma en que cabía tan perfectamente en sus brazos. Por medio segundo, en verdad consideró trepar debajo de los cobertores a su lado. Pero no tenía tiempo. Tenía trabajo que hacer. Además, cuando se fuera a la cama con Verónica St. John, iba a ser porque ella lo había invitado.

Joe le sacó el zapato restante y lo puso en el suelo, luego la cubrió con los cobertores.

Ella no se movió, no se despertó otra vez. Él no se rindió al deseo de apartar el cabello de su rostro. Simplemente la miró durante otro breve momento, sabiendo que lo más inteligente sería permanecer muy, muy alejado de esta mujer. Sabía que ella era un problema, de la clase que nunca había conocido.

Se volvió, necesitando una bebida fuerte. Se conformó con café negro y fue a trabajar.

Capítulo 8

Verónica se sentó de un salto en la cama.

Querido Dios del cielo, no se suponía que estuviera dormida, se suponía que tenía que estar trabajando y... ¿que hora era?

Su reloj decía doce y veinticuatro. Oh, no, había perdido la mañana completa. Pero debía haber estado exhausta. No podía siquiera recordar haber vuelto aquí a su propia habitación y...

¡Oh, Señor! Comprendió que no estaba en su propia habitación. Estaba en el dormitorio del príncipe, en la cama del príncipe. No, no la cama del príncipe... de Joe... la cama de Joe.

Con un vertiginoso destello, Verónica recordó a Joe atrayéndola a sus brazos y besándola tan lentamente, tan sensualmente que cada hueso de su cuerpo pareció derretirse. Se había deshecho de sus ropas como un avezado profesional y...

Pero... aún estaba vestida. Hasta con sus medias de nylon, que estaban torcidas de una forma incómoda. Solo había soñado con Joe Catalanotto y sus seductores ojos y sorprendentemente suaves manos.

El beso había sido real, sin embargo; y dolorosa, impresionantemente tierno. Imagínate. Joe sabía exactamente como besarla para hacerla sentir de lo más vulnerable, para afectarla de la forma más fuerte posible.

Había esperado que la besara casi bruscamente –un eco del hambre sexual que había visto en sus ojos. Podría haber manejado eso. Habría sabido que decir y que hacer.

En cambio, Joe le había dado un beso que era más tierno que apasionado, aunque la pasión había estado allí, ciertamente. Pero Verónica aún estaba sorprendida por la contención que había mostrado, por la dulzura de su boca contra la de ella, por la lenta, persistente sensualidad de sus labios. Podía muy bien haberlo besado de esa forma hasta el final del tiempo.

Tiempo. ¡Señor! Había perdido tanto tiempo.

Verónica sacó las piernas de la cama.

Le había dicho a Joe que la despertara. Obviamente, no lo había hecho. En lugar de despertarla, la había traído hasta aquí, a su dormitorio.

Encontró uno de sus zapatos en el suelo, y buscó inútilmente el otro. Perfecto. Un zapato perdido y un zapato puesto, habiendo dormido la mayor parte del día, su dignidad en hilachas, tendría que ir a la sala de estar donde los agentes FInCOM estaban apostados. Tendría que soportar sus conocedoras sonrisas de suficiencia.

Era una debilucha. Se había quedado dormida –y permanecido dormida durante horas– mientras estaba trabajando.

Y Joe... Joe no había mantenido su promesa de despertarla.

Él había empezado a... gustarle. Se había sentido atraída desde el principio, pero esto era diferente. Verdadera, genuinamente le gustaba, a pesar del hecho de que venía de un mundo completamente diferente, a pesar del hecho de que parecían

discutir casi constantemente. Incluso le gustaba a pesar del hecho de que él claramente quería convertir su relación en una sexual. A pesar de todo ello, había pensado que ella había empezado a gustarle, también.

Su decepción se convirtió rápidamente en furia. ¿Cómo se atrevía a simplemente dejarla dormir todo el día? El bastardo...

Verónica echaba humo mientras metía su blusa nuevamente dentro de la cintura de su falda y enderezaba su chaqueta, agradecida de que su traje fuera de "planchado permanente" y a prueba de arrugas.

Su cabello no era tan fácil de arreglar, pero estaba decidida a no salir del dormitorio con este suelto y flotando alrededor de sus hombros. Ya era bastante malo que hubiera estado durmiendo en la cama de Joe. No quería que pareciera que él había estado allí con ella.

Finalmente, respiró profundamente y, con un único zapato en la mano y la cabeza en alto, fue a la sala de estar.

Si los agentes FInCOM sonrieron condescendentemente, Verónica se negó a notarlo. Todo lo que sabía era que Joe no estaba en la habitación. Buena cosa, o podía haber perdido incluso más de su dignidad al arrojarle su zapato directamente a la cabeza.

"Buenas tardes, caballeros," dijo enérgicamente a West y Freeman mientras recogía su maletín. Ah, bien. Allí estaba su zapato perdido, en el suelo frente al sofá. Deslizó ambos en sus pies. "¿Puedo preguntar adonde fue el teniente?"

"Está arriba en el gimnasio," respondió uno de ellos.

"Muchas gracias," dijo Verónica y salió como una exhalación.

Joe ya había corrido once kilómetros en la cinta cuando Verónica entró en el lujosamente equipado gimnasio del hotel. Lucía muchísimo mejor. Se había duchado y cambiado de ropa. Pero gloria aleluya, en lugar de ponerse otro de esos trajes Margaret Tacher, vestía un sencillo vestido azul. No era nada extravagante, obviamente estaba diseñado para no resaltar su feminidad, pero de alguna forma, en Verónica, abrazaba su delgada figura y la hacía lucir como un millón de dólares. Sus zapatos estaban aún del lado mojigato, pero oh, nena, esas piernas...

Joe se enjugó un hilillo de sudor que bajaba por el costado de su rostro. ¿Cuándo se había vuelto tan caluroso este lugar?

Pero el saludo de ella fue cualquier cosa menos cálido.

"Me gustaría tener unas palabras contigo," dijo Verónica heladamente, sin siquiera un hola para empezar. "A tu conveniencia, por supuesto."

"¿Tuviste una buena siesta?" preguntó Joe.

"¿Tardarás mucho más?" preguntó ella, con la mirada fija en algún punto a su izquierda.

Así de buena, ¿eh? Algo la había irritado, y Joe estaba dispuesto a apostar que ese algo era él. La había dejado dormir. Corrección -había sido incapaz de despertarla. No era su culpa, pero ahora iba a pagar.

"¿Puedes darme cinco minutos más?" contestó. "Me gustaría hacer dieciséis kilómetros sin detenerme."

Joe ni siquiera estaba jadeando. Verónica podía ver por los números computarizados encendidos en los controles de la cinta que ya había corrido trece kilómetros. Pero no sonaba sin aliento.

Estaba sudando, sin embargo. Sus pantalones cortos estaban empapados. No tenía puesta una remera y su piel suave y bronceada brillaba mientras sus músculos

trabajaban. Y, Dios querido, tenía tantos músculos. Músculos bellamente esculpidos, perfectos. Era magnífico.

Él la estaba observando en los espejos de suelo a techo que cubrían las paredes del gimnasio. Verónica se reclinó contra la pared cerca de la puerta e intentó no mirar a Joe, pero donde fuera que se volviera, veía su reflejo. Se encontró mirando con fascinación los ondulantes músculos en su espalda, muslos y brazos, y entonces empezó a pensar en su beso. Su fabuloso, infartantemente romántico beso. A pesar de su despreocupada actitud, ese beso había estado enlazado de ternura y cargado de emoción. No era como ningún otro beso que hubiera experimentado antes.

Verónica había estado bien consciente de que Joe se estaba conteniendo cuando la besaba de esa forma. Había sentido su contención y el poder de su control. Había visto el calor del deseo en sus ojos y sabido que quería más que solo un simple, suave beso.

Verónica no podía olvidar como había buscado sus ojos cuando se había inclinado hacia ella y...

Excelente. Ahí estaba, parada allí reviviendo el beso de Joe mientras miraba su trasero perfecto. Verónica levantó la mirada para encontrar sus divertidos ojos oscuros observándola mirar su trasero. Sin duda él podía leer su mente. Por supuesto que el hecho de que ella había estado casi babeando hacía mucho más fácil para él saber en que había estado pensando.

Podía igualmente rendirse, admitió Verónica para sí misma. Podía igualmente dormir con el hombre y superarlo. Después de todo, él estaba tan condenadamente seguro de que iba a suceder. Y después de su beso, a pesar de sus mejores intenciones, todo lo que Verónica podía pensar era "¿Cuándo va a besarme otra vez?" Excepto que él no la había despertado, lo que significaba que probablemente ella ni siquiera le gustaba, y ahora estaba molesta como el diablo con él. Sí, besarlo había sido un verdadero error. Aunque en ese momento, cuando había dicho esas palabras, había querido decir otra clase de error completamente. Había querido decir que su sentido de la oportunidad era erróneo.

Había querido decir que era un error agregar una distracción romántica a todas las otras distracciones que ya la estaban volviendo medio loca.

Luego, por supuesto, él había dicho lo que había dicho, y...

El hecho de que Joe viera su creciente relación como una basada puramente en sexo solo agregaba a la confusión de Verónica. Sabía que un hombre como Joe Catalanotto, un hombre acostumbrado a la intriga y la aventura, nunca tendría ninguna clase de interés a largo plazo en una mujer que trabajaba duro para ser estable y responsable y, bueno, con toda franqueza, aburrida. E incluso si ese no fuera el caso, incluso si por algún milagro Joe se enamoraba loca y permanentemente de ella, ¿Cómo diablos manejaría ella sus ausencias en peligrosas, súper secretas misiones? ¿Cómo podría simplemente decirle adiós, sabiendo que podía no volver a verlo con vida nunca más?

No, muchas gracias.

Así que quizás esto de puro sexo no agregara a su confusión. Quizás simplificaba las cosas. Quizás lo bajaba todo al más simple, más básico nivel.

El Señor sabía que se sentía salvajemente atraída hacia él. ¿Y entonces qué si lo estaba mirando?

Verónica encontró la mirada de Joe casi desafiantemente, su barbilla en alto. Uno no podía tener un cuerpo como ese y esperar que la gente no mirara. Y ver a Joe correr era como ver a un bailarín. Tenía gracia y un paso seguro, sus movimientos eran fluidos y sin esfuerzo. Se preguntó si podía bailar. Se preguntó –no por primera vez– como se sentiría ser sostenida en sus brazos, bailando con él.

Mientras Verónica observaba, Joe se concentró en correr, incrementando la velocidad, sus brazos y piernas agitándose, bombeando. La cinta estaba empezando a chirriar, y justo cuando Verónica estaba segura de que Joe iba a empezar a reducir la velocidad, cuando estaba segura de que no podría mantener el paso un momento más, corrió incluso más rápido.

Tenía los dientes apretados, su rostro era una imagen de concentración y resistencia. Lucía como algo salvaje, algo feroz. Un indomado hombre-criatura del pasado distante. Un feroz, bárbaro guerrero llegado para sacudir la civilidad del cuidadosamente educado mundo del siglo XX de Verónica.

"¡Uuu-ja!" gritó alguien, y el rostro de Joe se rompió en una amplia sonrisa cuando levantó la mirada hacia tres hombres, de pie cerca de la máquina de pesas en la esquina de la habitación. Tan rápido como apareció su sonrisa, desapareció el bárbaro.

Extraño, Verónica no había notado a los otros hombres hasta ese momento. Había estado consciente de los agentes FInCOM merodeando cerca de ella, pero no de estos tres hombres vestidos con ropas de ejercicio. Parecían conocer a Joe. SEALs, adivinó Verónica. Tenían que ser los hombres que Joe le había pedido al Almirante Forrest que enviara.

Joe disminuyó la velocidad al fin, regresando la cinta a velocidad de caminata mientras recuperaba el aliento. Se bajó y agarró una toalla, usándola para secar el sudor de su rostro mientras iba hacia Verónica.

"¿Qué sucede?"

Joe estaba echando humo. Había calor literalmente visible elevándose de sus suaves, poderosos hombros. Se detuvo a unos dos metros de ella, claramente no queriendo ofenderla parándose muy cerca.

Sus amigos vinieron y lo rodearon, y Verónica fue momentáneamente silenciada por tres adicionales pares de ojos evaluándola con franca apreciación masculina. Los ojos de Joe solo eran lo suficientemente difíciles de manejar.

Joe miró a los otros hombres. "Piérdanse," dijo. "Esta es una conversación privada."

"Ya no," dijo uno de ellos con un tañido del oeste. Era casi tan alto como Joe, pero probablemente pesaba cuarenta libras menos. Extendió la mano hacia Verónica. "Soy Cowboy, señora."

Estrechó la mano de Cowboy, y él sostuvo la suya mucho más tiempo del necesario, hasta que Joe le dirigió una mirada oscura.

"Muy bien, presentaciones rápidas," dijo Joe. "Teniente McCoy, mi XO –oficial ejecutivo– y los Oficiales Becker y Jones. También conocidos como Blue, Harvard y Cowboy. La señorita Verónica St. John. Para ustedes analfabetos, se escribe Saint y John, dos palabras, pero se pronuncia Sinjin. Es la consultora de medios del Príncipe Tedric, y está en el equipo de programación para esta operación."

El Tte. Blue McCoy parecía ser de la edad de Joe –al principio de los treinta. Era más bajo y más pequeño que los otros hombres, con la constitución de un corredor de maratón, y los ojos azules; ondulado, grueso cabello rubio y apuesto rostro de estrella de Hollywood.

Harvard –Oficial Becker– era un gran hombre negro con tranquilos, inteligentes ojos marrones y cabeza suavemente afeitada. El cabello de Cowboy era incluso más largo que el de Blue McCoy, y lo llevaba echado atrás en una cola de caballo en la nuca. Sus ojos eran verdes y chispeantes, y su sonrisa juvenilmente animada. Parecía el hermano menor de Kevin Costner, y lo sabía. Seguía guiñándole el ojo.

"Un placer conocerlos," dijo Verónica, estrechando manos con Blue y Harvard. Temía que si le ofrecía su mano a Cowboy otra vez, podía no recuperarla nunca más.

"El placer es todo nuestro, señora," dijo Cowboy. "Adoro lo que has hecho con el cabello del capitán."

"¿Capitán?" Verónica miró a Joe. "Pensé que eras un Teniente."

"Es un término de aprecio, señora," dijo Blue. Él, también, tenía un grueso acento, pero el suyo era del sur. "Cat está al mando, así que a veces lo llamamos Capitán."

"Es mejor que algunas de las otras cosas que me llaman," dijo Joe.

Cat.

El Almirante Forrest también se había dirigido a Joe por ese apodo. Cat. Le sentaba. Cuando Joe corría sobre la cinta, parecía un gato gigante, con tanta gracia y fluidez. El apodo, aunque era realmente solo una forma acortada de Catalanotto, no estaba tan lejos de la realidad.

"Muy bien, genial," dijo Joe. "Hemos sido amables. Ahora piérdanse muchachos. Terminen su entrenamiento, y dejen que los mayores hablen."

El Tte. McCoy tomó a los otros dos hombres de los brazos y los empujó hacia el equipo de levantamiento de pesas. Harvard empezó a levantar pesadas pesas mientras Cowboy lo veía, un ojo aún en Joe y Verónica.

"Ahora intentemos esto una vez más," dijo Joe con una sonrisa. "¿Qué sucede? Luces como si quisieras enviarme a una corte marcial."

"Solo si el castigo por amotinamiento aún es la muerte," dijo Verónica, sonriendo tensamente.

Joe enlazó la toalla alrededor de su cuello. "Amotinamiento," dijo. "Ese es un cargo serio... especialmente considerando que hice lo condenadamente mejor que pude para despertarte."

Verónica se cruzó de brazos. "¿Oh, y supongo tu 'condenadamente' incluye ponerme en una agradable cama suave, donde es seguro que dormiré la mayor parte del día?" dijo ella. Miró alrededor, a los agentes FInCOM y los otros SEALs, y bajó la voz. "También puedo señalar que era difícilmente apropiado que durmiera en tu cama. Seguramente lució mal, e implicó... ciertas cosas."

"Guau, Ronnie," Joe sacudió la cabeza. "Esa no fue mi intención. Pensé que estarías más cómoda, eso es todo. Estaba tratando de..."

"Soy una mujer soltera, Teniente," interrumpió Verónica. "A pesar de lo que intentarás, no es algo que me favorezca tomar una siesta en la cama de ningún hombre."

Joe rió. "Creo que estas sobreactuando un poquitito. No estamos en 1980. No veo como tu reputación pueda ser manchada simplemente por tomar una siesta en mi cama. Si yo hubiera estado allí contigo, sería un asunto completamente diferente. Pero si quieres saber la verdad, estaría dispuesto a apostar que nadie siquiera notó donde estuviste durmiendo esta mañana, o incluso que estuviste durmiendo. Y si lo hicieron, ese es su problema."

"No, es mi problema," dijo Verónica con dureza, su temperamento encendido. "Dime, teniente, ¿hay muchas mujeres SEALs?"

"No," dijo Joe. "No hay ninguna. No permitimos mujeres en las unidades."

"Ajá," replicó Verónica. "En otras palabras, no estas familiarizado con la discriminación sexual, porque tu organización está basada en discriminación sexual. Es sencillamente perfecto."

"Mira, si quieres predicar el feminismo, bien," dijo Joe, su paciencia desintegrándose, "pero hazme un favor -dame un panfleto para leer sobre el tema y termina con esto. Ahora mismo, voy a tomar una ducha."

Para ese entonces tenían la completa, indisimulada atención de los tres otros SEALs y los agentes FInCOM, pero Verónica ya había pasado el punto donde le importaba.

Estaba furiosa –furiosa de que la hubiera dejado dormir, furiosa de que fuera tan macho, furiosa de que la hubiera besado– y particularmente furiosa de que le hubiera gustado su beso tan condenadamente mucho.

Bloqueó el camino de Joe, pinchándolo en el ancho pecho con un dedo. “No te atrevas a huir de mi, Teniente,” dijo, su voz elevándose con cada palabra. “Estás operando en mi mundo ahora, y no te dejaré hacer peligrar mi carrera por tu propia estúpida ignorancia.”

Él se crispó como si lo hubiera abofeteado y se alejó, pero no antes de que ella viera el destello de dolor en sus ojos. Dolor que fue rápidamente reemplazado por rabia.

“Jesús, María y José,” dijo Joe entre dientes apretados. “Solo estaba tratando de ser agradable. Pensé que dormir en el sofá te arruinaría la espalda, pero olvídale. De ahora en adelante, no me molestaré, ¿está bien? De ahora en adelante, procederemos de acuerdo a las reglas.”

La esquivó y fue al vestuario. Los agentes FInCOM y los otros tres SEALs lo siguieron, dejando a Verónica sola en el gimnasio. Su reflejo le devolvía la mirada desde todos los ángulos.

Perfecto. Había manejado esto perfectamente.

Verónica había bajado aquí para descubrir por qué la había dejado dormir tanto, y había terminado en una feroz discusión sobre discriminación sexual y su prístina reputación. Ese no era el problema real para nada. Había sido simplemente algo sobre lo que gritar, porque el Señor sabía que no podía caminar hasta él y gritarle que su beso había vuelto todo su mundo patas arriba y ahora estaba total, completa y absolutamente fuera de balance.

En cambio, lo había insultado. Estúpido. Ignorante. Palabras que claramente habían cortado profundo, a pesar del hecho de que él era cualquier cosa menos estúpido y estaba lejos de ser ignorante.

Lo que Verónica había hecho era desquitar toda su furia y frustración sobre el hombre.

Pero si había alguien a quien culpar aquí, era a sí misma. Después de todo, era la única lo bastante tonta como para caer dormida en primer lugar.

“¡Hey, Cat!” llamó Cowboy en voz alta mientras él se duchaba en el vestuario. “Dime más sobre la bella Verónica ‘Sinjin’.”

“No hay nada que decir,” contestó Joe llanamente. Levantó la mirada para encontrar a Blue observándolo.

Maldición. Blue podía leerle la mente. La conexión de Joe con Blue era tan estrecha, había pocos pensamientos que aparecían en la cabeza de Joe de los que Blue no era instantáneamente consciente. ¿Pero qué diría Blue de los pensamientos que Joe estaba teniendo ahora mismo? ¿Qué diría del enfermo, nauseabundo sentimiento que Joe tenía en la boca del estómago?

Estúpido. Ignorante.

Bueno, eso resumía todo, ¿verdad? Joe ciertamente sabía exactamente lo que Verónica St. John pensaba de él, ¿verdad? Ciertamente sabía por qué pensaba que ese beso había sido un error.

Cowboy cerró la ducha. Goteando, salió del cubículo y entró en la habitación. “¿Estas seguro que no hay nada que puedas decirnos sobre Verónica, Cat? Oh, vamos, amigo, puedo pensar en una o dos cosas,” dijo, tomando una toalla de la pila de toallas limpias y secándose superficialmente. “Como por ejemplo, ¿están ustedes dos

haciendo el baile nocturno desnudos?”

“No,” replicó Joe rotundamente, poniéndose los pantalones.

“¿Estás planeando hacerlo?” preguntó Cowboy. Se deslizó dentro de las afelpadas batas de hotel que colgaban de la pared.

“Desiste, Jones,” dijo Blue en tono de advertencia.

“No,” le contestó Joe a Cowboy lacónicamente mientras se ponía la remera por la cabeza y pasaba los brazos dentro de las mangas de su camisa.

“Genial,” dijo Cowboy. “Entonces no te importa si yo lo intento...”

Joe giró y agarró al hombre más joven por las solapas de su bata, estrellándolo contra la fila de casilleros de metal con un estrépito. “Mantente malditamente alejado de ella,” estalló. Soltó a Cowboy, y se volvió para incluir a Blue y Harvard en su mirada furiosa. “Todos ustedes. ¿Esta claro?”

No esperó una respuesta. Se volvió y salió de la habitación con pasos furiosos, cerrando de un portazo a su espalda.

El ruido hizo eco mientras Cowboy miraba a Harvard y Blue.

“Dispárame,” dijo finalmente. “¿Alguno tiene alguna idea de qué diablos está pasando?”

Capítulo 9

El servicio de habitación llegó a la suite real antes de que lo hiciera Joe.

“Colóquenlo sobre la mesa, por favor,” instruyó Verónica al camarero.

Había ordenado una comida completa, desde aperitivos a postre, completa con tres vinos diferentes.

La lección de esta tarde era la comida –o más precisamente, comer la comida. Había un almuerzo de caridad de cien dólares el plato en Boston, Massachussets, que había sido dejado en la agenda del príncipe. Tanto la localización como la visibilidad del evento eran las correctas para un posible intento de asesinato, pero era más que una aparición de hola y adiós. Involucraría más que la habilidad de Joe de permanecer de pie y agitar la mano como si fuera el Príncipe Tedric.

La puerta de la suite se abrió, y Joe entró, seguido por tres agentes FInCOM. Su camisa estaba desabotonada, revelando la remera debajo, y encontró los ojos de Verónica solo brevemente antes de volverse hacia la mesa repleta. Estaba bastante claro que aún estaba molesto con ella.

“¿Qué es esto?” preguntó él.

“Práctica para el almuerzo de caridad de Boston,” replicó verónica. “Espero que estés hambriento.”

Joe fijó la mirada en la mesa. Estaba repleta con platos cubiertos. Estaba colocada para dos, con una completa selección de cubertería y tres diferentes copas de vino en cada lugar. ¿Qué, no creía la Señorita Estirada y Poderosa que él supiera comer con un tenedor? ¿No sabía que cenaba con almirantes y generales de cuatro estrellas en el Club de Oficiales?

Estúpido. Ignorante.

Joe asintió lentamente, deseando estar todavía furioso, deseando estar aún nutriendo la lenta quemadura que había sentido escaleras arriba en el gimnasio. Pero no lo estaba. Estaba demasiado cansado para sentir rabia ahora. Estaba demasiado cansado para sentir cualquier cosa salvo desilusión y dolor. Maldición, lo hacía sentir tan vulnerable.

El camarero del servicio de habitación estaba parado al lado de la mesa, torciendo su

estirada nariz ante la camisa desabrochada de Joe. Diablos, quizás el camarero y Verónica habían tenido una buena risa acerca de Joe antes de que él llegara.

... "Esto es innecesario," dijo, volviéndose para mirar a Verónica. Hombre, lucía bonita en ese vestido azul. Su cabello estaba arreglado hacia atrás con una especie de moño, y –Olvídate de ella, se dijo severamente. Era simplemente una niña rica que había dejado más que claro que vivían en dos mundos diferentes, no había forma de cruzar el borde. Él era estúpido e ignorante, y besarlo había sido un error. "Lo creas o no, ya se cual tenedor es para la ensalada y cual es para el postre. Puede ser toda una impresión para ti, pero también se como usar una servilleta y beber desde un vaso."

Verónica en verdad pareció sorprendida, sus ojos azules abriéndose incluso más. "Oh," dijo. "No. No, sabía eso. No es a lo que viene esto." Dejó escapar una risa nerviosa. "¿Realmente creíste que pensaba que necesitaría enseñarte a comer?"

Joe no estaba divertido. "Sí."

Mi Dios, hablaba en serio. Estaba parado allí, sus poderosos brazos cruzados sobre su ancho pecho, mirándola fijamente con esos desconcertantes ojos oscuros. Verónica recordó el relámpago de dolor en los ojos de Joe cuando habían discutido en el gimnasio. ¿Qué había dicho? Lo había llamado estúpido e ignorante. Oh, Señor. Aún no podía creer que esas palabras hubieran salido de su boca.

"Lo siento tanto," dijo.

Los ojos de él se entrecerraron ligeramente, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

"Te debo una disculpa," explicó Verónica. "Estaba muy enojada esta mañana, y dije algunas cosas que no quería decir. La verdad es que estaba frustrada y furiosa conmigo misma. Yo fui la que se quedó dormida. Fue todo mi culpa, y traté de desquitarme contigo. No debería haberlo hecho. Lo siento."

Joe miró al camarero y luego a los agentes FInCOM que estaban sentados en el sofá, escuchando cada palabra. Cruzó la puerta y la abrió invitadoramente. "¿Les importaría salir por un segundo, chicos?"

Los agentes FInCOM se miraron entre sí y se encogieron de hombros. Levantándose, cruzaron hasta la puerta y salieron al corredor. Joe se volvió al camarero. "Tú también, amigo." Señaló hacia la puerta abierta. "Da un paseo."

Esperó hasta que el camarero hubiera salido, luego cerró la puerta tensamente y cruzó de regreso a Verónica. "Sabes, estos tipos te darán privacidad si la pides," dijo.

Ella asintió. "Lo se," dijo. Levantó la barbilla ligeramente, encontrado su mirada con seguridad. "Eso solo que... fui ruda contigo en público, sentía que debía disculparme en público, también."

Joe asintió, también. "Está bien," dijo. "Sip. Suena justo." La miró, y había algo muy cercano a la admiración en sus ojos. "Suena realmente justo."

Verónica sintió sus propios ojos llenarse de lágrimas. Oh, maldición, iba a llorar. Si empezaba a llorar, iba a sentir una vez más cuán gentiles podían ser los brazos duros como el acero de Joe. Y Señor, no quería que le recordaran eso. "Lo siento," dijo, parpadeando para alejar las lágrimas.

Oh, maldición, Verónica iba a llorar, pensó Joe dando un paso hacia ella, luego se detuvo. No, estaba intentando con fuerza ocultarlo. Era mejor si le seguía el juego, si pretendía no haberlo notado. Pero, hombre, la visión de esos ojos azules inundados en lágrimas hacían que le doliera el pecho, recordándole a esta mañana, cuando la había sostenido en sus brazos. Recordándole ese increíble beso...

Verónica forzó una sonrisa y extendió la mano. "¿Aún amigos?" preguntó.

Amigos, ¿eh? Joe nunca antes había tenido una amiga a la que quisiera atraer a sus brazos y besarla hasta dejarla sin respiración.

Mientras la miraba a los ojos, la atracción entre ellos parecía chasquear y crepitar, como algo vivo.

Verónica estaba bien. Era una persona decente –el hecho de que se hubiera disculpado lo probaba. Pero venía de kilómetros de distancia del otro lado de las vías del ferrocarril. Si su relación se convertía en una íntima, ella aún estaría cayendo bajo. Y él estaría...

Él estaría soñando con ella cada noche por el resto de su vida.

Joe soltó la mano de Verónica como si hubiera sido mordido. Jesús, María y José, ¿de donde había salido ese pensamiento?

“¿Estas bien?” La preocupación en los ojos de ella era genuina.

Joe metió las manos en los bolsillos. “Sip. Lo siento. Supongo que... después de que hagamos esta cosa de cenar, voy a tomar otra siesta corta.”

“¿Una siesta de tres minutos esta vez?” preguntó Verónica. “¿O quizás harás el esfuerzo, y dormirás durante cinco minutos enteros...?”

Joe sonrió, y ella le dirigió una sonrisa en respuesta. Sus miradas se encontraron y sostuvieron. Y sostuvieron, y sostuvieron, y sostuvieron.

Con otra mujer, Joe haría cerrado la distancia entre ellos. Con otra mujer, Joe habría dado los dos cortos pasos que los habrían dejado cara a cara. Habría alejado esos rizos sueltos del color de la llama de su hermoso rostro, luego alzado su barbilla y bajado su boca para encontrar la de ella.

Había saboreado sus labios antes. Sabía cuan increíble podía ser Verónica besando.

Pero no era otra mujer. Era Verónica St. John. Y ya había dejado claro que el sexo no estaba en su agenda. Diablos, si un beso había sido un error, entonces hacer el amor sería un error de increíble magnitud. Y la verdad era que Joe no quería enfrentar ese tipo de rechazo.

Así que Joe no se movió. Solo la miró.

“Bueno,” dijo ella, ligeramente sin aliento, “quizás deberíamos ponernos a trabajar.”

Pero no fue hacia la mesa, simplemente lo miró, como si ella, también, estuviera atrapada en alguna clase de campo de fuerza e incapaz de moverse.

Verónica era hermosa. Y rica. E inteligente. Pero más que solo intelectualmente inteligente. Era inteligente con respecto a la gente, también. Joe la había visto manipular una mesa llena de oficiales de alto rango. No podría haber hecho eso con solamente un diploma de la Ivy League.

No sabía nada de ella, comprendió Joe. No sabía de dónde venía, o como había llegado aquí, a Washington D.C. No sabía como había terminado trabajando para el príncipe coronado de Ustanzia. No sabía por qué se había quedado, incluso después del intento de asesinato, cuando la mayoría de los civiles se habrían encaminado hacia las colinas y la seguridad.

“¿Cuál es tu ángulo?” preguntó Joe.

Verónica parpadeó. “¿Perdón?”

Él reformuló la pregunta. “¿Por qué estás aquí? Quiero decir, yo estoy aquí para ayudar a atrapar a Diosdado, ¿pero que sacas tú de esto?”

Ella miró por la ventana la caída de la tarde en la ciudad capital. Cuando volvió a mirar a Joe, su sonrisa era triste. “Tocada,” dijo ella. “No me pagan ni la mitad de lo que deberían, a pesar de que se podría argumentar que trabajar para la realeza es un sólido empuje para una carrera. Por supuesto, todo depende de si podemos hacerte pasar por el Príncipe Tedric exitosamente.”

Se dejó caer en el sofá y lo miró, el codo en su rodilla, la barbilla en la mano. “Tenemos menos de seis horas antes de que el comité tome una decisión.” Sacudió la cabeza y rió sin humor. “En lugar de parecerte más a Tedric, pareces más diferente

que cuando empezamos. Te miro, Joe, y ya ni siquiera te pareces al príncipe.”

Joe sonrió mientras se sentaba a su lado en el sofá. “Por suerte para nosotros, la mayoría de la gente no mirará debajo de la superficie. Esperarán ver a Ted, así que... verán a Ted.”

“Necesito que esto funcione,” dijo Verónica, alisando su falda sobre sus rodillas. “Si no funciona...”

“¿Por qué?” preguntó Joe. “¿Se está venciendo la hipoteca del castillo?”

Verónica se giró y lo miró. “Muy divertido.”

“Lo siento.”

“Realmente no quieres escuchar esto.”

Joe la estaba observando, estudiando su rostro. Sus ojos oscuros eran indescifrables, y tan misteriosos como el más profundo de los océanos. “Si, quiero.”

“La hermana de Tedric ha sido mi mejor amiga desde el internado,” dijo Verónica. “Incluso a pesar de que a Tedric le es indiferente el estado financiero de Ustanzia, Willa ha estado trabajando duro para hacer a su país más solvente. A ella le preocupa –así que a mi me preocupa.” Sonrió. “Cuando el petróleo fue descubierto, Willa realmente dio volteretas por la tierra de la Capital. Pensé que el pobre Jules iba a tener un ataque cardíaco. Pero entonces descubrió cuanto costaría perforar. Está contando con la ayuda de los Estados Unidos.”

Jules.

Se bueno, Jules, y llama a la oficina. Verónica había murmurado esas palabras en su sueño, y desde entonces, Joe se había estado preguntado, no sin un poco de celos, exactamente quién era Jules.

“¿Quién es Jules?” preguntó Joe.

“Jules,” repitió Verónica. “Mi hermano. Está convenientemente casado con mi mejor amiga. Es bastante conveniente, en realidad, pero muy dulce. Están esperando un bebé en cualquier momento.”

Su hermano. Jules era su hermano. ¿Por qué eso hacia a Joe sentirse tan malditamente mejor? Él y Verónica iban a ser amigos, nada más, ¿así que por qué le importaba si Jules era su hermano o su amante o su mono domesticado?

Pero sí le importaba, maldita sea.

Joe se inclinó hacia delante. “¿Entonces por qué no vino Willa a esta visita en lugar de Ted Cerebro-Muerto? ¿Porque está embarazada?”

Verónica intentó no sonreír, pero falló. “No llames así al Príncipe Tedric,” dijo.

Él le sonrió, golpeado por la forma en que sus ojos eran del mismo tono de azul que su vestido. “Sabes, luces muy bonita en azul.”

La sonrisa de ella se desvaneció y se puso de pie. “Realmente deberíamos empezar,” dijo, cruzando hacia la mesa. “La comida se está enfriando.”

Joe no se movió. “¿Así que donde crecieron tú y Jules? ¿Londres?”

Verónica se volvió para mirarlo. “No,” replicó. “Al principio viajábamos con nuestros padres, y cuando fuimos lo bastante mayores, fuimos a la escuela. Lo más cercano a un hogar permanente fue Huntsgate Manor, donde nuestra tía abuela Rosamond vivía.”

“Huntsgate Manor,” meditó Joe. “Suena como algo salido de un cuento de hadas.”

Los ojos de Verónica se volvieron soñadores y desenfocados cuando miró por la ventana. “Era tan maravilloso. Esa casa grande, vieja, mohosa y antigua con jardines y terrenos que seguían hasta el infinito y más.” Miró a Joe con un destello de humor en sus ojos. “No realmente,” agregó. “Creo que la propiedad es solo de cuatro o cinco acres, pero cuando éramos pequeños, parecía ir hasta el borde del mundo y de regreso.”

Noche y día, pensó Joe. Sus dos educaciones eran tan diferentes como la noche y el

día. Se preguntaba que haría ella, como reaccionaría si supiera de la roca debajo de la cuál él había salido arrastrándose.

Verónica rió, avergonzada. "No se por qué acabo de decirte todo eso," dijo. "Difícilmente es interesante."

Pero era interesante. Era fascinante. Tan fascinante como esas gigantescas casas a las que había entrado con su madre, las casas que ella había limpiado cuando él era un niño. Las palabras de Verónica eran otro portal al mismo mundo de "Mira pero no toques." Era fascinante. Y deprimente como el infierno. Verónica había sido criada como una princesita. Sin dudas solo estaría contenta de pasar su vida "feliz para siempre", con un príncipe.

Y seguro como el diablo que él no reunía los requisitos.

¿Excepto que, qué estaba haciendo, pensando en cosas como y vivieron felices para siempre?

"¿Qué hay de ti, Joe?" preguntó ella, interrumpiendo sus pensamientos. "¿Dónde creciste?"

"Cerca de la ciudad de Nueva York. Realmente deberíamos ponernos a trabajar," dijo, medio esperando que ella dejara caer el tema de su niñez –y medio esperando que no lo hiciera.

Ella no lo dejó. "La ciudad de Nueva York," dijo. "Nunca he vivido allí, solo la he visitado. Recuerdo la primera vez que estuve allí de niña. Todo parecía ser luces y música y obras de Broadway y maravillosa comida y... gente, gente por todos lados."

"No vi ninguna obra en Broadway," dijo Joe lacónicamente. "Sin embargo cuando tenía diez años, me escape de casa de noche y anduve por el distrito de los teatros, intentando divisar celebridades. Obtenía sus autógrafos y luego los vendía, haciendo una rápida ganancia."

"A tus padres probablemente les encantaba eso," dijo Verónica. "¿Un chico de diez años, completamente solo en la ciudad de Nueva York...?"

"Mi madre estaba generalmente demasiado borracha para darse cuenta de que no estaba," dijo Joe. "E incluso si lo hubiera notado, no le habría importado nada."

Verónica desvió la mirada de él, bajándola al suelo. "Oh," dijo.

"Sip," dijo Joe. "Oh."

Ella jugueteó con su cabello durante un momento, y luego lo sorprendió. Levantó la mirada directamente a sus ojos y sonrió –una sonrisa no sin pena por el muchacho que él alguna vez había sido. "Supongo que allí es donde aprendiste a ser autosuficiente. Y seguro de ti mismo."

"Autosuficiente, quizás. Pero crecí con todos diciéndome siempre que no era lo bastante bueno," dijo Joe. "No, eso no es verdad. No todos. No Frank O'Riley." Sacudió la cabeza y rió. "Él era este malhumorado viejo que vivía en su departamento en el sótano en una de las casas sobre el río. Tenía una pierna de palo y un ojo de vidrio y sus brazos estaban cubiertos de tatuajes y todos los chicos estaban asustados hasta la mier –asustados a muerte de él. Excepto yo, porque yo era el más duro, frío chico en el vecindario– al menos entre el grupo de los menores de doce."

"O'Riley tenía este jardín –realmente solo una pequeña parcela de tierra. No podían haber sido más de tres metros y medio por uno. Siempre tenía algo creciendo –flores, vegetales– siempre había algo. Así que allí fui, sobre su oxidada cerca, solo para probar que no estaba asustado del viejo."

"Había estado planeando pisotear sus flores, pero una vez que estuve en el jardín, no pude hacerlo," dijo Joe. "Eran simplemente demasiado condenadamente bonitas. Todos esos colores. Tonos que nunca había siquiera imaginado. En cambio, me senté y simplemente las miré."

“El viejo Frank salió y me dijo que había cargado su arma y estaba listo para dispararme en mi lamentable trasero, pero como era obviamente otro amante de la naturaleza, me había traído un vaso de limonada en cambio.”

¿Por qué le estaba diciendo esto a ella? Blue era la única persona a la que alguna vez le había mencionado a Frank O’Riley, y nunca con tanto detalle. La amistad de Joe con el viejo O’Riley era el único buen recuerdo que tenía de su niñez. El Jefe Frank O’Riley, de la Fuerza Naval de los Estados Unidos., retirado, y su apenas habitable departamento del sótano habían sido el refugio de Joe, su escape cuando la vida en casa se volvía intolerable.

Y de repente supo por qué estaba contándole a Verónica sobre Frank, su único amigo de la infancia, su único modelo positivo. Quería que esta mujer supiera de dónde venía, quién era realmente. Y quería ver su reacción, ver si reconocería el importante rol que el viejo Frank había jugado en su vida, o si le restaría importancia, despreocupada, desinteresada.

“Frank era un marinero,” le dijo Joe a Verónica. “Duro como las uñas, y con una boca sucia como el diablo. Podía jurar como nadie que haya conocido. Luchó en el Pacífico en la Segunda Guerra Mundial, como buceador, uno de los tempranos miembros de UDTs³, el equipo de demolición submarina que más tarde se convirtió en los SEALs. Era brusco y grosero, pero nunca me alejó de su puerta. Lo ayudaba a sembrar semillas en su jardín a cambio de las historias que me contaba.”

Verónica estaba escuchando atentamente, así que continuó.

“Cuando todos los demás que conocía me decían que iba a terminar en la cárcel o peor, Frank O’Riley me dijo que estaba destinado a convertirme en un Navy SEAL – porque tanto ellos como yo éramos lo mejor de lo mejor.”

“Tenía razón,” murmuró Verónica. “Debe estar muy, muy orgulloso de ti.”

“Está muerto,” dijo Joe. Observó sus ojos llenarse de compasión, y el lazo alrededor de su pecho se hizo más apretado. Estaba en grandes problemas. “Murió cuando tenía quince.”

“Oh, no,” susurró ella.

“Frank tenía un espíritu poderoso,” continuó Joe, resistiendo la urgencia de atraerla a sus brazos y consolarla porque su amigo había muerto más de quince años antes. “Donde sea que fuera y lo que sea que hiciera durante los tres años después de que muriera, él estaba allí, susurrando en mi oído, manteniéndome en línea, recordándome de esos Navy SEALs que había admirado tanto. El día que cumplí dieciocho, entré en esa oficina de reclutamiento de la armada y casi pude sentir su suspiro de alivio.”

Le sonrió y Verónica le devolvió la sonrisa, mirándolo a los ojos. Otra vez, el tiempo pareció permanecer completamente inmóvil. Otra vez, era la oportunidad perfecta para besarla, y otra vez, Joe no se permitió moverse.

“Me alegro de que me hayas perdonado, Joe,” dijo ella en voz baja.

“¿Hey, que pasó con ‘Su Alteza’?” preguntó Joe, intentando desesperadamente volver a un tono más ligero, más bromista.

Se estaba poniendo serio con él. Seriedad significaba honestidad, y con toda honestidad, Joe no quería que fueran amigos. Quería que fueran amantes. Estaba muriendo por ser su amante. Quería tocarla de formas que ella nunca había sido tocada antes. Quería escucharla gritar su nombre y...

Verónica pareció sorprendida. “He olvidado llamarte así, ¿verdad?”

“Has estado llamándome Joe últimamente,” dijo. “Lo que está bien –me gusta más. Solo tenía curiosidad.”

³ Underwater demolition team. Equipo de demolición submarina.

"No eres para nada como el príncipe real," dijo ella honestamente.

"No estoy seguro si eso es un cumplido o un insulto."

Ella sonrió. "Créeme, es un cumplido."

"Sip, eso es lo que pensaba," dijo Joe. "Pero no estaba seguro exactamente donde estabas parada."

"El Príncipe Tedric... no es muy agradable," dijo Verónica diplomáticamente.

"Es un cobarde y un flamante idiota," indicó Joe rotundamente.

"Supongo que no te gusta mucho, tampoco."

"El eufemismo del año, Ronnie. Si termino recibiendo una bala por él, voy a estar realmente molesto." Sonrió sombríamente. "Es decir, si puedes estar molesto y muerto al mismo tiempo."

Verónica miró a Joe. Si terminaba recibiendo una bala...

Por primera vez, la realidad de lo que Joe estaba haciendo la golpeó de lleno en el estómago. Estaba arriesgando su vida para atrapar a un terrorista. Mientras Tedric pasaba las próximas semanas en la comodidad de una casa segura, Joe estaría en público. Joe sería el blanco de las armas de los terroristas.

¿Y si algo salía mal? ¿Y si los terroristas tenían éxito, y mataban a Joe? Después de todo, ya se las habían arreglado para matar a cientos y cientos de personas.

Joe de repente parecía tan cansado. ¿Estaban sus pensamientos siguiendo el mismo camino? ¿Tenía miedo de ser asesinado, también? Pero entonces él levantó la mirada hacia Verónica e intentó sonreír.

"¿Te importa si nos salteamos el almuerzo?" preguntó él. "¿O solo lo posponemos por media hora?"

Verónica asintió. "Podemos posponerlo," dijo.

Joe se puso de pie, encaminándose hacia el dormitorio. "Genial, tengo que dormir. Te veré en unos treinta minutos, ¿esta bien?"

"¿Quieres que te despierte?" preguntó ella.

Joe sacudió su cabeza, no. "Gracias, pero..."

Oh, nena, podía sin problemas imaginarla entrando a su dormitorio en sombras para despertarlo. Podía sin problemas imaginarse saliendo del profundo sueño REM para ver su rostro, esos ojos mirándolo. Podía imaginarse alcanzándola, atrayéndola hacia abajo sobre él, cubriendo su boca con la suya.

"No, gracias," dijo nuevamente, levantando una mano para aflojar los tensos músculos de su cuello y hombros. "Colocaré el despertador."

Verónica lo observó mientras cerraba la puerta del dormitorio a su espalda.

Se estaban quedando sin tiempo. A pesar de sus garantías, Verónica no creía que Joe pudiera lograrlo.

Pero esas no eran las únicas dudas que estaba teniendo.

Hacerse pasar por el Príncipe Tedric podía muy fácilmente hacer que lo asesinaran.

¿Estaban haciendo lo correcto? ¿Atrapar a estos terroristas valía arriesgar la vida de un hombre? ¿Era justo pedirle a Joe que tomara esos riesgos cuando Tedric tan claramente no lo haría?

Pero fuera de todas esas dudas, Verónica tenía una cosa por cierta. No quería que el Teniente Joe Catalanotto muriera.

Capítulo 10

Verónica estuvo lista casi treinta minutos antes del comienzo de la reunión.

Se miró al espejo por milésima vez. Su chaqueta y falda eran de un oscuro verde

oliva. Su blusa de seda era del mismo color, pero de un sutil tono más claro. El color era un contraste perfecto para su cabello rojo llameante, pero el traje era cuadrado y el corte de la chaqueta estaba hecho para esconder sus curvas.

Joe lo llamaría un traje Margaret Thatcher. Y tenía razón. La hacía parecer seria y fiable, formal y eficiente.

Si, está bien, no estaba muy a la moda. Pero enviaba un claro mensaje al mundo. Verónica St. John podía cumplir un trabajo.

Excepto que, en unos pocos minutos, Verónica iba a tener que salir por la puerta de la habitación de hotel y encaminarse corredor abajo a la sala de conferencias privada adjunta a la suite del Senador McKinley. Iba a ir a la reunión y sentarse ante la mesa sin la más ligera pista de si había o no realmente cumplido con este trabajo en particular.

Honestamente no sabía si había sido capaz de llevar a cabo la tarea de convertir a Joe Catalanotto en una copia mortalmente fiel del Príncipe Tedric. Y si el equipo de seguridad de agentes FInCOM no protegía a Joe, eso era exactamente lo que sería. Mortal. Joe, con sus danzantes ojos y amplia, contagiosa sonrisa... Todo lo que se necesitaría era una bala y él sería algo del pasado, un recuerdo.

Verónica se alejó del espejo y empezó a pasear.

Había trabajado con Joe toda la tarde, repasando una y otra vez reglas y protocolos y la historia de Ustanzia. Le había mostrado la extraña forma en que el Príncipe Tedric sostenía una cuchara y el raro hábito que el príncipe tenía de dejar al menos un pequeño trocito de cada comida en su plato cuando comía.

Había intentado mostrarle a Joe nuevamente como caminar, como pararse, como mantener su cabeza en un ángulo real. Cuando pensaba que quizás, solo quizás podría estar lográndolo, él se encorbaba o se encogía de hombros o se reclinaba contra la pared. O hacía una broma y le dirigía una de esas sonrisas de cinco mil vatios que eran tan diferentes de cualquier expresión facial que el Príncipe Tedric hubiera tenido alguna vez.

"No te preocupes, Ronnie. Esto no es un problema," él había dicho con su atroz acento de Nueva Jersey. "Lo haré. Cuando llegue el momento, lo haré bien."

Pero Verónica no estaba segura de qué debería preocuparla. ¿Estaba preocupada de que Joe no fuera capaz de hacerse pasar por el Príncipe Tedric, o estaba preocupada de que lo sí lo hiciera?

Si Joe lucía y actuaba como el príncipe, entonces estaría en peligro. Y maldita sea, ¿Por qué debería Joe arriesgar su vida? ¿Por qué no dejar que el príncipe arriesgara la suya? Después de todo, el Príncipe Tedric era a quien los terroristas querían matar.

Verónica ya había traído a colación sus preocupaciones ante Joe antes de que se separaran para prepararse para esta reunión. Se había reído cuando ella le había dicho que pensaba que podía ser para mejor si él no podía hacerse pasar por Tedric –era demasiado peligroso.

"He estado en situaciones peligrosas antes," le había dicho Joe. "Y esta ni siquiera se acerca." Le había contado sobre los planes y preparaciones que estaba arreglando tanto con los FInCOM de Kevin Laughton como con los SEALs de su Escuadrón Alfa. Le había dicho que llevaría un chaleco a prueba de balas en todo momento. Le había dicho que donde sea que fuera, habría áreas protegidas donde podría fácilmente lanzarse para cubrirse. Le había recordado que esta operación tenía riesgos minúsculos comparados con la mayoría de las otras operaciones en las que había estado.

Todo lo que Verónica sabía era que cuanto más conocía a Joe, más se preocupaba por su seguridad. Francamente, esta situación la asustaba a muerte. Y si esto no era peligroso, no quería saber lo que significaba peligroso.

Pero le peligro era parte de la vida de Joe. El peligro era lo que él hacía mejor. No era extraño que no estuviera casado. ¿Qué clase de mujer soportaría a un hombre que arriesgaba su vida como algo natural

No Verónica, eso era seguro.

Aunque no era como si Joe Catalanotto hubiera caído de rodillas y rogado que se casara con él, ¿no? Y no era probable que lo hiciera, tampoco. A pesar del increíble beso que habían compartido, un hombre como Joe, un hombre acostumbrado a vivir al límite, no era probable que estuviera interesado en nada a largo plazo o permanente. Permanente probablemente ni siquiera estaba en su vocabulario.

Verónica sacudió su cabeza, asombrada del curso que sus pensamientos habían tomado. Permanente no estaba en el vocabulario de ella, tampoco. Al menos no ahora mismo. Y ciertamente no cuando estaba junto a las palabras relación y Joe Catalanotto. Al menos el cincuenta por ciento del tiempo, el hombre la ponía furiosa. Por supuesto, el resto del tiempo la hacía reír, o la tocaba con suave dulzura, o la hacía arder con esa mirada en sus ojos que prometía experiencia sexual del tipo de la cuál ella nunca antes había conocido.

O Verónica estaba luchando con Joe, o luchando contra la urgencia de arrojarse a sus brazos.

Había habido una o dos... o tres o así veces –ciertamente no más de seis u ocho, en todo caso– esta tarde, cuando Verónica se había encontrado sonriendo tontamente ante los profundos ojos marrones de Joe, maravillándose ante la longitud de sus pestañas, y con su mirada siendo atraída a sus rectos, blancos dientes y su bastante elegantemente formados labios.

Con toda honestidad, una o dos veces, Verónica había realmente pensado en besar a Joe otra vez. Bueno, quizás más de una o dos veces.

Si, está bien, admitió para sí misma. Él era bastante insoportablemente apuesto. Y divertido. Si, era innegablemente divertido. Siempre sabía exactamente que decir para hacerla casi condenadamente ahogarse de risa con su té. Era directo e iba al grano. A menudo sin tacto a veces –la mayoría de las veces. Pero siempre era honesto. Era refrescante. Y a pesar de su rudo lenguaje e inculto discurso, Joe era claramente inteligente. No había tenido la mejor de las educaciones, eso era verdad, pero parecía bien leído y ciertamente capaz de pensar por sí mismo, lo que era más de lo que Verónica podía decir del Príncipe Tedric.

Si, bien. Quizás ahora que ella y Joe habían tenido una oportunidad de hablar realmente, no la pondría furiosa el cincuenta por ciento del tiempo. Quizás solo la pondría furiosa, digamos, el veinte por ciento del tiempo. Pero pasar el veinte por ciento de su tiempo furiosa o molesta o preocupada por él era aún demasiado –incluso para la clase de relación casual, sexual que Joe quería.

Obviamente, Verónica tenía que seguir manteniendo la distancia. Cuadrando los hombros, resolvió hacer precisamente eso. Permanecería muy, muy lejos de Joe Catalanotto. No más besos. No más miradas prolongadas. No más largas charlas sobre su vida personal. De ahora en más, su relación con Joe sería estrictamente de negocios.

Aún unos minutos temprano, Verónica tomó su bolso y maletín y cerró con llave la puerta de la habitación a su espalda. Al final del corredor, podía ver a los agentes FInCOM parados fuera de la habitación real donde Joe se estaba vistiendo. Más agentes estaban más lejos por el corredor, fuera de la sala de conferencias.

La puerta de la sala de conferencias estaba entreabierta, por lo que Verónica entró.

Esto era. Esta noche decidirían si podrían o no hacer pasar frente al público americano a un Navy SEAL por el Príncipe Tedric de Ustanzia.

Si la respuesta era si, la amiga de Verónica, Wila, estaría un paso más cerca de obtener su financiación americana, y Joe estaría un paso más cerca de atrapar a Diosdado, el terrorista.

Se sentó ante la mesa de conferencia oval y cruzó las piernas.

Si la respuesta era no, Joe volvería donde sea que fuera que los Navy SEALs iban cuando estaban entre misiones, y Verónica dormiría más fácilmente durante la noche, sabiendo que los asesinos no estaban intentando terminar con su vida.

Excepto que si Joe no estaba en esta misión, probablemente estaría en alguna otra, lo que él consideraba una misión verdaderamente peligrosa. Así que realmente, pasara lo que pasara, Verónica iba a terminar preocupándose, ¿verdad?

Verónica frunció el ceño. Ciertamente estaba gastando bastante energía pensando en un hombre del que había decidido permanecer definitivamente alejada.

Además, después de esta reunión, probablemente no iba a ver a Joe Catalanotto nunca más. Y la punzada de remordimiento que sentía era seguramente solo porque había fallado en su asignación. No pasaría mucho antes de que Verónica tuviera problemas en recordar el nombre de Joe. Y él ciertamente no le dirigiría un segundo pensamiento.

El Senador McKinley entró a la habitación, seguido por sus ayudantes y el embajador Ustanziano y sus ayudantes. Ambos hombres asintieron como forma de saludo, pero la atención de Verónica fue distraída por una joven tomando órdenes para café o te.

"Earl Grey," murmuró Verónica, sonriendo en agradecimiento.

Cuando levantó la vista, Kevin Laughton y algo de su equipo de seguridad FInCOM habían entrado a la habitación, junto con el Almirante Forrest.

El hombre mayor vió a Verónica y le guiñó un hola. Dio la vuelta a la mesa oval y retiró la silla próxima a la de ella. "¿Dónde está Joe?" preguntó.

Verónica sacudió su cabeza, mirando alrededor de la habitación nuevamente. Incluso en una multitud como esta, Joe habría sobresalido. Era más grande que la mayoría de los hombres, más alto y más ancho. A menos que estuviera gateando por la alfombra sobre manos y rodillas, aún no había llegado.

"Aún cambiándose, supongo," le dijo a Mac Forrest.

"¿Cómo está yendo la transformación?" preguntó Forrest. "¿Ya lo tienes comiendo con dedos de dama con su dedo meñique sobresaliendo?"

Verónica bufó y le dirigió una mirada incrédula.

"Así de bien ha ido, ¿eh? Hmm." El almirante no parecía desilusionado. De hecho, le dirigió una abierta sonrisa alegre. "Lo logrará. ¿Te dijo que es un imitador condenadamente bueno? Tiene un auténtico oído para los idiomas, Joe Cat."

¿Oído para los idiomas? ¿Con su grueso acento? Oh, vamos... Verónica no quería ofender al almirante poniendo los ojos en blanco –al menos no externamente.

"Joe es un buen hombre," le dijo Forrest. "Un poco demasiado intenso a veces, pero eso es lo que lo hace un buen comandante. Te ganas su lealtad, y será leal hasta el final. Él demanda lealtad a cambio –y la obtiene. Sus hombres lo seguirían hasta el infierno y de regreso." Se rió entre dientes. "Y lo han hecho, en más de una ocasión."

Verónica se volvió hacia él. "Joe no cree que esta operación sea peligrosa," dijo. "Si eso es verdad, ¿qué es peligroso exactamente?"

"¿Para un SEAL?" Caviló Forrest. "Veamos... entrar a una instalación militar hostil de alta seguridad para localizar una cabeza nuclear robada puede ser considerado peligroso."

"¿Puede ser?"

"Depende de la localización de la instalación militar, y cuán bien entrenada esa organización militar hostil esté," dijo él. "Otra operación peligrosa puede ser hacer un

salto HAHO⁴ desde un avión...”

“¿Un qué?”

“HAHO,” repitió Forrest. “Un salto en paracaídas con apertura a gran altitud. Es cuando tienes luz verde para saltar de un avión a unos nueve mil metros de altura – bastante arriba en altitud donde los chicos malos no pueden escuchar el sonido de tu avión acercándose. Tiras de la cuerda, el paracaídas se abre y tú y tu escuadrón flotan silenciosamente hacia la zona de aterrizaje. Y quizás, cuando llegas allí, rescatas quince rehenes – todos niños – de un manojito de tangos a los que les importa un comino derramar la sangre de niños inocentes. Y quizás antes de que puedas sacar a los niños de allí, la operación va de secreta a fuego abierto. Así que bailas rock and roll con tu HK, sabiendo que tu cuerpo es lo único escudando a un niño de nueve años de las balas del enemigo.”

Verónica frunció el ceño. “¿Le importaría repertir lo último en castellano? Antes de que puedas sacar a los niños de allí... ¿qué?”

Forrest sonrió, un brillo en sus ojos azules. “Los terroristas se dan cuenta de tu presencia y abren fuego. Tienes un instantáneo campo de batalla – un fuego abierto. Devuelves el fuego con tu HK – tu arma automática – asustado a muerte porque hay una pequeña niña parada directamente detrás de ti.”

Verónica asintió. “Pensé que eso era lo que había dicho.” Estudió el desgastado rosro del Almirante Forrest. “¿Son operaciones reales las que está describiendo o meramente escenarios hipotéticos?”

“Esa es información clasificada,” dijo el viejo. “Por supuesto, eres una chica lista. Probablemente puedes imaginarte que no serían clasificadas si fueran hipotéticas, ¿correcto?”

Verónica permaneció en silencio, digiriendo todo lo que había dicho.

“Cabeza en alto, señorita,” susurró Forrest. “Parece que esta reunión está por empezar.”

“Pongamos este show en marcha,” dijo el Senador McKinley, su voz cortando sobre las otras conversaciones desde su asiento a la cabecera de la mesa. “¿Dónde diablos está Catalanotto?”

McKinley estaba mirando directamente a Verónica, como la mayoría de las otras personas a la mesa. Honestamente esperaban que ella proporcionara una respuesta.

“Dijo que estaría aquí,” dijo ella tranquilamente. “Estará aquí.” Miró su reloj. “Solo está unos minutos atrasado.”

Justo entonces, West, uno de los agentes FInCOM, apareció en la puerta. “El Príncipe Coronado Tedric de Ustanzia,” anunció.

Ajá. Era por eso que Joe estaba atrasado. Iba a venir a la reunión vestido con las ropas del príncipe. El sastre había dejado varias grandes bolsas de prendas a última hora esa tarde. Sin duda Joe había querido vestir uno de los deslumbrantes trajes para parecerse más a Tedric.

En cualquier momento entraría tranquilamente a la habitación, vistiendo una chillona chaqueta de lentejuelas y una avergonzada sonrisa.

Pero West dio un paso atrás y una figura apareció en la entrada.

Estaba vestido con relucientes pantalones blancos y una corta chaqueta blanca que colgaba de sus anchos hombros y terminaba en su cintura. No había ninguna lentejuela a la vista, pero abundantes medallas cubrían su pecho, junto a una fila de botones dorados decorados con el escudo real Ustanziano. El escudo también brillaba desde el enojado anillo que tenía en la mano derecha. Su resplandeciente cabello negro estaba

⁴ High-Altitude High-Opening.

peinado fuera de su rostro.

Era Joe. Tenía que ser Joe, ¿verdad?

Verónica examinó sus ojos, buscando las ahora bastante familiares diferencias entre los rostros de Joe y del Príncipe Tedric. Pero con los hombros hacia atrás, la cabeza mantenida en ese arrogante ángulo, y ningún signo de una sonrisa curvando sus labios, Verónica no estaba segura exactamente de quién estaba parado en la entrada.

Y entonces él habló. "Lo saludo con el eterno honor y tradición de la bandera Ustanziana," dijo con el inconfundible acento ligeramente británico, ligeramente francés del príncipe, "la cual está entretejida, también, en mi corazón."

Capítulo 11

Nadie se movió.

Todos miraron con fijeza al Príncipe Tedric. Era el Príncipe Tedric, no Joe. Esa voz, ese acento... Excepto que, ¿qué estaba haciendo aquí el príncipe real, lejos de la seguridad de su morada segura al otro lado de la ciudad? No tenía sentido. Y sus hombros parecían tan anchos.

Mientras Verónica observaba, el príncipe dio varios pasos dentro de la habitación con su peculiar, real rígida forma de andar. Caminaba como si tuviera un atizador en los pantalones, como Joe tan poco elegantemente había descrito. Verónica luchó contra la urgencia de reír entre dientes. Este tenía que ser el príncipe, ciertamente. Cerca de una docena de agentes FInCOM de trajes oscuros lo siguieron dentro, y uno de ellos cerró la puerta ajustadamente a sus espaldas.

Una ceja real se alzó una fracción de pulgada ante la gente aún sentada a la mesa de conferencia, y el embajador Ustanziano se puso de pie con tropiezos.

"¡Su Alteza!" dijo. "No sabía que asistiría..."

McKinley se puso de pie, también. El resto de la mesa hizo lo mismo.

Aún así, mientras Verónica se ponía de pie, miraba con fijeza. Este hombre no era Joe. ¿O lo era? Tedric nunca había parecido tan alto, tan imponente.

Se volvió y miró al hombre que se estaba acomodando en la ahora vacante silla a la cabecera de la mesa. "Necesito algo donde escribir y una lapicera," anunció él a nadie en particular. "Y un vaso de agua."

¿Había imaginado a Cowboy parado allí? ¿Era este realmente Joe, o era el Príncipe Tedric? Verónica honestamente no lo sabía.

A su alrededor, todos los ayudantes y asistentes estaban tropezando. Uno de ellos proporcionó al príncipe un bloc de papel blanco liso, otro una birome de plástico que el príncipe simplemente miró con desdén. Si, tenía que ser el príncipe real. Nadie podría posiblemente imitar esa mirada de disgusto, ¿verdad? Otro asistente aportó una pluma fuente dorada, la cuál el príncipe tomó con un asentimiento, y otro asistente le presentó un alto vaso de agua con hielo.

"Gracias," dijo él, y Verónica se incorporó.

¿Gracias? Esas palabras no estaban en el vocabulario de Tedric. Al menos, Verónica nunca se las había escuchado decir antes.

El Senador McKinley le estaba dando al príncipe un reporte detallado de todo lo que se había hecho durante los pasados días, y sobre los cambios en la programación de la visita.

Verónica miró al hombre ahora sentado a la cabecera de la mesa. El Príncipe Tedric nunca decía gracias. Este hombre era Joe. Tenía que ser Joe. Pero... no lucía o actuaba o sonaba para nada como el Joe que ella estaba empezando a conocer tan

bien.

El príncipe tomó un sorbo de su agua, y quitó la tapa de la lapicera.

Esto lo probaría. Joe era zurdo; el príncipe solo usaba su diestra.

El príncipe tomó la lapicera en su mano derecha y garabateó una rápida nota en su bloc de papel.

Oh, mi Dios, no era Joe. Era el príncipe. A menos que...

Mientras el senador continuaba hablando, el príncipe rasgó la hoja de papel del bloc y la dobló cuidadosamente a la mitad. Miró sobre su hombro y uno de sus ayudantes estuvo instantáneamente detrás de él. Le pasó al ayudante el pedazo de papel y murmuró unas pocas palabras al oído del joven antes de volverse hacia el Senador McKinley.

Verónica observó cuando el ayudante rodeó la mesa, directamente hacia ella. El joven le alcanzó la hoja de papel doblada.

Pero este no podía ser Joe. La voz había sido la de Tedric. Y ese andar. Y esa mirada altiva.

La mirada del príncipe recorrió la mesa. Sus ojos pasaron sobre Verónica sin la más ligera insinuación de familiaridad, sin el más pequeño trocito de reconocimiento o calidez. Miró a través de ella, no a ella. No, no era Joe. Joe le habría guiñado el ojo o sonreído. Y aún así...

Él extendió una mano decorada con un enorme anillo enjovado de oro para que el embajador Ustanziano le hiciera una reverencia.

El Senador McKinley se aclaró la garganta. "Su Majestad," dijo. "Fue peligroso que viniera aquí. Debería haber sido informado." Miró a su ayudante en jefe y siseó, "¿Por qué no fui informado?"

El príncipe le asestó al senador una muy desagradable mirada. "No estoy acostumbrado a pedir permiso para dejar mi habitación," dijo.

Era el príncipe. Verónica intentó decirse a sí misma que ahora si estaba convencida de ese hecho, pero la duda perduraba.

"Pero, Su Majestad," replicó Kevin Laughton. "Simplemente no es seguro." Inspeccionó a los agentes FInCOM que habían llegado con el príncipe. "Debo ser informado de cualquier movimiento." Miró más atentamente a los hombres y una mirada graciosa cruzó su rostro. Verónica intentó seguir su mirada, ver lo que él veía, pero él rápidamente volvió a mirar al príncipe, su rostro una vez más inexpresivo.

"Si había algo que necesitaba," Henri Freder, el embajador Ustanziano, agregó, "todo lo que tenía que hacer era pedirlo, Su Majestad. Le proporcionaremos todo lo que pida, puedo asegurárselo."

"Siéntese, por favor, siéntese. Siéntese, siéntese," dijo el príncipe impacientemente.

Todos se sentaron. Excepto el príncipe. Él permaneció deliberadamente al lado del asiento del Senador McKinley a la cabecera de la mesa.

Bastante tardíamente, McKinley comprendió su error. Se levantó apresuradamente y le ofreció al príncipe su silla, moviéndose a uno de los asientos vacíos a los lados de la mesa ovalada.

Al otro lado de la habitación, uno de los agentes FInCOM tosió. Cuando Verónica lo miró, él le dirigió un rápido guiño. Era Cowboy –uno de los SEALs del Escuadrón Alfa de Joe. Al menos, pensaba que lo era. Quiso confirmarlo, pero cuando miró nuevamente, había desaparecido.

"Del Príncipe Tedric," el ayudante murmuró casi inaudiblemente en su oído.

Ella miró mesa abajo hacia el príncipe, pero él no le estaba prestando ni la más mínima atención. Estaba girando ausentemente su anillo mientras escuchaba a McKinley.

¿Por qué el Príncipe Tedric le escribiría una nota?

Apenas atreviéndose a respirar, desdobló el papel.

"Hey, Ronnie," leyó, escrito en grandes, infantiles letras de molde. "¿Cómo lo estoy haciendo? Con amor, Príncipe Joe."

Verónica rió. Con fuerza. McKinley dejó de hablar a mitad de una frase. La mesa entera se giró para mirarla. Incluío Joe, quién le dirigió una mirada fulminante, idéntica a aquellas que ella había recibido del Príncipe Tedric en el pasado. "Es Joe," dijo.

Nadie entendió. Simplemente la miraron con fijeza como si se hubiera vuelto loca – excepto Kevin Laughton, quién estaba asintiendo, una pequeña sonrisa en su rostro, y el Almirante Forrest, quién estaba inclinado hacia atrás en su haciento y riendo entre dientes.

Verónica gesticuló hacia la cabecera de la mesa, hacia Joe. "Este no es el Príncipe Tedric," explicó. "Es el Teniente Catalanotto. Caballeros, nos ha engañado a todos."

Todos empezaron a hablar a al vez.

La fulminante expresión del príncipe se convirtió en una lenta, amistosa sonrisa cuando miró a Verónica. Sus fríos ojos se volvieron cálidos. Oh, si, este era definitivamente Joe.

"Eres increíble," vocalizó ella sin emitir palabra. Sabía que él no sería capaz de escucharla sobre el estrépito, pero no tenía ninguna duda de que podría leer sus labios. No le sorprendería descubrir que no había nada que Joe Catalanotto no podía hacer, y bien.

Él se encogió de hombros. "Soy un SEAL," vocalizó en respuesta, como si eso explicara todo.

"Sabía que era el teniente," Verónica escuchó decir a Kevin Laughton. "Pero solo porque sabía que tres de los hombres que vinieron con él no eran de mi plantilla."

"Yo sabía que era él, también," retumbó la alta voz del Senador McKinley. "Estaba esperando para ver cuando todos ustedes se daban cuanta."

Aún así, Verónica miró a los oscuros ojos de Joe. "¿Por qué no me lo dijiste?" preguntó silenciosamente.

"Lo hice," contestó él.

Y tenía razón. Se lo había dicho. "No te preocupes, lo lograré," había dicho. "Soy un imitador bastante bueno."

¿Bastante bueno?

Verónica rió. Era increíble.

Joe le sonrió mientras todos a su alrededor seguían hablando a la vez. Pero podían haber estado solos en esta habitación, por toda la atención que ella les estaba prestando a los demás.

Era admiración lo que podía ver en los ojos azules de Verónica. Admiración y respeto. No estaba tratando de ocultarlo. Le estaba enviando con sus ojos un mensaje tan claro como el que le había enviado con sus labios.

Joe podía ver también rastros de la atracción que ella nunca era realmente capaz de ocultar. Estaba siempre allí atrás, al acecho, esperando pacientemente el momento en que sus defensas estuvieran bajas, esperando que olvidara temporalmente que él no

era un participante habitual del grupo del club de campo.

Y, Dios, él estaba esperando, también.

Excepto que ella no iba a olvidar. Era solo en momentos como este, cuando estaban seguros uno a cada lado de la habitación, que Verónica lo miraba a los ojos. Era solo cuando estaba segura fuera de su alcance que lo dejaba ahogarse en el turbulento azul océano de sus ojos.

No necesitaba mucho para imaginar como sería ser el amante de Verónica St. John, verla con los rizos rojos cayendo por su espalda, vestida solo con el más mínimo satén y encaje, el deseo convirtiendo sus ojos del color del mar en llamas azules. Mientras Joe la miraba a los ojos, se sintió hundir por tercera y última vez.

La quería tan desesperadamente que estaba casi mareado de deseo. De alguna forma, de algún modo, iba a hacerla cambiar de opinión, a atravesar esa endeble pared que había levantado entre ellos.

El Almirante Forrest alzó su voz para ser escuchado sobre el ruido. "Creo que esta reunión puede ser levantada," dijo. "Podemos anunciar a la prensa que la visita del Príncipe Tedric se reanudará a las cero-ochocientas horas mañana. ¿Estamos de acuerdo?"

Verónica renuente desvió sus ojos de la lava líquida de la mirada de Joe. Su corazón estaba latiendo deprisa. ¡Buen Dios, la forma en que ese hombre la miraba! Si hubieran estado solos, la habría besado nuevamente. O si no lo hubiera hecho, ¡quizás ella lo habría besado a él!

Que el Señor la salvara de si misma.

Revolvió los papeles frente a ella, intentando recuperar su equilibrio mientras la habitación se despejaba lentamente.

El Senador McKinley le estrechó la mano brevemente, elogiándola por un trabajo bien hecho antes de salir apresuradamente para otra cita.

Verónica podía sentir los ojos de Joe aún sobre ella cuando se paró y caminó hacia el Almirante Forrest. Los hombres FInCOM intentaron escoltarlos fuera de la habitación, pero Joe se resitió, claramente esperándola.

Respirando profundamente, puso en orden su maletín y fue a reunirse con ellos.

Joe estaba observando el anillo en su mano. "¿Sabías que este anillo vale más que un auto nuevo?" meditó. "¿Y sabías que el viejo Ted tiene como veinte de ellos?"

Mac Forrest le sonrió a Verónica, palmeando a Joe en la espalda una vez más mientras caminaban por el corredor del hotel. "No podías decir que era Joe, ¿verdad?" le preguntó Forrest.

Verónica levantó la mirada hacia Joe. No estaba preparada para la sacudida de calidez y energía que la rodeó cuando encontró sus ojos oscuros. Le estaba sonriendo, y se encontró devolviéndole la sonrisa tontamente, hasta que comprendió que el Almirante le había hecho una pregunta. Desvió la mirada de Joe.

"No, señor, no podía," contestó esperando no sonar tan sin aliento como se sentía. "Salvo que..."

"¿Qué?" preguntó Joe.

Ella lo miró, preparándose antes de encontrar sus hipnotizantes ojos otra vez. "Dijiste 'Gracias'," replicó. "Tedric ni soñaría con agradecer a un sirviente."

"Bien, quizás el viejo Ted ha estado estudiando la versión americana de Miss Educación," dijo Joe. "Porque durante las próximas cinco semanas, va a estar diciéndoles 'gracias' a todos los sirvientes. Y quizás incluso 'por favor', de vez en cuando."

"Eso esta bien para mi. Pienso que todos deberían decir gracias. Creo que es rudo no hacerlo," dijo Verónica.

"El equipo que ordenaste está llegando esta noche tarde," le dijo el Almirante Forrest a Joe. "Estará listo para mañana."

"¿Dejamos el hotel a las cero-ochocientas?" preguntó Joe.

Verónica rebuscó en su maletín y verificó la agenda. "Es correcto," dijo. "Hay una cantidad de apariciones en público –solo cosas visuales– una oportunidad para que los reporteros obtengan rollos de fotografías de ti subiendo y bajando de limusinas y saludando. Mañana a la noche hay una recepción opcional en la embajada, si te sientes capaz. Habrá gente allí que conoce a Tedric bastante bien, no obstante. Tendrás que estar preparado para reconocerlos."

"¿Tu puedes reconocerlos?" preguntó Joe.

"Bueno, si," dijo Verónica. "Por supuesto. Pero..."

"Entonces estoy preparado," dijo él con una sonrisa.

"He ordenado un camión de vigilancia," le dijo el Almirante Forrest. "Tendrás el asiento de honor ante el micrófono principal. Joe llevará un auricular y un micrófono para que la comunicación pueda ir en ambos sentidos. Él te escuchará y tú lo podrás escuchar. Y tendremos cámaras de video en miniatura colocadas, por lo que podrás ver tanto a Joe como desde el punto de vista de Joe."

Se detuvieron fuera de la suite real, esperando mientras West entraba para hacer un rápido recorrido de seguridad. "Todo despejado," dijo, saliendo. El grupo entero entró a la habitación.

El Almirante Forrest estrechó la mano de Joe nuevamente. "Buen trabajo, hijo." Asintió hacia Verónica. "Tu también, señorita." Miró su reloj. "Tengo que hacer algunos informes de situación." Cuando Mac se volvió para irse, agitó su dedo hacia Joe. "No más viajes no autorizados trepando por el exterior del edificio," amonestó. "No más juegos." Se volvió hacia los otros SEALs, Blue, Cowboy y Harvard, que estaban parados al lado de la puerta con los agentes FInCOM. "Ustedes están en el mismo lado que la seguridad ahora," les dijo. "Asegúrense de que el Teniente Catalanotto permanece seguro. ¿He sido claro?"

"Les di libertad esta noche, Almirante," dijo Joe. "Me imaginé..."

"Imaginaste mal," dijo Forrest. "Desde hace treinta minutos, esta operación ha comenzado."

Cowboy claramente no estaba feliz por eso.

El almirante abrió la puerta. "De hecho, necesito ver a este equipo de seguridad en el corredor, inmediatamente."

"Pero, señor..." empezó Cowboy.

"Esa fue una orden, Oficial," ladró Forrest.

Aún, los tres SEALs no se movieron hasta que Joe les dirigió un casi imperceptible asentimiento.

La puerta se cerró a sus espaldas y la habitación quedó repentinamente silenciosa.

"¿Qué fue eso?" le preguntó Verónica a Joe, repentinamente consciente de cuán cerca estaban parados, de cuán deliciosamente olía él, de cómo se las había arreglado para hacer que incluso esa ridícula chaqueta blanca luciera bien.

Él le dirigió una de sus familiares sonrisas tímidas mientras se sentaba en el brazo del sofá. "Creo que Mac ha comprendido que Diosdado podría tener suerte y capturarme," dijo. "No quiere perder al oficial al mando del Escuadrón Alfa."

"No quiere perder a un amigo," lo corrigió Verónica.

"No lo va a perder," dijo Joe. "No tengo intención de morir." Era un hecho. Su tranquila declaración combinada con la certeza en sus ojos y en su rostro convenció a Verónica de que era, ciertamente, un hecho. Parecía duro e invencible, y bastante posiblemente inmortal.

Pero no era inmortal. Era humano. Era de carne y hueso, y empezando mañana a la mañana, iba a ser un blanco. Cuando saliera del hotel vestido como el Príncipe Tedric, podría haber el arma de un asesino apuntada hacia él.

Para mañana a esta hora, le podrían haber disparado. Podría estar seriamente herido. O peor. Podría estar muerto.

Permanentemente muerto.

Joe podía ser capaz de desdeñar el peligro, pero Verónica no podía. Él iba a estar en público con un equipo de seguridad que no estaba a la par. Seguro, las probabilidades eran mejores ahora que los tres SEALs del Escuadrón Alfa se habían unido al equipo de FInCOM, pero no había garantías.

Verónica iba a estar segura alejada en algún vehículo de vigilancia donde, si los terroristas sí atravesaban la fuerza de seguridad, tendría un asiento en primera fila para ver morir a Joe.

Él estaba sentado allí observándola, y fue alcanzada por su despreocupada valentía, su heroísmo sin pretensiones. Estaba haciendo esto por el Almirante Forrest, por el hijo muerto del almirante, y por todos los otros marineros americanos que habían sido asesinados a manos de Diosdado. Y por toda la gente, marineros y civiles, que serían heridos o asesinados por los terroristas si estos no eran detenidos aquí y ahora. Si, había una posibilidad de que muriera. Pero a los ojos de Joe, era obviamente un riesgo que valía la pena tomar si eso significaba que atraparían a esos asesinos. Pero que tremendo riesgo, un increíble sacrificio. Estaría arriesgando su vida, su preciosa, irremplazable vida. Era lo más que podía posiblemente dar. Y para Joe, era también lo menos que podía hacer.

“¿Alguien se ha preocupado en darte las gracias por lo que estas haciendo?” preguntó Verónica, sintiendo su garganta desacostumbradamente apretada mientras miraba a Joe a los ojos.

Él se encogió de hombros, un movimiento despreocupado, que hacía eco en su lenta sonrisa. “Si todo funciona, probablemente conseguiré la Medalla de Honor Ustanziana.” Bajó la mirada a la fila de medallas del Príncipe Tedric en su pecho e hizo una mueca. “Considerando que Ted obtuvo cuatro, no estoy seguro de querer una,” agregó. “Incluso si puedo convencer a Jem de que me entregue una, habrá alguna especie de ceremonia, y tendré que sonreír para las cámaras y estrechar la mano sudorosa de Ted.”

“¿Y si no funciona...?” Su voz tembló.

Él se encogió de hombros y su sonrisa se hizo más amplia. “Entonces no tendré que estrechar la mano de Ted, ¿correcto?”

“Joe.”

Él se puso de pie. “Ronnie,” dijo, imitando su intensidad. “Alégrate, ¿quieres?”

Pero ella no podía. ¿Cómo podía alegrarse cuando mañana él podría muy bien estar muerto? Verónica miró la habitación, consciente una vez más de que estaban solos. Estaban solos, y era posible que nunca más tuviera otra oportunidad de sostenerlo en sus brazos.

A pesar de su resolución de permanecer alejada de Joe, Verónica dio un paso hacia él, cerrando la distancia entre ellos, deslizándolo sus brazos alrededor de su cintura y sosteniéndolo con fuerza, descansando su cabeza contra su hombro.

Él estaba pasmado. Había visto la sorpresa en sus ojos. Aún lo sentía en la rigidez y tensión en todo su cuerpo. Nunca en un millón de años había esperado que ella pusiera sus brazos a su alrededor.

Cuando empezaba a alejarse, levantó la cabeza y pudo ver una vulnerabilidad en lo profundo de sus ojos, un destello de casi infantil maravilla. Pero desapareció tan

rápidamente, que quedó preguntándose si no lo había imaginado.

Él casi no reaccionó. Casi. Pero antes de que ella se alejara, la rodeo con sus brazos, sosteniéndola suave pero bastante firmemente en su lugar. Suspiró muy suavemente mientras permitía a su cuerpo relajarse contra el de ella.

Joe no podía obligarse a liberarla. Verónica estaba en sus brazos, y ni condenado iba a dejarla ir. Cabía tan perfectamente que podían haber sido hechos el uno para el otro. Ella era suave en todos los lugares correctos, y firme en todos los otros. Sostenerla de esta forma era el cielo.

Verónica levantó la vista hacia él, sus ojos de azul océano enormes.

Había pocas cosas que él quisiera en este momento tanto como quería besarla. Quería saquear su suave, dulce boca con su lengua. Besarla profunda, salvajemente, hasta que se aferrara a él, mareada de deseo. Quería atraerla a sus brazos y cargarla al dormitorio, donde la desnudaría con los dientes y besaría cada pulgada de su suave, flexible cuerpo antes de introducirse en su dulce, acogedora calidez.

Se sentía casi delirante de alegría solo de pensar en eso –el puro éxtasis. Y empezaría con un pequeño beso...

Lentamente bajó la cabeza para besarla.

Verónica lo miró a los ojos, inmóvil, los labios ligeramente abiertos.

Él estaba a una fracción de segundo del paraíso, y... ella giró la cabeza.

La boca de Joe aterrizó en su mejilla cuando ella rápidamente se alejó de sus brazos.

La frustración hizo que cada músculo de su cuerpo se tensara. Maldita sea. ¿Qué acababa de suceder aquí? Diablos, ella había hecho el primer movimiento. Ella era la que había puesto sus brazos alrededor de él. Y luego...

"Verónica," dijo, extendiendo la mano.

Pero ella se alejó de él, fuera de su alcance, cuando la puerta se abrió y los agentes FInCOM y SEALs volvieron a entrar.

"Tengo que correr, Cat," llamó el Almirante Forrest, saludando brevemente por la puerta abierta. "Hablabamos mañana. Que estés bien."

"Bien," dijo Verónica, su voz deliberadamente ligera mientras recogía su maletín. "Lo veré en la mañana, Teniente."

¿Eso era? ¿Iba a evitar besarla y luego simplemente se iría?

Ella no encontró sus ojos cuando caminó directamente hacia la puerta, y a menos que corriera tras ella y la derribara, había poco que Joe podía hacer para detenerla.

"Gracias otra vez," agregó Verónica, y salió por la puerta.

"Acompáñala a su habitación," le ordenó Joe a West, repentinamente temeroso por ella, caminando sola en el corredor del hotel incluso la corta distancia hasta su propia habitación.

El hombre asintió y siguió a Verónica, cerrando la puerta a sus espaldas.

"¿Gracias otra vez?" repitió Cowboy las palabras de despedida. Meneó sus cejas sugestivamente a Joe. "¿Ha sucedido algo aquí que deberíamos saber?"

Joe le disparó una larga mirada. "Detente," dijo.

Cowboy empezó a decir algo más, pero sabiamente mantuvo la boca cerrada.

Gracias otra vez.

Las palabras de Verónica hicieron eco en la cabeza de Joe. Gracias otra vez.

Le había estado dando las gracias. Por supuesto. Cuando había puesto los brazos a su alrededor, no se estaba rindiendo a la atracción que hervía a fuego lento entre ellos. De ninguna forma. Le estaba agradeciendo. Estaba siendo la generosa aristócrata agradeciendo al bajo sirviente. Maldición, era un condenado tonto.

Joe tuvo que sentarse.

"¿Todo está bien, Cat?" preguntó Blue suavemente con su ligero acento sureño.

Joe se puso de pie y se encaminó hacia el dormitorio. “Bien,” respondió secamente, manteniendo su cabeza hacia otro lado para que su amigo no viera el dolor que sabía se mostraba en sus ojos.

Capítulo 12

Cuando la fiesta en la embajada empezó a las nueve –dos mil cien horas según Joe– Verónica se sentía como una vieja profesional en el manejo del equipo del camión de vigilancia.

Tenía un ligero receptor de radio con un micrófono posicionado directamente bajo sus labios. Joe podía escuchar cada palabra que ella decía a través de un receptor en miniatura oculto en su oído derecho. Y Verónica podía escucharlo bastante claramente, también. Su micrófono inalámbrico estaba disimulado como un broche que llevaba en la solapa de su chaqueta.

Podía ver a Joe, también, en una pantalla de TV empotrada en el panel lateral de la camioneta. Otra pantalla mostraba un ángulo diferente –el punto de vista de Joe. Ambas vistas eran cortesía de cámaras de video en miniatura discretamente sostenidas por varios agentes FInCOM. Hasta ahora, Verónica no le había dado mucho uso a la pantalla que mostraba al mundo desde los ojos de Joe. Sería útil esta noche, no obstante.

Los tres SEALs del Escuadrón Alfa también tenían micrófonos y auriculares encubiertos sincronizados en la misma frecuencia que Verónica y Joe estaban usando. Era fácil distinguir cuales eran las voces de Blue, Cowboy, y Harvard, y por supuesto, reconocería la voz de Joe en cualquier lado.

Más seguido que menos, los SEALs usaban una especie de jerga abreviada, usando frases como “ZA⁵” y “recon” y “mirarada furtiva.” Hablaban sobre “T’s” o “tangos,” que Verónica sabía quería decir terroristas. Pero por cada palabra que reconocía, usaban otras cuatro cuyos significados eran misteriosos. Era como escuchar otro idioma.

Durante todo el día, Verónica le había recordado a Joe cuando hacer reverencias y cuando saludar, cuando ignorar las cámaras, y cuando mirar directamente a las lentes y sonreír. Le había advertido cuando su sonrisa se volvía un poco demasiado amplia – demasiado Joe– y él la había ajustado instantáneamente para parecerse más al príncipe real.

El equipo de alta tecnología hacía el proceso infinitamente más fácil que cualquier otro trabajo que hubiera hecho.

A lo que nunca se iba a acostumbrar, no obstante, era a la ligera sensación de náuseas en la boca del estómago mientras observaba a Joe en las cámaras de video y se preguntaba cuando los asesinos iban a atacar.

“Bien,” vino la palabra de Kevin Loughton, quién estaba también en la camioneta de vigilancia. “La limusina se está acercando a la embajada.”

“Lo tengo,” dijo West sobre el altavoz de la camioneta. “Los veo viniendo camino arriba.” Los FInCOM estaban usando una frecuencia diferente para sus radiocomunicaciones. El auricular de Joe había sido modificado para mantener un enlace directo con ellos, también. Si alguien –SEAL o Fink– aunque más no fuera susurraba una advertencia, él quería escucharlo.

“Probando, probando,” Verónica escucho decir a Joe en su micro. “¿Estoy en posición?”

⁵ Sigla por Zona de Aterrizaje. El anacronismo en idioma original es LZ (Landing Zone)

“Estamos preparándote,” dijo Laughton. “¿Me copias?”

“Lo tengo,” dijo Joe. “Ronnie, ¿estás conmigo?”

“Estoy aquí,” dijo Verónica, intencionadamente manteniendo su voz baja y tranquila. Su corazón estaba latiendo a dos kilómetros por minuto ante el pensamiento de Joe entrando a la Embajada Ustanziana y verdaderamente dependiendo de ella para obtener la información que necesitaba para lograr hacerce pasar por el Príncipe Tedric. Y si ella estaba al límite, él debía estar increíblemente nervioso. No solo tenía que pensar en representar exitosamente a Tedric, sino también tenía que preocuparse por no ser asesinado.

“Las cámaras están encendidas,” reportó la voz de un agente FInCOM. “Camioneta de vigilancia, ¿tiene la imagen?”

“Copiado, FInCOM,” dijo Verónica, y Joe rió, justo como ella había sabido que haría.

“¿Qué, te estás metiendo en el papel?” le preguntó.

“Absolutamente,” dijo ella suavemente. “No recuerdo la última vez que he esperado tanto una fiesta de embajada. Tengo que sentarme aquí fuera cómodamente en lugar de andar de puntillas alrededor de todos esos dignatarios y celebridades, comiendo canapés recalentados y sonriendo hasta que me duele el rostro.”

Joe se inclinó en la limusina, más cerca de la cámara. “¿Canapés recalentados?” dijo, haciendo una mueca. “¿Eso es lo que tengo que esperar aquí?”

“Listos para abrir las puertas de la limusina,” anunció la voz de West. “¿Todos en posición?”

“Joe, ten cuidado,” murmuró Verónica rápidamente.

Él se tocó la oreja brevemente, dándole la señal de que la había escuchado. Ella vio algo centellar en sus ojos antes de que desviara la mirada de la cámara de video.

¿En que estaba pensando? ¿Estaba pensando en la noche anterior, en la forma en que casi la había besado? La habría besado otra vez, y ella probablemente lo habría besado, también, si no hubiera escuchado la puerta de la habitación empezar a abrirse.

¿Probablemente? Definitivamente –a pesar de su mejor juicio. Debería estar agradecida de que habían sido interrumpidos cuando lo fueron. Sabía que estaba agradecida de haber escuchado el sonido del picaporte girando. Que horrible habría sido que tres agentes FInCOM, tres SEALs y un almirante naval abrieran la puerta para encontrarla encerrada en el abrazo de Joe.

Joe había estado extrañamente distante esta mañana –sin duda un resultado directo de su rápida huida de la habitación la noche anterior. Verónica se sentía culpable por huir. Pero si se hubiera quedado, y si él la hubiera perseguido, habría terminado en sus brazos otra vez. Y, bastante probablemente, habría terminado en su cama.

Había pensado que quizás un poco de tiempo y distancia le quitarían el filo a la atracción que sentía por este hombre. Pero cuando había salido de su habitación esta mañana, Joe había estado vestido con uno de los menos chillones trajes oscuros de Tedric y estaba ya esperando con los agentes FInCOM en el corredor. Lo había mirado, sus ojos se habían encontrado, y la atracción había echado chispas nuevamente.

No, tiempo y distancia no habían hecho nada. Había querido besar a Joe tanto esta mañana como había querido besarlo la noche anterior. Quizás incluso más.

El equipo de seguridad lo había guiado corredor abajo hacia los ascensores y ella los había seguido un paso o dos detrás. Una vez abajo, se habían puesto inmediatamente a trabajar.

El almirante Forrest había explicado la lista de equipo en la camioneta, y Joe había mirado sin sonreír a las cámaras mientras las pantallas y retransmisores eran verificados y vueltos a verificar. Había hablado con él por el micrófono, y aunque sus respuestas habían empezado lacónicas y puntuales, durante el curso del largo día,

había vuelto a su personalidad acostumbrada, con su acostumbrado humor sardónico.

“Las puertas se están abriendo,” anunció West ahora, y las imágenes en las pantallas saltaron cuando los agentes sosteniendo las cámaras salieron de la limo.

Los flashes de los paparazzi explotaron alocadamente cuando Joe salió del gran auto blanco, y Verónica contuvo el aliento. Si alguien iba a dispararle, sucedería ahora, cuando estaba caminando desde el auto hacia la embajada. Dentro del edificio, la seguridad era muy estricta. Aún estaría en peligro, pero ni la mitad que aquí afuera a cielo abierto.

Los agentes FInCOM lo rodearon y lo metieron adentro deprisa, uno de ellos empujando bruscamente la cabeza de Joe hacia abajo, fuera de la línea de fuego.

“Bueno, eso fue divertido,” Verónica escuchó decir a Joe cuando las puertas de la embajada se cerraron a su espalda. “Adviértanme la próxima vez que decidan entrarme en media-nelson⁶ ¿quieren, chicos?”

“Estamos dentro,” dijo la voz de West.

En la pantalla de video de Verónica, el embajador Ustanziano se acercó a Joe, seguido por un séquito de invitados y celebridades. Joe instantáneamente se metió en el personaje, hombros hacia atrás, expresión altiva.

“Henri Freder, embajador Ustanziano para los Estados Unidos,” le dijo Verónica a Joe. “Sabe quien eres. Estaba en la reunión anoche, y está disponible para ayudarte.”

“Su Alteza.” Freder le dirigió a Joe una dramática reverencia. “Es con gran placer que le doy la bienvenida a la Embajada Ustanziana.”

Joe asintió en respuesta, solo una muy ligera inclinación de su cabeza. Verónica sonrió. Joe representaba a la perfección la actitud real de Tedric.

“El hombre a la izquierda de Freder es Marshall Owen,” le dijo Verónica a Joe, buscando información adicional de Owen en la computadora. “Owen es un hombre de negocios de... Atlanta, Georgia, que posee bastantes bienes raíces en Europa, Ustanzia incluida. Es un amigo de tu padre. Solo te lo has encontrado tres o cuatro veces –una en París. Jugaron racketball. Ganaste tú, pero probablemente perdió a propósito. Estrecha su mano y dirígete a él como ‘Señor Owen’... Papi le debe bastante dinero.”

En la pantalla, Joe estrechó la mano de Marshall Owen. “Señor Owen,” dijo con el indiscutible acento de Tedric. “Un placer volver a verlo, señor. ¿Estará en la ciudad mucho tiempo? ¿Quizás pueda venir de visita al hotel? Hay canchas de racketball cerca de la sala de pesas, creo.”

“Excelete,” murmuró Verónica.

Con este equipo y la habilidad de Joe para imitar, iba a ser –¿Cuál era la expresión de Joe?– pan comido.

Joe estaba sentado en el sofá en la suite real, tomando una cerveza de la botella e intentando despresurizarse.

Hubo un suave llamado a la puerta de la habitación, y West se movió para responder, abriéndola ligeramente. El agente FInCOM la abrió más ampliamente y Verónica se deslizó dentro.

Sonrió cuando vio a Joe. “Estuviste fantástico hoy.”

Él sintió su rostro relajarse cuando le devolvió la sonrisa. “Tu tampoco te desluciste.” Empezó a levantarse, pero ella le hizo un gesto de que volviera a su asiento. “¿Quieres una cerveza? ¿O algo de comer? Podemos ordenar...”

⁶ Nelson: Nombre de llave en el deporte de lucha libre.

Jesús, María y José, ¿podría sonar más ansioso por su compañía?

Ella negó con su cabeza, aún sonriéndole. "No, gracias," dijo. "Solo quería pasar y decirte que buen trabajo hiciste."

Joe había intentado mantener la distancia todo el largo día. Había intentado actuar frío y desinteresado. Intentado. Jesús, María y José, después de la noche anterior, después de haber comprendido que Verónica solo había puesto sus brazos a su alrededor como un gesto de agradecimiento, no debería tener problemas para permanecer alejado de ella. Debería haberlo sabido mejor. Incluso después de que ella se hubiera disculpado por su furioso estallido, por llamarlo estúpido e ignorante, debería haber sabido que solo porque se había disculpado por decir esas cosas, no significaba que no pensara que eran verdad.

Verónica le había dicho que quería que fueran amigos –si, probablemente de la forma en que haría amistad con un perro extraviado.

Pero durante todo el largo día, se había descubierto actuando ante las cámaras ocultas, sabiendo que ella lo estaba observando, disfrutando el sonido de su voz hablando tan íntimamente a su oído.

No importó que estuvieran a docenas, a veces a cientos de metros de distancia. Verónica era su enlace principal con la camioneta de vigilancia. De ella era la voz que Joe escuchaba más seguido en su auricular miniatura. Tenía que depender de ella y confiar en ella implícitamente cuando le daba información e instrucciones. Aunque ella lo supiera o no, su relación se estaba volviendo una relación íntima.

Y Joe sospechaba que ella lo sabía.

La estaba mirando con fijeza otra vez, comprendió. Sus ojos eran tan azules y enormes cuando le devolvía la mirada.

Él desvió la vista primero. ¿A quien estaba engañando? ¿Qué estaba intentando hacer? ¿No eran suficientes dos rechazos? ¿Qué quería, tres de tres?

"Se está haciendo tarde," dijo bruscamente, queriéndola en sus brazos o fuera.

"Bien," dijo, claramente abochornada. "Lo siento. Yo..." Sacudió su cabeza y rebuscó por un momento en su maletín. "Aquí esta la agenda de mañana," agregó, pasándole una hoja de papel. "Buenas noches, entonces." Se movió graciosamente hacia la puerta.

"Saint Mary," dijo Joe en voz alta, sus ojos atrapando el nombre a la mitad de la agenda.

Verónica se detuvo y giró hacia él. "Si, es correcto," dijo. "Quería pedirte que vistieras algo... especial."

"¿Qué? ¿Mi traje de gallina gigante?"

Ella rió. "No exactamente lo que tenía en mente."

"Entonces quizás deberías ser más específica."

"Chaqueta azul, faja roja, pantalones negros," instruyó Verónica. "Pienso en eso como el traje de Príncipe Azul de Tedric. ¿No te acondicionaron algo como eso?"

"Si, y me lo pondré mañana." Joe hizo una reverencia. "Tus deseos son órdenes."

Capítulo 13

Verónica viajó hasta Saint Mary en la limusina con Joe.

Estaba vistiendo el traje de Príncipe Azul que ella le había pedido que se pusiera, y lucía casi ridículamente apuesto.

"Esto va a ser difícil," dijo ella, haciendo algún trabajo de último minuto en su computadora portátil.

“¿Estás bromeando?” dijo Joe. “Ningún medio de prensa, ninguna fanfarria, ¿cuán difícil puede ser?”

“Voy a entrar contigo esta vez,” dijo Verónica, como si no lo hubiera escuchado.

“Oh, no, no lo vas a hacer,” contrarrestó él. “No te quiero a menos de tres metros de distancia de mi.”

Ella levantó la vista de la pantalla de la computadora. “No hay peligro,” dijo. “Saint Mary no estaba en la agenda que le pasamos a la prensa.”

“Siempre hay peligro,” insistió Joe. “Siempre está la posibilidad de que estemos siendo seguidos.”

Verónica miró por la ventanilla. Otras tres limos, más la camioneta de vigilancia, estaban siguiéndolos. “Dios Bendito,” dijo con fingida sorpresa. “¡Tienes razón! Estamos siendo seguidos por tres limusinas que lucen muy sospechosas y...”

“Termina la rutina de comedia, St. John,” murmuró Joe. “No vas a entrar ahí, y es definitivo.”

“No quieres que salga lastimada.” Verónica cerró su computadora y la deslizó devuelta en su estuche. “Es tan dulce.”

“Ese soy yo,” dijo Joe. “Príncipe Pastel-Dulce.”

“Pero voy a entrar.”

“Ronnie...”

“Saint Mary es un hospicio, Joe,” dijo Verónica suavemente. “Para niños con cáncer.”

Joe permaneció en silencio.

“Hay una pequeña niña llamada Cindy Kaye que se está hospedando en Saint Mary,” continuó, su voz baja y uniforme. “Le escribí una carta a Tedric, pidiéndole que se detuviera y la visitara durante su visita a los Estados Unidos. Le gustaría conocer a un príncipe de verdad antes –bueno– antes de morir.” Se aclaró la garganta. “Cindy tiene un tumor cerebral inoperable. Le ha estado escribiendo a Tedric durante meses –no que él se haya preocupado en leer las cartas. Pero yo las he leído. Cada una de ellas. Es increíblemente brillante y encantadora. Y va a morir en cuestión de semanas.”

Joe emitió un sonido bajo, lleno de dolor. Se frotó la frente con una mano, protegiéndose los ojos de su mirada.

“Hablé con su madre por teléfono esta mañana,” dijo Verónica. “Aparentemente Cindy a empeorado. Había estado practicando su reverencia durante meses, pero después de anoche, ella...” Se aclaró la garganta nuevamente. “El tumor está afectando más y más de sus funciones motrices, y ahora es incapaz de salir de la cama.”

Joe maldijo, extensamente y con fuerza, mientras la limo se detenía fuera del hospicio.

Era un edificio limpio, blanco, con montones de ventanas, y hermosas flores creciendo en los pulcramente atendidos jardines exteriores. Había una estatua de la Virgen, también blanca brillante, entre las flores. Era adorable a la vista, tan pacífico y sereno. Pero dentro... dentro había niños, todos muriendo de cáncer.

“¿Qué se supone que debo decirle a una niña que está muriendo?” preguntó Joe, su voz ronca.

“No lo se,” admitió Verónica. “Iré contigo...”

“De ninguna forma,” Joe negó con la cabeza.

“Joe...”

“Dije que no. ¡No voy a arriesgar tu vida, maldición!”

Verónica puso la mano sobre su brazo y esperó hasta que él la miró. “Algunas cosas valen el riesgo.”

Cindy Kaye era pequeñita, tan delgada y frágil. Parecía mas una niña desnutrida de seis años que la niña de diez años que Verónica sabía que era. Su largo cabello castaño estaba limpio y tenía un lazo rosa en él. Yacía sobre la colcha, vistiendo un vestido rosa con volantes y montones de frunces y lazos. Sus piernas, cubiertas de medias blancas, parecían dos esbeltos palillos. Vestía zapatillas blancas de valet en sus estrechos pies.

Los ojos marrones de la niña se llenaron de lágrimas, lágrimas que se derramaron por sus mejillas, cuando Joe entró en la habitación y le dirigió la más real de sus reverencias.

"Milady," dijo con el inconfundible acento de Tedric. Se acercó a Cindy y la vasta colección de tubos e IVs⁷ y equipo médico que la rodeaba sin la menor indecisión. Se sentó al borde de la cama de Cindy y llevó su esquelética mano a sus labios. "Es un gran honor conocerte al fin. Tus cartas han traído gran alegría y luz a mi vida."

"Quería hacer una reverencia para usted," dijo Cindy. Su voz estaba temblando, su habla desarticulada.

"Cuando mi hermana, la Princesa Wila, tenía doce," dijo Joe, inclinándose hacia delante como si estuviera compartiendo un secreto con ella, "se lastimó la espalda y el cuello en un accidente de esquí, y estuvo confinada a su cama, de forma muy parecida a como estás tú ahora. Nuestra tía abuela, la Duquesa de Milán, le enseñó la apropiada etiqueta social para tal situación. La duquesa le enseñó la reverencia de párpados."

Cindy esperó silenciosamente a que continuara.

"Cierra tus ojos," ordenó Joe a la pequeña, "cuenta hasta tres, luego ábrelos."

Cindy hizo exactamente eso.

"Excelente," dijo Joe. "Debes tener sangre real en tus venas para ser capaz de ejecutar la reverencia de párpados tan elegantemente en tu primera vez."

Cindy negó con la cabeza, las comisuras de su boca finalmente curvándose hacia arriba.

"¿Nada de sangre real? No lo creo," dijo Joe, devolviéndole la sonrisa. "Tu vestido es muy hermoso, Cindy."

"Le escogí solo para usted," dijo ella.

Joe tuvo que inclinarse más cerca para entender. Levantó la vista para encontrar los ojos de la mujer sentada al lado de la cama –la madre de Cindy. Ella le dirigió una sonrisa tan dulce, triste y agradecida, que tuvo que apartar la mirada. Su hija, su preciosa, hermosa hija, estaba muriendo. Joe siempre había creído que era un hombre fuerte, pero no estaba seguro de que tendría la fuerza para sentarse al lado de la cama de su propia hija moribunda, día tras día, ocultando toda su frustración e impotencia y su profunda, ardiente rabia, ofreciendo solo consoladoras sonrisas y pacífico, tranquilo, reconfortante amor.

Sintió algo de esa frustración y rabia formar un tornado en su interior, haciendo que su estómago se revolviera. De alguna forma, mantuvo su sonrisa. "Me siento honrado," le dijo a Cindy.

"¿Habla Ustanziano?" preguntó Cindy.

Joe negó con la cabeza. "En Ustanzia hablamos francés," dijo.

"Je parle un pen frangais," dijo Cindy, sus palabras casi irreconocibles.

Oh, Dios, pensó Verónica. ¿Ahora qué?

⁷ Intravenosos

"Tres bien," dijo Joe suavemente. "Muy bien."

Verónica se relajó. Joe sabía un poco de francés, también. Gracias a Dios. Podría haber sido un auténtico desastre. Imagina la decepción de la niña al descubrir que su príncipe era un impostor...

"Me encantaría ver su país," dijo Cindy, en su forzado francés de colegio.

Oh, querida. Verónica se puso de pie. "Cindy, estoy segura de que al Príncipe Tedric le encantaría que vieras su país, también, pero él debería practicar su inglés, ahora que está visitando América."

Joe levantó la mirada hacia ella. "Está bien," murmuró, luego se volvió hacia Cindy. "Conozco una forma en que puedes ver mi país," replicó Joe en perfecto Francés. Su acento era impecable –hablaba como un Parisino nativo. "Cierra tus ojos, y te diré todo sobre mi hermosa Ustanzia, y la verás como si estuvieras allí."

La boca de Verónica estaba abierta de estupor. ¿Joe hablaba francés? ¿Joe hablaba francés? Cerró la boca de golpe y escuchó en silencio mientras describía las montañas y valles y llanuras de Usntanzia con un lenguaje casi poético –tanto en francés como en inglés, cuando traducía las palabras demasiado difíciles para la pequeña.

"Suena maravilloso," dijo Cindy con un suspiro.

"Lo es," replicó Joe. Sonrió nuevamente. "¿Sabes que algunas personas en mi país también hablan ruso?" Repitió su pregunta en impecable ruso.

Verónica tuvo que sentarse. ¿Ruso? ¿Qué otros idiomas hablaba? O quizás debería preguntarse que idiomas no hablaba...

"¿Hablas ruso?" le preguntó Joe a la pequeña.

Ella negó con la cabeza.

"Di `da´," dijo Joe.

"Da," dijo ella.

"Eso es el ruso para `si´," le dijo, y sonrió –una gran, amplia, cálida sonrisa Joe, no una de las apretadas sonrisas de Tedric. "Ahora hablas ruso."

"Da," dijo ella otra vez, con una brillante sonrisa en respuesta.

Un agente FInCOM apareció en la entrada. Cuando Joe levantó la mirada, el hombre tocó su reloj.

"Tengo que irme ahora," dijo Joe. "Siento no poder quedarme más tiempo."

"Está bien," dijo Cindy, pero una vez más sus ojos se llenaron de lágrimas.

Joe sintió su corazón estrujarse. Había estado allí, visitando a Cindy, durante solamente treinta minutos. Cuando habían establecido la agenda para la visita, McKinley había querido permitir solo cinco minutos para Saint Mary, pero Verónica había sido inflexible en que tomaran media hora. Pero ahora, incluso media hora no parecía tiempo suficiente.

"Me alegro tanto de haberte conocido," dijo Joe, inclinándose hacia delante para besarla en la frente cuando se ponía de pie.

"¿Su Majestad?"

"¿Si, milady?"

"Escuché en las noticias que hay montones de niños hambrientos en Ustanzia ahora mismo," dijo Cindy, moviéndose penosamente a través de las palabras.

Joe asintió seriamente. "Si," dijo Joe. "Ese informe es correcto. Mi familia está tratando de arreglar eso."

"No me gusta cuando los niños tienen hambre," dijo ella.

"A mi tampoco," dijo Joe, su voz ronca. El tornado en su interior estaba creciendo nuevamente. ¿Cómo podía esta niña pensar en los problemas y dolores de otros, cuando su propio dolor era tan grande?

"¿Por qué no comparte su comida con ellos?" dijo Cindy.

"No siempre es así de fácil," dijo Joe. Pero ella ya sabía eso. Seguramente ella, de toda la gente, sabía eso.

"Debería serlo," dijo ella.

Él asintió. "Tienes razón. Debería serlo."

Ella cerró los ojos brevemente –una reverencia de párpados.

Joe hizo una reverencia. ¿Qué podía decir ahora? ¿Qué sigas bien? Eso sería poco más que una broma cruel. ¿Te veré pronto? Una falsedad. Tanto el como la niña sabían que nunca volverían a encontrarse. Su rabia y frustración subieron a su garganta, haciéndole difícil hablar. "Adios, Cindy," se las arregló para decir, luego se movió hacia la puerta.

"Lo amo, Príncipe," dijo Cindy.

Joe se detuvo, se volvió hacia ella, luchando con fuerza para sonreír. "Gracias," dijo. "Ateoraré este día, Cindy –siempre– y lo llevaré siempre en mi corazón."

La pequeña sonrió, feliz por una cosa tan pequeña, un placer tan pequeño.

De alguna forma Joe mantuvo la sonrisa en su rostro hasta que estuvo fuera de la habitación. De alguna forma se las arregló para caminar pasillo abajo sin pasar el puño a través de la pared. De alguna forma se las arregló para seguir caminando –hasta que la rabia ardiente en su estómago y garganta y detrás de sus ojos se intensificó, y sus pies no lo llevaron otro paso más adelante.

Se volvió hacia la pared –la misma pared a través de la cual no había pasado su puño– y reclinó sus brazos contra esta, enterrando el rostro en la curva de su codo, esperando, rogando que el dolor que lo quemaba aflojara pronto.

¿Pero por qué debería? El dolor de Cindy no iba a aflojar. Ella iba a morir, probablemente en cuestión de días. La injusticia de todo eso era como una rodilla en su ingle. La vilis llenó su garganta y quiso sacudir su puño hacia el cielo y maldecir a Dios que podía dejar que esto pasara.

"Joe."

Ronnie estuvo allí, entonces. Guiándolo corredor abajo, lo arrastró dentro de la semi privacidad de la diminuta capilla. Cálida y suave, puso sus brazos a su alrededor y lo sostuvo con fuerza.

"Oh, Dios," dijo, luchando contra el caliente flujo de lágrimas en sus ojos. "¡Oh, Dios!"

"Lo se," dijo ella. "Lo se. Pero fuiste tan bueno. La hiciste sonreír. La hiciste feliz."

Él se alejó para mirar a Verónica. La luz se filtraba a través de los vidrios de colores de las ventanas, brillando roja, azul y dorada en el suelo de baldosas. "Ni siquiera soy un príncipe auténtico," dijo duramente. "Todo fue simplemente una mentira."

Verónica negó con la cabeza. "Tedric la habría decepcionado horriblemente," dijo ella. "Tú le has dado algo bueno con lo que soñar."

Joe rió, pero salió sonando más como un sollozo. Levantó la vista al crucifijo en la pared detrás del altar. "¿Si, pero por cuanto tiempo?"

"Por tanto tiempo como necesite dulces sueños," dijo Verónica en voz baja.

Joe sintió sus ojos llenarse de lágrimas nuevamente. Intentó parpadear para alejarlas, pero una o dos escaparon, rodando por su rostro. Estaba llorando. Dios, no había llorado desde que tenía quince años. Avergonzado, se enjugó el rostro con el dorso de la mano. "Es por esto que insististe en que Saint Mary permaneciera en la agenda," dijo con voz áspera. "Tú eres en realidad la responsable de hacer feliz a esa pequeñita."

"Creo que fue trabajo de equipo," dijo Verónica, sonriéndole a través de sus propias lágrimas.

Nunca la había visto tan hermosa. Casi todo lo que ella había hecho hasta ese

punto, comprendió, lo había hecho por el bien de una pequeñita moribunda. Seguro, había querido ayudar a atrapar a los terroristas. Y quería ayudar a su amiga, la princesa de Ustanzia. Pero lo que realmente la había llevado a asegurarse de que Joe pudiera hacerse pasar por el Príncipe Tedric, era la pequeña enferma en esa cama.

Lo sabía con tanta seguridad como sabía que su corazón estaba latiendo.

El nudo alrededor del pecho de Joe se volvió tan apretado que por un infartante momento estuvo seguro de que nunca podría volver a respirar. Pero entonces algo se rompió –no el lazo, sino algo en su cabeza– y una vocecita dijo, “Estás enamorado de esta mujer, flamante idiota,” y supo que era verdad.

Era maravillosa. Y estaba locamente enamorado de ella.

La sonrisa de ella se desvaneció y había solo calidez en sus ojos, calidez y esa siempre presente llama de deseo. Ella volvió a sus brazos, y alzó su boca hacia la suya y...

Dios, la estaba besando. Realmente la estaba besando.

Tomo sus labios hambrientamente, atrayendo su flexible cuerpo más cerca del suyo. Quería inhalarla, devorarla, convertirse en uno con ella. La besó una y otra vez, su lengua barriendo ferozmente con cualquier pretensión de civilidad, mientras reclamaba salvajemente su boca.

Podía sentir sus brazos alrededor de su cuello, sentirla apretándose incluso más fuerte contra él mientras lo besaba con igual abandono.

Se sentía tan bien. Se sentía tan completa, perfectamente bien. Esta mujer, sus brazos alrededor de ella, sus corazones latiendo –con fuerza– al unísono. Sus almas entrelazadas. Sus mentes tan diferentes, pero parecidas.

Joe supo con repentina y atemorizante claridad lo que había estado luchando y negándose a sí mismo durante días.

Quería.

A Ronnie St. John.

Permanentemente.

Como en ‘Hasta que la muerte nos separe’.

Quería hacerle el amor, poseerla, poseer su corazón tan completamente como ella poseía el suyo. Quería ver sus ojos dilatarse de placer, oírla gritar su nombre mientras la llenaba, total, absolutamente, en un perfecto acto de completo y vinculante amor.

Por primera vez en su vida, Joe entendió el concepto de felices para siempre. Era una promesa que nunca se había permitido antes, un rango que jamás había pensado conseguir.

Pero estaba allí mismo, mirándolo de frente siempre que Verónica entraba en la habitación. Estaba en la forma en que ella se paraba, la forma en que ladeaba la cabeza muy ligeramente cuando lo escuchaba hablar, la forma en que intentaba con tan poca efectividad volver a meter sus salvajes rizos en el moño, en la forma en que sus ojos azules danzaban cuando reía. Y estaba en la forma en que lo estaba besando, como si ella, también, quisiera envolver sus magníficas piernas kilométricas alrededor de su cintura y sentirlo en su interior por siempre y para siempre jamás.

Pero entonces, tan repentinamente como el beso había empezado, terminó.

Verónica se alejó, como si de repente comprendiera que estaban parados en medio de la capilla del hospicio, rodeados de vidrios de colores, tranquilizadora madera oscura y velas, con un agente FInCOM observándolos desde la entrada, una monja arrodillada silenciosamente ante el altar. Habían estado parados allí, besándose, frente a una monja, por el amor de Dios.

Las mejillas de Verónica se roburizaron, coloreándose de rosa cuando Joe la miró a los ojos, intentando ver lo que estaba pensando. ¿Era este simplemente otro “error”?

¿O era simplemente un "gracias" más emocional? ¿O era más que eso? Por favor, Dios, quería que fuera más. Quería que significara que ella estaba sintiendo todas las cosas que él sentía. Pero no estaban solos, y no podía preguntar. No podía siquiera hablar. Todo lo que podía hacer era tener esperanzas.

Ella desvió la mirada, la expresión en sus ojos inteligible cuando murmuró una disculpa.

Una disculpa. Los errores y accidentes requerían disculpas.

El corazón de Joe se hundió mientras los agents FInCOM rápidamente los guiaban de regreso a las limos que aguradaban afuera. Y cuando Kevin Laughton apuró a Verónica a una limusina diferente y ella ni siquiera miró en la dirección en que Joe estaba antes de meterse dentro, su corazón se destrozó.

Tenía su respuesta. Ese beso había sido otro error.

Joe estuvo silencioso en el vuelo a Boston. Incluso sus amigos del Escuadrón Alfa fueron lo bastante sabios para permanecer alejados de él.

Verónica se deslizó en el asiento a su lado, y él levantó la mirada, sus ojos cautelosos.

"¿Estás bien?" le preguntó ella en voz baja.

Sonrió tensamente. "¿Por qué no estaría bien?"

Verónica no estaba segura de cómo responder a esa pregunta. Porque acabas de pasar tiempo con una niña moribunda. Porque le hablaste y no intentaste pretender que tenía un futuro, que no estaba muriendo. Porque duele como el diablo saber que no hay nada que tú u otra persona puedan hacer por esa pequeña, salvo hacerla sonreír unas pocas veces más.

Y porque me besaste como si tu mundo se estuviera desmoronando bajo tus propios pies, y cuando me alejé, me miraste como si te estuviera arrancando el corazón del pecho.

Joe negó con la cabeza. "Sabes, ese es el problema cuando los tipos grandes, malos como yo mostramos que en verdad tenemos una alma," se quejó. "Todos se preocupan, hey, lo perdió una vez, ahora va a estallar en lágrimas cada vez que alguien diga 'Buuuu'. Bueno, olvídalo. Estoy bien."

Verónica asintió, no atreviéndose a hacer comentarios, ciertamente no atreviéndose a mencionar el beso. No aún. Permanecieron sentados por un momento en silencio, y luego se volvió para mirarlo nuevamente. "No tenía idea de que hablaras francés," dijo, abordando un tema mucho más seguro, esperando que él fuera el que trajera a colación el tema del beso que habían compartido. "¿Y ruso?"

Joe se encogió de hombros. "Soy un especialista en idiomas," dijo, secamente. "No es gran cosa."

"¿Cuántos idiomas hablas?"

"Ocho," dijo él.

"Ocho," repitió Verónica. Por la forma en que lo decía, era nada. Ella hablaba inglés y francés y muy poquito de español, y eso no había sido nada. De hecho, había sido un montón de trabajo.

"Alguién en el equipo tiene que ser capaz de comunicarse con los lugareños," dijo, como si eso explicara todo. Su Equipo SEAL necesitaba que él hablara ocho idiomas diferentes, así que había aprendido ocho idiomas diferentes.

"¿En que más te especializas?" preguntó.

Joe se encogió de hombros. "Los normales trucos SEAL."

“¿Balancear pelotas de playa sobre tu nariz y ladrarle a la luna como un perro?”

Él finalmente sonrió. “No tanto,” dijo.

“Asumo que algún tipo de natación está involucrado,” dijo Verónica. “O no los llamarían SEALs.”

“Sep, natación,” dijo él. “Y buceo. Paracaidismo. Parasailing⁸.” Empezó a contar la lista con sus dedos. “Explosivos, submarinos y terrestres. Armas y juguetes de guerra de alta tecnología. Artes marciales y algunas técnicas menos convencionales de lucha cuerpo a cuerpo. Computadoras. Cerrojos. Sistemas de alarmas. Y así.”

“El Almirante Forrest dijo que eras un buen tirador,” dijo Verónica. “Un experto francotirador.”

“Todos en el Equipo SEAL Diez lo son,” replicó él, restándole importancia.

“Además de idiomas, ¿en qué otra cosa te especializas?” preguntó Verónica.

Él la miró durante varios largos segundos. “Conozco un poco más que los otros chicos cuando se trata de juguetes de guerra de alta tecnología,” dijo finalmente. “También soy un experto clasificado en supervivencia en la jungla, el desierto y el ártico. Ya sabes de los idiomas y mi... habilidad como imitador. Resulta útil a veces. Puedo volar cualquier tipo de aeronave, desde un helicóptero a un Stealth⁹.” Sonrió, pero carecía del voltaje de sus sonrisas habituales. “Diablos, probablemente podría manejar un transbordador espacial si tuviera que hacerlo. Y soy un experto mecánico. Podría arreglarlo si se rompiera. Hay algunas otras cosas que no quieres saber, y algunas que no puedo decirte.”

Verónica asintió lentamente. El Almirante Forrest le había dicho mucho de esto antes, pero ella no lo había creído. Probablemente aún no lo creería si no hubiera escuchado a Joe hablar perfecto francés. Él podía hacer todas esas cosas increíbles, cosas superhumanas, pero era su humanidad –su compasión y amabilidad por una niña moribunda– lo que la había conmovido más. Conmovido profundamente.

Bajó la mirada a sus manos, apretadas nerviosamente en su regazo. “Joe, sobre esta mañana,” empezó a decir.

“Está bien, Ronnie. Puedes olvidarlo,” interrumpió él, sabiendo que estaba hablando acerca de su beso. Sus ojos eran cautelosos cuando volvió a mirarla. Desvió la mirada, dirigiéndola hacia la ventanilla del jet. “Fue... algo que ambos necesitábamos en ese momento. Pero, este... no significó nada, y se que no vas a dejar que suceda nuevamente. No más errores, ¿correcto? Así que no necesitamos hablar de ello. De hecho, preferiría no hablar de ello.”

“Pero...”

“Por favor,” dijo él, girándose para volver a mirarla.

No significaba nada. Sus palabras de repente penetraron, y Verónica lo miró con fijeza, su boca ligeramente abierta. Cerró la boca, y bajó la vista a sus manos.

Permaneció sentada allí en silencio, temerosa de moverse, temerosa de respirar, temerosa de pensar, porque tenía miedo de lo que sentiría.

No significaba nada.

Ese beso había sido más que un beso. Había sido un intercambio de emociones, una unión de almas. Había estado lleno de emociones que ella no quería sentir, poderosas emociones por un hombre que la asustaban más de lo que quería admitir. Un hombre que se especializaba en hacer la guerra. Un hombre que arriesgaba su vida como algo natural. Un hombre del que había intentado mantener su distancia. Intentado y

⁸ Deporte donde el deportista se desliza en el aire con un paracaídas especial que es tirado por un vehículo a motor o bote.

⁹ Tipo de avión cuya tecnología le permite ocultarse y evadir la detección.

fallado.

Lo había besado. En público. ¿Y él pensaba que no significaba nada?

La luz del cinturón de seguridad se encendió, y la voz del piloto llegó desde el altavoz.

“Nos estamos acercando a Boston. Por favor regresen a sus asientos.”

Joe miró por la ventanilla como si nunca antes hubiera visto Boston, como si la vista aérea fuera infinitamente más interesante que cualquier cosa que pudiera ver dentro del jet.

Verónica obligó a su voz a que sonara tranquila y controlada. “Llegaremos a Boston en unos pocos minutos,” dijo. Joe levantó la cabeza en reconocimiento, pero aún no miró en su dirección. “Desde el aeropuerto, es un trayecto de solo unos cinco minutos hasta el hotel donde el almuerzo de caridad va a ser celebrado. Tu discurso estará en una cámara TelePrompTer¹⁰. Será breve y todo lo que tendrás que hacer es leerlo.”

“Esta noche, hay una fiesta privada en Beacon Hill,” dijo, deseando sentirse tan calmada y objetiva como sonaba. Desando no sentirse como si estuviera a punto de llorar. No significaba nada. “El anfitrión y anfitriona son amigos de Wila. Y míos. Así que no estaré en la camioneta de vigilancia esta noche.”

Él se giró y le frunció el ceño, sus ojos oscuros penetrantes. “¿Qué? ¿Por qué no?”

“El Embajador Freder estará en la camioneta,” dijo Verónica, intencionalmente no encontrando la intensidad de la mirada de Joe. “Yo asistiré a la fiesta de mis amigos. Habrá virtualmente cero riesgo para ti. Considera esto otra de las obligaciones de Tedric de las que no pudiste salirte.”

Podía sentirlo observándola, dirigiéndole una larga, evaluadora mirada. “Nunca hay cero riesgo,” dijo. “Me sentiría mucho mejor si estuvieras en la camioneta.”

“No nos quedaremos mucho,” dijo ella, levantando la vista hacia él.

“Solo el tiempo suficiente para que te disparen, quizás, ¿eh?” dijo Joe. Forzó una sonrisa. “Rejájate Ronnie, estaba bromeando.”

“No pienso que el hecho de que te disparen sea divertido alguna vez,” dijo Verónica tensamente.

“Lo siento,” dijo él. Dios, ella estaba tan tensa como él. Probablemente la tensión de preocuparse por su reacción al beso de esta mañana. Sin duda el alivio no se había extendido todavía.

Sentarse a su lado así era una tortura. Joe movió el pulgar hacia la ventanilla. “Ha pasado un tiempo desde que he estado en Nueva Inglaterra,” dijo. “¿Te importa si...?”

Verónica negó con la cabeza. “No, es... adelante y...”

Él ya había girado para mirar por la ventanilla.

Había sido descartada.

En lugar de mirar la nuca de Joe, desesperando por sus impersonales palabras, Verónica ignoró la señal del cinturón de seguridad y se puso de pie, moviéndose hacia el frente del avión donde había varios asientos vacíos.

No significaba nada.

Quizás no para Joe, pero ese beso había significado algo para Verónica.

Significaba que era una verdadera tonta.

Capítulo 14

Salustiano Vargas, ex mano derecha del hombre conocido por la mayoría del mundo

¹⁰ Cámara donde se va viendo el discurso.

solo como Diosdado, miró con fijeza el teléfono en su barata habitación de hotel cuando este sonó. Hacía más calor que en el infierno allí y el aire acondicionado resoplaba sin resultados.

No le había dicho a nadie, a nadie, donde se quedaría. Aún así, sabía malditamente bien quién estaba al otro lado de la línea. No había ningún lugar al que pudiera huir donde Diosdado no pudiera encontrarlo.

Contestó después del llamado número diecisiete, incapaz de soportarlo por más tiempo. “¿Sí?”

Diosdado dijo solo una palabra. “¿Cuándo?”

“Pronto,” replicó Vargas, cerrando sus ojos. “Tienes mi palabra.”

“Bien.” La línea se cortó sin una despedida.

Vargas permaneció sentado en medio del calor por varios minutos, sin moverse.

En verdad hacía más calor que en el infierno en esta habitación barata.

Cuando se puso de pie, le tomo solo unos pocos minutos empacar sus cosas. Llevó su valija hasta el auto alquilado y se encaminó a la ciudad –hacia un bonito, costoso hotel. No podía permitirse permanecer allí, pero lo cargaría a su tarjeta de crédito. Quería lujo. Quería sábanas limpias, una cama firme. Quería servicio de habitación y la vista de una centelleante piscina con muchachas jóvenes holgazaneando a su alrededor. Quería el fresco, dulce, limpio aire de una bonita habitación de hotel. No quería el infierno. Estaría allí bastante pronto.

Mientras el aplauso se apagaba, Joe sonrió en dirección de las cámaras de TV. “Buenas tardes,” dijo. “Es un honor y un placer estar aquí hoy.”

Verónica no podía concentrarse en sus palabras. Toda su atención estaba en las voces de Blue, Cowboy y Harvard mientras mantenían una constante búsqueda de peligro.

Este era el escenario perfecto para un intento de asesinato. Había cámaras de TV de cada una de las transmisoras, incluídas las de cable, y el evento era político –un evento de cien dólares el cubierto para recaudar fondos para la campaña de reelección de un bien conocido senador.

Pero si los terroristas iban a intentar dispararle al príncipe –Joe– no se habían colocado en ninguno de los obvios puntos ventajosos. Si estaban aquí, estaban en medio de la multitud, sentados en las filas de mesas de banquete.

Los agentes FInCOM estaban por todos lados. Verónica podía verlos en las pantallas, sus ojos barriendo la multitud, alertas por cualquier signo de peligro o problemas.

Por favor, Señor, protege a Joe y mantenlo a salvo... Hubo una repentina conmoción en una de las mesas del fondo, y el corazón de Verónica se atascó en su garganta.

Podía oír a los SEALs gritando y ver a los agentes FInCOM corriendo, todos convergiendo en una sola mesa, y un solo hombre.

“¡Tengo mis derechos!” el hombre estaba gritando mientras era arrojado al suelo con forcejeos. “¡No he hecho nada malo! Soy un veterano de Vietnam y quiero saber...”

El estrépito estalló cuando la gente intentó alejarse de la conmoción, y los agentes FInCOM intentaron sacar al hombre de la habitación. Y Joe... Joe estaba aún de pie ante el podio, observando. ¿Por qué no se agachaba, fuera del peligro?

“Joe,” dijo Verónica al micrófono. “¡Cúbrete!”

Pero él no se movió.

“¡Joe!” dijo ella otra vez. “¡Maldita sea, al suelo!”

Él no estaba escuchando. Estaba observando mientras el hombre era arrastrado

hacia la puerta.

“Esperen,” dijo bruscamente. Su dominante voz haciendo eco por el sistema de audio portable, cortando a través del alboroto, a través del sonido de ochocientas voces todas hablando a la vez. “¡Dije, esperen!”

Blue se quedó inmóvil. Todos se quedaron inmóviles –los agentes FInCOM y su prisionero, mirando hacia Joe. Un silencio cayó sobre la multitud.

“¿Está armado?” preguntó Joe, más tranquilamente ahora.

Blue negó con la cabeza. “No, señor.”

“Solo quería hacer una pregunta, Su Alteza,” dijo el hombre, su voz repicando con claridad por la habitación.

Verónica se sentó al borde de su asiento, observando. Podía ver las cámaras de TV atrapando cada pequeño trozo del drama.

“Solo quería hacer una pregunta,” repitió Joe suavemente. Se volvió hacia Kevin Laughton, quién ahora estaba de pie sobre el escenario a su lado. “¿Se ha vuelto ilegal en este país hacer una pregunta?”

“No, señor,” dijo Laughton. “Pero...”

Joe le dio la espalda deliberadamente a Laughton. “Le gustaría hacer una pregunta,” dijo a la vigilante multitud, “y a mi me gustaría escuchar su pregunta, ¿si al resto de ustedes no les importa...?”

Alguién empezó a aplaudir, y después de un breve aplauso, Joe inclinó su cabeza hacia el hombre.

“La pregunta que quería hacerle, Príncipe Tedric,” dijo el hombre con voz clara, “y la pregunta que quiero hacerles a todos ustedes,” agregó, dirigiéndose a la multitud completa, “es como pueden sentarse aquí con la consciencia tranquila, gastando tanto dinero en una sola comida, cuando justo aquí al lado un refugio y comedor para veteranos de Vietnam está por ser cerrado por falta de fondos.”

Había tanto silencio en la habitación, que podría haberse escuchado un alfiler cayendo al suelo.

Joe no contestó enseguida. Dejó que la pregunta colgara, llenando el aire, rodeando a todos los invitados al almuerzo.

“¿Cuál es su nombre?” le preguntó Joe al hombre.

“Tony Pope, señor,” dijo el hombre. “Sargento Tony Pope, de la Marina de Estados Unidos, retirado.”

“¿Sirvió en Vietnam, Sargento?” preguntó Joe.

Pope asintió. “Si, señor.”

Joe miró a Blue y a los agentes FInCOM que aún estaban sosteniendo los brazos de Pope. “Creo que pueden soltarlo,” dijo. “Creo que hemos determinado que no está buscando sangre.”

“Gracias, señor.” Pope enderezó su chaqueta y corbata.

Era un hombre apuesto, comprendió Verónica, con una barba candado pulcramente recortada y bigotes. Su traje era de buen corte, si bien bastante usado y desgastado en algunos lugares. Se mantenía de pie orgullosamente, alto, con los hombros hechados hacia atrás y la cabeza en alto.

“¿Dirige usted este refugio para gente si hogar, Sargento Pope?” preguntó Joe.

“Si, señor,” replicó Pope. “El Refugio Bylston Street. Durante diez años, señor.” Su boca se tensó. “Hemos pasado algunos momentos difíciles, pero nunca así. Las pocas subvenciones que teníamos se vencieron, y pasarán otros seis meses antes de que tengamos la oportunidad de obtener fondos adicionales. Y ahora la ciudad dice que necesitamos hacer reparaciones a las instalaciones para finales de mes –el viernes– o nuestro lugar será declarado no habitable. Apenas tenemos suficiente efectivo para

alimentar a nuestros residentes, mucho menos para hacer la clase de reparaciones que están demandando. Para ser francamente honesto, señor, los veteranos de Vietnam que viven en el Refugio Boylston Street van a ser jodidos –otra vez. ”

“¿Cuántos hombres usan sus instalaciones?” preguntó Joe con calma.

“Diariamente tenemos un promedio de alrededor de doscientos cincuenta,” contestó el hombre. “Son hombres que no tienen ningún otro lugar a dónde ir –nada de comida, ningún lugar salvo la calle para dormir.”

Joe se mantuvo en silencio.

“Nuestro costo anual por cabeza es de veinte mil dólares,” dijo Tony Pope. Miró por la habitación. “Eso es lo que doscientos de ustedes están pagando ahora mismo, por una única comida.”

“¿El Refugio Boylston Street está sirviendo el almuerzo hoy?” preguntó Joe.

“Hoy y cada día,” dijo Pope. “Hasta que nos cierren las puertas con clavos.”

“¿Le importa si voy a hechar una ojeada?” preguntó Joe.

Si Pope estaba sorprendido, los ocultó bien... “Me sentiría honrado.”

“De ninguna forma,” Verónica escuchó decir a Kevin Laughton vehementemente. “Absolutamente no.”

“Joe, ¿qué estas haciendo?” preguntó ella. “No puedes dejar el edificio, no es seguro.”

Pero Joe ya había saltado del escenario, y estaba caminando a zancadas entre las mesas, hacia el Sgto. Tony Pope, de la Marina de Estados Unidos, retirado.

Mientras Verónica miraba, Pope guió a Joe –rodeado por agentes FInCOM y sus tres SEALs– fuera de la habitación. Las cámaras de TV y los reporteros se apresuraron tras ellos.

El refugio estaba, casi literalmente, justo en la puerta de al lado al hotel. Una vez dentro, Pope le dio a Joe –y las cámaras de noticias– una visita guiada por sus modestas instalaciones, desde la cafetería a la cocina. Señaló los agujeros en el techo y otras partes del edificio que necesitaban reparaciones. Presentó a Joe a muchos de los residentes antiguos y trabajadores.

Joe se dirigía a ellos por rango, incluso a los más sucios y harapientos, y les hablaba a todos con el mayor respeto y cortesía.

Y cuando Joe se estaba yendo, deslizó el anillo enjoyado de su dedo y se lo entregó a Tony Pope. “Arregle su techo,” dijo.

Las lágrimas brotaron de los ojos del hombre mayor. “Su Majestad,” dijo. “Ya nos ha dado tanto.” Hizo un gesto hacia las cámaras de TV. “La publicidad sola no tiene precio.”

“Necesita efectivo rápido, y yo tengo demasiados anillos,” dijo Joe. “La solución es tan obvia. Tan simple.” Sonrió a las cámaras de TV. “Justo como dice mi amiga Cindy.”

“Oh, Joe, ese anillo no es tuyo para regalarlo,” suspiró Verónica, sabiendo que pagaría por el anillo ella misma, si tuviera que hacerlo.

La escena final en los informes de las noticias de la tarde mostraba a todos los hombres del Refugio Boylston Street saludando agudamente al Príncipe Tedric cuando este dejaba el edificio.

“El Sargento Tony Pope pide que las contribuciones sean enviadas directamente al Refugio Boylston Street,” otro periodista decía, “al 994...”

El teléfono sonó, y Verónica presionó el botón de silencio mientras contestaba.

“¿Lo vio?” Era Henri Freder, el embajador Ustanziano. “¿Vio las noticias? No es solo una historia local, está siendo presentada nacionalmente, y por la red de cable.”

“Lo vi,” dijo Verónica.

“Oro,” dijo Freder. “Puro oro sólido.”

“Se que ese anillo era valioso, señor,” empezó a decir Verónica.

“No el anillo,” se entusiasmó Freder. “¡La imagen del Príncipe Tedric! ¡Absolutamente dorada! Es le héroe más reciente de América. Todos lo aman. No lo podríamos haber hecho mejor si lo hubiéramos intentado. Tengo que irme, mi otro teléfono está sonando...”

Verónica miró con fijeza el teléfono ya sin conexión y lentamente colgó el receptor. Todos amaban al Príncipe Tedric –quien era realmente un marinero llamado Joe, y no un príncipe real en lo absoluto.

¿O si lo era?

Era más un príncipe de lo que Tedric había sido nunca.

Ahora, gracias a Joe, todos amaban al Príncipe Tedric. Excepto Verónica. Ella se estaba enamorando de un príncipe llamado Joe.

Verónica tenía dos horas de descanso antes de la fiesta. Se echó en la cama y miró el techo, intentando no dejar que las palabras que Joe había dicho en el avión hicieran eco en su mente.

El beso que habían compartido. No significaba nada.

Estaba enamorada de un hombre que le había dicho, en más de una ocasión, que lo máximo que podía esperar de él era una relación sexual casual. Le había dicho que los besos que habían compartido no significaban nada para él.

Sí la deseaba, sin embargo.

Verónica lo sabía por mirarlo a los ojos. Lo sabía, también, por la forma en que la había besado en la capilla en Saint Mary. Si hubieran estado solos, no se habría necesitado mucho para que ese único, simple beso escalara a hacer el amor.

Pero no la amaba.

¿Así que ahora qué? ¿Iba simplemente a sentarse por ahí amando a Joe desde la distancia hasta que los terroristas fueran atrapados, hasta que él regresara a la base temporaria del Equipo SEAL Diez en California? ¿O iba a hacer algo tonto, como hacer el amor con el hombre, esperando estúpidamente que el acto físico lo hiciera enamorarse mágicamente de ella, también?

Eso nunca sucedería. Él tendría todo lo que siempre había querido de ella –sexo. Y ella tendría un corazón roto.

Una única lágrima se deslizó por un costado de su rostro y se alojó incómodamente en su oreja. Perfecto. Ahora era cien por ciento lastimosa y patética.

El teléfono sonó, y Verónica giró en la cama y lo miró. Consideró dejar que recepción tomara el mensaje, pero después de tres timbres, finalmente lo levantó. No iba a poder dormir nada de todas formas.

“Verónica St. John,” dijo con un suspiro.

“Hey.”

Era Joe.

Verónica se sentó, apresuradamente enjugando la humedad de su rostro, como si él de alguna forma fuera capaz de decir que había estado llorando. No había esperado que el que llamaba fuera Joe. Ni en un millón de años. No después de su espantosa conversación en el avión.

“¿Estás despierta?” preguntó él.

“Lo estoy ahora,” dijo ella.

“Oh, maldición,” dijo él, la preocupación tiñendo su voz. “¿Realmente te desperté?”

"No, no," dijo ella. "Estaba solo... No."

"Bueno, no te sacaré mucho tiempo," dijo Joe. Su voz ronca sonaba ligeramente forzada y poco natural. "Solo quería decirte que si recibes alguna crítica porque regalé ese anillo de Tedric..."

"Está bien," interrumpió Verónica. "El embajador llamó y..."

"Solo quería que supieras que pagaré por él," dijo Joe. "No se en qué estaba pensando... regalando algo que no me pertenece. Pero..."

"Ya está todo arreglado," dijo Verónica.

"¿Lo está?"

"Tu nivel de popularidad aparentemente llegó al techo," le dijo. "Creo que el embajador está considerando hacerte caballero o quizás convertirte en santo."

Joe rió. "Puedo verlo ahora. Joe, el santo patrono de los imitadores de celebridades."

"¿No quieres decir, el santo patrono de los niños moribundos y las causas difíciles?" dijo Verónica suavemente. "Sabes, Joe, nunca fallas en sorprenderme."

"Eso nos hace dos," murmuró él.

"¿Qué?"

"Nada. Debería irme..."

"Realmente eres de corazón blando, ¿verdad?" preguntó Verónica.

"Cariño, no soy blando en ningún lado." Ella casi podía verlo erizarse.

"No lo dije como un insulto," dijo.

"Mira, simplemente tengo un problema con la forma en que este país trata a los veteranos de guerra, ¿está bien?" dijo. "Estoy cansado de ver a hombres buenos, soldados y marineros que arriesgaron sus vidas luchando por este país, siendo forzados a vivir en antros de mala muerte."

Verónica alejó el cabello de su rostro, entendiendo de repente. Esto era personal. Esto tenía algo que ver con ese viejo marinero que Joe había conocido cuando era un niño. ¿Cuál era su nombre...? "Frank O'Riley," dijo, apenas comprendido que había hablado en voz alta.

Joe estuvo en silencio durante varios largos segundos. "Sep," dijo finalmente. "El viejo O'Riley cayó en la borrachera y perdió su trabajo. Se hizo echar a la calle. Casi malditamente lo mató pensar en perder su jardín, y se espabiló, pero era demasiado tarde. Nadie lo ayudó. Era un héroe de guerra, y estaba en las calles en el condenado medio del condenado invierno."

"Y a causa de eso, murió," adivinó Verónica correctamente.

"Le agarró neumonía," la voz de Joe era curiosamente llana, y ella supo por su falta de inflexión y emoción que la muerte de Frank O'Riley aún le dolía profundamente.

"Lo siento," murmuró Verónica.

Joe estuvo en silencio otra vez por un momento. Luego suspiró. "Lo que no entiendo, es como diablos nuestras fuerzas armadas pueden enviar a nuestros muchachos a luchar una guerra sin prepararlos realmente. Y si vamos a enviar fuera a estos... niños, entonces no deberíamos estar tan malditamente sorprendidos cuando vuelven y se desmoronan. Y entonces –y esto es realmente genial– tratamos de barrer los pedazos bajo la alfombra para que nadie los vea. Buena movida, ¿eh?"

"Esas son palabras bastante duras para alguien que se especializa en hacer la guerra," dijo Verónica.

"No estoy sugiriendo que nos desmilitaricemos," dijo Joe. "Creo que eso sería un error. No, simplemente creo que el gobierno debería asumir responsabilidad por los veteranos."

"Pero si no hubiera guerras, no habría veteranos. Si gastamos el dinero en

relaciones diplomáticas en lugar de armas y...”

“Correcto,” dijo Joe. “Pero hay suficientes tipos malos en el mundo que no dudarían en dar un paso adelante y patear algún trasero si nuestro país no pudiera defenderse a sí mismo. Es decir, seguro que podríamos repartir flores y cuentas de amor, pero obtendríamos a cambio una ráfaga de fuego de ametralladora en nuestro trasero. Hay algunos bastardos odiosos allí fuera, Ronnie, y no quieren jugar a ser amables. Necesitamos ser tan duros y odiosos como ellos.”

“Y ahí es donde tú entras,” dijo Verónica. “El Señor Duro y Odioso. Listo para luchar cualquier guerra que aparezca.”

“Soy un luchador,” indicó Joe con calma. “He sido preparado para la guerra toda mi vida.” Rió suavemente, su voz repentinamente tan íntima y baja en su oído. “Son las otras sorpresas de la vida las que me atropellan.”

“Eres tan completamente in-atropellable.” Verónica deseó que lo mismo fuera cierto con respecto a ella.

“Estás equivocada,” rebatió Joe. “Los últimos días, apenas puedo recordar como se siente un terreno sólido.”

Verónica estuvo en silencio. Podía escuchar a Joe respirando al otro lado de la línea telefónica, a tres puertas por el corredor del hotel. “¿Cindy?” preguntó suavemente. Él no dijo ni una palabra. “Lo siento,” agregó. “Debería haberte preparado más para...”

“No Cindy,” dijo él. “Es decir, ir a verla fue duro, pero... Estaba hablando sobre ti.”

Verónica sintió todo el aire dejar sus pulmones. “¿Yo?” no podía hablar más que en un susurro.

“Dios, ¿viste la hora? Tengo que irme.”

“Joe, que...”

“No, Ronnie, no se por qué dije eso. Solo estoy pidiendo problemas y...” se interrumpió, maldiciendo suavemente.

“Pero...”

“Hazte un favor esta noche, nena,” dijo Joe con brusquedad. “Mantente condenadamente lejos de mi, ¿está bien?”

La línea fue desconectada con un clic.

Verónica permaneció sentada en la cama por un largo tiempo, sosteniendo el receptor contra su pecho. ¿Era posible...? ¿Podía ser...? ¿Pensaba Joe que ella era la que no quería ninguna clase de relación?

¿Qué era lo que había dicho en el avión...? Sobre el beso que habían compartido... No significó nada, y se que no vas a dejar que suceda otra vez.

No vas a dejar que suceda otra vez.

No nosotros. Tú. Es decir Verónica. Es decir... ¿qué? ¿Que ella era la que iba a prevenir que su relación creciera?

El teléfono empezó a emitir una serie de sonidos agudos, y Verónica rápidamente dejó caer el receptor en su lugar.

Si Joe realmente pensaba que ella no quería una relación con él, entonces iba a tener que corregirlo.

Verónica se puso de pie y cruzó hasta el armario, su siesta olvidada. Revisó rápidamente sus ropas, mirando solo brevemente el bastante serio vestido que había tenido intención de ponerse para la fiesta de esta noche. Ese vestido no serviría. No serviría en lo absoluto...

Capítulo 15

Joe estaba de pie en el recibidor con suelos de mármol de la enorme casa de ciudad de Beacon Hill de Armand y Talandra Perrault, charlando fácilmente en francés con la pareja que eran los anfitriones de la fiesta de esta noche.

Armand Perrault era un encantador y elegante francés de cabello plateado que se había retirado millonario de su negocio de importación-exportación. Su esposa, Talandra, era una alta, hermosa mujer joven con una risa rica, contagiosa.

Talandra había conocido a Verónica desde la universidad. Aparentemente habían sido compañeras de habitación y buenas amigas. Hasta habían ido de vacaciones juntas –así era como Talandra había conocido a Wila Cortere, la supuesta hermana de Joe.

Dios, en momentos como este, Joe se sentía tan mentiroso.

“¿Dónde está Veronique, Su Alteza?” le preguntó Talandra.

Él luchó contra la tentación de encogerse de hombros. “No estaba lista para dejar el hotel cuando salí,” dijo en cambio con el acento de realeza de Tedric. “Estoy seguro de que estará aquí pronto.”

El embajador Freder estaba en la camioneta de vigilancia, sentado en el lugar de Verónica, listo para proporcionarle nombres y hechos y cualquier otra información que Joe pudiera necesitar.

Maldición, como deseaba que fuera Verónica la que susurraba en su oído. Incluso a pesar de que esta fiesta no era pública y por lo tanto era técnicamente un riesgo bajo, Joe estaba al límite. Le gustaba saber que Verónica estaba seguramente metida en la camioneta, fuera de peligro. Esta noche, iba a pasar todo su tiempo preguntándose donde estaba, y rogando que estuviera a salvo.

Maldición, odiaba no saber donde estaba. ¿Dónde estaba esa otra limusina?

“¿Puedo traerle otra copa de champaña?” preguntó Talandra.

Joe negó con la cabeza. “No, gracias.”

Podía sentir los oscuros ojos castaños de Talandra estudiándolo. “No es como Wila y Veronique lo describieron,” dijo ella.

“¿No?” La mirada de Joe se desvió a la puerta delantera cuando varios agentes FInCOM la abrieron.

Por favor, Dios, que sea ella...

La mujer que apareció en la puerta era una pelirroja, pero no había forma en la tierra de Dios que pudiera ser Verónica, con un vestido que exhibía tanta piel y...

¡Maldición!

Era ella. Era Verónica.

En su auricular, Joe pudo escuchar a Cowboy. “¡Guaa-uuuu, jefe, alerta de nena a las once en punto!”

¡Dios Bendito! Verónica lucía... fuera de este mundo. El vestido que tenía puesto era negro y largo, hecho de suave tela sedosa que se aferraba a cada una de sus curvas. Dos triángulos de negro apenas cubrían sus pechos, y eran sostenidos por dos finas cintas de tela que cruzaban sus hombros y se encontraban entre sus omóplatos, en el escote bajo a la espalda del vestido. Había un tajo a un lado de la falda, hasta la parte alta de su muslo, que revelaba destellos de sus increíbles piernas. Sus zapatos eran negros, con altos, estrechos tacones que eran un polo opuesto a los zapatos de tacos bajos que vestía normalmente.

Tenía el cabello en un peinado alto, apilado casi al azar en la parte superior de su cabeza, con rizos perdidos explotando alrededor de su rostro.

“Dígame, Su Majestad, ¿sabe Veronique como se siente?” le susurró Talandra al oído.

Sobresaltado, la miró. “¿Perdón?”

Ella solo sonrió condescendentemente y cruzó la habitación hacia Verónica.

"Sep, Su Majestad," dijo Harvard sobre el auricular mientras Joe miraba a Verónica saludar a su vieja amiga con un cálido abrazo y beso. "Podrías querer mantener tu real lengua dentro de tu real boca, ¿me copias?"

Joe no podía ver a Cowboy ni a Harvard, pero sabía que donde fuera que estuvieran, ellos podían verlo. ¿Pero que veían exactamente? ¿Y qué había visto Talandra en su rostro que la había hecho hacer ese comentario tan personal?

¿Era tan transparente? ¿O era simplemente la forma en que se sentía estar enamorado? ¿Era imposible de ocultar? Y si era así, ¿podía Verónica verlo igual de fácilmente? Si era así, estaba en grandes problemas.

Verónica giró su cabeza, a punto de mirar en su dirección, y él abruptamente se volvió. Tendría que permanecer muy, muy lejos de ella. Ya había revelado demasiado esta tarde, cuando habían hablado por teléfono. Y maldita sea, estaba intentando con fuerza no estar enamorado de ella. ¿Cuán difícil podía ser? Después de todo, había pasado casi toda su vida no estando enamorado de Verónica. No debería ser muy difícil regresar a ese estado.

¿Qué era el amor, de todos modos, sino una forma mutada de lujuria? Y se había alejado fácilmente de mujeres por las que había sentido lujuria. ¿Por qué, entonces, sentía las piernas como si estuvieran atrapadas en melaza cuando intentaba alejarse de Verónica?

Porque el amor no era lujuria, y el amor no era algo que un hombre pudiera abrir y cerrar como un grifo. Y estaba locamente enamorado de esta mujer, sin importar que tratara de convencerse a sí mismo de lo contrario.

Y Dios, si ella lo descubría, su gentil compasión lo mataría.

"Diablos, jefe," dijo Cowboy. "Se está dirigiendo directamente hacia ti, ¿y tu huyes?"

"Lo tienes al revés, Cat," repicó Harvard. "Si una mujer como esa camina en tu dirección, te quedas muy, muy quieto."

La voz del sur de Mason-Dixon-Line¹¹ de Blue sonó suave en el auricular de Joe, pero sus palabras eran cualquier cosa menos eso. "¿Ustedes chicos van a disfrutar explicándole al Almirante Forrest como dejaron que mataran a Joe Cat mientras estaban mirando mujeres en lugar de buscar T's?"

Cowboy y Harvard quedaron notablemente silenciosos mientras Joe se desplazaba hacia la esquina dentro de una enorme habitación con piso de madera.

Era el salón de baile –no que alguna vez hubiera estado en un salón de baile en una casa particular. Pero era condenadamente inconfundible. Un trío de jazz estaba tocando en una esquina, los muebles habían sido colocados contra las paredes de la habitación y la gente estaba en el medio de la misma, bailando. Tenía que ser el salón de baile. Seguro como el diablo que no era el baño o la cocina.

Joe se encaminó a un pequeño bar situado en una esquina alejada, al otro lado de la banda. El camarero lo saludó con una reverencia.

"Su Alteza," dijo el hombre joven. "¿Qué puedo servirle?"

Whisky, solo. "Mejor que sea un ginger ale," dijo Joe en cambio. "Poco hielo."

"Tomaré lo mismo," dijo una voz familiar a su espalda. Era Verónica.

Joe no quería girarse. Mirarla desde la distancia había sido bastante duro. De cerca, ese vestido podía sencillamente tener el poder de acabarlo.

Cerró los ojos brevemente, imaginándose a sí mismo cayendo de rodillas frente a ella, rogándole... ¿qué? ¿Qué se casara con él? Sep, correcto. Sigue soñando, Catalanotto.

¹¹ Límite entre Pennsylvania y Maryland, que corre de este a oeste.

Forzó una sonrisa y se obligó a dar la vuelta. "Srta. St. John," dijo, saludándola formalmente.

Ella le sonrió. La luz brillaba en su cabello rojizo dorado, y sus ojos parecían chispear y danzar. Estaba increíblemente hermosa. Joe no podía imaginar que en algún momento la había creído menos que magnífica.

Ella alzó su mano, y él la tomó automáticamente, trayéndola medio camino hacia sus labios antes de comprender lo que estaba haciendo. Dios Todopoderoso, todas esas manos que había pretendido besar los últimos días... Pero esta vez, no iba a tener que prenteder. Atrajo la mano de Verónica a su boca y rozó los labios ligeramente sobre sus delicados nudillos.

Escuchó su suave inhalación, y cuando levantó la mirada, pudo ver que su sonrisa se había desvanecido. Sus ojos azules estaban enormes, pero no retiró la mano.

Joe permaneció allí, como un idiota, mirando con fijeza esos ojos del color del Mar Caribe. La mirada de ella bajó a sus labios y luego más lejos, al broche que vestía en la solapa –el broche que ocultaba el micrófono que transmitiría todo lo que dijeran a la camioneta de vigilancia, los agentes FInCOM y los SEALs.

Joe escuchó solo silencio en su auricular, y supo que estaban todos escuchando. Todos ellos. Escuchando intensamente.

"¿Cómo está, Su Majestad?" preguntó Verónica, su voz serena y controlada.

Joe encontró su propia voz. "Estoy bien, gracias," dijo. Maldición, sonaba ronco, y no muy parecido al Príncipe Tedric. Se aclaró la garganta, luego se humedeció los labios secos, y comprendió que los ojos de Verónica seguían el movimiento de su boca. Dios, ¿era posible que ella quisiera besarlo...?

Sus ojos se encontraron, y algo ardió –algo caliente, algo fundido por el calor, algo que lo quemó hasta su misma alma, algo hizo que su ya seca boca se convirtiera en algo parecido al suelo de Death Valley.

Verónica soltó suavemente su mano de la de él y se estiró para tomar uno de los vasos de ginger ale del bar. "¿Ha conocido a mi amiga Talandra?" le preguntó.

"Sep," dijo Joe, atrapándose a sí mismo y corrigiéndose diciendo, "Sí. Si, la conocí." Se concentró en efectuar el acento Ustanziano. Pero mientras observaba, ella tomó un delicado sorbo de la bebida y lo único en lo que pudo pensar fue en sus labios. Y las suaves curvas de su cremosa piel, y de sus pechos, expuestos por el fabuloso diseño de ese vestido. "Parece... agradable."

Sus ojos se encontraron, y una vez más, fue golpeado por una ola de calor tan poderosa que casi lo volteó.

Verónica asintió educadamente. "Sí, lo es."

¿Qué clase de juego era este?

Ella se volvió para mirar a los bailarines, y su brazo rozó contra el de él. Ella le sonrió en disculpa y se movió ligeramente a un lado. Pero cuando sucedió nuevamente, Joe supo condenadamente bien que no era un accidente. Al menos esperaba que no fuera un accidente. Su pulso empezó a correr con las implicaciones.

"Adoro bailar," dijo ella, mirándolo.

Oh sí, sabía eso. La había visto bailar. No había sido como esto –todo estirado, y educado y formal. Cuando ella había bailado, se había movido con una sensualidad y abandono que habría conmocionado a la mitad de la gente en esta habitación.

Verónica metió la mano en el hueco de su codo, y el corazón de Joe empezó a latir alocadamente.

Se le estaba insinuando.

No en una forma en que las cámaras de video y los micrófonos pudieran advertirlo, pero se le estaba insinuando. Todo tenía sentido. El vestido, los zapatos, el fuego que

le estaba dejando ver en sus ojos...

No podía imaginarse el por qué del repentino cambio de parecer.

Joe abrió su boca para hablar, pero rápidamente la cerró. ¿Qué podía preguntarle? ¿Qué podía decir? Ciertamente nada que quisiera que se difundiera por toda la red de seguridad.

En cambio, puso su mano sobre la de ella, cubriendo sus fríos dedos con los suyos. Gentilmente acarició la suave piel con el pulgar.

Verónica se volvió para mirarlo, y Joe pudo ver el deseo en sus ojos. No había dudas –ella le estaba dejando verlo. Lo quería, y quería que lo supiera.

Ella sonrió entonces –una hermosa, trémula sonrisa que elevó su corazón a su garganta. Quería besarla con tanta desesperación, que tenía que apretar los dientes para evitar inclinarse hacia ella y acariciar sus labios con los propios.

“Su Majestad,” dijo ella muy suavemente, como si no pudiera encontrar el aire para hacer más que susurrar, “¿puede concederme este baile?”

Podía tenerla en sus brazos, aquí mismo, ahora mismo. Maldición, ¿no sería eso el cielo?

Pero entonces, del otro lado de la habitación, llegó un estruendoso ruido.

Joe reaccionó, atrayendo a Verónica a sus brazos y escudándola con su cuerpo. ¿Qué diablos estaba pensando? ¿Qué estaba haciendo, parado a su lado de esa forma, como si no fuera el blanco de unos asesinos? Ella estaba lo bastante cerca para que las balas dirigidas a él pudieran terminar con su vida en un latido.

“Está bien, Cat.” Escuchó la voz de Blue en su auricular. “Todo en calma. Alguien dejó caer un vaso. No tenemos una situación. Repito, no hay una situación.”

Joe atrajo a Verónica aún más cerca durante un segundo, cerrando los ojos y presionándola fuertemente contra él antes de liberarla. La adrenalina estaba inundando su sistema y su cuerpo entero parecía vibrar. Jesús, María y José, nunca había estado tan asustado...

Verónica tocó su brazo. “Supongo que todos estamos al límite,” dijo con una pequeña sonrisa. “¿Estás bien?”

Joe lucía más tenso que un tambor. Había un salvajismo en sus ojos que ella nunca había visto antes y su mano realmente temblaba cuando la pasó por su cabello, alejándolo de su rostro.

“No,” dijo con brusquedad, sin preocuparse en disfrazar su voz con el extraño acento de Tedric. “No, no estoy para nada bien. Ronnie, necesito que te mantengas malditamente alejada de mi.”

Verónica sintió desvanecerse su sonrisa. “Pensé que íbamos a... bailar.”

Joe dejó salir una pequeña ráfaga de exasperado aire. “De ningún modo,” dijo. “Absolutamente no. Nada de baile.”

Ella bajó la mirada al suelo. “Ya veo.”

Mientras Joe miraba, Verónica se giró y empezó a alejarse, incapaz de disfrazar el destello de dolor en sus ojos. Mi Dios. Pensaba que la estaba rechazando. Intentó atrapar su brazo, detenerla, pero ella se estaba moviendo más rápido ahora.

“No, no lo ves,” dijo tras ella en voz baja.

Pero ella no dejó de caminar. Joe empezó a seguirla.

¡Maldición! A menos que empezara a correr, no había forma de que pudiera alcanzarla. Y si bien gritar “¡Hey, Ronnie!” era algo que Joe Catalanotto podía no dudar en hacer incluso en una elegante fiesta de sociedad, el Príncipe Tedric no era propenso a alzar su voz en público.

Cuando Joe rodeó la esquina hacia el vestíbulo delantero, Verónica no estaba en ningún lugar a la vista. ¡Maldición! ¡Doble maldición! ¿Cómo podía seguirla si no sabía

dónde había ido?

Se encaminó hacia la sala de estar y la espaciosa cocina más allá, escuchando el inconfundible sonido de la risa de Talandra en esa dirección.

Pero Talandra estaba de pie cerca de una gran chimenea de piedra, sorbiendo champaña y hablando con un grupo de mujeres elegantemente vestidas –ninguna de las cuales era Verónica. “Oh, aquí está el príncipe ahora,” dijo Talandra, sonriéndole a Joe.

No había nada que pudiera hacer salvo ir y saludar al grupo de damas mientras Talandra hacía las introducciones.

“Código Rojo,” llegó la voz de Cowboy, alta y clara en el auricular de Joe. “¡Tenemos una ventana abierta en el tercer piso! Repito, ventana abierta, tercer piso. Posible allanamiento. Joe, sal condenadamente de allí. ¡Diablos!. ¡Esto no es un ejercicio! Repito. ¡Esto no es un ejercicio!”

Todo pasó a cámara lenta.

“¿Estás bromeando?” dijo Joe al micrófono, abriendo la puerta de la sala de estar unos centímetros. “¿Y dejarles toda la diversión a ustedes chicos?”

Joe pudo ver cerca de diez agentes FInCOM encaminándose hacia él. Maldijo por lo bajo y dio un paso atrás cuando pasaron por la puerta. Lo rodearon instantáneamente. West y Freeman estaban a cada lado, escudándolo con sus propios cuerpos mientras se movían hacia la puerta trasera.

Había un auto parado fuera de la cocina, esperando exactamente por este tipo de emergencia. La puerta del auto estaba abierta, y West trepó en el asiento trasero primero, tirando de Joe detrás de él. Freeman los siguió, y antes de que la puerta estuviera siquiera cerrada, el conductor arrancó, tomando velocidad por el estrecho callejón y hacia las oscuras calles de la ciudad.

West y Freeman estaban respirando con fuerza mientras ambos desenfundaban sus armas. Observaron sin mucha sorpresa cuando Joe descansó su propia arma sobre su regazo.

“Se supone que no debes estar armado,” comentó West.

“Kevin Laughton lanzaría el puño siseando si lo supiera,” dijo Freeman. “Por supuesto, no tiene que saber.”

“Imagina la conmoción de Kevin,” dijo Joe, “si supiera que tengo otra arma en mi bota y un cuchillo oculto en el cinturón.”

“Y probablemente otra arma oculta en algún otro lado de la que no nos estás diciendo,” dijo West blandamente.

“Probablemente,” estuvo de acuerdo Joe.

El auto se estaba moviendo más rápido ahora, agarrando las luces verdes en todas las intersecciones mientras se dirigía al centro. Joe se sacó el auricular –estaban fuera de alcance. Se inclinó hacia adelante y le preguntó al conductor, “¿Alguna noticia en la radio? ¿Qué está sucediendo allí? ¿Alguna acción?” Odiaba huir de su escuadrón de esta forma.

El conductor negó con la cabeza. “La noticia es que está en su mayor parte todo despejado,” dijo. “Es una presunta falsa alarma. Una de las invitadas a la fiesta dice que abrió la ventana en el baño del tercer piso porque se estaba sintiendo mareada.”

Joe se reclinó hacia atrás en su asiento. Falsa alarma. Respiró profundamente, intentando limpiar la energía nerviosa de su sistema. Sus muchachos estaban a salvo. Ronnie estaba a salvo. Él estaba a salvo. Enfundó su arma y miró de Freeman a West. “Saben, no tenía idea de que estaban dispuestos a ponerse en la línea de fuego por mí.”

West miró por una ventanilla, Freeman miró por la otra. “Solo hacemos nuestro

trabajo, señor,” dijo West, sonando aburrido.

Joe sabía que era más que eso. Era extraño, estar sentado aquí entre dos relativos extraños –extraños que habrían muerto por él hoy si hubieran tenido que hacerlo. Era extraño, saber que les importaba.

Con un repentino destello, Joe recordó un par de ojos azul cristalino mirándolo con suficiente calor para encender el motor de un cohete.

West y Freeman no eran los únicos a los que les importaba.

A Verónica St. John le importaba, también.

Capítulo 16

Verónica estaba de pie ante la ventana, mirando el centro de Boston. Con todas las luces de la ciudad reflejadas en el río Charles River, era encantador. Podía ver la Explanada y el Hatch Shell¹², donde los Boston Pops¹³ daban conciertos gratis en el verano. Podía ver Back Bay¹⁴ y Boston Common¹⁵. Y en algún lado, allí abajo, oculto por los árboles del parque estaba Beacon Hill, donde vivía Talandra, y donde una fiesta se estaba desarrollando en este mismo momento... sin ella.

Tomó otro sorbo de su ron con cola, sintiendo la dulce calidez del ron extenderse por su cuerpo.

Bueno, ciertamente había hecho una tonta de sí misma esta noche. Otra vez. Verónica podía ver su vacilante reflejo en la ventana. Parecía otra persona con este vestido. Alguien seductora y sexy. Alguien que podía chasquear sus dedos y tener docenas de hombres corriendo hacia ella. Alguien a quien no le importaría un comino si cierto marinero no la quería cerca.

Rió en voz alta ante su estupidez, pero su risa sonó áspera en la vacía suite del hotel. Había ido a esta fiesta con toda la intención de seducir a Joe Catalanotto. Lo había planeado tan perfectamente. Se pondría este increíble vestido. Él estaría atónito. Bailarían. Bailaría realmente cerca de él. Él estaría aún más atónito. La seguiría de regreso al hotel. Ella le pediría que entrara en su habitación bajo el pretexto de informarlo para mañana. Pero él sabría que no sería así. Él le pediría a los agentes FInCOM que esperaran afuera, y una vez que la puerta de la habitación estuviera cerrada, la atraería a sus brazos y...

Era perfecto –excepto que había olvidado un pequeño detalle. Su plan funcionaría solo si Joe la quería, también.

Había pensado que había visto deseo en sus ojos cuando la miró esta noche, pero obviamente, había estado equivocada.

Verónica tomó otro sorbo de su bebida y se alejó de la ventana, incapaz de soportar el silencio un minuto más.

Había una radio adjunta al televisor, y la encendió. Estaba sintonizada en una emisora de rock suave... no su tipo favorito de música, pero no le importó. Mientras hubiera algo para llenar el mortífero silencio

Sabía que debía cambiarse el vestido. Solo estaba ayudando a recordarle que completa imbécil había sido. Se miró otra vez en el espejo que colgaba de la pared de la habitación. El vestido era prácticamente indecente. La sedosa tela se adhería a sus pechos, difundiendo el hecho de que no llevaba sostén, y el corte del vestido resaltaba

¹² Parque de Boston al lado del río.

¹³ Orquesta sinfónica.

¹⁴ Distrito de Boston.

¹⁵ Uno de los parques públicos más antiguos de Estados Unidos.

el escote, piel, y curvas. Buen Dios, podía también haber ido en topless. ¿Qué la había poseído para comprar este vestido, de todos modos? Era como vestir un camisón en público.

Verónica se miró con fijeza en el espejo. Sabía por qué había comprado el vestido. Tenía que ser un mensaje tácito para Joe. Aquí estoy. Soy toda tuya. Ven y pon mi mundo de cabeza.

A lo que él había contestado bastante claramente. Mantente malditamente alejada de mí.

Suspiró, luchando contra las lágrimas listas para brotar de sus ojos. Debería cambiarse y ponerse algo más práctico... su camisón de franela, quizás... en lugar de permanecer aquí, compadeciéndose de si misma. No estaba aquí, en Boston, para ser sexy o romántica. Estaba aquí para hacer su trabajo. No estaba buscando sexo o romance o siquiera amistad, con Joe Catalanotto. Simplemente estaba buscando hacer bien su trabajo. Punto, final.

"Eres una gran mentirosa," dijo Verónica en voz alta a su reflejo, su voz gruesa con disgusto.

"No me estás hablando a mi, espero."

Verónica giró con rapidez, casi derramando su ron con cola en el frente de su vestido.

Joe.

Estaba parado a no más de un metro de distancia de ella, reclinado contra la pared al lado del espejo. Dio un paso adelante y tomó la bebida de su mano.

El corazón de Verónica estaba latiendo con fuerza. "¿Qué estás haciendo aquí?" jadeó. "¿Cómo entraste?"

No había ningún balcón esta vez. Y estaba segura de que la única puerta de la habitación había sido seguramente cerrada. Pero por supuesto, él le había dicho que era un experto en forzar cerraduras.

Joe simplemente sonrió.

Aún vestía su ropa de fiesta. Tenía puesta una chaqueta azul marino de estilo militar que se abrochaba a ambos lados de su pecho y terminaba en su esbelta cintura. Sus pantalones estaban hechos de una tela color caqui que parecía suave al tacto. Le quedaban como una segunda piel, adhiriéndose a sus musculosos muslos y perfecto trasero. Estaban metidos dentro de un par de brillantes botas altas. Tenía una faja roja alrededor de la cintura, y el toque de color completaba la imagen principesca.

Lucía devastadoramente apuesto, quitaba el aliento. El estómago de Verónica dio un vuelco. Señor, la forma en que le estaba sonriendo... Pero lo que fuera que estaba haciendo aquí, no era personal, se dijo a sí misma. Joe había dejado claro en la fiesta que quería que se mantuviera alejada de él.

Mientras ella miraba, él colocó la bebida sobre la mesa al lado del sofá y cruzó hacia las ventanas. Cerró las cortinas. "He sido el blanco bastante tiempo por un día," dijo él.

Verónica miró su reloj. Eran solo las nueve y media. "Se suponía que la fiesta de los Perraults duraría hasta medianoche o la una en punto," dijo, incapaz de evitar que la sorpresa sonara en su voz. "Debías quedarte al menos hasta las once."

Joe se encogió de hombros. "Tuvimos un pequeño incidente."

Verónica dio un involuntario paso hacia delante, el miedo impulsándola hacia él. "¿Un incidente? ¿Estás bien?"

"Fue una falsa alarma," dijo él con otra de sus fáciles sonrisas.

Estaba parado frente a ella, relajado y sonriente, absolutamente a gusto... o eso quería que ella creyera. Pero ella sabía que no era así. Bajo su fingida calma, estaba

tenso y tirante, y listo para estallar por las costuras. Estaba molesto –o había estado molesto.

“Dime que sucedió,” dijo suavemente.

El sacudió la cabeza, no. “Vine para obtener mi baile.”

No entendió. Sus palabras no tenían sentido. “Tu... ¿qué?” Miró por la habitación. Esta era la primera vez que él había estado en su habitación en el hotel de Boston... ¿cómo podía haberse olvidado algo?

“Me pediste un baile,” dijo Joe.

De repente, Verónica entendió. Había venido aquí, a su habitación, para bailar con ella. Sintió su rostro ruborizarse de vergüenza. “No tienes que hacer esto,” dijo tensamente. “Supongo que me volví un poco tonta, y...”

“Cuando te dije que te mantuvieras alejada de mi...”

“Está bien que no quisieras...”

“No quería que bailaras conmigo, porque no tienes puesto un chaleco a prueba de balas bajo ese vestido,” dijo Joe.

Verónica bajó la mirada a su apenas cubierto pecho y sintió su rubor crecer con más fuerza. “Bien,” dijo, intentando sonar dinámica y formal. “Obviamente no.”

Joe rió, y ella levantó la mirada, sorprendida, a la calidez de sus ojos.

“Dios, Ron,” dijo, sosteniendo su mirada. “Ni siquiera tuve una oportunidad de decirte cuan... perfecta luces esta noche.” La calidez se convirtió en puro fuego. “Estás extraordinaria” susurró, moviéndose más cerca de ella, un paso a la vez.

Verónica cerró los ojos. No tenía la fuerza para retroceder. “No lo hagas, Joe,” dijo en voz baja.

“¿Crees que no quería bailar contigo en esa fiesta?” preguntó Joe. No le dio la oportunidad de responder. La tocó, ahuecando suavemente sus hombros, y los ojos de ella se abrieron. Él deslizó las manos hacia abajo hasta sus codos en la más dulce de las caricias. “Señora, esta noche habría vendido mi alma por un solo beso, mucho más una oportunidad para sostenerte en mis brazos.” Suavemente, la atrajo aún más cerca, sujetando sus manos para bailar. “Así.”

Lentamente, empezó a bailar con ella, moviéndose al ritmo de la suave balada escuchándose en la radio.

Verónica estaba atrapada. Estaba atrapada por sus poderosos brazos y por el calor en sus ojos. Su corazón latía con fuerza. Había querido que la tocara, que la sostuviera, que bailara con ella, pero no así. No porque la compadecía...

“Pero habría vendido mi alma. No la tuya.” La voz de Joe era un ronco murmullo en su oído mientras la acercaba aún más. “Nunca la tuya, nena. No iba a arriesgar tu vida por un baile.”

Verónica sintió que su galopante corazón se saltaba un latido. ¿Qué estaba diciendo? Se alejó un poco para mirarlo a los ojos, buscando respuestas.

“Estabas en peligro solo por estar parada a mi lado,” explicó Joe. “Debería haberte dicho que te perdieras en el momento en que entraste en esa habitación.”

¿Estaba diciendo que no había querido bailar con ella porque temía por su seguridad? Dios querido, si era así, entonces había malinterpretado sus cortantes palabras de advertencia por indiferencia, por un rechazo. Cuando en realidad...

“No se que estaba pensando,” dijo Joe, luego sacudió la cabeza.

En realidad, quizás la había querido tan desesperadamente como ella lo había querido a él. Verónica sintió un estallido de esperanza y felicidad tan intenso, que casi rió en voz alta.

“Diablos, no estaba pensando,” agregó Joe. “Estaba... no se como estaba.”

“¿Atónito?” facilitó Verónica. Podía sonreír nuevamente, y le sonrió casi

tímidamente.

La lenta sonrisa de Joe se volvió amplia. "Sep. Puedes apostar. 'Atónito' lo dice todo. Cuando entraste a esa fiesta, fui totalmente arrasado. Y estaba pensando con una parte de mi anatomía que no tiene nada que ver con mi cerebro."

Verónica tuvo que reír ante eso. "¿Oh, en verdad?"

"Sep," dijo Joe. Su sonrisa se hizo más suave, sus ojos más dulces. "Mi corazón."

Y entonces la besó.

Ella lo vio venir. Lo vio inclinarse hacia ella, lo sintió alzar su barbilla para encontrar su boca. Sabía que iba a besarla. Lo esperaba... lo quería. Pero aún así, la suavidad de sus labios la tomó por sorpresa, y la dulzura de su boca sobre la suya le robó el aliento.

Era mareante. La tierra pareció perder toda su gravedad cuando la atrajo aún más cerca suyo, cuando lenta, sensualmente, Joe exploró lánguidamente los labios de ella con los suyos, cuando ella abrió su boca a él, profundizando el beso.

Y aún bailaban, la fina lana que cubrbría los muslos de él rozando la seda de su vestido. La suavidad de su estómago presionada íntimamente contra la dureza de su inconfundible deseo. Sus senos estaban tensos contra su poderoso pecho.

Era el cielo. Rendirse a su pasión, abandonar cualquier intento de luchar contra ello era un alivio enorme. Quizás esto era un error, pero Verónica ya no iba a pensar en ello. Al menos no ahora mismo, no esta noche. Simplemente iba a besar a Joe Catalanotto, y bailar con él, y saborear cada último momento. Cada delicioso, maravilloso, magnífico segundo.

"¿Holas, Ronnie?" murmuró Joe, rompiendo el beso.

"¿Holas, Joe?" dijo ella, aún sin aliento.

Él rió. Y la besó nuevamente.

Esta vez fue más caliente, más duro, más fuerte. Aún era igual de dulce, pero estaba entrelazado con un calor volcánico. Verónica sabía sin lugar a dudas que esta noche iba a pasar el mejor momento de su vida.

Joe se alejó un poco, respirando con dificultad. "Guau," dijo, liberando una mano para retirarse el cabello hacia atrás, fuera de su rostro. Cerró los ojos brevemente, inspiró profundamente y luego lo expulsó con rapidez. "Ronnie, si quieres que me vaya, debo irme ahora, porque si..."

"No quiero que te vayas."

Él la miró a los ojos. Realmente la miró. Como si estuviera buscando las respuestas a los misterios del universo.

Verónica podía sentir su aguda inteligencia, su cruda, casi brutal fuerza, y su suave ternura todo mezclado junto en sus hermosos ojos de un castaño profundo.

"¿Estás segura?" preguntó, su voz un rasgado susurro.

Verónica sonrió. Y lo besó. El Señor sabía que había encontrado las respuestas a todas sus preguntas en los ojos de él.

"Uhh," dijo él, cuando ella metió la lengua ferozmente en su boca. Y entonces las manos de él estaban en su cabello, en su garganta, en sus pechos. La estaba tocando en todas partes, como si quisiera sentirla toda al mismo tiempo y no supiera donde empezar. Pero luego sus manos se deslizaron por su espalda hasta su trasero, apretando sus caderas con fuerza contra él, manteniéndola en el lugar mientras inclinaba la cabeza y la besaba aún con más fuerza.

Ella abrió las piernas, sacando ventaja del tajo al costado de su vestido, y frotó el interior de su muslo contra el suyo. Las manos de él atraparon su pierna, y la apretó aún más cerca.

La boca de Joe se deslizó hacia su cuello mientras su mano ahuecaba su pecho. La

asperosidad de sus encallecidos dedos raspó contra la seda cuando acarició el duro capullo de su pezón.

"Oh, hombre," respiró Joe entre besos, mientras deslizaba su mano bajo la tela de la parte superior de su vestido, y la tocaba, realmente la tocaba, sin nada entre sus dedos y su piel. "¿Durante cuantos días he estado muriendo por tocarte así?"

Los dedos de Verónica maniobraron torpemente con los botones de su chaqueta. "Probablemente el mismo número de días que yo he estado muriendo por tocarte de esta manera."

Él levantó la cabeza, mirándola a los ojos. "¿En verdad?" Su mirada era tan intensa, tan seria. "Quizás fue amor a primera vista, ¿eh?"

Verónica sintió su propia sonrisa desvanecerse y su pulso empezó a trabajar sobretiempo. "¿Amor?" susurró, difícilmente atreviéndose a esperar que este increíble hombre pudiera posiblemente amarla, también.

Joe desvió la mirada, hacia la mano aún cubriendo su pecho. "Amor... lujuria... Lo que sea." Se encogió de hombros y la besó otra vez.

Verónica intentó ocultar su decepción. Lo que sea. Bien, correcto. "Lo que sea" era mejor que no ser deseada. "Lo que sea" era lo que había estado esperando... lo que él le había dicho que esperara desde el principio.

Pero no quería pensar en eso ahora. No quería pensar en nada salvo la forma en que la estaba haciendo sentir mientras la besaba y acariciaba.

Joe se alejó entonces, y la miró a los ojos. Lentamente delizó el estrecho tirante del vestido de su hombro derecho. Cuando cayó, la seda cubriendo su pecho cayó, también.

Y aún él la miraba a los ojos.

Verónica sintió la frescura del aire cuando éste tocó su piel. Y luego sintió a Joe, cuando ligeramente pasó un dedo sobre la punta de su pecho. Sintió su cuerpo tensarse, sintió su pezón volverse más tirante, aún más completamente excitado.

Él sostuvo su mirada más tiempo del que ella hubiera creído posible antes de que sus ojos bajaran para acariciar la desnudez de su pecho.

"Dios," suspiró él, humedeciendo sus labios con la punta de la lengua. "Eres tan hermosa."

Estaban congelados en el lugar como si el tiempo de alguna forma se hubiera detenido. Pero el tiempo no se había detenido. Su corazón estaba aún latiendo, y con cada latido, cada oleada de sangre a través de sus venas, Verónica lo quería aún más.

Pero aún así él no la tocaba; al menos, no más que otro de esos roces ligeros como una pluma con uno de sus dedos. Y ella quería que la tocara. Quería, tan desesperadamente, que la tocara.

"Si no me tocas, voy a gritar," dijo entre dientes apretados.

La sonrisa de Joe se volvió sexy. "¿Es una amenaza o una promesa?" preguntó.

"Ambas," dijo ella, perdida en el calor de sus ojos. Estaba rogando ahora. "Tócame."

"¿Dónde?" preguntó él, su voz ronca. "¿Cómo?"

"Mi pecho, tu boca," dijo ella. "Ahora. Por favor."

Él no dudó. Llevó la boca a su pecho y pasó la lengua sobre el sensitivo pezón. Verónica gritó, y él la atrajo dentro de su boca, tirando con fuerza.

Ella lo buscó, sacando la chaqueta de sus hombros. Los botones de su camisa eran tan diminutos, tan difíciles de desabrochar. Pero quería la camisa fuera. Quería pasar sus manos sobre todos esos increíbles músculos en su pecho y hombros y brazos. Quería sentir la sedosa suavidad de su piel bajo sus dedos.

Podía escuchar su voz gimiendo de placer mientras Joe la chupaba una y otra vez.

Pero luego él levantó la cabeza y, deteniéndose solo para besarla profundamente en la boca, la miró a los ojos nuevamente. “¿Qué más quieres?” demandó. “Dime lo que quieres.”

“Quiero esta maldita camisa fuera de ti,” dijo, aún tironeando los botones.

Él la agarró con ambas manos y tiró. Los botones volaron por todos lados, pero la camisa estaba abierta. Se la sacó de los brazos de un tirón.

Verónica tocó sus suaves, bronceados músculos con las palmas de sus manos, cerrando los ojos ante la sensación, pasando sus dedos por el rizado bello oscuro en su pecho. Oh, sí. Era tan hermoso, tan sólido.

“Dime lo que quieres,” dijo Joe otra vez. “Vamos, Ronnie, dime donde quieres que te toque.”

Ella abrió los ojos. “Quiero que toques cada centímetro de mi cuerpo con cada centímetro del tuyo. Te quiero a ti y a mí en esa cama en la otra habitación. Quiero sentirte entre mis piernas, Joe...”

Joe la alzó en brazos. Simplemente la levantó sin esfuerzo en sus brazos y la cargó hasta el dormitorio.

Verónica tenía las manos sobre el botón de sus pantalones antes de que él arrancara el cobertor y la colocara sobre las limpias sábanas blancas.

Mientras ella desabrochaba su faja, él encontró el cierre en la espalda de su vestido. Mientras él bajaba el vestido por sus caderas, ella desabrochó sus pantalones y los empujó sobre su increíble trasero.

Su vestido aterrizó con un siseo de seda sobre la alfombra y Joe se echó hacia atrás, casi quemándola con los ojos cuando la abarcó con la mirada, yaciendo apoyada sobre sus codos sobre la cama, vistiendo solo sus bragas negras de encaje y un par de medias hasta los muslos. Señor, cuando la miraba de esa forma, con ese fuego en los ojos, se sentía como la mujer más sexy del mundo.

Se sentó, sacando el último de los pasadores de su cabello.

Lentamente, él se sacó los zapatos y salió de sus pantalones, aún mirándola.

Verónica estaba mirándolo, también. Enrolló primero una y después la otra media por su pierna mientras se permitía mirar a Joe. Él vestía solo un par de calzoncillos blancos. Lo había visto en pantalones cortos para correr antes, pantalones cortos que eran casi igual de breves, que exponían casi tanto de su magnífico cuerpo. Pero esta vez realmente se permitió mirarlo.

Sus hombros eran anchos y sólidos como roca. Sus brazos eran poderosos y tan grandes. No podía siquiera empezar a abarcar sus bíceps con ambas manos, aunque quería intentarlo desesperadamente. Su pecho era amplio y cubierto con grueso bello oscuro. Sus músculos estaban claramente definidos, y se tensaban sensualmente solo con que respirara. Su estómago era una tabla de lavar de valles y colinas, sus caderas estrechas, sus piernas tan fuertes como el acero.

Si, cuando lo había visto correr, aunque había intentado no mirar, se las había arreglado para memorizar su cuerpo con asombroso, preciso detalle, hasta las cicatrices en su hombro y pierna izquierda, y el tatuaje de un ancla en su brazo.

Pero esta noche había algunas diferencias. Dejó que sus ojos se demoraran sobre el enorme bulto tensando el frente de sus calzoncillos.

Verónica levantó la vista para encontrar a Joe observándola, una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

“Parte de mi quiere permanecer aquí y simplemente mirarte toda la noche,” dijo él.

Ella bajó la mirada a su excitación, luego le sonrió a los ojos. “Otra parte de ti no estará muy feliz si haces eso.”

“Malditamente correcto,” dijo él con una risa.

“¿En verdad tengo que rogarte para que vengas aquí?” preguntó Verónica.

“No.”

Y entonces estuvo a su lado sobre la cama y ella estaba en sus brazos, y Señor, la estaba besando, tocándola, pasando las manos sobre su cuerpo, llenando su boca con su lengua, enredando sus piernas entre las de él.

Era el éxtasis. Verónica nunca había sentido nada remotamente parecido antes. Era la más dulce, más pura, más poderosa pasión que alguna vez había conocido.

Esto era amor, pensó. Este increíble torbellino de emociones y sensaciones realizadas era amor. La transportaba más alto, a un plano intelectual y emocional que nunca antes había imaginado, y al mismo tiempo, la dejaba desnuda de cada gramo de urbanidad que tenía, dejándola regida por feroz pasión, esclavizada por las ardientes necesidades de su cuerpo.

Ella lo tocó, estirándose entre sus cuerpos para presionar la palma de la mano contra su dureza, y cuando él gritó, se oyó a sí misma responder –la primitiva llamada y respuesta entre un animal salvaje y su igualmente salvaje pareja.

Las manos de él estaban en todos lados y su boca estaba en todos los demás. Los dedos de él se zambulleron dentro del encaje de sus bragas, y gimió cuando sintió su húmedo calor.

“Si,” dijo Verónica. Era la única palabra que parecía ser capaz de formar con sus labios. “Si.”

Tiró de sus calzoncillos, dejándolo libre de sus confines, gimiendo de placer ante la sensación de él en sus manos. Era sedosamente suave y tan duro, y oh...

Él se sentó, alejándose de ella para deslizar sus bragas hacia abajo y quitarlas. Ella se sentó, también, siguiéndolo, arrodillándose a su lado sobre la cama, estirándose hacia él, poco dispuesta a dejarlo ir.

Joe gimió. “Ronnie, nena, tengo que ponerme un preservativo.”

Se giró para buscar sus pantalones, ahora arrugados en el suelo, pero Verónica fue más rápida. Abrió el cajón de la mesita de luz y sacó un pequeño envoltorio –uno de los preservativos que había comprado solo horas atrás cuando había comprado el vestido. Los había puesto en el cajón con la esperanza de usarlos precisamente de esta forma con precisamente este hombre.

“Guau,” dijo Joe cuando ella lo apretó en su mano. Estaba sorprendido de que estuviera preparada. “Supongo que es estúpido no estar preparado para todo estos días, ¿eh?”

Estaba solo sosteniendo el paquetito, mirándola.

Buen Dios, ¿realmente pensaba que tenía estas cosas a mano todo el tiempo? ¿Se estaba imaginando un constante caudal de visitantes en su habitación? Verónica lo tomó y lo abrió. “Los compré para ti. Para ti y para mí,” dijo, de alguna forma encontrando su voz en su necesidad de explicar. “Tenía esperanzas de que haríamos el amor esta noche.”

Vió el entendimiento en sus ojos. Ella los había comprado porque quería hacer el amor... con él.

Verónica lo tocó, cubriéndolo con sus dedos, mirando desde esa tan íntima parte de él, al pequeño anillo de latex en su mano. “No estoy exactamente segura como se supone que funciona esto,” dijo. “No luce realmente como si fuera a caber, ¿verdad?”

Miró al calor de sus ojos cuando él tomó el preservativo de su mano. “Cabrá,” dijo.

“¿Estás seguro?” preguntó ella, su sonrisa volviéndose diabólica. “Quizás debería haber comprado el tamaño Navy SEAL extra-grande.”

Joe rió mientras rápida y bastante expertamente se enfundaba a sí mismo. “La adulación te conseguirá todo.”

Verónica le rodeó el cuello con los brazos, frotando las duras puntas de sus senos contra su sólido pecho y su suave estómago contra su excitación. “No quiero todo,” respiró en su oído. “Creo que ya te dije precisamente lo que quiero.”

Él la besó... un largo, dulce, lento, profundo beso que hizo que sus huesos se fundieran y sus músculos se sintieran como gelatina. Aún besándola, la atrajo sobre su regazo, por lo que ella quedó montando sus muslos a horcajadas. Luego, tomando sus caderas en sus manos, lenta, tan lentamente, la alzó sobre él.

Verónica se alejó del beso de Joe, sus ojos abiertos. Él empezó a bajarla, encima de él, y mientras su misma punta la separaba muy íntimamente, él abrió sus ojos, encontrando su mirada.

Con lentitud, con imposible lentitud, una fracción de centímetro por vez, la bajó sobre él, todo el tiempo mirándola con fijeza a los ojos.

Los músculos de sus poderosos brazos estaban tensos, pero el sudor sobre su labio superior no era debido al esfuerzo físico. La volvió a levantar lentamente, fuera de él, y luego la atrajo hacia abajo otra vez, de tal forma que estaba apenas dentro de ella, estableciendo un ritmo deliberada y pausadamente insistente.

Verónica gimió. Quería más. Lo quería todo de él. Intentó cambiar su peso, bajar más completamente sobre él, pero sus fuertes brazos la mantuvieron con firmeza en su lugar. Su gemido cambió a un grito de placer cuando la boca de él se adhirió a su pecho, pero aún así no liberó sus caderas.

“Por favor,” gritó ella, las palabras rasgadas de su garganta. “¡Joe, por favor! ¡Quiero más!”

Él cubrió su boca con la suya, besándola ferozmente mientras arqueaba su cuerpo hacia arriba y empujaba las caderas de ella hacia abajo y la llenaba completa, absoluta, increíblemente.

El sonido que se escuchó a sí mismo emitir fue completamente inhumano cuando se hundió en ella, llenándola una y otra, y otra vez. El ritmo era frenético, febril, y Verónica arrojó su cabeza hacia atrás, delirante por las dulces sensaciones explotando en su interior cuando encontró su liberación. Flechas de placer se dispararon por su cuerpo... directo a su corazón.

Los dedos de Joe se clavaron en su cabello cuando gritó su nombre y ella se aferró a su cuello y hombros. Cabalgó su explosiva liberación, dejando que la pasión de él la llevara más alto, aún más alto, amando la forma en que la sostenía como si nunca fuera a dejarla ir.

Y luego había terminado. Joe se hundió en la cama, llevándola con él.

Verónica podía sentir su corazón latiendo, escucharlo respirar, sentir sus brazos aún fuertemente apretados a su alrededor. Esperó, esperando que él fuera el primero en hablar.

Pero él no habló. El silencio se estiró y se estiró, y se estiró, y a través de él, Verónica murió mil veces. Él se estaba arrepintiendo de su acto de amor. Estaba intentando imaginar una forma de salir de su habitación con la mínima cantidad de vergüenza. Se estaba preocupando por el resto de la visita, preguntándose si ella iba a perseguirlo como una tonta enferma de amor y...

Él suspiró. Y se estiró. Y acarició con la nariz el costado de su rostro. Verónica se giró hacia él y él encontró sus labios en un lento, prolongado beso.

“¿Cuándo podemos hacer esto otra vez?” preguntó él, su voz ronca en el silencio. Apartó su cabello para poder ver su rostro.

Sus ojos estaban medio cerrados, pero ella pudo ver rastros de la siempre presente llama aún ardiendo.

No se arrepentía de lo que acababan de hacer. ¿Cómo podía, si ya quería saber

cuando podían hacer el amor otra vez? Sonrió, sintiéndose repentinamente ridícula, tontamente feliz. Su sonrisa de respuesta era adormilada, y muy, muy satisfecha.

“¿Vas a responder mi pregunta?” dijo él. Sus ojos un poco más abiertos durante un segundo. “¿O esa sonrisa es mi respuesta?”

Verónica pasó sus lentamente dedos hacia abajo por su brazo, observando mientras seguían los contornos de sus músculos. “¿Estás apurado para irte?” preguntó.

Sus brazos se apretaron a su alrededor. “Nop.”

“Bien.”

“Sep.”

Verónica levantó la vista y lo vio observándola. Él sonrió otra vez, riendo suavemente cuando encontró su mirada.

“¿Qué?” preguntó ella.

“¿Realmente quieres saberlo?”

Ella asintió, haciéndole una mueca. “Por supuesto. Me miras y te ríes. Debo decir que me gustaría saber que estás pensando.”

“Bien, estaba pensando, quién habría adivinado que la decorosa Srta. Verónica St. John era una verdadera gritona en la cama.”

Verónica rió, sintiendo sus mejillas calentarse. “No lo soy,” protestó. “Es decir, yo no... Es decir, nunca antes... hice todo ese... ruido, es decir.”

“Lo adoro,” dijo Joe. “Y lo adoro aún más, sabiendo que soy el único que te hace hacerlo.” Sus palabras eran bromistas, pero sus ojos estaban serios. “Me provoca una excitación increíble, nena.” Su voz se hizo más baja, más suave, más intensa. “Eres una increíble excitación.”

“Me estás avergonzando,” admitió ella, apretando sus cálidas mejillas contra su hombro.

“Perfecto,” replicó él, con su maravillosa, ronca risa. “También adoro cuando te ruborizas.”

Verónica cerró los ojos. Adoraba lo que ella hacía, adoraba cuando se ruborizaba. Qué habría dado para escucharlo decir que la adoraba.

“¿Sabes que me mataría absolutamente?” preguntó Joe, su voz aún baja y muy, muy sexy.

Oh, Dios querido, podía sentirlo creciendo en su interior. Sintió su cuerpo responder, su pulso empezár a acelerarse.

“Si bailaras para mí,” dijo Joe, contestando su propia pregunta.

Verónica cerró los ojos, imaginando el calor nuclear que se generaría en la habitación si bailara para Joe –y solo para Joe. Podía imaginarse descartando varias prendas de vestir hasta que se movía al ritmo de la música solo con las más diminutas bragas negras y el fuego de sus ojos.

Verónica se ruborizó nuevamente. ¿Podría realmente bailar para él de esa forma? ¿Sin reirse o sentirse tonta?

Joe la abrazó con más fuerza. “Sin presiones,” dijo suavemente. “Solo quiero que bailes para mí si quieres hacerlo. Es solo una fantasía, eso es todo. Pensé en compartirla contigo. No es gran cosa. Dos de tres no está mal.”

Verónica levantó la cabeza. “¿Dos de tres...?”

“Fantasías que se han convertido en realidad,” dijo Joe. Sonrió. “La primera era hacerte el amor. La segunda era hacerte el amor dos veces en la misma noche.”

“Pero...”

Joe la besó dulcemente. Luego hizo realidad su segunda fantasía.

Capítulo 17

Chicago, Dallas y Houston fueron como imágenes borrosas. Durante el día y a veces en la tarde, Verónica se sentaba en la camioneta de vigilancia, alimentando información a Joe vía su auricular, rogando que el hombre que amaba no estuviera a punto de ser asesinado frente a sus propios ojos.

Joe miraba a la oculta, miniaturizada cámara de video y sonreía –una dulce, caliente, secreta sonrisa dirigida solo a ella.

A la noche, Joe venía a su habitación. Cómo escapaba de los vigilantes ojos de los agentes FInCOM, Verónica nunca lo supo. Cómo entraba a su habitación era también un misterio. Ella nunca lo escuchaba. Simplemente levantaba la mirada, y él estaba allí, sonriéndole, con calor en sus ojos.

En Dallas, llegó trayendo pollo asado, mazorca de maíz, y un paquete de seis cervezas. Tenía puestos jeans, una remera y una vieja gorra de béisbol hacia atrás en su cabeza. No le dijo dónde había conseguido la comida y la cerveza, pero ella tenía la sensación de que había bajado trepando por el exterior del edificio a la calle y caminado unas cuadras hasta un restaurante.

Tuvieron un picnic en el suelo de su sala de estar, e hicieron el amor antes de terminar de comer, allí mismo sobre la alfombra frente al sofá.

Siempre se quedaba hasta el amanecer, sosteniéndola cerca. A veces hablaban toda la noche, a veces dormían, siempre despertaban para hacer el amor otra vez. Pero cuando el sol empezaba a elevarse, él se desvanecía.

Luego en Albuquerque, hubo otro “incidente”, como Joe los llamaba. Verónica estaba sentada en la camioneta, el corazón en la garganta después de que uno de los agentes FInCOM pensara haber visto a un hombre con un arma oculta en la multitud fuera de la estación de TV donde “Tedric” había sido entrevistado.

Los SEALs y los agentes FInCOM habían saltado a la acción, listos para proteger a Joe. Habían metido de prisa a Joe en la limusina y fuera del peligro, pero Verónica estaba conmocionada.

Se sentó en su habitación de hotel, luchando contra las lágrimas, rogando que Joe llegara pronto, rogando que su irregular sonrisa la hiciera olvidar el peligro en el que estaba, día tras día, mientras sustituía al príncipe verdadero. Pero tenía que recordar que él no era extraño a las situaciones peligrosas. Su vida entera estaba llena de peligro y riesgo. Incluso si sobrevivía a estos asesinos en particular, solo sería cuestión de tiempo antes de que estuviera enfrentando algún nuevo peligro, algún otro riesgo quizás incluso más letal.

¿Cómo podía permitirse amar a un hombre que moriría –violentamente– en cualquier momento?

“Holas, Ronnie.”

Verónica se volvió.

Joe. Allí estaba, aún vestido en su brillante chaqueta blanca y pantalones azul oscuro, su cabello alejado de su rostro. Parecía cansado, pero le sonreía, y ella estalló en lágrimas.

Él atravesó la habitación rápidamente, no lo había visto moverse. Atrayéndola a sus brazos, la sostuvo con fuerza.

“Hey,” dijo. “Hey.”

Avergonzada, intentó alejarse, pero él no la soltaba...

“Lo siento,” dijo. “Joe, lo siento. Yo solo...”

Joe levantó su barbilla y la besó suavemente en la boca.

“Estoy bien,” le dijo, sabiendo, de la forma en que siempre lo hacía, exactamente

que ella estaba pensando. "Estoy bien. Todo está bien."

"Por ahora," dijo ella, levantando la vista a esas misteriosas profundidades medianoche de sus ojos, enjugando las lágrimas de su rostro con el dorso de su mano.

"Sep," dijo él, atrapando una lágrima que colgaba de sus pestañas con un dedo. "Por ahora."

"¿Y mañana?" preguntó ella. "¿Qué hay de mañana?" Sabía que no debería decir las palabras, pero estaban justo en la punta de su lengua y no pudo contenerlas.

Él pasó la mano suavemente por su cabello una y otra vez mientras la miraba a los ojos. "¿Realmente estás tan preocupada por mí?" preguntó, como si no pudiera terminar de creer en su preocupación.

"Tuve miedo hoy," admitió Verónica. Sintió sus ojos inundarse de lágrimas otra vez y trató de parpadear para contenerlas.

"No tengas miedo," le dijo Joe. "Blue y los otros chicos no van a dejar que nada me pase."

Lindas palabras y lindo pensamiento, pero Blue, Cowboy y Harvard no eran superhumanos. Eran humanos, y no había ninguna garantía de que uno de ellos no cometiera un muy humano error.

Mañana a esta hora, Joe podría muy bien estar muerto.

Mañana, o la próxima semana o el próximo año.

Estirando la mano, Verónica tiró de su cabeza hacia abajo y lo besó. Lo besó con fuerza, casi salvajemente, y él respondió al instante, atrayéndola contra su cuerpo, bajando sus manos para apretar sus caderas más cerca de él.

Ella encontró la hebilla de su cinturón y empezó a desabrocharlo, y él la alzó y la cargó al dormitorio.

Verónica lo atrajo fuertemente hacia ella y cerró los ojos, intentando acallar sus miedos. Con el toque de sus manos, con su boca y su cuerpo contra el de ella, el mañana no existía. Solo existía el aquí y ahora. Solo éxtasis.

Pero cuando la mañana amaneció, y Joe salió sigilosamente de la cama intentando no despertarla, Verónica aún no había dormido. Lo observó vestirse, luego cerró sus ojos cuando él la besó con suavidad en los labios.

Y luego había desaparecido.

No estaba más allá del dominio de posibilidades que pudiera haber desaparecido para siempre.

Phoenix, Arizona.

El sol de abril estaba brillando con calor, reflejándose en las calles, calentando el aire y haciendo difícil respirar.

Dentro de la protección de la limusina estacionada en la calle frente al completamente nuevo edificio del Teatro y Centro de Artes Arizona, Joe estaba fresco y cómodo.

Pero estaba agradecido por los lentes de sol que tenía puestos. Incluso con ellos puestos, incluso con los polarizados vidrios de la limo, Joe entornó los ojos ante la luminosidad cuando se sentó para echar una mejor ojeada al lugar de esta mañana.

Un ancho conjunto de escalones de poca profundidad llevaban a un patio central. Era llano y amplio y rodeado por una serie de bancos de mármol colocados estratégicamente a la sombra de florecientes árboles. El vestíbulo del teatro estaba directamente detrás del patio, y las oficinas del Centro de Artes lo rodeaban por los otros dos lados.

Había un escenario en el patio, colocado a la sombra del teatro. Ahí era donde Joe – como Tedric– iría para la ceremonia de inauguración del teatro.

La gente ya estaba pululando, intentando mantenerse fresca a la sombra, abanicándose con copias del programa de eventos del centro de arte.

Joe podía escuchar a Verónica por su auricular cuando se sentaba en la camioneta de vigilancia.

“Por favor prueben sus micrófonos, Escuadrón Alfa.”

Blue, Cowboy y Harvard se registraron.

“¿Teniente Catalanotto?” dijo ella, su voz dinámica y formal.

“Holas, Ronnie, ¿y como estás tú esta mañana?” dijo Joe, incluso aunque había pasado la noche con ella, incluso aunque había dejado su habitación meras horas antes y sabía exactamente cuán bien estaba.

“Una simple respuesta sería suficiente,” murmuró ella. “¿Cámaras?”

Joe sonrió ante la cámara de video en miniatura que el agente FInCOM sentado frente a él llevaba. Dios prohibiera que alguien descubriera algo sobre las increíblemente fogosas noches que pasaban juntos –la consultora de medios de clase alta y el marinero que provenía de una pésima parte de Nueva Jersey. Verónica siempre actuaba tan fría en público, a menudo dirigiéndose a él como “Teniente Catalanotto,” o “Su Majestad.”

En realidad, nunca habían hablado de si ella quería o no que su relación se hiciera pública. Joe simplemente había asumido que no quería, y había tomado las precauciones para protegerla.

Por supuesto, Blue, Cowboy y Harvard sabían adónde iba Joe cada noche. Tenían que saberlo. Sin su ayuda, habría sido demasiado malditamente difícil salir de la mirada de los agentes FInCOM. Pero más allá de las bromas que soportaba cuando los cuatro SEALs estaban juntos, Joe sabía que sus tres amigos nunca le dirían a un alma. Eran SEALs. Sabían mantener un secreto.

Hasta donde Joe sabía, Verónica St. John era el secreto mejor guardado que alguna vez hubiera conocido.

Había estado alterada la noche anterior. El incidente en Albuquerque realmente la había sacudido. En verdad había llorado porque había tenido tanto miedo por él. Por él. Y la forma en que habían hecho el amor... como si el mundo estuviera acabándose. Oh, hombre. Eso había sido tan poderoso.

Joe había pensado al principio que quizás, solo quizás, lo imposible había sucedido y Verónica se había enamorado de él. ¿Por qué sino habría estado tan alterada? Pero incluso aunque había intentado sacar el tema de sus preocupaciones por su seguridad más tarde en la noche, ella no había querido hablar.

Todo lo que quería era que la sostuviera. Y luego hacer el amor otra vez.

Joe sonrió ante la ironía. Se enamora por primera vez en su vida, y por primera vez en su vida, él es el que quiere hablar. Sep, era verdad. Se había ido a la cama con una espectacular, increíblemente sexy mujer, y lo que quería desesperadamente era hablar después de haber hecho el amor. Pero todo lo que ella quería era más sexo estupendo.

Por supuesto, se recordó Joe a sí mismo, seguro que había sufrido, haciendo a Verónica feliz la noche anterior. Oh, si. La vida debería ser siempre así de dura.

Joe cerró los ojos brevemente, recordando la suavidad de su piel, la suavidad de sus pechos, la dulzura de rodearse a sí mismo con su calor, el caliente placer en sus hermosos ojos más azules que el océano, la curva de sus labios cuando le sonreía, el sonido de su desigual grito cuando la llevaba consigo, por encima del límite...

Joe abrió los ojos, respirando profundamente y dejando salir el aire con rapidez. Oh,

si. Iba a salir al público en unos treinta segundos. De alguna forma dudaba seriamente que el viejo Ted apreciara que Joe pretendiera ser el príncipe con una furiosa y bastante obvia erección real para que todo el mundo la viera. Y tenía un trabajo que hacer, por si fuera poco. Era tiempo de irse.

Joe salió de la limo y sintió la repentina ráfaga de calor. Era como abrir la puerta de un horno. Bienvenido a Phoenix, Arizona.

Mientras los agentes FInCOM lo guiaban de prisa a través del patio, Joe intentó volver al asunto entre manos. Soñar despierto sobre su amante era bueno y estaba bien y...

Amante.

Verónica St. John era su amante.

Durante los últimos cuatro asombrosos días e increíbles noches, Verónica St. John había sido su amante.

La palabra evocó su misteriosa sonrisa, la diabólica luz en sus ojos que prometía placeres como los que nunca antes había conocido, la suavidad de sus suspiros, el tacto de sus dedos en su cabello, sus piernas entrelazadas, cuerpos resbaladizos de jabón mientras se besaban en la enorme bañera del hotel.

Pero...

¿Pensaba ella en él como su amante? ¿Alguna vez consideraba siquiera la palabra amor cuando pensaba en él?

Dios, lo que daría para escucharla decir que lo amaba.

Maldición, estaba distraído hoy. Se obligó a mirar nuevamente los edificios. Presta atención, se ordenó. Condenadamente bien te haría comprender que estás enamorado de esta mujer y luego hacerte matar.

Joe miró a su alrededor. Los techos de los edificios de oficinas eran más bajos que el techo del teatro. Estaban a la altura y distancia perfectas desde el escenario – perfectas, es decir, para que un francotirador disparara desde allí. Por supuesto, las ventanas de las oficinas –si podían ser abiertas– no serían una mala elección para un tirador, tampoco.

Joe pasó a estar instantáneamente alerta, instantáneamente centrado en el trabajo.

Maldición, la ceremonia de inauguración del Teatro y Centro de Artes Arizona era el escenario ideal para un intento de asesinato. La multitud. Las cámaras de TV. Los tres edificios, formando una U cuadrada, con el patio entre ellos. El brillo del sol. El calor haciendo sentir a todos cansados y desganados.

“Es esta,” murmuró Joe.

“Puedes apostar, Cat,” la voz de Blue llegó por su auricular. “Si fuera un tango, elegiría este.”

“¿Qué?” preguntó Verónica desde su asiento en la camioneta de vigilancia. “¿Que fue lo que dijeron?”

Los agentes FInCOM estaban apresurando a Joe a la relativa seguridad del vestíbulo del teatro. Una vez dentro, no pudo responderle a Verónica, porque el gobernador de Arizona estaba estrechando su mano.

“Es un verdadero honor, Su Majestad,” dijo el gobernador con la gran, amplia sonrisa de dientes blancos que era su marca registrada. “No puedo decirle cuánto significa para la gente de Arizona tenerlo aquí, en la inauguración de este muy importante teatro y centro de artes.”

“Dios querido,” Joe escuchó decir a Verónica por su auricular. Luego hubo un silencio. Cuando habló nuevamente, su voz era aparentemente calma. Joe sabía malditamente bien que su calma era solo un acto. “Joe, crees que los terroristas van a estar aquí, ¿verdad? Hoy. Ahora mismo.”

Joe no podía contestar. Ronnie tenía que saber que no podía contestar. Podía verlo en su pantalla de video. Estaba de pie en una multitud de oficiales de gobierno. Podía escuchar al gobernador aún hablando.

Joe sonrió a algo que el teniente gobernador dijo, pero su mente estaba enfocada en las voces de sus hombres del Escuadrón Alfa –y la mujer– su amante– sentada dentro de la camioneta de vigilancia.

“Maldita sea, Joe,” dijo Verónica, su voz rota y su calma fracturada. “Mueve tu cabeza. Si o no. ¿Va a haber un intento de asesinato esta tarde?”

Dentro de la camioneta de vigilancia, Verónica contuvo la respiración, sus ojos fijos en el monitor frente a ella. Joe miró directamente a la cámara, sus oscuros ojos intensos –y llenos de excitación. Asintió una vez. Si.

Dios querido. Verónica respiró profundamente, intentando estabilizarse. Mientras observaba, el gobernador de Arizona dijo algo, y el grupo entero de hombres y mujeres rodeando a Joe rió... Joe incluído.

Dios querido. Realmente había visto excitación en los ojos de Joe. Estaba excitado porque finalmente algo iba a suceder. Estaba preparado. Y deseoso. Deseoso de arriesgar su vida...

Su boca se secó. Intentó humedecer sus labios con la lengua, pero esto no ayudó.

Dios querido, no lo dejes morir. “Joe,” dijo ella, pero luego no pudo hablar.

Él tocó su oreja, la señal de que la había escuchado.

Ella podía oír el inconfundible acento de Blue, y las voces de Cowboy y Harvard mientras los tres hombres intentaban anticiparse al asesino.

Cowboy estaba en el techo del teatro con potentes binoculares y un poderoso rifle de largo alcance de su propiedad. Tenía un barrido visual de los dos techos más bajos, reportándose continuamente. Nadie estaba allí arriba. Nadie estaba aún allí arriba.

“Las ventanas en las oficinas no se abren,” dijo Kevin Laughton, desde su asiento al lado de Verónica. “Repito, las ventanas no se abren.”

“Las estoy observando de todas formas,” dijo Cowboy.

“Está perdiendo el tiempo,” dijo Laughton. “Y mano de obra. Podríamos hacer uso de usted aquí abajo en la multitud.”

“Al diablo que estoy perdiendo el tiempo,” murmuró Cowboy. “Y si piensa que este tirador va a estar parado en la multitud, es más tonto que el Fink promedio.”

En la pantalla, Joe estaba aún hablando con el gobernador y sus ayudantes. “El teatro y estos edificios de arte son hermosos,” dijo. “Todas estas ventanas... es bastante impresionante, en verdad. ¿Se abren?”

“¿Las ventanas?” preguntó el gobernador. “Oh, no. No, estos edificios son todos climatizados, por supuesto.”

“Ah,” dijo Joe con el gracioso acento de Tedric. “Así que si alguien dentro necesita desesperadamente aire fresco, tendría que tener un cortador de cristal, ¿sí?”

El gobernador pareció ligeramente sorprendido, pero luego rió. “Bueno, sí,” dijo. “Supongo.”

“Comprendido, Sr. Cat,” dijo Cowboy. “Mis pensamientos exactamente. Mándeme a una corte marcial si tiene que hacerlo, FInCOM, pero voy a observar esas ventanas.”

“Bien,” Verónica escuchó decir a Blue. “Están saliendo al escenario. Estemos preparados. Tú también, Cat.”

“¿Vamos al escenario?” le preguntó el gobernador a Joe.

Joe asintió. “Estoy listo,” dijo con una sonrisa.

Estaba tan calmado. Estaba caminando hacia allí afuera para ser un blanco, y estaba sonriendo. Verónica apenas podía respirar.

Dos de los agentes FInCOM abrieron las puertas que llevaban al patio. Fuera, una

banda empezó a tocar.

"Joe," dijo Verónica otra vez. Dios querido, si no se lo decía ahora, podía nunca tener otra oportunidad.

Él tocó su oreja otra vez. La escuchaba.

"Joe, tengo que decirte... te amo."

Joe salió a la luz del sol, y el calor y luminosidad explotaron a su alrededor. Pero no era para nada por el sol. De hecho, la mayoría estaba viniendo de su interior, del centro de su pecho, de su mismo corazón.

Lo amaba. Ronnie lo amaba.

Rió. Ronnie lo amaba. Y acababa de anunciárselo a todos los que estaban trabajando en esta operación.

"Diablos, Ronnie, no vayas diciéndole eso ahora," la regañante voz de Blue sonó en el auricular de Joe. "Cat tiene que concentrarse. Vamos, Joe, mantén tus ojos abiertos."

"Lo siento," dijo Verónica. Sonaba tan pequeña, tan perdida.

Joe tocó su oreja, intentando decirle que la había escuchado, deseando que hubiera alguna forma de poder decirle que él la amaba, también. Se tocó el pecho, el corazón, con una mano, esperando que ella lo viera y entendiera su mensaje silencioso.

Y entonces trepó las escaleras hacia el escenario.

"Vamos, Cat," dijo la voz de Blue. "Deja de sonreír como un condenado tonto y ponte a trabajar."

Trabajo.

Su entrenamiento vino al rescate, y Joe estuvo instantáneamente concentrado. Maldición, con esta cálida sensación en su corazón, estaba mejor que concentrado. Verónica lo amaba, y él era casi un maldito superhumano.

Comprobó el escenario para asegurarse que las zonas cubiertas estaban donde los FInCOM habían dicho que estarían.

El podio estaba reforzado, y actuaría como escudo –siempre que, por supuesto, el tirador no tuviera balas que atravesaran blindaje. Abajo detrás del escenario estaba también protegido. Había una endeble reja de metal para evitar que la gente cayera de la plataforma, pero podría saltarse fácilmente, el escenario estaba a solo unos dos metros y medio del piso.

Joe exploró la multitud. Cerca de unas seiscientas personas. Cinco diferentes cámaras de TV, algunas de ellas transmitiendo en vivo para las noticias de las doce. Sabía con una extraña certeza que los asesinos no dispararían hasta que él se parara ante el podio.

"El techo aún está despejado," anunció Cowboy. "Ningún movimiento en las ventanas. Dispara, FInCOM, quizás sea mejor que sigas observando a la multitud. No tengo nada aún."

Joe se sentó en una silla plegable mientras el gobernador se acercaba al podio.

"Vamos a hacer esta ceremonia de inauguración tan rápida como sea posible," dijo el gobernador, "así podemos ir dentro de ese vestíbulo con aire acondicionado y tomar algo de limonada."

La multitud aplaudió.

Verónica tenía el corazón en la garganta. Joe estaba allí sentado, simplemente allí sentado, como si no existiera ninguna amenaza contra su vida.

"Sin más," continuó el gobernador, "me gustaría presentarles a nuestro invitado especial, el Príncipe Coronado de Ustanzia."

El sonido del aplauso de la multitud tapó los continuos comentarios de los SEALs y agentes FInCOM. En la pantalla de video de Verónica, Joe se puso de pie, alzando

ambas manos para silenciar a la multitud.

"Gracias," dijo ante el micrófono. "Muchas gracias. Es un honor estar aquí hoy."

"Aún tengo cero en los techos," dijo Cowboy. "Ningún movimiento cerca de las ventanas, tampoco. Estoy empezando a pensar que estos tangos no conocen una buena ubicación cuando la ven..."

Un disparo resonó.

Una de las grandes ventanas de vidrio en la parte delantera del teatro estalló en un millón de pedazos.

La multitud gritó y se dispersó.

"¡Joe!" Verónica aferró la mesa frente a ella, inclinándose más cerca de la pantalla, rezando con más fuerza de la que había rezado nunca en su vida.

Se había ido, no podía verlo. ¿Se había agachado detrás del podio, o caído, alcanzado por una bala?

Por sus auriculares, podía escuchar a los tres SEALs reportándose, todos hablando a la vez. Los techos estaban aún despejados, ningún tirador visible en las ventanas.

A su lado, Kevin Laughton había salido disparado de su asiento. "¿Qué quieres decir con que no sabes de donde salió eso?" estaba gritando sobre el caos. "Una bala fue disparada... ¡Tuvo que salir de algún lado!"

"¿Necesitamos una ambulancia?" preguntó otra voz. "Repito, ¿se necesita asistencia médica?"

Otro disparo, otra ventana rota.

"Maldición," dijo Laughton. "¿De donde diablos está disparando?"

Joe escuchó el segundo disparo, sintió el impacto de la bala golpear el escenario, y lo supo. El asesino estaba detrás de él. Dentro del teatro. Y con todos los escudos mirando hacia fuera, lejos del teatro, Joe era un maldita presa fácil. Era increíble que aún estuviera con vida. Ese segundo disparo debería haberlo matado.

Debería, pero no lo había hecho. El hijo de puta había fallado.

Joe se lanzó de cabeza del escenario, arma desenfundada, gritando instrucciones a sus hombres y a los agentes FInCOM que lo estaban rodeando. Cowboy estaba en el techo del teatro, por amor de Dios. Podían cercar al tirador, atrapar al bastardo.

Dentro de la camioneta de vigilancia, los monitores se quedaron en blanco. La electricidad se había ido. Señor, ¿qué estaba pasando allí afuera? Verónica había escuchado la voz de Joe. Estaba con vida, gracias a Dios. No había sido asesinado. Aún.

El tirador estaba dentro del teatro. Balcón superior, por encima del vestíbulo, llegaron los reportes. La puerta trasera estaba rodeada, tenían al asesino acorralado.

Verónica se puso de pie, pasando a Kevin Laughton y abriendo la puerta de la camioneta. Podía ver el teatro, ver las dos ventanas destrozadas. Podía ver a los agentes FInCOM en cuchillitas cerca de la parte delantera del teatro. Podía ver tres figuras, escalando el exterior del teatro, trepando hacia el techo.

Dios de los cielos, eran Joe y dos de sus SEALs.

Verónica bajó su micrófono a su lugar. No había querido hablar antes, temerosa de que solo agregaría a la confusión, pero esto...

"Joe, ¿qué estás haciendo?" dijo al micrófono. "¡Eres el blanco! ¡Se su pone que tienes que ponerte a resguardo!"

"Necesitamos silencio de radio," ordenó la voz de Blue. "Ahora mismo. Excepto para reportes de la localización de los tangos."

"¡Joe!" gritó Verónica.

Uno de los agentes FInCOM se asomó por la puerta de la camioneta. "No puedo cortar esta línea," le dijo a Verónica, "asi que a menos que se quede en silencio, voy a

tener que tomar su micrófono y auricular.”

Verónica cerró la boca, observando como una pequeña figura –Cowboy– ayudaba a Joe y al resto del equipo a subir al techo del teatro.

Arriba del techo, Joe miró alrededor. Había una puerta, que conducía a escaleras que los llevarían abajo.

¿Estás bien? Le preguntó Cowboy a Joe mediante señas.

Bien, hizo señas Joe.

El tirador seguramente tenía una radio, y probablemente estaba monitoreando su conversación hablada. Desde este punto en adelante, los SEALs se comunicarían solo con señas y el lenguaje de signos. No tenía sentido alertar al tirador dejándole saber que estaban llegando.

Harvard tenía una ametralladora HK extra, y se la pasó a Joe con una tensa sonrisa.

Otro disparo resonó.

“Agente caído,” llegó la voz de Wes por el auricular de Joe. “¡Oh, hombre, necesitamos un médico!”

“La ubicación del tango es estable,” dijo otra voz. “Manteniéndose estable en el balcón del vestíbulo.”

“Saquen a ese hombre herido de la línea de fuego,” ordenó Laughton.

“Está muerto,” reportó West, su normalmente desapasionada voz conmocionada. “Freeman está muerto. El bastardo lo clavó entre los ojos. El hijodeputa...”

Vamos, hizo señas Joe a sus hombres. Estoy en posición.

Blue hizo gestos hacia sí mismo. Quería conducir al equipo en cambio. Pero Joe negó con la cabeza.

Silenciosamente abrió la puerta y empezó a bajar las escaleras.

Otro disparo.

Más caos. Otro agente fue impactado con infalible precisión.

“Permanezcan abajo,” ordenó Laughton a sus hombres. “Este tipo es un francotirador y está aquí por el gran botín. Pongamos a nuestros propios tiradores en posición.”

Silenciosamente, con letal sigilo, el dedo en el gatillo de sus ametralladoras, los SEALs se movieron escaleras abajo.

Verónica paseó. No había escuchado la voz de Joe durante varios largos minutos. Ya no podía ver ningún movimiento en el techo.

“Una de las cámaras volvió a encenderse,” dijo alguien desde dentro de la camioneta de vigilancia, y ella volvió dentro para ver.

Efectivamente, la cámara de video que había sido tirada y dejada sobre el escenario había vuelto a la vida. Ahora mostraba una lateral y algo nebulosa imagen del vestíbulo del teatro. Detrás del reflejo en los restantes vidrios de las ventanas, Verónica pudo ver la sombreada forma del asesino en el balcón superior.

Estaba tranquilo. Nadie se estaba moviendo. Nadie estaba hablando. Entonces...

“Tiradores FInCOM, no hagan fuego.” Era la voz de Joe, alta y clara, sobre la radio.

Verónica se sintió tambalear, y buscó a tientas su asiento. Joe y sus SEALs estaban en algún lugar cerca del hombre armado –en la línea de fuego de las armas de los agentes FInCOM. Por favor, Dios, mantenlo a salvo, rogó.

Una puerta se abrió violentamente. Ella lo escuchó más que verlo en la borrosa pantalla de video.

El pistolero se giró, disparando una ametralladora en lugar de su rifle. Pero no había nadie allí.

Otra puerta se abrió, al otro lado del balcón, pero el tirador ya se había movido. Usando algún tipo de cuerda, se balanceó sobre el borde y bajó al primer piso.

Verónica vio a Joe antes de que el pistolero lo hiciera.

Estaba parado en el vestíbulo, el arma apuntada hacia el hombre bajando por la cuerda. Sabía que era Joe por su brillante chaqueta blanca. Los otros tres SEALs estaban vestidos de marrón apagado.

"Quédate allí mismo, amigo," escuchó decir a Joe por sus auriculares. "Podemos terminar este juego de una de dos formas. Podemos sacarte de aquí en una bolsa para cadáveres, o puedes dejar caer tus armas ahora mismo y todos viviremos para ver el mañana."

El tirador estaba congelado, inmóvil, a mitad de camino de la cuerda cuando miró a Joe.

Entonces se movió. Pero no dejó caer su arma, la levantó, rápido, apuntada directamente a la cabeza de Joe.

El sonido de disparos en la radio era ensordecedor.

El tirador saltó al suelo -¿o cayó? ¿Quién le había disparado? ¿Y dónde estaba Joe...?

"¡Joe!" Verónica no pudo mantenerse en silencio otro segundo mientras se inclinaba más cerca de la borrosa pantalla.

"¿Necesitan asistencia médica?" preguntó una voz por los auriculares

"Escuadrón Alfa, regístrese," ordenó la voz de Blue. "McCoy."

"Becker."

"Jones."

"Catalanotto," dijo la familiar, ronca voz de Joe. "Estamos todos fuera de peligro. No hay necesidad de un médico, FInCOM."

Verónica cerró los ojos y descansó la cabeza sobre sus brazos en el tablero.

"Este estúpido hijodeputa acaba de hacerse un mártir por la causa," dijo la voz de Joe en su oído.

Joe estaba vivo. Todo había terminado, y Joe estaba vivo.

Esta vez.

Capítulo 18

No fue hasta después de las nueve de la noche -dosmil cien horas- que el teléfono de Verónica sonó.

Había estado ocupada toda la tarde y noche con reuniones e informes de lo sucedido. Había trabajado con el Embajador Freder y el Senador McKinley, programando lo que restaba de la visita del Príncipe Tedric. Había llegado un reporte de FInCOM que los hizo a todos respirar más tranquilos. El asesino había sido identificado como Salustiano Vargas -ex mano derecha de Diosdado. Ex. Aparentemente los dos terroristas habían tomado caminos separados, y Vargas ya no estaba conectado a la Nube de la Muerte. Había estado actuando por su cuenta. ¿Por qué? Nadie parecía saber. Al menos no aún. De cualquier modo, Vargas estaba muerto. No les iba a dar ninguna respuesta.

Pero ahora que el asesino ya no era una amenaza, el embajador y el senador querían poner la visita nuevamente en marcha. Tedric estaba volando desde el Distrito de Columbia. Los encontraría en Seattle en la mañana, donde abordarían un crucero a Alaska. Terminarían la visita con gran efecto.

La seguridad volvería a casi normal. Dos o tres agentes FInCOM permanecerían, pero todos los demás, incluyendo a los SEALs -incluyendo a Joe- irían a casa.

A la hora de la cena, Verónica había buscado a Joe, pero le dijeron que estaba en reuniones de alto nivel de seguridad. Ella regresó a su habitación para empacar, pero

no podía dejar de pensar. ¿Y si él no terminaba antes de la mañana? Algunas veces esas reuniones continuaban toda la noche. ¿Y si no lo veía antes de tener que irse...?

Pero entonces, a las nueve en punto, el teléfono sonó. Verónica cerró los ojos, luego lo recogió. "¿Hola?"

"Holas, Ronnie."

"Joe." ¿Dónde estás? ¿Cuándo estarás aquí? Cerró la boca con fuerza sobre esas palabras. Ella no lo poseía. Podía haber revelado sus sentimientos esta mañana cuando le había dicho –y al mundo entero– que lo amaba, pero no podía presentar ningún reclamo sobre su tiempo o su vida.

"¿Ya has cenado?" preguntó él.

"No, estaba..." esperándolo. "No tenía hambre."

"¿Crees que tendrás hambre en unos veinte minutos?" preguntó él.

"¿Hambre de qué?" Intentó hacer que su voz sonara ligera, provocadora, pero su corazón se sentía pesado. Sin importar como enfocara esta relación, la conclusión a la que seguía llegando era que no iba a funcionar. Mañana ambos iban a encaminarse en diferentes direcciones, y eso sería todo. Todo lo que quedaba era esta noche. Había estado tan preocupada más temprano de que no iba a poder pasar esta noche final con Joe. Pero ahora no podía evitar sino pensar que podría ser más fácil simplemente decir adios por teléfono.

"Ough," dijo él, con risa en su voz. "Me matas, señora. Pero quería decir si tenías hambre de comida. Como, tú y yo –mi yo real, sin disfraces– saliendo a algún lado a cenar." Hizo una pausa. "En público. Como a un restaurante." Hizo una nueva pausa, luego rió. "Dios, ¿soy sutil, o qué? Estoy intentando pedirte que salgas a cenar conmigo, Ron. ¿Qué dices?"

No le dio tiempo de responder. "Aún estoy en el centro," continuó, "pero puedo conseguir un taxi y estar en el hotel en quince o veinte minutos. Ponte ese vestido negro, ¿sí? Iremos a la montaña Camelback. Mac dice que hay un gran restaurante en el resort allí. Hay una banda y baile, y una tremenda vista de la ciudad."

"Pero..."

"Oh, sí. Hay un taxi acercándose, justo afuera. Tengo que correr, nena. Vístete – estaré allí mismo."

"Pero no quiero salir. Es nuestra última noche –quizás para siempre– y quiero pasarla sola contigo," dijo Verónica a la línea muerta.

Lentamente colgó el teléfono.

Tenía una noche más con Joe. Una noche más para que durarara el resto de su vida. Una noche más para marcar a fuego su huella permanentemente en los recuerdos de él.

Mmm.

Verónica levantó el auricular y marcó servicio de habitación. ¿Joe quería cena y baile y una vista de la ciudad? La vista desde su habitación no era demasiado mala. Y el restaurante cuatro estrellas del hotel entregaba comida a las habitaciones. Y en cuanto al baile...

Sosteniendo el teléfono en una mano, Verónica cruzó hacia el equipo de música. Si, había un reproductor de cassettes. Sonrió.

Por primera vez, Joe en verdad llamó a su puerta en lugar de forzar la cerradura y entrar.

Con la larga falda de su vestido negro de seda siseando alrededor de sus piernas,

Verónica cruzó hacia la puerta de la habitación y la abrió y se arrojó a sus brazos. “Señor, he esperado todo el día para hacer esto,” dijo ella. “Me asustaste a muerte esta mañana.”

Tener los brazos a su alrededor se sentía tan bien. Y cuando los labios de él encontraron los suyos, sintió que empezaba a derretirse y envolvió sus propios brazos con más fuerza alrededor de su cuello. Sus dedos se enlazaron en su cabello y...

Verónica se echó hacia atrás.

Su cabello largo había desaparecido. Joe se había cortado el cabello. Corto. Realmente corto. Lo miró, realmente lo miró por primera vez desde que había abierto la puerta. Vestía su uniforme naval de vestir. Era azul oscuro con filas y filas y filas de medallas y lazos a la izquierda de su pecho. Tenía una gorra blanca en la cabeza, y se la quitó, sosteniéndolo casi torpemente en sus manos. Sus oscuros ojos estaban ligeramente avergonzados mientras la observaba asimilar su corte de cabello. Su cabello había sido cortado al estilo militar alrededor de las orejas y atrás. En la coronilla y el frente era ligeramente más largo –solo lo bastante largo para que un mechón de cabello oscuro cayera hacia delante sobre su frente.

Él sonrió con pesar. “El peluquero se pasó un poco,” dijo. “Normalmente no lo uso así de corto y...” Cerró los ojos, sacudiendo la cabeza. “Maldición, lo odias.”

Verónica tocó su brazo, sacudiendo su propia cabeza. “No,” dijo. “No, no lo odio...” Pero no le gustaba, tampoco. No es que luciera mal. De hecho, no lo hacía. En todo caso, su corte volvía su delgado rostro más apuesto que nunca. Pero también lo hacía lucir más duro, más fuerte, incomprensivo –peligroso a un nivel completamente nuevo. Lucía exactamente como lo que era –un altamente entrenado, altamente competente oficial de las fuerzas especiales. No podía evitar que le recordara que era un hombre que arriesgaba su vida como algo natural. Y eso era lo que a Verónica no le gustaba. “Te queda bien,” le dijo.

Él buscó sus ojos, y lo que fuera que vio allí pareció satisfacerlo. “Bien.”

“Luces... maravilloso,” dijo Verónica honestamente.

“Tú también.” Sus ojos llamearon con ese familiar calor cuando los pasó de arriba abajo por su cuerpo.

“Esta es la forma en que pensé que ibas a lucir –antes de conocerte,” dijo ella.

Una breve sombra pasó por su rostro. “Si, bueno, supongo que debo decírtelo, puedo contar con mis dedos las veces que he vestido este uniforme. Lo que viste cuando nos conocimos está más cerca de la verdad. Normalmente uso traje de faena o jeans. Y si he estado trabajando con motores, normalmente están cubiertos de grasa o suciedad.”

¿Por qué le estaba diciendo esto? Casi sonaba como una advertencia. Parecía tan serio, que Verónica se sintió obligada a aligerar las cosas. “¿Estás diciendo esto porque quieres que te lave la ropa?” bromeó.

Joe le dirigió una de sus irregulares sonrisas. Si, viéndolo sonreír de esa forma, sus dientes tan completamente blancos contra su delgado, bronceado rostro, Verónica podía decir que su nuevo corte de cabello definitivamente le quedaba bien. “¿Quieres lavarme la ropa?” contrarrestó él.

La casual pregunta repentinamente pareció cargar más significado, cuando Joe la miró intensamente. Sus ojos oscuros eran agudos, casi penetrantes mientras esperaba una respuesta.

Verónica rió, intentando ocultar su repentina aprensión. ¿Por qué estaban hablando sobre lavar la ropa? “No lavo mi propia ropa,” dijo con un encogimiento de hombros. “¿Cuándo tengo tiempo para hacerlo?”

Retrocedió, abriendo más la puerta para dejarlo pasar. “Estamos parados en el

corredor," agregó. "¿No entrarás?"

Joe dudó. "Quizás deberíamos simplemente ir..."

Ella sonrió. "¿Piensas que si entras no nos iremos nunca?"

El le tocó el costado del rostro. "No solo lo pienso, nena, lo sé."

Ella besó la palma de su mano. "¿Sería eso tan terrible?" murmuró, levantando la vista a las profundidades medianoche de sus ojos.

"No." Él entro a la habitación, cerrando la puerta a sus espaldas.

Verónica estaba nerviosa. Joe podía ver que estaba nerviosa cuando se movió fuera de su alcance y dentro de la habitación y...

La mesa estaba puesta y cubierta con una gran cena de servicio de habitación que lucía magnífica. Y el resto de la habitación... Verónica había empujado todos los muebles lejos del centro de la sala de estar.

Había hecho eso antes. Allá en D.C. Cuando él había trepado y entrado por la puerta corrediza de su balcón y...

Joe levantó la mirada para encontrarla observándolo. Ella se humedeció los labios nerviosamente y sonrió. "Cena y baile," explicó. "Hice lugar, para que podamos bailar."

"¿Nosotros?"

Verónica se ruborizó, pero mantuvo su mirada. "Para poder bailar para ti," se corrigió suavemente. "No obstante, en algún punto bailarás conmigo, también. Pero quizás deberíamos cenar primero."

El fragante aroma de la comida gourmet llenaba el aire. Joe sabía que no había comido desde el almuerzo. También sabía que la cena era lo último que quería ahora mismo. Verónica iba a bailar para él. Iba a bailar de la forma en que la había visto bailar cuando había trepado a su habitación. Solo que esta vez, sabría desde el principio que la estaba observando. "Quizás deberíamos cenar más tarde," dijo roncamente.

Mientras observaba, ella cruzó hacia la ventana y cerró las cortinas. Dios, su corazón estaba latiendo como si acabara de correr un kilómetro y medio en tres minutos. Podía sentir la sangre fluyendo con vehemencia por sus venas con cada pulsante latido. Realmente iba a hacer esto. Sabía que él quería que lo hiciera –le había pedido que bailara para él. Pero nunca había pensado que realmente lo haría. Pensaba que había pedido demasiado.

Verónica le sonrió mientras curzaba de regreso hacia la mesa de la cena y tomaba una botella de cerveza de un pequeño cubo donde se enfriaba. La abrió, la vertió en un vaso y se la llevó.

"Gracias," dijo Joe cuando le alcanzó tanto el vaso como la botella.

"¿Por qué no te sientas?" murmuró Verónica, y con un susurro de seda, se movió al otro lado de la habitación.

Sentarse. Si, correcto. Sentarse. Mientras Joe se dejaba caer en una silla, Verónica cruzó hasta el estéreo y deslizó un cassette en su lugar.

Joe sabía lo que su baile significaba para ella. Le había dicho que era privado e intensamente personal. Era una forma de desahogarse, de desatarse, de realmente relajarse. E iba a compartirlo con él ahora. Iba a dejar que su placer personal, privado, se convirtiera en el placer de él.

El fuego que estaba punzando por sus venas alcanzó su corazón y explotó. Verónica St. John le había dicho que lo amaba hoy. Y esta noche, al compartirse a sí misma con él de esta forma, le estaba mostrando exactamente cuanto.

La música empezó –suave, lentamente– y Ronnie se paró en medio de la habitación, cabeza hacia atrás, ojos cerrados, brazos a los costados. Dios, era hermosa. Y era

suya. Toda suya. Para siempre, si tenía algo que decir sobre eso. Y lo tenía. Tenía un montón que decir sobre eso. Diablos, podía escribir un libro sobre el tema.

La música cambió con un repentino estallido de volumen, y Verónica levantó sus manos abruptamente, al aire.

Y entonces empezó a moverse.

Era grácil, flexible, y su vestido parecía una extensión de su cuerpo, moviéndose con ella. Sus ojos estaban aún cerrados, pero luego los abrió y miró directamente a Joe.

Ella se ruborizó, y su corazón ardió incluso más caliente. Era toda una contradicción. La cosa más leve podía hacerla ruborizar –hasta que la pasión la abrumaba. Y cuando eso sucedía, era increíblemente desinhibida. Joe nunca había tenido una amante como Verónica St. John. Un momento era aparentemente remilgada y correcta, y al siguiente era salvaje, dándole placer en formas que solo había soñado, y diciéndole – bastante específicamente, en términos nada inciertos– exactamente lo que podría y debería hacer para complacerla.

Mientras Joe observaba, Verónica cerró los ojos otra vez, y nuevamente la música cambió, el ritmo haciéndose más fuerte, más rápido, más insistente. Su baile, también, se volvió menos cuidadoso, menos contenido. Sus movimientos eran más libres, más amplios, más poderoso.

Más apasionados.

Se estiró hacia arriba con ambas manos y con un veloz movimiento, quitó los pasadores que sostenían su cabello. Este cayó alrededor de sus hombros, una avalancha de rizos rojo-dorados.

La boca de Joe estaba seca, y tomó un sorbo de la cerveza que ella le había dado.

Verónica pateó sus altos tacones, y, mientras Joe miraba, se convirtió en la música. Se movía con la rítmica pieza instrumental, visualmente capturando cada matiz, cada frase musical con su cuerpo.

Su cuerpo.

No habían sido amantes por mucho tiempo, pero Joe ya conocía cada pulgada del hermoso cuerpo de Verónica íntimamente. Pero viendo su cuerpo en movimiento de esta forma era una experiencia completamente nueva. El vestido apenas contenía sus pechos y estos se movían con y en contra de las fuerzas de gravedad. La seda negra se deslizaba sobre su abdomen y muslos, permitiendo vislumbres de los firmes músculos y carne debajo cuando ocasionalmente se ajustaba por un segundo o dos.

Verónica hizo un movimiento giratorio, serpenteante, que era puro sexo, puro abandono.

La larga falda de su vestido ya no se movía con ella... se estaba interponiendo en su camino.

Esta vez cuando abrió los ojos y miró a Joe, no se ruborizó. Sonrió –una dulce, caliente, sexy sonrisa– y se estiró para alcanzar el cierre del vestido en su espalda. En menos de un latido, el vestido formó un charco alrededor de sus pies, y estuvo desnuda –salvo por un par de bragas negras de seda. Ella pateó el vestido a un lado, aún bailando, aún moviéndose y girando.

Una tanga. Llevaba puesta una tanga, seda negra contra su piel tan cremosa y blanca.

Y aún bailaba.

Para él.

He muerto, pensó Joe, he ido al cielo.

Ella se movió más cerca de él, sonriendo ante la mirada que él sabía malditamente bien estaba en su rostro. Estaba hipnotizado. Estupefacto. Totalmente abrumado. Y extremadamente excitado.

Aún moviéndose, ella extendió su mano hacia él. "Baila conmigo."

No era una invitación que necesitara escuchar dos veces. Colocó su cerveza sobre la mesa más cercana y se puso de pie. Y entonces, Dios, ella estaba en sus brazos, moviéndose con él y contra él al ritmo de la melodía.

Su piel era tan lisa, tan sedosa bajo sus manos. La toco en todos lados. Su suavemente redondeado trasero, sus pechos llenos, su estómago plano, sus largos, gráciles brazos. Él aún estaba en uniforme y ella estaba casi desnuda, y nunca, nunca había estado tan encendido en toda su vida. Estaban bailando tan cerca, que sus piernas estaban entrelazadas. Podía sentir el calor entre las piernas de ella contra su muslo. Ella seguramente podía sentir su excitación –se apretaba contra él, sus lentos, sensuales movimientos volviéndolo loco, y la visión de ella, casi desnuda en sus brazos, haciéndolo latir con necesidad.

"Ronnie..."

De alguna forma ella supo que él había recibido casi todo lo que podía tomar. Levantó su boca hacia él y lo besó. Joe se oyó gemir. No podía tener suficiente de ella.

Sintió sus dedos desatar la hebilla su cinturón y rápidamente desabrochar sus pantalones. Y entonces estaba en sus manos. Era bueno, pero no era lo suficientemente bueno.

"Ronnie, necesito..."

"Lo se."

Ella lo cubrió con un preservativo que había obtenido de Dios sabía donde, y deslizó sus bragas mientras lo besaba otra vez.

"Levántame," murmuró Verónica.

"Sí," jadeó él. Ella envolvió los brazos alrededor de su cuello y las piernas alrededor de su cintura cuando él se enfundó a sí mismo en su maravilloso, suave calor. "Oh, nena..."

Ella se movió encima de él, contra él, con él. Estaba en sus brazos, en su corazón, en su misma alma. Esta apasionada, ardiente mujer, que podía ser ardientemente caliente en un momento y suavemente dulce al siguiente, esta mujer con el agudo sentido del humor y tranquilo toque que ocultaba una voluntad de acero –una voluntad que estaba regida por el corazón más amable que alguna vez había conocido– esta era la mujer por la que había esperado toda su vida. Todas las veces que había hecho el amor, todas las mujeres que había conocido antes, no habían significado nada para él. Ninguna lo había conmovido. Ninguna había llegado siquiera cerca de poseerlo. Siempre había sido capaz de cerrar la puerta y alejarse de una mujer sin mirar atrás.

Pero no había forma de que fuera capaz de alejarse de Verónica. No sin dejar su corazón atrás –desgarrado de su pecho.

Se aferró a ella, sosteniéndola tan apretadamente como ella lo sostenía, hundiéndose profundamente en ella una y otra vez.

La amaba. Quería decírselo, pero las palabras –esas dos simples, pequeñas palabras– no salían con facilidad. La verdad era que decirlas lo asustaba a muerte. Ahora, ¿no era eso divertido? Era un SEAL. Había enfrentado hordas de soldados enemigos, había mirado a la muerte a los ojos sin inmutarse más veces de las que podía contar, y sin embargo el pensamiento de expresar una muy simple sentencia lo hacía sudar.

Los dedos de Ronnie estaban en su cabello. Su boca estaba cubriendo su rostro y labios con besos.

"Joe," jadeó ella. "Joe. Quiero más..." Él se movió, apoyándola contra la pared para anclarla en su lugar, y ella inclinó hacia atrás la cabeza. "Sí..."

Su liberación fue increíble. Gritó cuando él se impulsó dentro de ella, dándole todo lo que había pedido. Sus brazos se apretaron alrededor de su pecho, sus dedos lo aferraron.

"Te amo," dijo Verónica. "¡Oh, Joe, te amo!"

Sus palabras lo empujaron al límite. Lo amaba. Realmente lo hacía. Explotó en un cegador estallido de placer tan exquisito, tan puro que el mundo pareció desintegrarse a su alrededor.

Nena, también te amo.

Capítulo 19

Joe lentamente se volvió consciente de lo que lo rodeaba.

La cabeza de Ronnie descansaba sobre su hombro, su cálido aliento contra su cuello. Su propia frente estaba reclinada contra la pared. Y sus rodillas estaban malditamente temblorosas.

Podía sentir al corazón de Verónica latiendo, escuchar su suave suspiro.

No quería moverse. Nunca había hecho el amor de esta forma en su vida, y no quería que terminara. Por supuesto, tenía que terminar, pero mientras permanecieran aquí mismo, en esta misma posición, estos remarcables sentimientos podían perdurar.

Era, innecesario era decirlo, increíblemente estimulante. Su futuro parecía tan diferente, tan mucho más brillante, con Ronnie en el cuadro. Por primera vez en su vida, Joe se encontró en verdad considerando la posibilidad de tener hijos. No por un buen largo tiempo, por supuesto. Quería a Ronnie toda para sí mismo durante años y años y años. Pero en el camino, hacer un bebé, crear una nueva vida sería excitante en una forma que nunca había imaginado antes. Cincuenta por ciento él y cincuenta por ciento ella, con doscientos por ciento de su amor...

La caja de joyería que llevaba en el bolsillo se clavaba en sus costillas y Joe tuvo que reír. Ni siquiera le había pedido a Ronnie que se casara con él aún, y aquí estaba, prácticamente poniéndoles nombre a sus hijos.

"No tenías que decir eso, sabes," susurró ella.

Ella levantó la cabeza y se bajó al suelo. El hechizo estaba roto. ¿O no? Joe aún sentía una increíble calidez en el pecho. Solía pensar que se sentía como un lazo, comprendió, pero ahora era un buen sentimiento, una calidez rodeando su corazón, dándole un increíble sentimiento de paz y pertenencia.

"¿No tenía que decir que?" preguntó.

Verónica se alejó de él levemente, dándole espacio para ajustar sus ropas. Ella estaba aún desnuda, pero parecía inconsciente de eso cuando lo miró, la preocupación oscureciendo sus ojos azules.

"No tenías que decir que también me amabas," dijo ella.

Joe se congeló, las manos inmóviles en la hebilla de su cinturón. ¿En verdad había dicho esas palabras en voz alta?

"Preferiría que fueras honesto conmigo," continuó ella. "No digas cosas que no sientes. ¿Por favor?"

Verónica miró a otro lado, incapaz de seguir mirando a Joe a los ojos, incapaz de mantener la fachada valiente. Pero, por todos los diablos, aquí acababa de hablar de ser honestos.

"La verdad es, Joe," dijo, la voz temblándole ligeramente, "que voy a extrañarte terriblemente cuando te vayas, y..."

Joe la atrajo a sus brazos, moviéndose con ella para sentarse en el sofá, con

Verónica sobre su regazo. “¿Quién dice que voy a irme a algún lado?” preguntó suavemente, alisando su cabello hacia atrás y besándola con suavidad en los labios.

Verónica sintió sus ojos llenarse de lágrimas. ¡Maldición! Parpadeó para alejarlas. “Mañana voy a volar a Seattle y tú...”

Él la interrumpió con otro suave beso. “¿Y quién dice que cuando dije... lo que dije, no estaba siendo honesto?” Pasó su mano libre bajando a la curva de su cadera y hacia arriba nuevamente, luego ahuecó su pecho. Era imposible no tocarla.

“Me amas.” Su incredulidad era evidente en su voz.

“¿Realmente es tan difícil de creer?”

Verónica le tocó el costado del rostro. “Eres tan dulce,” dijo ella. Ante la falsa llamarada de indignación en sus ojos, agregó rápidamente, “Se que no lo crees, pero lo eres. Eres increíblemente amable, Joe. Y sé que tienes... sentimientos por mí, pero no tienes que aparentar que son más que...” Ella bajó la mirada en silencio a la pequeña caja de terciopelo negro que Joe sacó de su bolsillo y le extendió. “¿Qué es esto?”

“Ábrelo,” dijo él. Su rostro lucía tan serio, tan duro. Sus ojos eran tan intensos.

“Tengo miedo de hacerlo.”

Joe sonrió, y eso suavizó su rostro. “No es una granada,” dijo. “Solo ábrelo, Ron, ¿quieres?”

Lentamente, ella lo tomó. Era pequeño y cuadrado y negro y suave. Se parecía muchísimo a una caja de joyería. ¿Qué le estaba dando? Ni siquiera podía empezar a imaginar las posibilidades. Su corazón estaba latiendo con fuerza, comprendió. Respiró profundamente para calmarse. Entonces, mirando los hermosos ojos de Joe, buscando alguna especie de pista de lo que estaba dentro, abrió la caja.

Bajó la mirada y su corazón se detuvo. Era un anillo. Era un enorme, hermoso, reluciente anillo de diamantes.

“Cásate conmigo,” dijo Joe roncamente.

“¡Dios querido!” jadeó Verónica.

Cuando levantó la vista a sus ojos, su expresión de asombro hizo sonreír a Joe. “Supongo que no estabas esperando esto, ¿eh?”

Ella negó con la cabeza.

“Yo tampoco,” le dijo él honestamente. “Pero ese anillo no es para aparentar, Ronnie. Y tampoco lo es lo que siento. Yo... tu sabes... te amo...” Dios, lo había dicho y no había sido golpeado por un rayo. “Y quiero hacer esto que tenemos permanente. ¿Me sigues?”

Ella estaba en silencio. Sus ojos eran enormes como platos cuando lo miró. Aún estaba desnuda, y no podría evitar tocarla, acariciar su suave piel, si su vida dependiera de ello. Era adorable, y él ya estaba incómodamente excitado otra vez. Dios, acababa de tener el mejor sexo de su vida, y ya la quería otra vez. No podía tener suficiente de ella. Nunca podría.

¿Por qué no le respondía? ¿Por qué no le decía que quería casarse con él, también?

“Di algo, nena.” Joe intentó disfrazar su inseguridad, pero supo que había fallado miserablemente. Se mostraba en sus ojos, en su voz. “El supenso está matándome. Dime lo que piensas. ¿Buena idea? ¿Mala idea? ¿Me he vuelto loco, aquí?”

Verónica estaba muda de asombro. Joe Catalanotto –Teniente Joe Catalanotto de los Navy SEALs de Estados Unidos– quería casarse con ella. Había hablado en serio cuando había dicho que la amaba. La amaba.

La amaba, y Dios querido, debería estar extasiada. Debería estar oyendo campanadas de boda e imaginándose a sí misma en un maravilloso vestido blanco, caminando por el pasillo de una iglesia para encontrar a este hombre ante el altar. El único hombre que verdaderamente amaba.

Pero no podía imaginarse a sí misma en una boda. Solo podía verse a sí misma en un funeral. El funeral de Joe.

"Cuando..." empezó, luego se aclaró la garganta. Se estremeció ligeramente, repentinamente consciente del frío del aire acondicionado contra su piel desnuda. Joe pasó su mano de arriba abajo por su brazo, intentando calentarla. "¿Cuándo planeas retirarte?"

Él la miró sin expresión. "¿Qué?"

"De los SEALs," explicó ella. "¿Cuándo vas a retirarte del servicio activo?"

Verónica pudo ver que él no entendía como esto era relevante para su proposición de casamiento, pero se encogió de hombros y le contestó de todos modos. "No por un largo tiempo," dijo. "No lo se. No por otros quince años. Veinte si puedo lograrlo."

Su corazón se hundió. Quince o veinte años. Dos décadas de observar al hombre que amaba irse a innumerables misiones de alto riesgo. Dos décadas de no saber si volvería o no. Dos décadas de puro infierno. Si él vivía tanto tiempo...

"Soy un marino de carrera, Ronnie," dijo Joe con calma. "Se que no soy un príncipe, pero soy un oficial y..."

"Eres un príncipe." Verónica lo besó rápidamente en los labios. "Nunca he conocido a nadie siquiera la mitad de principesco que tú."

Él estaba avergonzado. Así que por supuesto, intentó convertirlo en una broma. "Bueno, demonios," dijo. "Todas las mujeres desnudas me dicen eso cuando las tengo en mi regazo."

Verónica tuvo que sonreír. "Estoy desnuda," dijo. "¿Verdad?"

"Lo noté," dijo él, tocando ligeramente su pecho.

"¿Quieres que me ponga algo de ropa?"

"Estaba pensando más entre las líneas de que yo debería deshacerme de la mía," murmuró Joe, llevando sus labios a donde sus manos habían estado recién. Pero solo la besó suavemente antes de levantar la cabeza otra vez. "Pruébatelo."

El anillo. Quería decir el anillo.

Sabía que no debería. No tenía idea de cuál iba a ser su respuesta. Estaba tan completa, totalmente desgarrada.

Aún así, Verónica tomó el anillo de la caja y lo deslizó en su mano izquierda. Era un poquito grande.

"Dí la palabra, y podemos mandar a ajustarlo," dijo Joe. "O, si quieres, puedes escoger algo distinto."

Verónica miró el simple, elegante engaste del anillo a través de un velo de lágrimas. "Este es tan hermoso," dijo. "No querría ningún otro."

"Cuando lo vi," dijo Joe quedamente, "supe que te pertenecía." Le levantó la barbilla hacia él. "Hey. Hey, ¿estás llorando?"

Verónica asintió, sí, y él la atrajo incluso más cerca suyo. Atrajo su boca a la suya y la besó dulcemente. Ella quería tanto decirle, "Si, me casaré contigo." Pero quería ir a la cama cada noche con él a su lado. Y quería despertar cada mañana sabiendo que iba a estar allí otra vez la noche siguiente. No quería un Navy SEAL, quería un hombre ordinario, normal.

Pero quizás si lo pedía, él dejaría a los SEALs. El Señor sabía que él podía hacer casi malditamente cualquier cosa, obtener cualquier clase de trabajo que quisiera. Era un experto en tantos campos diferentes. Podía trabajar como traductor. O podía trabajar como mecánico, a ella no le importaba. Déjalo que se cubra de grasa de motor todos los días. Aprendería a lavar la condenada ropa si eso era lo que se necesitaba. Solo quería saber que él estaría a salvo. Y con vida.

Pero Verónica sabía que no podía pedirle que dejara a los SEALs. E incluso si se lo

pedía, sabía que no renunciaría. Ni por ella. Ni por nada. Lo había visto trabajando. Amaba el riesgo, vivía por el peligro.

"Por favor, Joe," murmuró. "Hazme el amor otra vez."

Él se puso de pie, sosteniéndola en sus brazos, y la cargó al dormitorio.

Verónica quería desesperadamente casarse con Joe. Pero Joe ya estaba casado... con los Navy SEALs.

Mientras Verónica dormía, acurrucada a su lado en la cama, Joe miró el techo con fijeza.

No había dicho que sí.

Le había pedido que se casara con él, y ella le había hecho un manojito de preguntas como respuesta, pero no había dicho que sí.

No había dicho que no, tampoco. Pero se había quitado el anillo y lo había devuelto a la caja. Le dio algunas excusas sobre cómo tenía miedo de que se cayera. Tenía miedo de perderlo.

Pero si Ronnie le hubiera dado cualquier clase de anillo que significara que ella lo quería para siempre, que lo amaba "hasta que la muerte nos separe," era malditamente seguro que Joe lo tendría puesto independientemente del tamaño.

Era completamente posible que se estuviera encaminando a toda máquina a un choque emocional. Era completamente posible que a pesar de que Verónica había dicho que lo amaba, no lo amara lo suficiente para querer un "para siempre." Diablos, era completamente posible que a pesar de que había dicho que lo amaba, no lo amara en lo absoluto.

Pero no. Tenía que creer que lo amaba. Lo había visto en sus ojos, sentido en su contacto. Sí que lo amaba. La pregunta del millón de dólares era, ¿cuanto?

Al otro lado de la habitación, desde la silla donde había arrojado sus ropas, el buscapersonas que tenía en el bolsillo sonó.

Joe salió de la cama, intentando no despertar a Verónica, pero cuando se movió deprisa por la habitación, ella se agitó y se sentó.

"¿Qué fue eso?" preguntó.

"Mi buscapersonas," dijo él. "Lo siento. Tengo que hacer una llamada telefónica."

Verónica se inclinó hacia delante y encendió la luz de un tirón, mirándolo con los ojos entornados ante la repentina brillantez. Mientras ella observaba, él se sentó al borde de la cama, pasando los dedos por su corto cabello antes de recoger el teléfono. Marcó rápidamente -un número que tenía memorizado.

"Sí," dijo al teléfono. "Catalanotto." Hubo una pausa. "Aún estoy en Phoenix." Otra pausa. "Si. Si, entiendo." Miró a Verónica, su rostro serio. "Deme tres minutos, y volveré a llamar." Otra pausa. Sonrió. "Correcto. Gracias."

Dejó caer el receptor en su lugar y enfrentó a Verónica.

"Puede tener una semana de licencia, si la quiero," dijo sin rodeos. "Pero necesito saber ahora mismo si debería tomarla. Y no quiero tomarla si no puedes pasar el tiempo conmigo. ¿Sabes lo que estoy diciendo?"

Verónica miró el reloj. "¿Recibiste una llamada a las cuatro y media de la mañana sobre si quieres o no licencia?" preguntó con consternación.

Joe negó con la cabeza. "No," replicó. "Me llamaron y ordenaron que me reportara a la base en Little Creek. Hay algún tipo de emergencia. Están llamando a todo el Equipo SEAL Diez, incluyendo al Escuadrón Alfa."

Verónica se sintió desvanecer. "¿Qué tipo de emergencia?"

"No lo sé," dijo. "Pero aunque lo supiera, no podría decirlo."

"¿Si estuviéramos casados, podrías decirme?"

Joe sonrió tristemente. "No, nena. Ni siquiera entonces."

“¿Así que simplemente empacas y te vas” dijo Verónica tensamente, “y quizás regresas?”

Él estiró su mano hacia ella. “Siempre volveré. Tienes que creer eso.”

Ella se sentó, moviéndose fuera de su alcance, manteniendo su espalda hacia él para que no pudiera ver la mirada en su rostro. Esta era su peor pesadilla, convertida en realidad. Esto era lo que no quería pasar los próximos veinte años haciendo. Este miedo, este vacío era exactamente el que no quería pasar las próximas dos décadas sintiendo.

“Tengo que tomar licencia oficialmente, o ir a registrarme con el resto del equipo. ¿Qué piensas?” preguntó él nuevamente. “¿Puedes tomarte el tiempo libre, también?”

Verónica negó con la cabeza. “No.” Gracioso, su voz sonaba tan fría y bajo control. “No, lo siento, pero tengo que estar en el crucero con el Príncipe Tedric, a partir de mañana.”

Podía sentir los ojos de él en su nuca. Sintió su vacilación antes de que se volviera al teléfono.

Lo recogió y marcó. “Si, es Joe Cat otra vez. Estoy dentro.”

Verónica cerró los ojos. Estaba dentro. ¿Pero para qué? ¿Algo que iba a hacer que muriera? No podía soportarlo. No saber a dónde iría, qué estaría haciendo, era horrible. Quería gritar...

“Correcto,” dijo él al teléfono. “Estaré listo.”

Colgó el teléfono, y ella sintió el colchón moverse cuando se puso de pie.

“Tengo que tomar una ducha rápida,” dijo. “Va a venir un auto en diez minutos.”

Verónica giró para enfrentarlo. “¡Diez minutos!”

“Así es como funciona, Ronnie. Recibo una llamada, tengo que irme. Inmediatamente. A veces tenemos tiempo de preparación, pero generalmente no. Déjame tomar una ducha... podemos hablar mientras me visto.”

Verónica se sintió entumecida. Esta no era su peor pesadilla. Este miedo que sentía en lo profundo de su estómago estaba más allá de cualquier cosa que hubiera imaginado alguna vez. Quería decírselo, rogarle que tomara la licencia. Renunciaría a su trabajo si tenía que hacerlo. Haría cualquier cosa, cualquier cosa para evitar que fuera a esa anónima, desconocida, probablemente mortal misión de emergencia.

¿Y luego qué? Se preguntó cuando escuchó el sonido de la ducha. Se puso de pie y se deslizó dentro de su bata, de repente sintiéndose terriblemente helada. Perdería su trabajo, su reputación, su orgullo, por una ínfima semana de la compañía de Joe. Pero cuando esa semana de licencia hubiera terminado, él desaparecería. Iría donde el deber lo llamara, cuando el deber lo llamara, sin importar el peligro o el riesgo. Más tarde o más temprano sucedería. Más tarde o más temprano –y probablemente más temprano– iba a despedirse con un beso, dejándola con el corazón en la garganta. La dejaría sola, mirando el reloj, esperando, rezando porque volviera. Con vida. Y no volvería.

Verónica no podría soportarlo. No sería capaz de soportarlo.

El agua se interrumpió, y varios minutos más tarde Joe salió del cuarto de baño, secándose con una toalla. Lo observó silenciosamente mientras se deslizaba en sus calzoncillos y luego en sus pantalones.

“Entonces,” dijo él, frotando su cabello con la toalla una vez más, miránola. “Dime cuando terminarás con la visita Ustanziana. Intentaré conseguir licencia.”

“No será hasta dentro de dos o tres semanas,” dijo Verónica. “Después del crucero, nos iremos de regreso a D.C., y luego a Ustanzia desde allí. Para entonces, Wila habrá tenido al bebé, y...” se interrumpió, dándole la espalda. ¿Por qué estaban teniendo esta conversación aparentemente normal, cuando cada célula de su cuerpo estaba

gritando para que lo sujetara... y nunca lo dejara ir? Pero no podía sujetarlo. Un auto iba a llegar en cinco minutos para llevárselo, quizás para siempre.

"Está bien," estaba diciendo Joe. Podía oírlo deslizando los brazos en su chaqueta y abrochándola. "¿Qué dices si me encuentro contigo en Ustanzia? Solo déjame saber la fecha exacta y..."

Verónica negó con la cabeza. "No creo que sea una buena idea."

"Esta bien," dijo él otra vez, muy sosegadamente. "¿Cuál es una buena idea, Ronnie? Tú dime."

No se estaba moviendo ahora. Verónica supo aún sin mirarlo que estaba parado allí, su delgado rostro sin sonreír, sus oscuros ojos intensos mientras la miraba, esperando que ella se moviera, hablara, que hiciera algo, cualquier cosa.

"No tengo ninguna buena idea."

"No quieres casarte conmigo." No era una pregunta, era una afirmación.

Verónica no se movió, no dijo nada. ¿Qué podía decir?

Joe rió –un breve estallido de aire que no tenía nada que ver con el humor. "Diablos, por la forma en que suena, ni siquiera quieres volver a verme."

Ella se volvió hacia él, pero no estaba preparada para el hielo que había en sus ojos.

"Muchacho, si que me equivoqué mal," dijo él.

"No lo entiendes," intentó explicar Verónica. "No puedo vivir de la forma en que quieres que viva. No puedo soportarlo, Joe."

Él se alejó, y ella dio un paso adelante, deteniéndolo con una mano en su brazo. "Venimos de mundos tan diferentes," dijo. Su mundo estaba lleno de peligro y violencia y el siempre presente riesgo de muerte. ¿Por qué él no podía ver la diferencia entre ellos? "Simplemente no puedo... pretender encajar en tu mundo, porque se que no lo haré. Y se que tú no encajarás en el mio. No puedes cambiar más de lo que yo puedo, y..."

Joe se alejó. Su cabeza estaba girando. Mundos diferentes. Clases sociales diferentes era más probable. Dios, debería haberlo sabido. ¿Qué estaba pensando? ¿Cómo pudo haber pensado que una mujer como Verónica St. John –una dama rica, de clase alta, aburguesada- querría más de él que una corta, humeante aventura?

Había estado en lo cierto –ella había estado visitando los barrios bajos.

Eso era todo lo que esto era para ella.

Había estado visitando los barrios bajos. Había estado comprobando cómo vivía la clase más baja. Había estado teniendo sexo con un obrero. Oficial o no, eso era lo que Joe era, lo que siempre sería. De ahí era de donde venía.

Verónica se estaba ensuciando las manos, y Joe, él había ido y se había enamorado. Dios, era un real idiota, un tonto.

Tomó la caja del anillo de donde aún estaba en la mesa de luz y la dejó caer en su bolsillo. Maldito si iba a dejar que se fuera con un anillo que había hecho una seria abolladura en los ahorros de toda su vida.

"Intenta entender," dijo Verónica, sus ojos inundados en lágrimas. Se paró frente a la puerta, bloqueando su salida. "Te amo, pero... no puedo casarme contigo."

Y de repente Joe entendió. Ella podía haber estado visitando los barrios bajos –al principio. Pero se había enamorado, también. Aún así, ese amor no era suficiente para vencer las diferencias entre sus dos "mundos" como ella lo llamaba.

Debería irse. Sabía que debería irse. Pero en cambio tocó su rostro y pasó su pulgar por sus hermosos labios. Y luego hizo algo que nunca antes había hecho. Rogó.

"Por favor, Ronnie," dijo Joe suavemente. "Esta cosa entre nosotros... es bastante poderosa. Por favor, nena, ¿no podemos intentar que esto funcione?"

Verónica levantó la vista a los ojos de Joe, y por un segundo, casi creyó que podrían.

Pero entonces su buscapersonas sonó otra vez, y el miedo regresó. Joe tenía que irse. Ahora. La realidad la golpeó con fuerza y se sintió enferma del estómago. Se volvió y se movió lejos de la puerta.

“Esa es tu respuesta, ¿eh?” dijo él quedamente.

Verónica mantuvo su espalda hacia él. No podía hablar. Y no podía soportar observarlo marcharse.

Lo escuchó abrir la puerta del dormitorio. Lo escuchó caminar por la suite del hotel. Y lo escuchó detenerse, lo escuchó dudar antes de abrir la puerta del corredor.

“Pensé que eras más dura, Ron,” dijo, con la voz entrecortada.

La puerta chasqueó quedamente cuando él la cerró a su espalda.

Capítulo 20

Los muchachos del Escuadrón Alfa estaban evitando a Joe. Estaban manteniendo su distancia –y no era extraño, considerando el humor negro con el que estaba.

La “emergencia” llamándolos a todos de regreso a Little Creek no había sido más que un ejercicio sobre estado de preparación –una prueba de tiempo preparada por los de arriba. Los jefazos querían ver exactamente cuanto tiempo le llevaría al Equipo SEAL Diez volver a su base en Virginia, desde sus diseminadas ubicaciones temporales por California y el sudoeste.

Blue fue el único hombre que ignoró el mal humor de Joe y permaneció cerca mientras completaban el papeleo sobre el ejercicio y sobre la operación de la visita Ustanziana. Blue no había dicho una palabra, pero Joe sabía que su oficial ejecutivo estaba listo para prestar un oído comprensivo, o incluso un hombro para llorar si él lo necesitaba.

Temprano esa tarde, antes de que dejaran la oficina de administración, hubo una llamada telefónica para Joe. De Seattle.

Blue estaba allí, y encontró los ojos de Joe cuando la llamada fue anunciada. Había solo una persona en Seattle que podía estar llamando a Joe.

Verónica St. John.

¿Por qué lo estaba llamando?

Quizás había cambiado de idea.

Blue se alejó, con simpatía en sus ojos. Maldita sea, pensó Joe. ¿Eran sus sentimientos, su esperanza por lo imposible tan transparentes?

No había verdadera privacidad en la oficina, y Joe tuvo que tomar la llamada en el escritorio del administrador, con el hombre sentado a un metro de él.

“Catalanotto,” dijo al teléfono, mirando por la ventana.

“¿Joe?” Era Verónica. Y sonaba sorprendida de escuchar su voz. “Oh, Señor, no pensé que en verdad llegaría a ti. Pensé... pensé que podría dejar un mensaje en tu buzón de voz o... algo.”

Estupendo. En realidad no quería hablar con él. ¿Entonces por qué diablos había llamado? “¿Quieres que cuelgue?” preguntó. “Puedes volver a llamar y dejar un mensaje.”

“Bueno, no,” dijo ella. “No, por supuesto que no. No seas tonto. Yo solo... no pensé que estarías allí. Pensé que estarías... disparándole a los chicos malos... o algo.”

Joe sonrió a pesar del dolor en su pecho. “No,” dijo él. “Ayer le disparé al chico malo. Hoy estoy haciendo el papeleo sobre ello.”

“Pensé...”

“¿Sí...?”

“¿No te estás embarcando o... algo?”

“No,” dijo Joe. “Era un ejercicio. Los jefes querían ver cuán rápido el Equipo SEAL Diez podía traer su trasero de regreso a Little Creek. Hacen eso a veces. Supuestamente nos mantiene alerta.”

“Me alegro,” dijo ella.

“Yo no,” declaró él rotundamente. “Tenía la esperanza de que nos enviaran a América del Sur. Aún no estamos más cerca de atrapar a Diosdado. Estaba anhelando seguirle la pista y terminar con él de una vez y para siempre.”

“Oh,” dijo ella muy suavemente. Y luego se quedó en silencio.

Joe contó hasta cinco muy lentamente, luego dijo. “¿Verónica? ¿Todavía estás ahí?”

“Sí,” replicó ella, y casi pudo verla mover su cabeza para retomar el rumbo. Pero cuando habló, su voz no era menos tentativa. “Lo siento, yo... ehmm, llamaba para transmitirte algunas noticias que recibí esta tarde. La Sra. Kaye llamó desde Washington D.C. Cindy murió esta mañana en Saint Mary.”

Joe cerró los ojos y maldijo.

“La Sra. Kaye quería agradecerte otra vez,” continuó Verónica, su voz temblando. Estaba llorando. Joe sabía solo por la forma en que su voz sonaba que estaba llorando. Dios, los brazos le dolían por sostenerla. “Quería agradecernos a ambos, por tu visita. Significó mucho para Cindy.”

Joe se sujetó con fuerza al teléfono, luchando por ignorar los seis pares de curiosos ojos y oídos en la habitación.

Verónica respiró profundo, y él pudo imaginarla enjugándose los ojos y el rostro, reajustando su cabello. “Solo pensé que te gustaría saberlo,” dijo. Respiró profundo otra vez. “Tengo que correr. El crucero sale en menos de una hora.”

“Gracias por llamar para decírmelo, Verónica,” dijo Joe.

Hubo otro silencio. Luego ella dijo, “¿Joe?”

“Sí.”

“Lo siento,” dijo en forma vacilante. “Sobre... tú y yo. Sobre que no funcionara. No quise herirte.”

Joe no podía hablar de ello. ¿Cómo podía quedarse parado allí en medio de toda esta gente y hablar del hecho de que su corazón había sido pisoteado en un millón de fragmentos? E incluso si pudiera, ¿cómo podía admitirlo ante ella –la mujer responsable por todo el dolor?

“¿Querías algo más?” preguntó, su voz tensa y demasiado educada.

“Suenas tan... estás tan... ¿estás bien?”

“Sí,” mintió. “Estoy genial. Estoy continuando con mi vida, ¿está bien? Ahora, si me perdonas, volveré a ello, ¿está bien?”

Joe colgó el teléfono sin esperar para ver si ella decía adiós. Se volvió y se alejó, pasando a Blue, pasando al guardia ante el escritorio delantero. Caminó hasta salir del edificio y camino abajo, encaminándose hacia la vacía plaza de armas. Se sentó en el pasto al borde del campo y sostuvo su cabeza en sus manos.

Y por segunda vez en su vida adulta, Joe Catalanotto lloró.

De pie ante el teléfono público, Verónica se disolvió en lágrimas. No había esperado hablar con Joe. No había esperado escuchar su familiar voz. Era tal alivio saber que no estaba arriesgando su vida –al menos no hoy.

Peor sonaba tan forzado, tan frío, tan hostil. La había llamado Verónica, no Ronnie, como si fuera alguna extraña que no conociera. Estaba continuando con su vida, había

dicho. Claramente no iba a gastar tiempo preocupándose sobre lo que podía haber sido.

Eso era lo que ella quería, ¿verdad? ¿Entonces por qué se sentía tan horrible?

¿En verdad quería que Joe Catalanotto perdiera el sueño por ella? ¿Quería que estuviera herido? ¿Quería que su corazón estuviera roto?

O quizás tenía miedo de que al rechazarlo, había hecho lo incorrecto, tomado la decisión equivocada.

Verónica no lo sabía. Honestamente no lo sabía.

Lo único de lo que estaba absolutamente segura era de cuán terriblemente lo extrañaba.

Joe estaba sentado en el bar jugueteando con una cerveza, intentando no escuchar la interminable procesión de música country sobre corazones rotos sonando en la rocola.

"En descanso, en descanso. Quédense en sus asientos, muchachos."

Joe miró hacia el espejo detrás de la barra y vio al Almirante Forrest abriéndose paso a través de la abarrotada habitación. El almirante se sentó ante la barra, al lado de Joe, quién tomó otro trago de su cerveza, sin siquiera llevar la mirada, ciertamente sin sonreír.

"El rumor dice que sobreviviste tu misión," le dijo Mac a Joe, ordenándole una coca light al cantinero. "Pero a mi me parece que extrajiste sin pulso o sentido del humor. ¿Estoy en lo correcto o estás aún vivo allí, hijo?"

"Bueno, recórcholis, Almirante," dijo Joe, mirando de forma arisca dentro a su cerveza. "No todos podemos ser toneles de risa todo el tiempo."

Mac asintió con seriedad. "No, no, tienes razón. No podemos." Asintió hacia el cantinero cuando el hombre puso un vaso alto de gaseosa sobre la barra. "Gracias." Miró por la barra y asintió a Blue McCoy, que estaba sentado a la derecha de Joe. "Teniente."

Blue le devolvió el saludo. "Es bueno verlo, Almirante."

Forrest se volvió nuevamente hacia Joe. "Escuché que tú y algunos de tus muchachos tuvieron un encuentro con Salustiano Vargas hace dos días."

Joe asintió, levantando la mirada hacia el hombre mayor. "Sí, señor."

"También escuché de Inteligencia que el rumor dice que Vargas se desvinculó de Diosdado y la Nube de la Muerte algún tiempo atrás."

Joe se encogió de hombros, dibujando líneas húmedas con la condensación de su vaso en la superficie del mostrador. Intercambió una mirada con Blue. "Vargas no fue capaz de confirmar la información de FInCOM después de que terminamos con él. Estaba demasiado muerto para hablar."

El Almirante Forrest asintió. "Escuché eso, también," dijo. Tomó un largo sorbo de su gaseosa, luego la colocó cuidadosamente sobre la barra. "Lo que no puedo entender es, ¿si Salustiano Vargas no estaba trabajando con Diosdado, por que los primeros informes FInCOM establecían que miembros de la Nube de la Muerte estaban inusualmente interesados en la programación de la visita del Príncipe Tedric?"

"FInCOM no es conocido por sus operaciones sin tachas," dijo Joe, una ceja elevada. "Alguien cometió un error."

"No lo sé, Joe." Mac se rascó la cabeza a través de su grueso cabello blanco. "Tengo este sentimiento de que el error está en asumir que los informes son verdaderos en cuanto a esta desavenencia entre Vargas y Diosdado. Creo que aún hay

una conexión entre ellos. Esos dos estuvieron demasiado cerca durante mucho tiempo.” Negó con la cabeza otra vez. “Lo que no puedo entender es por qué Salustiano Vargas –el francotirador número uno de Diosdado– se colocaría a sí mismo como un asesino suicida. No tenía ni una oportunidad de salir de allí con vida. Y ni siquiera le dio a su blanco.”

Joe tomó otro sorbo de cerveza. “Tuvo la oportunidad,” dijo. “Yo estaba en ese escenario, de espaldas al bastardo cuando disparó su primer tiro. No fue hasta que el segundo disparo impactó en el escenario a mi lado que comprendí que estaba disparando desde atrás y...”

Joe se congeló, su vaso a un cuarto de centímetro de sus labios. “Jesús, María y José.” Puso su cerveza de vuelta sobre la barra y miró de Blue al almirante. “¿Por qué un francotirador del calibre de Vargas falla un blanco fácil a la luz del día?”

“Suerte,” sugirió Blue. “Te moviste fuera del camino de la bala justo en el segundo preciso.”

“No lo hice,” dijo Joe. “No me moví en lo absoluto. Falló deliberadamente.” Se puso de pie, derribando el taburete. “Necesito un teléfono,” le dijo al cantinero. “Ahora.”

El cantinero se movió con rapidez y colocó el teléfono frente a Joe. Joe lo empujó frente al almirante.

“¿A quién estoy llamando?” preguntó Forrest secamente. “¿Por qué estoy llamando?”

“¿Por qué Salustiano Vargas fallaría deliberadamente su blanco?” preguntó Joe. Respondió su propia pregunta. “Porque el intento de asesinato era solo una distracción, establecida para hacer que la fuerza de seguridad FInCOM se relajara. Lo que inmediatamente hicieron, ¿correcto? Yo estoy fuera del cuadro. El resto del Escuadrón Alfa está fuera del cuadro. ¿Mac, cuántos agentes FInCOM están en el viaje del Príncipe Tedric ahora que el supuesto peligro ha pasado?”

Mac se encogió de hombros. “Dos. Creo.” Se inclinó hacia delante. “¿Joe, qué estás diciendo?”

“Que el verdadero ataque terrorista no ha sucedido aún. Maldición, al menos espero que no haya sucedido aún.”

La boca de Mac Forrest se abrió de golpe. “Jesse saltarán,” dijo. “¿El crucero?”

Joe asintió. “Con solo dos agentes FInCOM a bordo, ese crucero es el sueño de un terrorista hecho realidad.” Recogió el receptor del teléfono y se lo pasó al almirante. “Contáctelos, señor. Adviértales.”

Forrest marcó un número y esperó, sus ojos azules aceros en su desgastado rostro.

Joe esperó, también. Esperó, y rezó. Verónica estaba en esa nave.

Blue se puso de pie. “Voy a contactar al escuadrón,” le dijo con calma a Joe.

Joe asintió. “Mejor que sea todo el Equipo Diez,” le dijo a Blue en voz baja. “Si esto cae, va a ser grande. Vamos a necesitar toda la fuerza de trabajo que tengamos. Mientras estás en ello, toca la alerta con el comandante del Equipo Seis. Ingresa un requerimiento para tenerlos como apoyo, también.”

Blue asintió y desapareció en la dirección de la puerta y el teléfono público exterior.

Por favor, Dios, mantén a Verónica a salvo, rezó Joe. Por favor, Dios, que esté real, verdaderamente equivocado sobre la situación. Por favor Dios.

Forrest puso su mano sobre el receptor. “Llegué a la base naval en Washington State,” le dijo a Joe. “Se están comunicando con el crucero ahora.” Levantó la mano del receptor. “¿Si?” dijo al teléfono. “¿No lo están?” Miró a Joe, sus ojos oscuros con preocupación. “La nave no está respondiendo. Aparentemente, su radio está caída. La base los tiene en el radar, y se han desviado seriamente de su curso.” Negó con la

cabeza, su boca tensa con rabia y frustración. "Creo que nos pusimos en una situación de crisis."

Verónica observó un segundo helicóptero aterrizar sobre la cubierta.

Esto no podía estar pasando. Cinco horas antes, había estado almorzando con el Embajador Freder y su personal. Cinco horas antes todo había sido perfectamente normal a bordo del crucero Majestic. Tedric había estado durmiendo hasta tarde, como era su hábito. Ella se había obligado a comer una ensalada incluso aunque no tenía hambre, incluso aunque el estómago le dolía de extrañar a Joe. Señor, no creía que fuera posible extrañar a una persona de semejante manera. Se sentía hueca, vacía, y perdidamente desprovista de vida.

Y entonces una docena de hombres, vestidos de negro y cargando rifles automáticos y ametralladoras, saltaron de un helicóptero y pulularon por la cubierta del crucero, declarando que el Majestic estaba ahora bajo su control, y todos los pasajeros eran sus rehenes.

Parecía irreal, como alguna clase de extraña película que ella estaba de alguna forma involucrada en hacer.

Había menos de sesenta personas a bordo del pequeño crucero, incluyendo la tripulación. Estaban todos en cubierta, observando y esperando mientras las aspas del segundo helicóptero reducían la velocidad y se detenían.

Nadie emitió un sonido cuando las puertas se abrieron y varios hombres salieron.

Uno de ellos, un hombre con una pronunciada cojera que tenía una gorra de béisbol y anteojos de sol, sonrió un saludo a la silenciosa tripulación. Tenía una ancha, amistosa sonrisa de dientes blancos resaltada por una gruesa barba blanca. Sin decir una palabra, hizo un gesto a uno de los otros terroristas, quién empujó a los dos agentes FInCOM frente a ellos.

Los terroristas habían atado las manos de los dos agentes de seguridad a sus espaldas, y ahora, cuando fueron empujados de rodillas frente al barbudo, lucharon para mantener el equilibrio.

"¿Quién es usted?" uno de los agentes, una mujer llamada Maggie Forte exigió. "¿Qué es esto...?"

"Silencio," dijo el barbudo. Y luego sacó un revólver de su cinturón y les disparó a ambos agentes en la cabeza.

La esposa del Senador McKinley gritó y empezó a llorar.

"Solo para que sepan que nuestras armas son completamente reales," dijo el barbudo al resto de ellos con su suavemente acentuada voz, "y que hablamos en serio. Mi nombre es Diosdado." Hizo un gesto hacia los otros terroristas a su alrededor. "Estos hombres y mujeres trabajan para mí. Hagan lo que dicen, y estarán bien." Sonrió otra vez. "Por supuesto, no hay garantías."

Verónica miró la brillante sangre roja formando un charco debajo de los cuerpos de los agentes FInCOM. Estaban muertos. Así nada más, un hombre y una mujer estaban muertos. El hombre –Charlie Griswold, había dicho que era su nombre– acababa de tener un nuevo bebé. Le había mostrado fotos a Verónica. Había estado tan orgulloso, tan enamorado de su bonita joven esposa. Y ahora...

Dios la perdonara, pero en todo lo que podía pensar era en que gracias a Dios no era Joe. Gracias a Dios Joe no estaba aquí. Gracias a Dios no era la sangre de Joe desparramándose por la cubierta.

Diosdado cojeó hacia el Príncipe Tedric, que estaba parado ligeramente apartado del

resto de ellos.

“Así que finalmente nos volvemos a encontrar,” dijo el terrorista. Usó su ametralladora para arrojar de su cabeza el sombrero vaquero Stetson que Tedric tenía puesto.

Tedric lucía como si estuviera enfermo.

“¿Realmente pensaste que olvidaría el acuerdo que hicimos?” preguntó Diosdado.

Tedric miró hacia los dos agentes muertos que yacían sobre cubierta. “No,” murmuró.

“¿Entonces donde están mis misiles de largo alcance?” demandó Diosdado. “He estado esperando y esperando para que completaras tu parte del trato.”

Verónica no podía creer lo que estaba escuchando. ¿El Príncipe Tedric, involucrado en contrabando de armas? No habría creído que tuviera la audacia.

“Dije que lo intentaría,” siseó Tedric. “No hice promesas.”

Diosdado chasqueó la lengua. “Entonces fue muy malo de tu parte conservar el dinero,” dijo.

Tedric se enderezó con asombro. “Envié el dinero de regreso,” replicó. “No lo habría conservado. Mon Dieu. No me habría... atrevido.”

Diosdado lo miró con fijeza. Luego rió. “Sabes, en verdad te creo. Parece que mi buen amigo Salustiano intervino más de una vez. No es de extrañar que te quisiera muerto. Había interceptado dos millones de mis dólares que me estabas devolviendo.” Rió otra vez. “¿No es un giro interesante?” Se volvió hacia sus hombres. “Lleven a los otros rehenes abajo, y a Su Alteza al puente de mando. Veamos cuanto vale un príncipe coronado estos días. Todavía puedo conseguir mis misiles de largo alcance.”

El Equipo SEAL Diez estaba en el aire menos de diez minutos después de que el Almirante Forrest se contactara con la base naval en Washington State. Joe estaba sentado en el jet de la fuerza aérea con sus hombres, recibiendo informes casi continuos de un avión espía Blackbird SR-71 que estaba girando a veinticinco mil metros de altura sobre el crucero secuestrado, al norte del Océano Pacífico. El Blackbird estaba volando tan alto que los terroristas y rehenes a bordo del Majestic no podrían haberlo visto ni siquiera con binoculares de alto poder.

Pero con el equipo de alta tecnología del Blackbird, Joe podía ver el crucero. Las fotografías que estaban llegando eran bien definidas y claras.

Había dos cuerpos sobre la cubierta cerca de dos helicópteros de ataque de alta velocidad.

Dos cuerpos, dos charcos de sangre.

Informes más detallados mostraban que uno de los cuerpos vestía una falda, sus piernas estaban en un incómodo ángulo sobre la cubierta.

Un hombre, una mujer. Ambos muertos.

Joe estudió la fotografía, incapaz de ver las facciones de la mujer por toda la sangre. ¡Por favor, Dios, no dejes que sea Verónica! Levantó la vista para encontrar a Blue mirando sobre su hombro.

Blue negó con la cabeza. “No creo que sea ella,” dijo. “No creo que sea Verónica.”

Joe no dijo nada al principio. “Podría ser,” dijo finalmente, su voz baja.

“Si.” Asintió Blue. “Podría ser. Y si no lo es, es alguien a quién alguien más ama. Ya es una situación en donde no hay ganadores, Cat. No dejes que interfiera con lo que tenemos que hacer.”

“No lo haré,” dijo él. Sonrió, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos. “Ese bastardo

Diosdado no va a saber qué lo golpeó.”

Verónica estaba sentada en el comedor con los otros rehenes, preguntándose que iba a venir a continuación.

Tedric estaba sentado lejos de los otros, mirando a las paredes, la mandíbula apretada con fuerza, los brazos cruzados frente a él.

Era divertido, tanta gente había visto a Joe y pensado que era Tedric. Pero para Verónica, sus diferencias físicas eran claramente obvias. Los ojos de Joe eran más grandes y más oscuros, sus pestañas más largas. La barbilla de Joe era más fuerte, más cuadrada. La nariz de Tedric era más estrecha, y lucía ligeramente respingada al final.

Seguro, ambos tenía cabello y ojos oscuros, pero los ojos de Tedric se movían cuando hablaba, nunca se posaban en ninguna cosa. Verónica había trabajado durante horas y horas, intentando enseñarle al príncipe a mirar continuamente a las cámaras de TV. Joe, por otra parte, siempre miraba a todos directamente a los ojos. Tedric estaba en constante movimiento – dedos repiqueteando, pies golpeteando, cruzando y descruzando las piernas. La energía de Joe estaba cuidadosamente contenida. Podía sentarse absolutamente inmóvil, pero uno podía sentir su poder contenido. Casi vibraba con este, pero no distraía –al menos, no todo el tiempo.

Verónica cerró los ojos.

¿Iba a ver a Joe otra vez? Lo que daría por poner sus manos a su alrededor, por sentir sus brazos sosteniéndola.

Pero él estaba en Virginia. Era muy probable que ni siquiera hubiera escuchado sobre el secuestro aún. ¿Y que pensaría cuando lo descubriera? ¿Le preocuparía siquiera? Había sido tan frío, tan formal, tan distante durante su última conversación.

Diosdado había abierto comunicaciones tanto con el gobierno de Estados Unidos como con el de Ustanzia. Ustanzia estaba lista para enviar los misiles que los terroristas querían, pero los Estados Unidos estaban en contra de hacerlo. Ahora los dos gobiernos estaban en desacuerdo, con los Estados Unidos amenazando con abandonar cualquier futura ayuda si Ustanzia cedía a las demandas de los terroristas. Pero el Senador McKinley estaba a bordo del Majestic, también. Así que entre el senador y el Príncipe Coronado Tedric, Diosdado había ganado el premio gordo.

Pero premio gordo o no, Diosdado estaba perdiendo la paciencia.

Entró cojeando a la habitación ahora, y todos los rehenes se tensaron.

“Los hombres de un lado, y las mujeres del otro,” dijo el líder de la Nube de la Muerte, dibujando una línea imaginaria en el centro de la habitación con sus brazos.

Todos se quedaron mirando con fijeza. Nadie se movió.

“¡Ahora!” ordenó bastante suavemente, levantando su arma para dar énfasis.

Todos se movieron. Verónica se paró en el lado derecho de la línea imaginaria con el resto de las mujeres. Había solo catorce mujeres a bordo, comparadas con los cuarenta hombres al otro lado del comedor.

La Sra. McKinley estaba temblando, y Verónica estiró la mano y tomó los helados dedos de la mujer mayor.

“Así es como va a funcionar,” dijo Diosdado amablemente. “Vamos a empezar con las mujeres. Van a subir al puente de mando, a la sala de radio, y van a hablar con su gobierno. Van a convencerlos de que nos den lo que queremos, y que mantengan su distancia. Van a decirles que a partir de una hora, vamos a empezar a eliminar a nuestros rehenes, uno por hora, a cada hora.”

Hubo un murmullo en la multitud, y la Sra. McKinley se aferró con más fuerza a la mano de Verónica.

"Y," dijo Diosdado, "pueden decirles que una vez más vamos a empezar con las mujeres."

"¡No!" gritó uno de los hombres.

Diosdado se giró y disparó su arma, impactando al hombre en la cabeza. Varias personas gritaron, muchas se tiraron al piso buscando cobertura.

Verónica giró hacia otro lado, asqueada. Así nada más, otro hombre estaba muerto.

"¿Alguien más tiene alguna objeción?" preguntó Diosdado amablemente.

Excepto por el sonido de apagados sollozos, los rehenes permanecieron en silencio.

"Tú y tú," dijo el terrorista, y pasaron varios minutos antes de que Verónica comprendiera que le estaba hablando a ella y a la Sra. McKinley. "A la sala de radio."

Verónica levantó la vista al reluciente hielo de los oscuros ojos de Diosdado, y lo supo. Iba a ser la primera. Tenía solo una hora más para vivir.

Una muy corta hora.

Incluso si Joe sabía, incluso si a Joe le importaba, no había nada que pudiera hacer para salvarla. Él estaba al otro lado del país. No había forma de que pudiera alcanzarla dentro de una hora.

Iba a morir.

Capítulo 21

Joe estaba de pie en la sala de información del USS Watkins, e intentaba idear un plan para que el Equipo SEAL Diez pudiera subir al Majestic, y los rehenes pudieran bajar.

"Vigilancia infrarroja muestra que la mayoría de los rehenes están en el comedor del barco," informó Blue. Señaló la localización sobre un plano del crucero que estaba extendido sobre la mesa junto a todos los otros mapas y gráficos y fotografías. "Podemos aproximarnos al atardecer, pasando por debajo del radar con botes inflables, trepar por los costados del Majestic, y sacar a los rehenes sin que los terroristas se den cuenta."

"Una vez que todos estén evacuados del crucero," dijo Harvard con una dura sonrisa, "pateamos sus traseros todo el camino al infierno."

"Necesitaremos apoyo aéreo," dijo Joe. "Al primer signo de problemas, Diosdado va a rajarse en uno de esos helicópteros que tiene en la cubierta. Quiero estar seguro de que tengamos algunos aviones de caza preparados, listos para derribarlo a tiros si fuera necesario."

"Lo que necesitas," dijo el Almirante Forrest, entrando a la habitación, "es la aprobación del presidente. Y ahora mismo, lo que él quiere es sentarse quieto, esperar a ver que harán los terroristas a continuación."

El intercomunicador del puente de mandos crepitó a la vida. "Tenemos un informe desde el Majestic," dijo una voz por el altavoz.

"Otro rehén está muerto. Los terroristas dicen que matarán a un rehén cada hora hasta que obtengan veinte millones de dólares o un embarque de misiles de largo alcance."

Otro rehén estaba muerto. Joe no podía respirar. Dios ayudara a Diosdado si había siquiera tocado a Verónica. Miró por la habitación los sombríos rostros de sus hombres. Que Dios ayudara al bastardo, de todas formas. El Equipo SEAL Diez estaba tras él ahora.

El teléfono sonó, y Cowboy levantó el auricular. "Jones," dijo. Le tendió el receptor al almirante. "Señor, es para usted." Tragó. "El presidente."

Forrest tomó el teléfono. "¿Sí, señor?" Asintió, escuchando afanosamente, luego levantó la vista a Joe. Dijo solo una palabra, pero era la palabra que Joe había estado esperando.

"Vayan."

Cuando el sol empezaba a ponerse, la Sra. McKinley fue llevada de regreso al comedor, dejando a Verónica sola con Diosdado y uno de sus seguidores.

"Justo ahora, te estás preguntando cómo te metiste en este lío," le dijo Diosdado a Verónica, ofreciéndole un cigarrillo de su atado.

Ella negó con la cabeza.

"Está bien," dijo él. "Puedes fumar si quieres." Rió. "Después de todo, no tienes que preocuparte por morir de cancer de pulmón, ¿verdad?"

"Justo ahora," dijo Verónica con calma forzada, "me estoy preguntando como luciría su cabeza... en una pica."

Diosdado rió, y le tocó la mejilla. "Ustedes los británicos son tan sanguinarios."

Ella tiró su cabeza hacia atrás, asqueada. El rió nuevamente.

"Todos van a morir," dijo. "Todos los rehenes. Deberías estar agradecida de que tu muerte vaya a ser sin dolor."

Joe encontró los ojos de Blue en la oscuridad del corredor fuera del comedor. Ambos tenían puestos auriculares y micrófonos, pero a esta proximidad de los terroristas, estaban en silencio. Joe asintió una vez y Blue asintió en respuesta.

Iban a entrar.

La puerta estaba abierta una rendija, y sabían por haber mirado que ambos guardias les daban la espalda. Ambos guardias tenían Uzis, pero sus posturas eran relajadas, sin sospechas de problemas.

Joe sonrió sombríamente. Bueno, aquí llegaban problemas con P mayúscula. Señaló a Blue y luego a los guardias a la izquierda. Blue asintió. Joe sostuvo en alto tres dedos, dos dedos, uno...

Abrió la puerta de un empujón, y él y Blue entraron a la habitación como si fueran un cuerpo con un único cerebro controlándolo. El guardia a la izquierda giró, levantando su Uzi. Joe disparó una vez, el sonido del disparo apagado por el silenciador. Agarró la Uzi cuando el hombre cayó, volviéndose para ver a Blue bajar al otro guardia, con la cabeza en un ángulo extraño, al suelo.

Los rehenes no emitieron un sonido. Miraban con fijeza, sin embargo. La habitación entera apestaba a miedo.

"Comedor seguro," dijo Blue al micrófono. "Traigamos algo de respaldo aquí abajo, muchachos." Se volvió hacia los rehenes. "Somos Navy SEALs de los Estados Unidos," les dijo en su suave acento sureño mientras Joe examinaba la multitud en busca de Verónica. "Con su cooperación, estamos aquí para llevarlos a casa."

Hubo un murmullo de voces, preguntas, demandas. Blue levantó ambas manos. "No estamos fuera de peligro aún, amigos," dijo. "Me gustaría pedirles que permanezcan en silencio y se muevan rápidamente y con calma cuando les digamos."

Verónica no estaba aquí. Si no estaba aquí, eso quería decir...

"Verónica St. John," dijo Joe, su voz quebrándose con el esfuerzo de permanecer tranquilo. Solo porque no estaba aquí no necesariamente quería decir que estaba muerta, ¿verdad? "¿Alguien sabe donde está Verónica St. John?"

Una mujer mayor con cabello encanecido levantó su mano. "En el puente de mando," dijo con voz temblorosa. "Ese hombre, ese asesino, va a matarla a las seis en punto. Se llevaron al príncipe a alguna parte, también."

El reloj en la pared decía cinco cincuenta y cinco.

El reloj de Joe decía lo mismo.

Se volvió para mirar a Blue, quien ya estaba hablando en su micrófono. "Harvard y Cowboy, traigan sus culos aquí abajo a toda prisa. Tenemos que sacar a esta gente del barco, rápidamente, y ustedes son los que van a hacerlo." Con Blue a solo unos pasos detrás, Joe deslizó la correa de la Uzi sobre su hombro junto con su ametralladora HK y se dirigió corredor abajo a la carrera.

"Lo siento," dijo Diosdado a la radio, sin sonar para nada arrepentido. "Su promesa de depositar veinte millones en mi cuenta bancaria en Suiza no es suficiente. Les di tiempo más que suficiente para hacerlo. Quizás lo hagan antes de que el próximo rehén muera, ¿mmm? Piensen en ello. Esta comunicación ha terminado."

Con un rápido movimiento de su muñeca, apagó la radio. Tomó un sorbo de café antes de enfrentar a Verónica.

"Lo siento tanto," dijo. "Tu gobierno te defraudó. No creen que valgas veinte millones de dólares."

"Pensé que quería misiles," dijo Verónica. "No dinero."

Eran las 6:01 P.M. Quizás si pudiera mantenerlo hablando, quizás si pudiera entretenerlo con algo, algún milagro ocurriría. Como mínimo, viviría unos pocos minutos más. Ya había vivido un minuto más de lo que pensaba que viviría.

"Cualquiera estaría bien," dijo Diosdado con un encogimiento de hombros. Se volvió hacia su guardia. "¿Dónde está nuestro principito? Lo necesito aquí."

El hombre asintió y dejó la habitación.

Verónica se sentía increíblemente tranquila, remarcablemente ecuánime, considerando que, milagros a un lado, iba a tener una bala en la cabeza en cuestión de minutos.

No iba a ver otro amanecer. No iba a ver la hermosa sonrisa de Joe, escuchar su contagiosa risa otra vez. No iba a tener la oportunidad de decirle que había estado equivocada, que lo quería durante todo el tiempo que él estuviera dispuesto a darle.

Enfrentar su propia muerte le hacía verlo todo tan claramente. Amaba a Joe Catalanotto. Así que y qué si era un Navy SEAL. Era lo que él era, lo que hacía. Era bastante probablemente la razón por la que se había enamorado de él. Era lo mejor de lo mejor en tantas formas diferentes. Si por ser un SEAL tenía que vivir al límite y burlar a la muerte, que así fuera. Aprendería a sobrelvarlo.

Pero no iba a tener la oportunidad de hacer eso. Porque por sus propios miedos y debilidades, había alejado a Joe. Había resignado los pocos momentos de felicidad que podría haber tenido con él. Había renunciado a un prolongado beso de despedida. Había renunciado a una llamada telefónica que podría haber estado llena de susurros "Te amo" en lugar de forzadas disculpas y heladas excusas.

Que irónico que ella fuera la que iba a padecer una muerte violenta y horrible.

Cuatro minutos después de las seis.

"¿Qué puede estar tomándoles tanto tiempo?" meditó Diosdado. Le sonrió a

Verónica. "Lo siento tanto, querida. Se que debes estar ansiosa para terminar con esto. Yo mismo lo estaría, pero cuando el Príncipe Tedric llegue, vamos a jugar un jueguito. ¿Quieres saber las reglas?"

Verónica miró a los ojos al hombre que iba a asesinarla. "¿Por qué hace esto?" preguntó.

"Porque puedo." Los ojos se entrecerraron ligeramente. "¿No tienes miedo, verdad?" preguntó él.

Estaba aterrorizada. Pero que fuera maldita si iba a dejarlo saber eso. Replicó, "Estoy entristecida. Hay un hombre al que amo, y nunca va a saber cuanto lo amo realmente."

Diosdado rió. "¿No es eso trágico?," dijo. "Eres tan patética como el resto de ellos. Y pensar que por un momento realmente estaba considerando perdonarte."

Cinco minutos después de las seis.

Él nunca había tenido la intención de perdonarla. Era solo otro de sus juegos mentales. Verónica no permitió que ninguna expresión cruzara su rostro.

"No me dejaste contarte sobre este juego que vamos a jugar," continuó el terrorista. "Se llama '¿Quién es el asesino?' Cuando el Príncipe Tedric entre, pondré un arma sobre la mesa de allí." Palmeó la mesa. "Y entonces, con mi arma apuntada hacia él, le ordenaré recoger el arma y dispararte una bala a la cabeza." Rió. "¿Piensas que lo hará?"

"¿No tiene miedo de que se vuelva y use el arma contra usted?"

"¿El Príncipe Tedric?" Diosdado dejó escapar un resoplido despectivo. "No. El hombre no tiene... agallas." Negó con la cabeza. "No, será tu cerebro el que esté sobre estas lindas ventanillas, no el mio."

La puerta se abrió tentativamente, y el Príncipe Tedric entró al puente de mando. Aún tenía puesto su sombrero vaquero, empujado bajo sobre el rostro. Pero su chaqueta estaba desabrochada. Eso era extraño –seguramente un signo de su abatimiento. Verónica nunca lo había visto lucir nada menos que remilgado.

"Su Realeza," dijo Diosdado. Se inclinó en una burlona reverencia. "Creo que está familiarizado con la Srta. Verónica St. John, ¿sí?"

Tedric asintió. "Si," dijo él. "Conozco a Ronnie."

¿Ronnie?

Verónica levantó la vista a Tedric con sorpresa –y se encontró con la cálida mirada marrón de Joe.

¡Joe! ¿Aquí?

El torrente de emociones fue intenso. Verónica nunca había estado tan feliz de ver a alguien en toda su vida. O tan atemorizada. Señor, por favor, no dejes que Joe sea asesinado, también...

"Agáchate," vocalizó Joe en silencio.

"Vamos a jugar un jueguito," estaba diciendo Diosdado.

"Tengo un juego para ti," dijo Joe con el acento Ustanziano de Tedric. "Se llama 'Mostrar y decir'."

Sacó la ametralladora más grande que Verónica había visto en su vida de debajo de su chaqueta abierta y apuntó a Diosdado.

"Yo te muestro mi arma," terminó Joe con su voz normal, "y tú te quedas inmóvil. Luego le dices a tu ejército que se rinda."

Diosdado no se quedó inmóvil. Levantó su arma.

Verónica se zambulló al suelo cuando Joe abrió fuego. El ruido fue increíble, y el olor a pólvora llenó el aire. Pero tan rápidamente como había empezado, terminó. Y luego Joe estuvo a su lado en el piso, atrayéndola a sus brazos.

“¡Ronnie! ¡Dios, dime que estás bien!”

Ella se aferró a su cuello. “¡Oh, Joe!” Se inclinó hacia atrás. “¿Estás bien?” Parecía estar en una pieza, a pesar de todas las balas que habían estado volando solo momentos antes.

“No te lastimó, ¿verdad?”

Verónica negó con la cabeza.

Él la besó, con fuerza, en la boca y ella cerró los ojos, atrayéndolo más cerca, devolviéndole el beso con igual fuerza y pasión. Dio la bienvenida a su sabor familiar, mareada de alivio y un sentido de pertenencia que nunca antes había experimentado. Había venido a salvarla. De alguna forma lo había sabido, y había venido.

“Bien,” dijo Joe, su voz ronca mientras se alejaba. “Supongo que esta es probablemente la única situación donde estarías feliz de verme, ¿eh?”. Sonrió, pero hubo un destello de remordimiento en sus ojos cuando se quitó la chaqueta de Tedric, revelando alguna clase de uniforme y chaleco oscuros debajo.

Hablaba en serio. Honestamente pensaba que la única razón por la que estaba feliz de verlo era porque había venido a salvarle la vida. “No, Joe...” dijo, pero él la detuvo, poniéndose de pie y tirando de ella hasta ponerla de pie.

“Vamos, nena, tenemos que seguir moviéndonos,” dijo Joe. “En unos treinta segundos, este lugar se va a llenar con tangos que escucharon el tiroteo. Tenemos que salir de aquí.”

“Joe...”

“Dímelo mientras nos movemos,” dijo él, no con poca amabilidad, cuando la empujó hacia la puerta. Ella dudó solo un segundo, mirando sobre su hombro a donde Diosdado había estado parado solo momentos antes.

“¿Está...?”

Joe asintió. “Sí.” Sosteniendo su mano, la guió gentilmente corredor abajo. Ella estaba temblando ligeramente, pero más allá de eso parecía estar bien. Por supuesto, era enteramente posible que el shock de lo que acababa de pasar no hubiera comenzado. Aún así, tenían que moverse mientras pudieran. “¿Puedes correr?” le preguntó.

“Sí,” dijo ella.

Se pusieron en marcha corredor abajo con un trote fácil.

Ella aún estaba sosteniendo su mano, y se la apretó ligeramente. “Te amo,” dijo.

Joe la miró. Sus ojos estaban brillantes con lágrimas no derramadas, pero se las arregló para sonreír cuando él encontró su mirada. “No creí que tendría la oportunidad de decírtelo nunca más,” explicó. “Y se que no estamos fuera de peligro, así que quería asegurarme de que lo supieras, en caso...”

Verónica tenía razón –no estaban fuera de peligro. Estaban en el lado opuesto del barco al punto de extracción, y los tangos seguramente habían sido alertados del hecho de que había intrusos a bordo. Seguramente habían notado que sus rehenes estaban perdidos y su líder estaba muerto. El Equipo SEAL Diez había sacudido un gigante panal de avispas –y Joe y Verónica estaban aún en medio de él.

Pero Joe no iba a decirle eso a Verónica. Podían salir de esto. Maldita sea, saldrían de esto. Era un SEAL y estaba armado hasta los dientes. Varias docenas de terroristas no tenían ninguna oportunidad contra él. Diablos, con las apuestas así de altas, con la vida de la mujer que amaba en riesgo, podía enfrentarse a varios cientos y ganar.

Joe disminuyó la velocidad, atisbando por la esquina, asegurándose de que no estuvieran por correr de cabeza dentro de un pelotón de terroristas. Verónica lo amaba, e incluso a pesar de que no lo amaba lo suficiente para casarse con él, ya no le importaba. Honestamente no le importaba. Si hubiera llegado cinco minutos más

tarde, si ese malvado bastardo Diosdado no hubiera querido jugar juegos con sus víctimas, si un número de cosas hubieran sido diferentes, habría perdido a Verónica permanentemente. El pensamiento lo volvía loco. Podría haber sido asesinada, y él estaría solo, sin ella por siempre y para siempre.

Pero no había sido asesinada. A ambos les había sido dada una segunda oportunidad, y Joe no iba a desperdiciarla. Y quería dejar claros sus sentimientos hacia ella –ahora– antes de que se alejara de él otra vez.

“Cuando todo esto termine,” dijo casi conversacionalmente, “después de que hayas salido de este barco y estés segura en tierra firme, vas a tener que acostumbrarte a que vaya a visitarte. No tienes que casarte conmigo, Ronnie. No tiene que ser algo permanente. Pero tengo que decírtelo ahora mismo –no tengo intención de dejar que lo que hay entre nosotros se pierda, ¿me sigues?”

Silenciosamente, ella asintió.

“Bien,” dijo Joe. “No tienes que salir conmigo en público. No tienes que reconocer nuestra relación para nada ante tus amigos, ni tu familia. Seguiré entrando a hurtadillas por tu puerta trasera, nena, si así es como lo quieres. Puedes sencillamente seguir visitando los barrios bajos. No me importa un carajo, porque te amo.” Al diablo con su orgullo. Al diablo con todo. La tomaría de cualquier forma en que pudiera tenerla.

“¿Visitando los barrios bajos?” repitió Verónica, con sorpresa en su voz. “Que...”

“Mis disculpas, Romeo,” llegó la voz de Blue al auricular de Joe, y Joe alzó su mano, cortando a Verónica, “pero pensé que querías saber que he extraído con mi equipaje real. Ronnie es el último civil a bordo. Los tingos saben que algo está sucediendo, así que muévelo, Cat –rápido. El USS Watkins se está poniendo en posición, recogiendo los botes inflables con los rehenes. Voy a volver al Majestic para ayudarte...”

“No,” interrumpió Joe. Verónica estaba observándolo, con esa mirada en su rostro que significaba que se estaba muriendo por hablar. El negó con la cabeza, tocando su micrófono mientras hablaba con su XO. “No, Blue, necesito que permanezcas con el príncipe,” ordenó. “Pero asegúrate de que haya un bote esperando por mi y Ronnie al final de esa cuerda en la proa de este barco.”

“Lo tienes,” dijo Blue. “Te veo en el Waltkins.”

“Copiado,” replicó Joe.

Verónica observó a Joe. ¿Visitando los barrios bajos? ¿Qué había querido decir? Entonces recordó lo que le había dicho. Mundos distintos. Ella había hablado sobre sus diferentes mundos cuando había rechazado su proposición matrimonial. Se había estado refiriendo a las diferencias entre su natural respuesta al peligro, su emoción por la aventura, y los miedos de ella de dejarlo ir. ¿La había él malentendido de alguna forma? ¿Realmente había pensado que había estado hablando sobre sus supuestas diferencias de clase social –asumiendo que algo tan absurdo como la clase social existía siquiera? ¿Podía en verdad haber pensado que ella sentía aversión por algo tan ridículo como de dónde venía él o dónde había crecido?

Verónica abrió la boca, a punto de hablar, cuando de repente, de algún lugar del barco, hubo un enorme, siseante sonido, como un cohete siendo lanzado.

“¿Qué fue eso?” jadeó Verónica.

Pero Joe estaba escuchando otra vez, escuchando las voces en su auricular.

“Copiado,” dijo él al micrófono. Se volvió hacia Verónica. “Los T’s están disparando contra los rehenes. Devuelvan el fuego,” ordenó. Escuchó otra vez. “Van a tener que hacerlo,” dijo lacónicamente. “Estamos abajo, fuera de la sala de juegos, pero eso va a cambiar realmente pronto. Te mantendré informado de mi posición. Simplemente usa ese equipo de alta tecnología para asegurarte de que apuntas cuando disparas.

Dispara ahora. ¿Me copias? Dispara ahora.”

“¡Mi Dios!” dijo Verónica. Joe acababa de dar una orden para que los hombres en el USS Watkins devolvieran el fuego al crucero... mientras ella y Joe estaban aún a bordo!

Una ensordecedora explosión del tipo que Verónica nunca antes había escuchado tronó a su alrededor. El misil del USS Watkins balanceó el barco entero, pareciendo elevarlo fuera del agua y volver a arrojarlo hacia abajo.

Joe agarró la mano de Verónica y la empujó con él por el corredor.

“Muy bien, Watkins,” dijo al micrófono. “Nos estamos dirigiendo fuera de la sala de juegos, hacia la proa del barco.” Había un tramo de escaleras que llevaba hacia la cubierta. Hizo un ademán con su mano para que Verónica se quedara donde estaba mientras él trepaba hacia arriba y atisbaba por el borde. Hizo un ademán para que lo siguiera. “Dirigiéndonos a la cubierta de recreación,” dijo al micrófono mientras trepaba la escalera y se orientaba, permaneciendo en las sombras y mirando los alrededores. Verónica no estaba segura de lo que vio, pero no lo hizo feliz. “No vamos a llegar al punto de extracción,” dijo. “Tenemos que encontrar otra forma de salir...”

Entonces Joe lo vio –el perfecto vehículo de escape– y sonrió. Los helicópteros de Diosdado estaban allí, esperando ser secuestrados. Pero esta vez por los chicos buenos.

Estaban a unos veinte metros del helicóptero. Veinte metros de la libertad.

“Dirigiéndonos a los helicópteros sobre la cubierta,” dijo a su micro. “Haz que esos misiles sigan llegando, pero mantenlos lejos de nosotros.”

Quince metros. Diez. Dios, iban a lograrlo. Iban a...

Todo el infierno se desató.

Era un pequeño escuadrón de T’s –solo unos cinco de ellos– pero salieron de ninguna parte.

Joe tuvo su arma en alto y disparando mientras se paraba frente a Verónica. Sintió el impacto de una bala golpearlo en el bajo vientre, debajo del borde de su chaqueta antibalas, pero no sintió ningún dolor, solo furia.

Maldita sea, no iba a dejar morir a Ronnie. No había una maldita forma en que fuera a dejarla morir. No ahora. No cuando estaba tan cerca de llevarla a la seguridad...

Sus balas chocaban contra los terroristas, derribándolos, o alejándolos de él en busca de protección. Pero el sonido del tiroteo atraía a más de ellos hacia él.

Su mente registró la primera sensación de dolor. ¿Dolor? La palabra no estaba ni cerca de describir la candente, chamuscante energía que sentía a cada paso, cada movimiento. Le habían disparado en las tripas, y cada fuerte latido de su corazón estaba bombeando la sangre fuera de su cuerpo. No pasaría mucho tiempo antes de que se desangrara a muerte. Aún disparando su arma, intentó detener el flujo. Había sido entrenado como médico de campo –todos los SEALs lo fueron. Había sido entrenado para proporcionar los primeros auxilios a sus hombres, e incluso a sí mismo. Necesitaba aplicar presión, pero era difícil con una herida de este tamaño. La bala lo había penetrado, dejando una herida de salida en su espalda, a través de la cual también se desangraba.

Dios, el dolor.

Durante todo esto, siguió andando. Si podían alcanzar el helicóptero, podía aún sacar a Ronnie volando fuera de aquí. Si podían alcanzar el helicóptero, desangrándose o no, muriendo o no, podía llevar a Ronnie al Watkins.

La puerta del ave estaba abierta –Dios estaba de su lado– pero Joe parecía no tener la fuerza para empujar a Verónica dentro. “Dios querido, estás sangrando,” la escuchó decir. La sintió empujarlo arriba y dentro de la cabina del piloto. Y entonces, maldición si no agarró su arma extra, y se volvió y disparó por la puerta abierta, manteniendo a

los T's a raya mientras, a través de una niebla, Joe encendía el motor. Podía volar cualquier cosa, se dijo a sí mismo una y otra vez, esperando que la letanía de alguna forma hiciera responder a su cerebro. No habían hecho un helicóptero que él no pudiera manejar. Pero sus brazos parecían de plomo y sus piernas no estaban funcionando correctamente. Aún así, tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo, o Verónica iba a morir junto a él.

Y entonces, milagro de milagros, estaban arriba. Estaban en el aire y alejándose del barco.

"Salimos del Majestic," dijo Joe con voz chirriante al micrófono. "Lancen un ataque a escala completa."

El mundo se desdibujó un segundo, y luego chasqueó bruscamente en foco.

Era humo lo que veía saliendo del motor. Dulce Jesús, el helicóptero debía haber sufrido un impacto directo. De alguna forma, Joe había levantado la maldita cosa, pero no iba a permanecer en el aire mucho más tiempo.

"Diles que necesitas un médico preparado," dijo Verónica.

"Tenemos problemas más grandes," le dijo Joe.

Ella vio el humo, y sus ojos se agrandaron, pero su voz no vaciló cuando le dijo otra vez, "Te dispararon. Asegúrate de que alguien en el Watkins sepa eso, Joe."

"No vamos a llegar al Watkins," dijo Joe. Habló a su micrófono. "Blue, te necesito, hombre."

"Estoy aquí, y te veo," el familiar acento sureño de Blue sonó en sus oídos. "Estás dejando un rastro de humo como un cigarro barato, Cat. Estoy saliendo a tu encuentro."

"Bien," dijo Joe. "Porque voy a bajar esta ave, y Ronnie va a saltar al agua, ¿me copias?"

"No voy a ningún lado sin ti," dijo Verónica, añadiendo en voz alta, lo bastante fuerte para que Blue escuchara, "Joe ha sido herido, y esta sangrando mucho."

"Tengo un médico preparado," le dijo Blue a Joe. "¿Es malo, Cat?"

Joe ignoró la pregunta de Blue. "Voy a ir justo detrás de ti, Ronnie," le dijo a Verónica, sabiendo malditamente bien que le estaba diciendo una mentira. "Pero no voy a abandonar esta ave hasta que estés fuera."

Podía ver la indecisión en sus ojos. No quería dejarlo.

Dios, se estaba mareando, y este helicóptero se estaba volviendo más y más difícil de manejar mientras lo dejaba suspendido a tres metros sobre la superficie del agua. La combinación no era buena.

"Ve," dijo.

"Joe..."

"Nena, por favor..." No podría mantenerlo mucho más tiempo.

"¿Me prometes que irás justo detrás de mí?"

Él asintió, rogándole a Dios que lo perdonara por su mentira. "Lo prometo."

Ella abrió la puerta. "Quiero que nos casemos enseguida," dijo ella, y luego desapareció.

El agua estaba helada.

Rodeó a Verónica, estrujándole el pecho cuando salió a la superficie e intentó inhalar aire.

Pero entonces un bote estaba allí, y varias manos se estiraron, levantándola.

Verónica ignoró el frío cuando se volvió a mirar el helicóptero, suspendido sobre las olas, sus aspas convirtiendo al océano en picadas olas espumosas. Alguien envolvió una manta a su alrededor -Blue, era Blue McCoy, el oficial ejecutivo de Joe.

La columna de humo del helicóptero era más oscura, más densa. Y el helicóptero

parecía tambalearse en lugar de permanecer inmóvil.

“¿Por qué no saltará?” se preguntó en voz alta.

Antes de que terminara de hablar, el helicóptero dio un salto hacia delante y abajo – dentro del agua.

Pudo escuchar gritos –era la voz de Blue– y no podía creer que el sonido –algún sonido, cualquier sonido, no estuviera saliendo de su propia garganta.

El helicóptero se estaba hundiendo bajo las olas, llevándose a Joe con él, llevándose todas sus esperanzas y sueños para un futuro.

“¡No!” gritó, la palabra arrancada de su garganta estranguladamente.

“Voy a ir tras él.” Era Blue. “Lleven este bote más cerca.”

“Señor, no puedo dejarlo hacer eso,” dijo un hombre joven con uniforme naval. Su rostro estaba pálido. “Si el helicóptero no lo arrastra hacia abajo, el agua es tan fría, que lo matará. No durará más de cinco minutos antes de que la hipotermia comience.”

“Lleve el maldito bote más cerca, Oficial,” dijo Blue, su voz tan fría como el agua de Alaska. “Soy un SEAL, y es mi comandante el que está allí abajo. Voy a ir tras él.”

El agua estaba helada.

Despertó a Joe de su neblina cuando lo salpicó en el rostro.

Maldición, había caído. No recordaba haber caído. Todo lo que recordaba era a Ronnie –Ronnie diciéndole que quería... ¿casarse con él?

La última bolsa de aire salió con un burbujeo de la cabina del helicóptero.

De ninguna forma iba a morir. Ronnie quería casarse con él. De ninguna forma iba a ahogarse. O desangrarse hasta la muerte, maldita sea.

El agua estaba fría como el diablo, pero eso retrasaría la pérdida de sangre.

Todo lo que tenía que hacer era poner a trabajar sus brazos y piernas.

Pero dolía.

Cada simple célula de su cuerpo dolía, y necesitaba demasiado maldito esfuerzo para levantar aunque sea un dedo.

Esto era peor que cualquier cosa que hubiera experimentado, peor incluso que la Semana del Infierno, la agonizante semana final del entrenamiento SEAL por la que había pasado varios años atrás.

Nunca había querido nada con tanta fuerza como había querido ser un SEAL. Lo había hecho pasar por el esfuerzo sin pausa, el dolor, las agonizantes demandas físicas. “Tienen que quererlo lo suficiente,” uno de sus instructores les había gritado, día tras día, hora tras hora. Y Joe lo había hecho. Había querido ser un SEAL. Lo había querido lo suficiente.

Había querido ser un SEAL casi tanto como quería a Verónica St. John.

Y ella estaba allí, allí arriba, por encima de la superficie de esa agua glacial, esperándolo. Todo lo que tenía que hacer era dar un puntapié, empujar para liberarse y la tendría. Para siempre. Todo lo que tenía que hacer era quererlo lo suficiente.

Verónica miró el agua, en el lugar donde primero el helicóptero y luego Blue habían desaparecido.

Por favor, Dios, si me concedes esto, nunca más te pediré nada.

Los segundos se convirtieron en un minuto. Dos. Tres...

¿Era posible para un hombre contener la respiración durante tanto tiempo, mucho

menos buscar a un hombre herido, que se estaba ahogando...?

Por favor, Dios.

Y entonces, de repente, un cuerpo salió con violencia de debajo la superficie del agua. Verónica se esforzó por ver en el área iluminada por los reflectores. Era esa una cabeza o...

¡Dos! ¡Dos cabezas! ¡Blue había encontrado a Joe!

Estalló un vitoreo de los marineros a bordo del bote, y rápidamente maniobraron más cerca de los dos hombres, y los sacaron del agua.

Dios querido, era Joe, y estaba respirando. Verónica permaneció a un lado mientras los médicos cortaban las ropas mojadas de su cuerpo. Oh, Señor, le habían disparado en el abdomen, justo por encima de la cadera. Observó, aferrando su propia manta con más fuerza a su alrededor mientras él era envuelto en una manta y una intravenosa era insertada en su brazo.

"Cat estaba subiendo cuando yo estaba llegando a él," dijo Blue, el respeto pesado en su voz. "Creo que lo hubiera logrado, incluso sin mí. No quería morir. No hoy."

Joe estaba flotando dentro y fuera de la conciencia, aún así giró su cabeza, buscando algo, alguien...

"Ronnie." Su voz era solo un susurro, pero se estiró buscándola, y ella tomó su mano.

"Estoy aquí," dijo ella, presionando sus dedos contra sus labios.

"¿Lo decías en serio?" Estaba luchando con fuerza para permanecer consciente. Estaba luchando, y ganando. "¿Cuándo dijiste que te casarías conmigo?"

"Si," dijo ella, luchando su propia batalla contra las lágrimas que amenazaban escapar.

Joe asintió. "Sabes, no voy a cambiar," dijo. "No puedo fingir ser algo que no soy. No soy un príncipe o un duque o..."

Verónica lo cortó con un beso. "Eres mi príncipe," dijo.

"Tus padres van a odiarme."

"Mis padres van a amarte," contradijo ella. "Casi tanto como yo."

Él sonrió entonces, ignorando el dolor, estirándose para tocar el costado de su rostro. "¿Realmente piensas que esto puede funcionar?"

"¿Me amas?" preguntó Verónica.

"Absolutamente."

"Entonces funcionará." El bote se estaba acercando al costado del USS Watkins, donde un doctor estaba esperando. Por lo que Verónica había recogido de los médicos, ellos creían que la bala había pasado a través del cuerpo de Joe, evitando estrechamente sus órganos vitales. Había perdido muchísima sangre, y tenía que ser suturado y tratado por infección, pero podría haber sido peor. Podría haber sido muchísimo peor.

Joe sintió que lo colocaban en una camilla. Tuvo que soltar la mano de Ronnie cuando lo subieron a la cubierta del Watkins.

"Te amo," dijo ella.

Estaba sonriendo cuando el doctor se le acercó, sonriendo cuando la enfermera añadió analgésicos a su tubo intravenoso, sonriendo cuando se entregó a la droga y dejó que la oscuridad finalmente se cerrara a su alrededor.

Joe miró con fijeza el techo blanco de la enfermería durante un buen tiempo antes de comprender donde estaba y por que no podía moverse. Aún estaba sujeto a una cama.

Dolía como el diablo. Le habían disparado. Lo habían suturado.

Le había sido prometida una vida llena de felicidad y la hermosa sonrisa de Verónica St. John.

Verónica Catalanotto. Sonrió ante la idea de ella llevando su nombre.

Y entonces Blue estaba inclinándose sobre él, soltando las ataduras. "Maldición, Cat," dijo con su familiar acento. "El doc dijo que estabas sonriendo como un tonto cuando te traje aquí, y aquí estás otra vez, sonriendo como un lobo en un gallinero."

"¿Dónde está Ronnie?" susurró Joe. Su garganta estaba tan seca, y su boca se sentía pegajosa. Intentó humedecerse los labios secos con la lengua.

Blue se giró, murmurando algo a la enfermera antes de volverse hacia Joe, llevando un vaso con agua a los labios de su amigo. "La está revisando el médico," le dijo a Joe.

La sonrisa de Joe desapareció, el calmante sorbo de agua olvidado. "¿Está bien?"

Blue asintió. "Solamente se está haciendo una prueba de sangre," dijo. "Aparentemente necesita una."

"¿Por qué?"

"Porque estoy esperando casarme," dijo Ronnie, inclinándose hacia delante para besar suavemente en la boca. "Es decir, si todavía tienes ese anillo. Si todavía me quieres."

Joe la miró. Su cabello estaba desatado, suelto y rizado alrededor de sus hombros. Vestía un traje de marinero que era varios tallas demasiado grande, pantalones blancos de campana y camisa blanca, las mangas arremangadas varias veces. No tenía maquillaje, y su rostro recién restregado parecía imposiblemente joven –y ansioso– mientras esperaba su respuesta. "Diablos, si," de alguna forma se las arregló para decir.

Ella sonrió, y Joe sintió su boca curvarse también en una sonrisa mientras se perdía en el oceánico color de sus ojos. "¿Tú aún me quieres?"

Blue se movió silenciosamente hacia la puerta. "Supongo que los dejaré un..."

Ronnie se giró entonces, mirando al XO y mejor amigo de Joe. "Espera," dijo. "¿Por favor?" Volvió a mirar a Joe. "Me casaré contigo, pero hay una condición."

Blue cambió su peso incómodamente.

"Lo que sea," le dijo Joe a Verónica. "Te prometeré lo que sea. Solo nómbralo."

"No es algo que tú puedas prometerme," dijo ella. Miró a Blue otra vez, directamente a los ojos turquesa. "Necesito la promesa de Blue –de mantener a Joe seguro y con vida."

Blue asintió lentamente, tomando sus palabras con seriedad. "Moriría por él," dijo, como algo natural.

Verónica los había visto en acción. Había visto a Blue sumergirse en las heladas aguas de Alaska tras Joe, y supo que decía la verdad. No iba a hacer desaparecer su miedo por Joe, pero iba a hacerlo más fácil.

"No quería casarme contigo porque tenía –tengo– miedo de que te hagas matar," dijo ella, volviéndose nuevamente hacia Joe. "Sabía que no podía pedirte que dejaras a los SEALs y..."

Vio sus ojos entrecerrarse ligeramente cuando entendió sus palabras. "Entonces..."

Verónica sintió más que vio a Blue salir de la habitación mientras se inclinaba hacia delante para besar a Joe en los labios. "No estaba 'visitando los barrios bajos'." Fingió estremecerse. "Desagradable expresión, esa."

Él entrelazó los dedos en su cabello, cautela y preocupación en sus ojos. "No puedo dejar a los SEALs, nena..."

Ella lo silenció con otro beso. "Lo se. No te estoy pidiendo que lo hagas. No voy a renunciar a mi trabajo y convertirme en la esposa de un militar de carrera, tampoco,"

Verónica le dijo a Joe. "Viajaré y trabajaré –igual que tú. Pero cuando puedas tomar licencia, estaré allí."

Cuando miró los ojos oscuros como medianoche de Joe, la última de las reservas de él desapareció, dejando solo amor –puro y poderoso. Pero entonces él frunció ligeramente el ceño. "Tu anillo está en Little Creek," dijo él.

"No necesito un anillo para saber cuánto me amas," susurró Verónica.

Joe se tocó el pecho, se dio cuenta de que vestía un camisón de hospital, entonces oprimió el botón para llamar a la enfermera.

Un hombre joven apareció casi instantáneamente. "¿Problemas, señor?"

"¿Qué pasó con mi uniforme?" demandó Joe.

"No quedó mucho de él después de que los médicos lo cortaran para sacarlo, señor." El enfermero señaló hacia una pequeña mesa justo fuera del alcance de la cama. "Sus efectos personales están en ese cajón."

"Gracias, amigo," dijo Joe.

"¿Puedo traerle algo, señor?"

"Solo algo de privacidad," le dijo Joe, y el enfermero se fue tan rápido como había llegado.

Joe se volvió hacia Verónica. "Busca en ese cajón por mi, ¿quieres, nena?"

Verónica se puso de pie y cruzó hacia la mesa. Abrió el cajón. Había tres armas dentro, varias vueltas de municiones, algo que lucía decididamente como una granada de mano, un cuchillo de apariencia mortal, varios billetes de alta denominación, un puñado de cambio...

"Debería haber un broche de oro," dijo Joe. "Es llamado un 'Budweiser'."

Un broche de oro con la forma de un águila con un tridente marino y un arma, era el broche SEAL de Joe, una de sus más preciadas posesiones. Lo había obtenido el día que se graduó, el día en que se convirtió en Navy SEAL. Verónica lo tomó del cajón. Lo sintió sólido y pesado en su mano cuando se lo llevó a Joe.

Pero él no lo tomó. Envolvió sus dedos alrededor de los de ella. "Quiero que lo tengas."

Verónica lo miró.

"Hay dos cosas que nunca le he dado a nadie," dijo él con calma. "Una es este broche. La otra es mi corazón." Le sonrió. "Ahora los tienes a ambos. Para siempre."

Atrajo su cabeza para besarla con tanta suavidad, tan dulcemente, tan perfectamente.

Y Verónica comprendió otra vez lo que había sabido desde hacía algún tiempo.

Había encontrado a su príncipe.

FIN